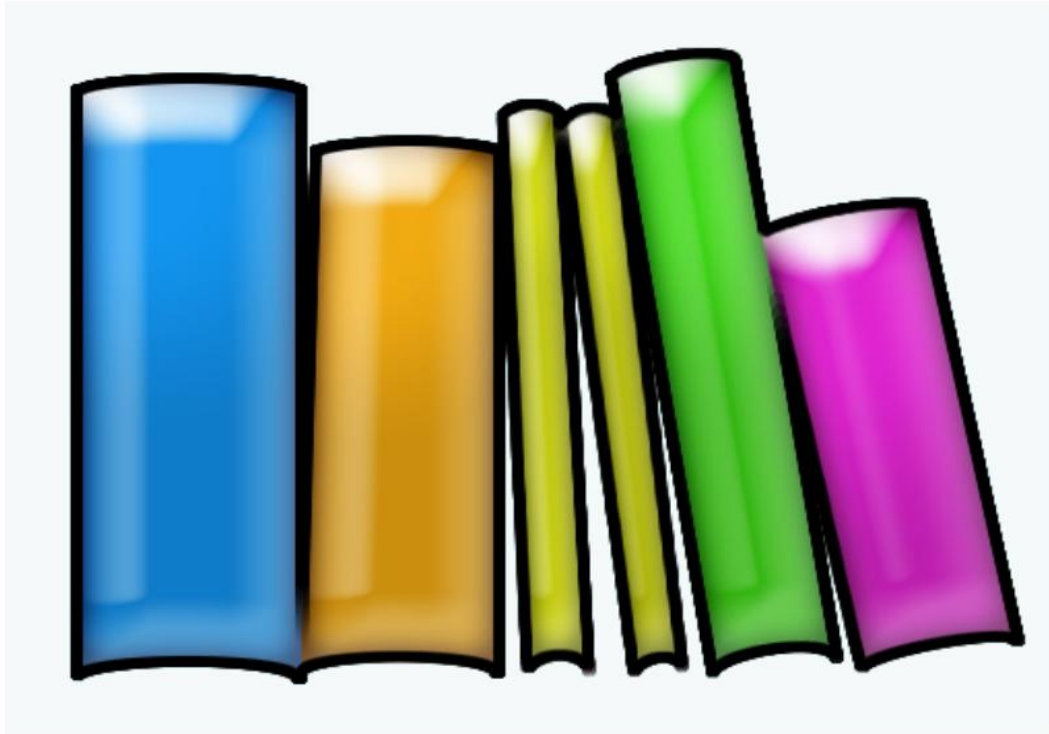


Amigos en las altas esferas



Leon, Donna

Produced by calibre 0.6.37

OceanofPDF.com

Amigos en las altas esferas

Sobrecubierta

None

Tags: General Interest

OceanofPDF.com

Donna Leon
Amigos en las altas esferas
-Brunetti 09-

OceanofPDF.com

Novela Negra Actual
Director Editorial: Virgilio Ortega
Edita y realiza: Centro Editor PDA, S. L.
Edición: Isabel Jiménez
Diseño cubierta: Esteoeste
Título original: *Friendo in High Places*
Traducción del inglés: Ana M^a de la Fuente
Fotografía de la cubierta © Sergio Pitamitz /zefa / Corbis
© Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich, 2002
All rights reserved
© Editorial Seix Barral, S. A., 2003
© traducción: Ana M^a de la Fuente, 2003
© de la presente edición
Editorial Planeta DeAgostini, S. A., 2006
Avda. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.planetadeagostini.es
ISBN: 84-674-3441-4
Depósito legal: B-45866-2006
Imprime: Cayfosa-Quebecor, S. A.
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)
Distribuye: Logista Publicaciones
C/ Trigo, 39 – Edificio 2
Polígono Industrial Polvoranca – 28914 Leganés (Madrid)
Printed in Spain – Impreso en España

OceanofPDF.com

-

*A Christine Donougher
y Roderick Conwary-Morris
...Ah dove
Sconsigliato t'inoltri?
In queste mura
Sai, che non è ricura
La tua Vita.
¿Adónde
tan imprudente de diriges?
Sabe que entre esas paredes
No está segura tu vida
Mozart, Lucio Silla*

1

Cuando sonó el timbre, Brunetti estaba echado en el sofá de la sala, con un libro abierto apoyado en el estómago. Como estaba solo en el apartamento, sabía que tenía que levantarse a abrir, pero no sin antes terminar el último párrafo del octavo capítulo de la *Anábasis*, porque quería averiguar qué nuevos desastres agudaban a los griegos en su retirada. Sonó el timbre por segunda vez, dos zumbidos rápidos e insistentes, y dejó el libro abierto, boca abajo, se quitó las gafas, las puso en el brazo del sofá y se levantó. Sus pasos eran lentos, pese a la insistencia con que había sonado el timbre. Sábado por la mañana, libre de servicio, la casa para él solo -Paola había ido al mercado del Rialto, a comprar cangrejos-, y tenían que llamar a la puerta.

Sería un amigo de sus hijos, que venía en busca de Chiara o de Raffi o, peor, algún portador de verdades religiosas de los que se complacían en interrumpir el descanso de los trabajadores. Él no pedía a la vida nada más que poder estar tumbado leyendo a Jenofonte, mientras esperaba que su mujer volviera a casa con los cangrejos.

—¿Sí? — dijo por el intercomunicador, imprimiendo en su voz la hosquedad necesaria para ahuyentar tanto a la juventud ociosa como al celo proselitista de cualquier edad.

—¿Guido Brunetti? — preguntó una voz de hombre.

—Sí. ¿Qué desea?

–Soy del Ufficio Catasto. Es sobre su apartamento. – Como Brunetti no decía nada, el hombre preguntó:- ¿Ha recibido nuestra carta?

Brunetti recordó haber visto, hacía cosa de un mes, una especie de documento oficial redactado en el embrollado lenguaje de la burocracia, acerca de las escrituras del apartamento o de los permisos de obras anejos a las escrituras, ya no recordaba. Se había limitado a leer por encima la sarta de irritantes frases estereotipadas, volver a meter la hoja en el sobre y dejarlo caer en la gran fuente de mayólica que estaba en la mesa del recibidor, a la derecha de la puerta.

–¿Ha recibido la carta? – repitió el hombre.

–Ah, sí -dijo Brunetti.

–Pues vengo a hablar de ella.

–¿De qué? – preguntó Brunetti doblando el cuello para sujetar el telefonillo con el hombro izquierdo, mientras se inclinaba hacia los papeles y sobres amontonados en la bandeja.

–Su apartamento -respondió el hombre-. Lo que le decíamos en la carta.

–Sí, sí, claro -dijo Brunetti, revolviendo sobres y papeles.

–Desearía hablar con usted, si me permite.

Desprevenido, Brunetti accedió.

–De acuerdo -dijo pulsando el botón que abría el portone situado cuatro pisos más abajo-. Último piso.

–Ya lo sé -respondió el hombre.

Brunetti colgó el auricular y sacó varios sobres de debajo del montón. Había una factura de ENEL, una postal de las Maldivas que no había visto hasta ese momento y que se puso a leer, y estaba también el sobre, con el nombre de la oficina que lo enviaba en el ángulo superior izquierdo. Sacó la hoja de papel, la desdobló, la sostuvo extendiendo el brazo para enfocar las letras y leyó rápidamente el texto.

A su vista se ofrecía la misma fraseología impenetrable: «En relación con el estatuto número 1684-B de la Comisión de Bellas Artes»; «Con referencia a la sección 2784 del artículo 127 del Código Civil del 24 de junio de 1948, apartado 3, párrafo 5»; «No obrando en poder de esta oficina la documentación correspondiente»; «Valor calculado según apartado 34-V-28 del decreto de 21 de marzo de 1947».

Rápidamente, Brunetti recorrió con la mirada la primera página y pasó a la segunda, donde siguió sin encontrar más que jerga oficial y números. Versado como estaba en la burocracia veneciana por largos años de servicio, sabía que el último párrafo podía darle alguna clave y, en efecto, allí se le informaba de que, próximamente, el Ufficio Catasto se pondría en contacto con él. Volvió a la primera página, pero el significado que pudieran encerrar las palabras seguía escapándosele.

Como estaba cerca de la puerta, oyó las pisadas de su visitante en el último tramo de la escalera y abrió antes de que sonara el timbre. El hombre estaba acabando de subir y ya alzaba la mano para llamar con los nudillos, por lo que lo primero que percibió Brunetti fue el fuerte contraste entre el puño y el joven de aspecto perfectamente anodino que estaba detrás. El recién llegado, sobresaltado por la brusca apertura de la puerta, hizo un gesto de sorpresa. Tenía la cara estrecha y la nariz afilada tan frecuentes entre los venecianos, ojos castaño oscuro y pelo también castaño que parecía recién cortado. El traje que llevaba podía haber sido azul, o quizá gris. La corbata era oscura, con dibujo pequeño e indiscernible. Llevaba en la mano derecha una ajada cartera de piel marrón, que completaba la imagen del típico burócrata con el que tantas veces se había tropezado Brunetti, un ser anónimo, parte de cuya preparación consistía, al parecer, en adquirir la técnica de hacerse invisible.

—Franco Rossi -se presentó el hombre, cambiando de mano la cartera para extender la derecha.

Brunetti la estrechó brevemente y retrocedió para dejarle el paso libre.

Cortésmente, Rossi pidió permiso y entró en el apartamento. Una vez dentro, se paró, esperando a que Brunetti le indicara el camino.

—Por aquí -dijo Brunetti llevándolo hacia la habitación en la que había estado leyendo. Se acercó al sofá, tomó el libro, puso el viejo billete del *vaporetto* a modo de punto de lectura y lo dejó en la mesa. Con un ademán, invitó a Rossi a sentarse y se instaló frente a él, en el sofá.

Rossi se había sentado en el borde del sillón, con la espalda erguida y la cartera, vertical, sobre las rodillas.

–Ya sé que es sábado, *signor* Brunetti, por lo que procuraré no robarle mucho tiempo. – Miró a Brunetti y sonrió-. Recibió nuestra carta, ¿verdad? Confío en que haya tenido tiempo de examinarla, *signore* -agregó con otra sonrisa pequeña; inclinó la cabeza y abrió la cartera. Extrajo una gruesa carpeta azul y golpeteó con los dedos un papel que quería escapar por el borde inferior, hasta volver a tenerlo seguro en su sitio.

–En realidad -empezó a decir Brunetti sacando la carta del bolsillo en el que la había metido antes de abrir la puerta-, ahora mismo estaba releýéndola, y debo decir que el lenguaje me resulta un tanto impenetrable.

Rossi levantó la cabeza, y Brunetti vio en su cara la sombra fugaz de la sorpresa.

–¿En serio? Creí que estaba bien claro.

Con una sonrisa pronta, Brunetti dijo:

–Sin duda lo estará para quienes, como ustedes, tratan estos asuntos a diario. Pero para los que no estamos familiarizados con el lenguaje o la terminología de su oficina, resulta un tanto difícil de entender. – Como Rossi no decía nada, Brunetti agregó-: Desde luego, todos conocemos el léxico de nuestra propia burocracia, pero no el de la ajena. – Volvió a sonreír.

–¿Con qué burocracia está familiarizado, *signor* Brunetti? – preguntó Rossi.

Brunetti, que no solía pregonar su condición de policía, respondió tan sólo:

–Estudié Derecho.

–Comprendo -respondió Rossi-. No me parece que nuestra terminología difiera mucho de la suya.

–Quizá se deba a mi falta de familiaridad con los reglamentos mencionados en su carta -dijo Brunetti suavemente.

Rossi meditó un momento antes de responder:

–Sí, es posible. ¿Qué es, concretamente, lo que usted no entiende?

–El significado -respondió sencillamente Brunetti, abandonando ya toda simulación.

Rossi tuvo otra vez aquel gesto de perplejidad, tan sincero que le daba un aire casi infantil.

–¿Cómo dice?

–Lo que significa. Lo he leído, sí, pero como ignoro la naturaleza de las disposiciones a las que hace referencia, no sé a qué se refiere.

–Se refiere a su apartamento, naturalmente -respondió Rossi con rapidez.

–Sí, eso lo entiendo -dijo Brunetti, que tuvo que hacer un esfuerzo para que no se notara la impaciencia en su voz-. Puesto que la carta viene de su oficina, eso he deducido. Lo que no entiendo es qué interés puede tener su oficina en mi apartamento. – Y tampoco entendía por qué a un funcionario de aquella oficina se le había ocurrido ir a verlo en sábado.

Rossi miró la carpeta que tenía en las rodillas y levantó la mirada hacia Brunetti, que observó, sorprendido, que tenía las pestañas oscuras y largas, casi como las de una mujer.

–Ya veo, ya veo -dijo Rossi, asintiendo y volvió a mirar la carpeta. La abrió y sacó otra más pequeña, leyó la etiqueta y la dio a Brunetti diciendo-: Quizá esto se lo aclare. – Antes de cerrar la carpeta que conservaba en las rodillas, arregló cuidadosamente los papeles de su interior.

Brunetti abrió la carpeta y sacó los papeles que contenía. Al ver el tamaño de las letras, se inclinó hacia la izquierda, buscando las gafas. En la parte superior de la primera hoja figuraba la dirección del edificio. Al levantarla, encontró los planos de los apartamentos situados debajo del suyo. En la hoja siguiente estaba la relación de los antiguos dueños de cada uno de aquellos inmuebles, empezando por los almacenes de la planta baja. Las dos hojas siguientes contenían lo que parecía un breve resumen de las reformas realizadas en todos los apartamentos del edificio desde 1947, con indicación de las fechas en que se solicitaron y concedieron determinados permisos, la fecha en que habían empezado realmente los trabajos, y la fecha en que se había dado la conformidad definitiva a la obra terminada. No se hacía mención de su apartamento, lo que hizo suponer a Brunetti que esa información debía de figurar en los papeles que aún tenía Rossi.

De lo que allí veía Brunetti dedujo que el apartamento inmediatamente inferior al suyo había sido restaurado por última vez en 1977, cuando se habían mudado a él sus actuales propietarios. Por

última vez, oficialmente, porque ellos habían cenado en casa de los Calista, disfrutando del amplio panorama que se dominaba desde los ventanales de la sala de estar, cuando las ventanas que se indicaban en el plano eran más bien pequeñas, y sólo cuatro, no seis. Tampoco vio en el plano el aseo para invitados situado a la izquierda del recibidor de los Calista. Le hubiera gustado saber cómo se las habían ingeniado, pero estaba claro que no era Rossi la persona más indicada a quien preguntar. Cuanto menos supiera el Ufficio Catasto de las reformas del interior del edificio, tanto mejor para sus vecinos.

Lanzando a Rossi una rápida mirada, preguntó:

–Estos datos parecen muy antiguos. ¿Tiene idea de cuántos años tiene el edificio?

Rossi negó con la cabeza.

–Exactamente, no. Pero, por la situación y número de ventanas de la planta baja, diría que la estructura original no data de antes de finales del siglo xv. – Reflexionó un momento y añadió: Y me parece que el último piso se agregó a principios del xix.

Brunetti levantó la mirada de los planos, con gesto de sorpresa.

–No. Es mucho más reciente. Fue después de la guerra. – En vista de que Rossi no contestaba, puntualizó: La segunda guerra mundial. – Como el otro siguiera mudo, Brunetti preguntó: ¿No le parece?

Tras una breve vacilación, Rossi dijo:

–Yo me refería al último piso.

–Yo también -dijo Brunetti secamente; le irritaba que aquel funcionario de una oficina que tramitaba permisos de obras no comprendiera algo tan simple. Suavizando el tono, prosiguió: Cuando lo compré, me dijeron que esta planta había sido agregada después de la última guerra, no en el siglo xix.

En lugar de contestar, Rossi señaló con un movimiento de la cabeza los papeles que Brunetti aún tenía en la mano:

–Quizá debería mirar más detenidamente la última página, *signor* Brunetti.

Desconcertado, Brunetti volvió a mirar los últimos párrafos, pero sólo vio la descripción de los dos apartamentos inferiores.

–No sé qué quiere que mire, *signor* Rossi -dijo levantando la cabeza y quitándose las gafas-. Esto se refiere a los apartamentos de abajo, no

a éste. Este piso no se menciona en absoluto. – Dio la vuelta a la hoja, para ver si había algo escrito en el reverso, pero estaba en blanco.

–Por eso estoy aquí -dijo Rossi, irguiendo el cuerpo más todavía. Luego se inclinó y dejó la cartera en el suelo, a su izquierda, conservando la carpeta en las rodillas.

–¿Sí? – dijo Brunetti inclinándose hacia adelante para devolverle la otra carpeta.

Rossi la tomó, abrió la carpeta mayor, volvió a introducir en ella la más pequeña y la cerró.

–Siento decirle que existen ciertas dudas acerca del estatus oficial de su apartamento.

–¿El «estatus oficial» -repitió Brunetti, dirigiendo la mirada a la sólida pared situada a la izquierda de Rossi y al no menos sólido techo-. Me parece que no sé a qué se refiere.

–Existen dudas acerca del apartamento -dijo Rossi con una sonrisa que a Brunetti le pareció un poco nerviosa, pero, antes de que pudiera volver a pedir aclaraciones, Rossi prosiguió-: Es decir, en el Ufficio Catasto no hay papeles que indiquen que se concediera permiso de construcción para este piso, que se aprobara el proyecto ni que... -aquí volvió a sonreír-, ni que se construyera. – Carraspeó y añadió-: Según nuestros datos, el piso de abajo es el último.

Al principio Brunetti pensó que Rossi bromeaba, pero al verlo dejar de sonreír, comprendió que hablaba en serio.

–Todos los planos están en los documentos que nos dieron cuando lo compramos -dijo Brunetti.

–¿Podría enseñármelos?

–Desde luego -dijo Brunetti poniéndose en pie. Sin excusarse, fue al despacho de Paola y se quedó un momento mirando los libros que cubrían tres de las paredes. Luego alargó la mano hacia el estante superior y sacó un gran sobre marrón que llevó a la otra habitación. En la puerta, se paró a abrir el sobre y sacó la carpeta gris que habían recibido, hacía casi veinte años, del notario que legalizó la venta. Se acercó a Rossi y le dio la carpeta.

Rossi la abrió y empezó a leer, resiguiendo lentamente cada línea con el dedo. Volvió la página y leyó la siguiente hasta el final. De su

garganta escapó un «hum» ahogado, pero no dijo nada. Cuando hubo leído toda la carpeta, la cerró y la conservó sobre las rodillas.

–¿Son éstos todos los papeles que tiene?

–Sí, sólo éstos.

–¿No tiene planos? ¿Ni permiso de obra?

Brunetti movió la cabeza negativamente.

–No; no recuerdo haberlos visto. Éstos son los únicos papeles que nos dieron en el acto de la compra. Y no creo haber vuelto a mirarlos desde entonces.

–¿Dice que estudió usted Derecho, *signor* Brunetti? – preguntó Rossi al cabo de un momento.

–En efecto.

–¿Ejerce la carrera?

–No -respondió Brunetti sin más explicaciones.

–Si la ejerciera ahora o la hubiera ejercido en el momento en que firmó estos papeles, hubiera observado sin duda, en la página tres de la escritura, el párrafo que estipula que adquiere usted el apartamento en el estado, tanto legal como físico, en el que se hallaba el día en que la propiedad pasó a usted.

–Creo que es fórmula corriente en una escritura de compraventa -dijo Brunetti evocando el vago recuerdo de una de sus clases de Derecho Civil, y confiando en que fuera realmente corriente.

–Es corriente en lo del estado físico, desde luego, pero no en el legal. Y tampoco lo es la frase siguiente -dijo Rossi volviendo a abrir la carpeta y buscando hasta encontrar el pasaje-. «A falta del *condono edilizio*, el comprador se compromete a obtenerlo oportunamente y por el presente absuelve a los vendedores de cualesquiera responsabilidades o consecuencias que pudieran derivarse, en lo que concierne al estado legal del apartamento, de la no obtención de tal *condono*.» -Rossi levantó la mirada y Brunetti creyó ver en sus ojos una profunda tristeza al pensar que una persona pudiera firmar algo así.

Brunetti no recordaba aquella frase en particular. En realidad, en aquel momento los dos estaban tan deseosos de comprar el apartamento que él había hecho todo lo que el notario le dijo que hiciera y firmó todo lo que le dijo que firmara.

Rossi miró la primera página del contrato en la que figuraba el nombre del notario.

–¿Elegió usted a este notario? – preguntó.

Brunetti ni siquiera recordaba el nombre y tuvo que mirarlo.

–No. Lo sugirió el vendedor. ¿Por qué?

–Por nada -dijo Rossi con excesiva rapidez.

–¿Por qué? ¿Sabe algo de él?

–Tengo entendido que ya no ejerce -dijo Rossi en voz baja.

Finalmente, impaciente por las preguntas de Rossi, Brunetti inquirió:

–Me gustaría saber qué significa todo esto, *signor* Rossi. ¿Existe alguna duda sobre la propiedad de este apartamento?

Rossi volvió a esbozar su sonrisa nerviosa.

–Me parece que es algo más serio que eso, *signor* Brunetti.

A Brunetti no se le ocurría qué podía ser más serio que eso.

–¿De qué se trata, pues?

–Mucho me temo que este apartamento no existe.

–¿Qué? – gritó Brunetti sin poder contenerse. Percibía la indignación de su voz, pero no trató de modificar el tono-. ¿Qué quiere decir con eso de que este apartamento no existe?

Rossi echó el cuerpo hacia atrás, como para distanciarse de la órbita de la ira de Brunetti. Por su expresión, parecía desconcertado porque una persona reaccionara con tanta vehemencia a su negación de la existencia de una realidad tangible. Cuando vio que Brunetti no tenía intenciones violentas, se relajó mínimamente, arregló los papeles que tenía en las rodillas y dijo:

–Quiero decir, *signor* Brunetti, que no existe para nosotros.

–¿Y qué significa, para ustedes?

–Significa que no hay constancia de él en nuestros archivos. Ni petición de permiso de obra, ni planos, ni aprobación de la obra realizada. En resumen, no existen pruebas documentales de que este apartamento haya sido construido. – Adelantándose a la respuesta de Brunetti y poniendo la mano encima de la carpeta, agregó:- Y, desgraciadamente, no puede usted facilitarnos ninguna.

Brunetti recordó un caso que le había contado Paola de un escritor inglés que, discutiendo con un filósofo que mantenía que la realidad no existe, dio un puntapié a una piedra y dijo al filósofo: «¡Toma realidad!» Pero centró su pensamiento en cuestiones más inmediatas. Su conocimiento del funcionamiento de otras oficinas municipales era vago, pero no creía que esa clase de información se guardara en el Ufficio Catasto, donde, que él supiera, sólo había documentos relacionados con la propiedad.

–¿Es normal que su oficina se interese en esto?

–No lo era en el pasado -respondió Rossi con una tímida sonrisa, como si aprobara que Brunetti estuviera lo bastante bien informado como para hacer semejante pregunta-. Pero, a consecuencia de una nueva disposición, se ha encargado a nuestra oficina la creación de un archivo informatizado completo de todos los apartamentos de la ciudad que hayan sido declarados monumentos históricos por la Comisión de Bellas Artes. Este edificio es uno de ellos. De este modo, en una oficina, la nuestra, se centralizarán copias de toda la documentación de cada

apartamento de la lista. Con el tiempo, este sistema centralizado permitirá un enorme ahorro de tiempo.

Brunetti, observando la sonrisa de satisfacción que tenía Rossi al decir eso, recordó que, dos semanas atrás, *Il Gazzettino* había publicado un artículo en el que se anunciaba que, por falta de presupuesto, se había suspendido el dragado de los canales.

—¿Cuántos apartamentos son? — preguntó.

—Oh, no tenemos ni idea. Ésa es una de las razones por las que se efectúa esta investigación.

—¿Cuándo empezó la investigación? — preguntó Brunetti.

—Hace once meses -respondió Rossi rápidamente, y Brunetti comprendió que podría darle también la fecha exacta, si se la pedía.

—¿Y cuántos expedientes han reunido hasta ahora?

—Como algunos nos hemos ofrecido para trabajar los sábados, llevamos más de cien -dijo Rossi sin disimular el orgullo.

—¿Y cuántas personas trabajan en el proyecto?

Rossi se miró la mano derecha y contó con los dedos, empezando por el pulgar, a sus compañeros.

—Ocho, me parece.

—Ocho -repitió Brunetti. Desvió la atención de sus cálculos y preguntó:- ¿Qué significa todo eso? Para mí, en concreto.

La respuesta de Rossi no se hizo esperar.

—Cuando no tenemos los papeles de un apartamento, lo primero que hacemos es pedirlos al propietario, pero aquí no hay ningún papel de los que necesitamos. — Señalaba la delgada carpeta-. Todo lo que tiene usted es la escritura de compraventa, por lo que hay que suponer que no se le entregaron los datos que sobre la construcción pudieran tener los anteriores propietarios. — Antes de que Brunetti pudiera interrumpir, prosiguió:- Y eso significa que o bien se han extraviado, lo que supondría que han existido, o bien que no. Que no han existido, quiero decir. — Miró a Brunetti, que no dijo nada-. Si se han extraviado -continuó Rossi-, y puesto que dice usted que nunca los ha tenido, deben de haberse traspapelado en alguna de las oficinas municipales.

—¿Y qué harán ustedes para encontrarlos? — preguntó Brunetti.

—Ah, no es tan fácil -suspiró Rossi-. Nosotros no tenemos obligación de guardar copia de esos documentos. El Código Civil estipula

claramente que ello es responsabilidad del dueño de la propiedad en cuestión. Si usted no dispone de su ejemplar, no puede alegar que nosotros hayamos extraviado el nuestro, si sabe usted a lo que me refiero -agregó con otra sonrisita-. Y nosotros no podemos emprender una búsqueda de esos papeles, porque no podemos destinar personal a una búsqueda que podría resultar inútil. – Al ver la expresión de Brunetti, explicó-: Porque podría darse el caso de que esos papeles no existieran, ¿comprende?

Brunetti se mordió el labio inferior y preguntó:

–¿Y si no se hubieran perdido sino que no hubieran existido?

Rossi bajó la mirada y se golpeó suavemente el reloj, ajustándolo a la muñeca.

–Eso, *signore*, significaría que ni se concedió el permiso ni se aprobó la obra.

–Lo cual es posible, ¿no? – preguntó Brunetti-. Se edificó mucho, después de la guerra.

–En efecto -dijo Rossi con la falsa modestia del que ha pasado su vida profesional tratando de estas cosas precisamente-. Pero la mayoría de aquellas obras, tanto si se trataba de pequeñas restauraciones como de grandes reformas, recibieron el *condono edilizio*, por lo que se hallan en situación legal, por lo menos, en lo que a nuestra oficina se refiere. En este caso, lo malo es que no hay *condono edilizio* -terminó diciendo con un amplio ademán que abarcaba las paredes, el suelo y el techo ilícitos.

–Si me permite repetir la pregunta, *signor* Rossi -dijo Brunetti imprimiendo forzada calma y olímpica ecuanimidad en su tono-, ¿qué significa eso para mí y mi apartamento en concreto?

–Lamento tener que decirle que no estoy autorizado para responder a eso, *signore* -dijo Rossi devolviendo la carpeta a Brunetti. Se inclinó a recoger la cartera. Con ella en la mano, se levantó-. Mis atribuciones se limitan a visitar a los propietarios y comprobar que obran en su poder los documentos que a nosotros nos faltan. – Su expresión se ensombreció, y Brunetti creyó ver auténtica decepción en ella-. Deploro que usted no los tenga.

Brunetti se puso en pie.

–¿Y qué ocurrirá ahora?

–Eso depende de la comisión del Ufficio Catasto -dijo Rossi empezando a ir hacia la puerta.

Brunetti se movió hacia la izquierda, sin acabar de cortarle el paso pero sí creando un obstáculo entre Rossi y la salida.

–Ha dicho que creen ustedes que el piso de abajo fue agregado en el siglo xix. Si se hubiera construido más tarde, al mismo tiempo que éste, ¿cambiaría eso las cosas? – Pese a sus esfuerzos, Brunetti no podía disimular el acento de pueril esperanza de su voz.

Rossi meditó largamente y al fin dijo, con una voz que era modelo de cautela y reserva:

–Quizá. Me consta que el piso de abajo tiene todos los permisos y autorizaciones, por lo que, si pudiera demostrarse que éste se construyó al mismo tiempo, ello podría servir de base para alegar que en su momento debieron de concederse los permisos correspondientes. – Se quedó pensativo. El burócrata ante un nuevo problema-. Sí. Eso podría cambiar las cosas, aunque no dispongo de elementos para emitir una opinión.

Brunetti, momentáneamente animado por la posible salvación, fue hacia la vidriera de la terraza y la abrió.

–Venga a ver esto -dijo mirando a Rossi y llamándolo desde fuera con un ademán-. Siempre me ha parecido que las ventanas del piso de abajo y las nuestras eran iguales. – Sin mirar a Rossi, prosiguió-: Si se asoma, verá a qué me refiero, aquí, a la izquierda. – Con la soltura nacida de la costumbre, Brunetti se inclinó sobre el parapeto apoyándose en la palma de las manos, para mirar las ventanas del piso de abajo. Pero, ahora que las observaba con atención, descubrió que no se parecían en nada: las de abajo tenían dinteles tallados de mármol blanco de Istria, mientras que las suyas eran simples rectángulos abiertos en la pared de ladrillo.

Enderezó el cuerpo y se volvió hacia Rossi. El joven estaba petrificado, mirando a Brunetti con la boca abierta, el brazo izquierdo levantado y los dedos extendidos como rechazando un mal espíritu. Brunetti dio un paso hacia él, pero Rossi retrocedió rápidamente, sin bajar la mano.

–¿Se encuentra bien? – preguntó Brunetti parándose en la puerta.

El joven trataba de hablar pero no le salía la voz. Bajó el brazo y murmuró unas palabras que Brunetti no pudo oír.

Esforzándose por superar la embarazosa situación, Brunetti dijo:

–Me temo que estaba equivocado en lo de las ventanas. No se ve nada.

Rossi relajó la cara y trató de sonreír, pero su nerviosismo persistía, y era contagioso.

A fin de alejar de la terraza los pensamientos de su visitante.

Brunetti preguntó:

–¿Puede darme una idea de cuáles pueden ser las consecuencias de todo esto?

–¿Decía usted?

–¿Qué puede ocurrir ahora?

Rossi dio un paso atrás e inició la respuesta. Su voz adquirió la cadencia de salmodia del que se ha oído a sí mismo repetir infinidad de veces las mismas palabras:

–Si en el momento de la obra se solicitó el permiso pero no se concedió la aprobación definitiva, se impone una multa, cuya cuantía depende de la gravedad de la infracción de las normas de construcción vigentes en la época. – Brunetti permaneció inmóvil y el joven prosiguió-: Si no se presentó solicitud ni, por consiguiente, hubo aprobación, el caso pasa a la Sovraintendenza dei Beni Culturali, que dictamina el alcance del daño que la obra ilegal inflige en el tejido ciudadano.

–¿Y? – acució Brunetti.

–Y a veces se impone una multa.

–¿Y?

–Y a veces se ordena el derribo de la obra ilegal.

–¿Qué? – estalló Brunetti, abandonando ya toda pretensión de calma.

–A veces se ordena el derribo de la obra ilegal. – Rossi sonrió débilmente, dando a entender que él no era responsable de tal posibilidad.

–Pero es mi casa -dijo Brunetti-. Está usted hablando de derribar mi casa.

–Rara vez se llega a tal extremo, se lo aseguro -dijo Rossi, imprimiendo a sus palabras un tono tranquilizador.

Brunetti se había quedado mudo. Rossi, al observarlo, dio media vuelta y fue hacia el recibidor. Cuando llegaba a él, una llave giró en la cerradura y la puerta se abrió. Paola entró en el apartamento. Atenta a las dos grandes bolsas de plástico, las llaves y los tres periódicos que en vano trataba de sujetar debajo del brazo izquierdo, no vio a Rossi hasta el momento en que, impulsivamente, él se abalanzaba hacia adelante para impedir que cayeran al suelo los periódicos y, sobresaltada, dio un salto hacia atrás para esquivarlo, se golpeó el codo izquierdo con el canto de la puerta y dejó caer las bolsas. Hizo una mueca, de susto o de dolor, y se frotó el codo.

Brunetti ya se acercaba rápidamente hacia ella.

–Paola, no pasa nada. Estaba conmigo. – Sorteó a Rossi y puso una mano en el brazo de Paola-. Nos has dado un susto -dijo, tratando de calmarla.

–También vosotros a mí -dijo ella, tratando de sonreír.

Detrás de ellos, Brunetti oyó ruido y al volverse vio que Rossi había dejado la cartera apoyada en la pared y, con una rodilla en el suelo, metía naranjas en una bolsa de plástico.

–*Signor* Rossi -dijo Brunetti.

El joven levantó la mirada, terminó con las naranjas, se puso de pie y dejó la bolsa en la mesa que estaba al lado de la puerta.

–Mi esposa -dijo Brunetti innecesariamente. Paola se soltó el codo y tendió la mano a Rossi, que se la estrechó, mientras ambos decían las frases de rigor. Rossi se disculpó por haberla asustado y Paola quitó importancia al incidente.

–El *signor* Rossi es del Ufficio Catasto -dijo Brunetti.

–¿El Ufficio Catasto?

–Sí, *signora* -dijo Rossi-. He venido a hablar con su marido, de su apartamento.

Paola miró a Brunetti, y lo que vio en su cara le hizo volverse hacia Rossi con su sonrisa más encantadora.

–Parece que ya se iba, *signor* Rossi. No lo entretengo. Ya me explicará mi marido. No es cosa de hacerle perder más tiempo, sobre todo, en sábado.

–Muy amable, *signora* -dijo Rossi efusivamente. Miró a Brunetti y le dio las gracias por su tiempo y luego volvió a pedir disculpas a Paola, aunque no tendió la mano a ninguno de los dos.

–¿El Ufficio Catasto? – preguntó Paola al cerrar la puerta.

–Me parece que quieren derribarnos la casa -dijo Brunetti a modo de explicación.

OceanofPDF.com

–¿Derribarla? – repitió Paola, sin saber si reaccionar con asombro o con risa-. ¿Qué dices, Guido?

–Ese hombre me ha contado no sé qué historia de que en el Ufficio Catasto no tienen datos de este apartamento. Están informatizando archivos y no encuentran constancia de que se concediera la autorización, o de que se solicitara siquiera, para la construcción de este apartamento.

–Qué absurdo -dijo Paola. Le dio los periódicos, se agachó a recoger la otra bolsa de plástico y se fue por el pasillo hacia la cocina. Puso las bolsas en la mesa y empezó a sacar paquetes. Mientras Brunetti hablaba, ella iba disponiendo tomates, cebollas y unas flores de *zucchini* no más largas que su dedo.

Al ver las flores, Brunetti dejó de hablar de Rossi y preguntó:

–¿Qué vas a hacer con eso?

–*Risotto*, creo -respondió ella y se inclinó para meter en el frigorífico un paquete envuelto en papel blanco impermeabilizado-. ¿Te acuerdas lo bueno que estaba el que nos hizo Roberto la semana pasada, con jengibre?

–Hum -masculló Brunetti, contento de cambiar el tema del apartamento por el más ameno del almuerzo-. ¿Mucha gente en el mercado del Rialto?

–Cuando llegué, no mucha, pero cuando me iba estaba abarrotado. La mayoría, turistas que retrataban a otros turistas. Dentro de poco, habrá que ir de madrugada, o no podremos ni dar un paso.

–¿Por qué van al Rialto?

–Para ver el mercado, supongo. ¿Por qué?

–¿Es que no tienen mercados en sus países? ¿Allí no se vende comida?

–Sabe Dios lo que tendrán en sus países -respondió Paola con un deje de exasperación-. ¿Qué más te ha dicho ese *signor* Rossi?

Brunetti se apoyó en la encimera.

–Ha dicho que, en la mayoría de casos, lo más que hacen es poner una multa.

–Es lo habitual -dijo ella volviéndose a mirarlo, una vez colocada la compra-. Es lo que le pasó a Gigi Guerriero cuando instaló el segundo baño. Un vecino vio entrar en la casa al fontanero con un inodoro, lo denunció a la policía, y Gigi tuvo que pagar una multa.

–De eso hace diez años.

–Doce -rectificó Paola, por la fuerza de la costumbre. Al ver que él apretaba los labios, agregó-: No me hagas caso, eso es lo de menos. ¿Qué otra cosa puede ocurrir?

–Ha dicho que, en algunos casos, han tenido que derribar las obras hechas sin autorización.

–Lo diría en broma.

–Ya has visto al *signor* Rossi, Paola. ¿Te ha parecido la clase de persona que bromearía sobre eso?

–El *signor* Rossi me ha parecido la clase de persona que no bromea sobre nada. – Con aire ocioso, Paola se fue a la sala, ordenó unas revistas abandonadas en el brazo de una butaca y salió a la terraza. Brunetti la siguió. Cuando estaban junto a la barandilla, contemplando la ciudad, ella señaló con un ademán el mar de tejados, terrazas, jardines y claraboyas-. Me gustaría saber qué parte de todo eso es legal -dijo-. Y qué parte tiene los permisos correspondientes y el *condono*. - Los dos habían residido en Venecia casi toda la vida y conocían una retahíla interminable de casos de soborno a inspectores y de paredes de aglomerado que se quitaban al día siguiente de la inspección.

–Media ciudad es ilegal, Paola -dijo él-. Pero a nosotros nos han pillado.

–No pueden pillarnos porque no hicimos nada malo -repuso ella volviéndose hacia su marido-. Nosotros compramos el apartamento de buena fe. Battistini... ¿no se llamaba así el que nos lo vendió...? debió preocuparse de conseguir los permisos y el *condono edilizio*.

–Y nosotros, antes de comprar, debimos cerciorarnos de que los tenía -adujo Brunetti-. Y no nos cercioramos. Vimos esto... -describió un arco con el brazo abarcando el panorama- y estuvimos perdidos.

–No es así como yo lo recuerdo -dijo Paola, que volvió a la sala y se sentó.

–Así es como lo recuerdo yo -repuso Brunetti que, sin darle tiempo a hacer objeciones, prosiguió-: Pero no importa cómo lo recordemos. Ni

importa lo imprudentes que fuéramos cuando lo compramos. Lo que importa es que ahora tenemos un problema.

–¿Battistini? – apuntó ella.

–Murió hace unos diez años -respondió Brunetti, cerrando toda vía de reclamación que su mujer pensara explorar.

–No lo sabía...

–Me lo dijo su sobrino, el que trabaja en Murano. Un tumor.

–Lo siento. Era un hombre muy agradable.

–Lo era, sí. Y nos hizo un buen precio.

–Yo diría que le cayó bien la parejita de recién casados -dijo ella con una sonrisa de evocación-. Y unos recién casados que esperaban bebé.

–¿Crees que eso pudo influir en el precio? – preguntó Brunetti.

–Siempre he pensado que sí -dijo Paola-. Una actitud muy generosa, impropia de un veneciano. Pero, si ahora resulta que hay que derribarlo, una faena -se apresuró a añadir.

–Sería el colmo del absurdo.

–Guido, ¿no hace ya veinte años que trabajas para la ciudad? A estas alturas, ya deberías saber que el absurdo no es obstáculo.

Brunetti, amargamente, tuvo que darle la razón. Recordó que un vendedor de frutas y verduras le había dicho que, si un cliente tocaba la mercancía, el vendedor se exponía a una multa de medio millón de liras. Cuando la ciudad decidía dictar una ordenanza, no se detenía ante el absurdo.

Paola se apoyó los pies en la mesita de centro.

–Entonces, ¿qué hago? ¿Llamar a mi padre?

Brunetti esperaba la pregunta, y se alegró de que ya hubiera llegado. El conde Orazio Falier, uno de los hombres más ricos de la ciudad, podía obrar el milagro con una simple llamada telefónica o una observación casual en una charla de sobremesa.

–No. Prefiero encargarme de esto personalmente -dijo recalcando la última palabra.

En ningún momento se le ocurrió, ni a él ni a Paola, plantearse la cuestión de forma regular: averiguar los nombres de las oficinas y funcionarios correspondientes e informarse de los trámites procedentes. Tampoco se les ocurrió pensar que pudiera existir un procedimiento burocrático establecido para resolver el problema. Si

tales vías existían, los venecianos prescindían de ellas. Ellos sabían que la única forma de resolver esos problemas era la de hacer valer las *conoscienze*: las amistades, los contactos y un régimen de intercambio de favores tejido a lo largo de toda una vida de habérselas con un sistema que la población en general y quienes trabajaban para él en particular, consideraban de una incompetencia rayana en la inoperancia, proclive a los abusos resultantes de siglos de soborno y lastrado por una inclinación bizantina hacia el secretismo y el letargo.

Ella, sin dejarse influir por el tono de su marido, dijo:

–Estoy segura de que él podría arreglarlo.

Brunetti, sin pararse a reflexionar, dijo:

–Ah, ¿dónde están las nieves de antaño? ¿Qué se ha hecho de los ideales del 68?

–¿Qué quieres decir? – barbotó Paola, alerta al instante.

Él, al verla con la cabeza en alto y aquella actitud beligerante, comprendió cómo debía intimidar a la clase.

–Quiero decir que los dos creíamos en la política de la izquierda, en la justicia social y en cosas tales como la igualdad de todos ante la ley.

–¿Y...?

–Y ahora, nuestro primer impulso es tomar por la calle de en medio.

–Habla claro, Guido. No digas «nuestro» primer impulso. Eso lo he propuesto yo. – Hizo una pausa y agregó:- Tus principios están a salvo, incólumes.

–¿Y eso significa...? – preguntó él, con cierto sarcasmo, pero aún sin enojo en, la voz.

–Que los míos ya no lo están. Durante décadas, hemos sido unos ilusos, nos hemos dejado engañar, todos nosotros, con la esperanza en una sociedad mejor y nuestra estúpida fe en que este repugnante sistema político y estos repugnantes políticos, de alguna manera, iban a transformar este país en un paraíso gobernado por una serie interminable de reyes filósofos. – Buscó con los ojos la mirada de su marido y la retuvo-. Pues bien, yo ya no lo creo, ya no. No tengo fe ni tengo esperanza.

Aunque él veía cansancio en sus ojos cuando ella decía eso, le preguntó, con aquel resentimiento que nunca había podido reprimir:

—¿Eso significa que, cuando tienes un problema, has de correr a pedir a tu padre que te lo resuelva, con su dinero, sus amistades y todo ese poder que él lleva en el bolsillo como nosotros llevamos la calderilla?

—Lo único que yo pretendo -empezó ella con un brusco cambio de tono, como si buscara la conciliación antes de que fuera tarde- es ahorrarnos tiempo y energías. Si tratamos de arreglar esto con el reglamento en la mano, nos meteremos en el universo de Kafka, perderemos la paz y nos amargaremos la vida tratando de dar con los papeles correctos, para que luego un burócrata como el *signor* Rossi nos diga que ésos no son los papeles correctos, que necesitamos otros, y luego otros, hasta que acabemos locos de atar. — Notando a Brunetti más receptivo a su cambio de tono, prosiguió:- Por lo tanto, sí, si puedo conseguir que nos ahorremos todo eso pidiendo a mi padre que nos ayude, se lo pediré, porque no tengo ni paciencia ni energía para hacer otra cosa...

—¿Y si yo te dijera que prefiero arreglar esto a mi manera, sin su ayuda? — Antes de que ella pudiera contestar, agregó:- Es nuestro apartamento, Paola, no el suyo.

—¿Arreglarlo a tu manera por la vía legal o...? — Aquí su tono se suavizó más todavía:- ¿... utilizando a tus propias amistades?

Brunetti sonrió, señal inequívoca de que se había restablecido la paz.

—Por supuesto que las utilizaré.

—¡Ah! — exclamó ella sonriendo a su vez-. Eso es otra cosa. — Ensanchó la sonrisa pasando a considerar las tácticas-. ¿En quién has pensado? — preguntó, olvidándose de su padre.

—Está Rallo, de la Comisión de Bellas Artes.

—¿El que tiene un hijo que vende droga?

—Vendía -rectificó Brunetti.

—¿Qué hiciste?

—Un favor -respondió Brunetti escuetamente.

Paola aceptó la explicación preguntando tan sólo:

—¿Y qué tiene que ver la Comisión de Bellas Artes? ¿No se construyó este piso después de la guerra?

–Eso nos dijo Battistini. Pero la parte baja del edificio está catalogada como monumento, por lo que podría quedar afectada por lo que se hiciera con este piso.

–Hm, hmm -convino Paola-. ¿Alguien más?

–Luego está el primo de Vianello, el arquitecto, que trabaja en el Ayuntamiento, me parece que en la oficina que expide los permisos de obra. Diré a Vianello que le pregunte si puede averiguar algo.

Se quedaron un rato repasando viejos favores que ahora pudieran cobrarse. Era casi mediodía cuando dieron por terminada la lista de posibles aliados y la discusión sobre su utilidad. Fue entonces cuando Brunetti preguntó:

–¿Has traído los *moeche*?

Paola, como solía desde hacía décadas, se volvió hacia el ser invisible al que ponía por testigo de los peores desatinos de su marido, preguntando:

–¿Has oído eso? Estamos a punto de perder nuestro hogar, y él no piensa más que en los cangrejos.

Brunetti protestó, ofendido:

–En los cangrejos y en algo más.

–¿En qué más?

–En el *risotto*.

A los chicos, que llegaron a la hora del almuerzo, no se les explicó la situación hasta que el último cangrejo estuvo liquidado. Al principio, se resistían a tomarlo en serio. Cuando sus padres consiguieron convencerlos de que el apartamento peligraba realmente, empezaron a planear la mudanza.

–¿Podríamos irnos a vivir a una casa con jardín, para que yo pudiera tener un perro? – preguntó Chiara. Al ver las caras de sus padres, rectificó:- ¿O un gato?

A Raffi, más que los animales, le interesaba un segundo cuarto de baño.

–Pues ya no volveríamos a verte. Te pasarías la vida allí metido, cultivando esa birria de bigote -dijo Chiara, en la primera alusión de la familia a la sombra que desde hacía varias semanas apuntaba bajo la nariz de su hermano mayor.

Paola intervino, asumiendo el papel de «casco azul» pacificador:

–Silencio los dos. Ya basta. No es cosa de broma.

Los chicos la miraron y entonces, como una pareja de pollos de mochuelo posados en una rama, que tratan de adivinar cuál de los dos depredadores cercanos va a atacar primero, volvieron la cabeza hacia su padre:

–Ya habéis oído a mamá -dijo Brunetti, señal inequívoca de que la cosa era grave.

–Fregaremos los platos -se brindó Chiara con tono apaciguador, consciente de que, de todos modos, le tocaba a ella.

Raffi apartó la silla y se levantó. Tomó el plato de su madre, el de su padre y el de Chiara, los puso encima del suyo y los llevó al fregadero. Y, lo que era más extraordinario, abrió el grifo del agua caliente y se subió las mangas del jersey.

Paola y Brunetti, cual dos campesinos supersticiosos en presencia de un numen, huyeron a la sala de estar, pero no sin antes agarrar una botella de *grappa* y dos vasitos.

Brunetti sirvió el transparente líquido y dio uno de los vasos a Paola.

–¿Qué piensas hacer esta tarde? – preguntó ella, después del primer sorbo reconfortante.

–Volver a Persia -respondió Brunetti. Se descalzó y se echó en el sofá.

–Un derroche de actividad el que ha desencadenado la visita del *signor* Rossi. – Bebió otro sorbo-. Es la botella que nos trajimos de Belluno, ¿verdad? – Tenían allí a un amigo que había trabajado con Brunetti durante más de una década y, tras ser herido en un tiroteo, había dejado la policía y vuelto a la granja de su padre. Cada otoño, montaba un alambique clandestino y destilaba unas cincuenta botellas de *grappa*, que distribuía entre familiares y amigos.

Brunetti bebió otro sorbo y suspiró.

–¿A Persia? – preguntó ella al fin.

Él puso el vasito en la mesa de centro y tomó el libro que había abandonado a la llegada del *signor* Rossi.

–Jenofonte -explicó y abrió el tomo por la página marcada, para volver a aquella otra parte de su vida.

–Consiguieron salvarse, ¿no?, los griegos -preguntó ella-. Y volver a su tierra.

–Aún no he llegado tan lejos -respondió Brunetti.

La voz de Paola adquirió un leve tono de impaciencia.

–Guido, desde que nos casamos, has leído a Jenofonte por lo menos dos veces. Si no sabes si consiguieron volver, es que o no prestabas atención o tienes los primeros síntomas de Alzheimer.

–Hago ver que no sé lo que pasa y así disfruto más -explicó él. Se puso las gafas, buscó el punto de lectura y empezó a leer.

Paola se quedó mirándolo un rato, se sirvió otro vasito de *grappa* y se lo llevó a su estudio, abandonando a su marido con los persas.

Como suele ocurrir en estos casos, no ocurría nada. No llegaban noticias del Ufficio Catasto ni del *signor* Rossi. En vista de ese silencio, y movido quizá por la superstición, Brunetti no se puso en contacto con los amigos que hubieran podido ayudarlo a poner en claro la situación legal de su casa. Avanzaba la primavera y, a medida que subían las temperaturas, los Brunetti pasaban más tiempo en la terraza. El quince de abril almorzaron por primera vez al aire libre, pero a la hora de la cena desistieron porque volvía a hacer fresco para estar fuera. El día se alargaba y, como no llegaban más noticias acerca de la dudosa legalidad del apartamento, los Brunetti emularon a los campesinos que viven en la falda de un volcán y, en cuanto deja de temblar la tierra, vuelven a cultivar sus campos, confiando en que los dioses que gobiernan esas cosas se olviden de ellos.

Con el cambio de estación, inundaban la ciudad más y más turistas que, a su vez, atraían a gran número de gitanos. Siempre se había atribuido a los gitanos el robo con escalo en las ciudades, pero ahora también se los acusaba de hurtos y delincuencia callejera, delitos que no afectaban sólo a los residentes sino también y muy especialmente a los turistas, la principal fuente de ingresos de la ciudad, por lo que se encomendó a Brunetti la tarea de buscar el medio de controlar las tropelías. Los carteristas eran muy jóvenes para ser procesados; se los detenía y conducía a la *questura*, donde se les pedía que se identificaran. Los pocos que llevaban documentación resultaban ser menores, a los que se amonestaba y ponía en libertad. Muchos volvían a ser detenidos al día siguiente y, la mayoría, antes de una semana. Dado que las únicas opciones viables que veía Brunetti eran la modificación de las leyes sobre delincuencia juvenil o la deportación de los delincuentes, se le hacía difícil redactar el informe.

Sentado a su escritorio, buscaba la manera de evitar obviedades, cuando sonó el teléfono.

–Brunetti -dijo, pasando a la tercera hoja de la lista de detenidos por hurto durante los dos últimos meses.

–¿Comisario? – preguntó una voz de hombre.

–Sí.

–Soy Franco Rossi.

Era el nombre más corriente que podía tener un veneciano, el equivalente de «John Smith», por lo que Brunetti tardó un momento en recorrer los distintos lugares en los que podía hallar un Franco Rossi, antes de llegar al Ufficio Catasto.

–Ah, hacía tiempo que esperaba recibir noticias tuyas, *signor Rossi* -mintió con desenvoltura. En realidad, él esperaba que el *signor Rossi* hubiera desaparecido de la faz de la Tierra, llevándose consigo el Ufficio Catasto y sus archivos-. ¿Alguna novedad?

–¿Sobre qué?

–El apartamento -dijo Brunetti, preguntándose sobre qué otra cosa hubiera podido esperar noticias del *signor Rossi*.

–No, nada -respondió Rossi-. El informe obra en poder de la oficina, que lo está estudiando.

–¿Puede decirme cuándo sabremos algo? – preguntó Brunetti con timidez.

–No. Lo siento, no hay manera de saber cuándo se pronunciarán -dijo Rossi con tono impersonal y concluyente.

Brunetti quedó momentáneamente admirado de la precisión con que esas palabras describían el funcionamiento de la mayoría de las oficinas de la ciudad con las que había tratado como policía y como ciudadano particular.

–¿Necesita más información? – preguntó, manteniendo el tono cortés, consciente de que algún día podía necesitar de la buena voluntad y hasta quizá de los buenos oficios del *signor Rossi*.

–Se trata de otra cosa -dijo Rossi-. Mencioné su nombre a cierta persona y me dijeron dónde trabajaba usted.

–¿Y en qué puedo ayudarle?

–Es sobre algo de aquí, de la oficina -dijo, y rectificó-: No exactamente aquí, porque ahora no estoy en la oficina, no sé si me entiende.

–¿Dónde está, *signor Rossi*?

–En la calle. Lo llamo por mi *telefonino*. No he querido llamarlo desde la oficina. – La voz de Rossi se alejó y cuando volvió decía-: por la índole de lo que tenía que decirle.

En tal caso, el *signor* Rossi hubiera hecho bien en no utilizar su *telefonino* como medio de comunicación, tan accesible al público como cualquier periódico.

–¿Es importante lo que tiene usted que decirme, *signor* Rossi?

–Sí, creo que sí -dijo Rossi en voz más baja.

–Entonces vale más que busque un teléfono público y vuelva a llamarme -propuso Brunetti.

–¿Cómo dice? – preguntó Rossi, alarmado.

–Que me llame desde un teléfono público, *signore*. Estaré esperando su llamada.

–¿Quiere decir que esta llamada no es segura? – preguntó Rossi, y Brunetti percibió en su tono aquella misma angustia que lo paralizó impidiéndole asomarse a la terraza del apartamento.

–Eso sería una exageración -dijo Brunetti con un tono que trató que fuera sereno y tranquilizador-. Pero, si llama desde un teléfono público, no habrá problemas, especialmente, si lo hace a mi número directo. – Dio el número a Rossi y luego lo repitió, mientras el joven, supuso él, lo anotaba.

–Necesito monedas o una tarjeta -dijo Rossi y, tras una pausa, a Brunetti le pareció que colgaba, pero al poco la voz volvió, y le pareció que Rossi decía-: Ahora lo llamo.

–Bien, aquí estaré -empezó a decir Brunetti, pero antes de terminar oyó el chasquido del teléfono.

¿Qué habría descubierto el *signor* Rossi en el Ufficio Catasto? ¿Pagos efectuados para que unos planos de una minuciosidad acusadora desaparecieran de una carpeta y fueran sustituidos por otros más ambiguos? ¿Sobornos a inspectores? La idea de que eso pudiera escandalizar a un funcionario induciéndolo a llamar a la policía, resultaba hilarante para Brunetti. ¿En qué estarían pensando los del Ufficio Catasto para contratar a semejante ingenuo?

Durante unos minutos, mientras esperaba la llamada de Rossi, Brunetti consideró las ventajas que podría reportarle ayudar al *signor* Rossi en el asunto que hubiera descubierto. No sin cierto remordimiento -aunque muy leve-, descubrió que tenía el propósito de utilizar al *signor* Rossi. Haría cuanto estuviera en su mano para ayudar al joven. Dedicaría especial atención al problema que tuviera, a fin de

que el otro quedara en deuda con él. Así, cualquier favor que pudiera pedir a cambio correría de su cuenta, no de la del padre de Paola.

Esperó diez minutos, pero el teléfono no sonó. Al cabo de media hora, Brunetti llamó a la *signorina* Elettra, la secretaria de su superior, para preguntarle si quería que le subiera las fotos y la lista de las joyas que habían sido halladas en el continente, en la caravana de uno de los adolescentes gitanos detenidos hacía dos semanas. La madre afirmaba que las joyas eran suyas, que pertenecían a la familia desde hacía varias generaciones. En vista del valor de las piezas, ello no parecía probable. Una de ellas, según constaba a Brunetti, había sido identificada por una periodista alemana, de cuyo apartamento había sido robada hacía más de un mes.

Miró el reloj y vio que eran más de las cinco.

—No, *signorina*, no se moleste. Lo dejaremos para mañana.

—Bien, comisario. Puede recogerlas al llegar, si lo desea. — Ella hizo una pausa y Brunetti oyó ruido de papeles al otro extremo de la línea-. Si no manda nada más, me iré a casa.

—¿Y el *vicequestore*? -preguntó Brunetti, sorprendido de que ella se atreviera a marcharse más de una hora antes del término de la jornada.

—Esta tarde no ha venido -respondió la mujer con voz neutra-. Ha dicho que almorzaba con el *questore*, y creo que después iban a su despacho.

Brunetti se preguntó qué se traería entre manos su superior. Las incursiones de Patta en los círculos del poder rara vez tenían buenas consecuencias para sus subordinados. Generalmente, sus alardes de iniciativa se plasmaban en planes y directrices que se trazaban con minuciosidad e imponían con rigor y después se abandonaban por superfluos o inoperantes.

Brunetti dio las buenas tardes a la *signorina* Elettra y colgó. Durante las dos horas siguientes, esperó a que sonara el teléfono. Finalmente, poco después de las siete, salió de su despacho y bajó a la oficina de los agentes.

En el mostrador de guardia estaba Pucetti, con un libro delante y la barbilla apoyada en los puños.

—¿Pucetti? — dijo Brunetti al entrar.

El joven levantó la cabeza y, al ver a Brunetti, se puso en pie al instante. Brunetti observó con agrado que, por primera vez desde que trabajaba en la *questura*, Pucetti había conseguido dominar el impulso de cuadrarse.

–Me voy a casa, Pucetti. Si me llama alguien, haga el favor de darle el número de mi casa y decirle que me llame allí.

–Sí, señor -dijo el joven, y esta vez sí se cuadró.

–¿Qué está leyendo? – preguntó Brunetti.

–En realidad, no estoy leyendo, comisario. Estoy estudiando. Es una gramática.

–¿Una gramática?

–Sí, señor. Rusa.

Brunetti miró la página. Efectivamente, estaba cubierta de caracteres cirílicos.

–¿Por qué estudia ruso? – inquirió Brunetti-. Si me permite la pregunta.

–Desde luego, comisario -dijo Pucetti con una leve sonrisa-. Mi novia es rusa y me gustaría hablarle en su lengua.

–No sabía que tuviera novia, Pucetti -dijo Brunetti, pensando en los miles de prostitutas rusas que inundaban la Europa Occidental y procurando mantener la voz neutra.

–Sí, señor -dijo el joven ensanchando la sonrisa.

–¿Qué hace en Italia? ¿Trabaja? – aventuró Brunetti.

–Enseña ruso y matemáticas en el instituto de mi hermano pequeño. Allí la conocí.

–¿Cuánto hace que la conoce?

–Seis meses.

–Parece que la cosa va en serio.

Nuevamente, el joven sonrió y la dulzura de su expresión sorprendió a Brunetti.

–Creo que sí, señor. Su familia vendrá a Italia este verano y ella quiere que me conozcan.

–Y usted estudia -dijo Brunetti señalando el libro con la barbilla. Pucetti se pasó la mano por el pelo.

–Ella dice que a sus padres no les gusta que se case con un policía. Tanto el padre como la madre son médicos. Así que he pensado que, si

puedo decirles aunque no sea más que unas palabras, les causaré buena impresión. Ya que ellos no hablan ni alemán ni inglés, si les hablo en ruso, verán que no soy un poli tarugo.

–Buena idea. Bien, lo dejo con su gramática.

Al dar media vuelta para marcharse, Brunetti oyó a su espalda la voz de Pucetti que decía:

–*Da svidania.*

Como no sabía ruso, el comisario tuvo que contentarse con decir «Buenas noches» antes de dirigirse hacia la salida. Ella enseñaba matemáticas y Pucetti estudiaba ruso para congraciarse con los padres. Mientras caminaba hacia su casa, Brunetti, pensando en esto, se preguntaba si, en el fondo, él mismo no sería sino un poli tarugo.

El viernes Paola no iba a la universidad y, generalmente, dedicaba la tarde a preparar una cena especial. Toda la familia la esperaba con expectación, y la de aquella noche no los defraudó. Paola había traído de la carnicería que estaba detrás del mercado de frutas y verduras una pierna de cordero, que había hecho con patatitas, *zucchini trifolati* y zanahorias tiernas en una salsa perfumada de romero y tan dulce que Brunetti no hubiera tenido inconveniente en tomarla de postre, de no ser porque había peras al vino blanco.

Después de la cena, Brunetti se quedó en su sofá, como una ballena varada en la playa, con unas gotas de armañac, apenas algo más que un soplo aromático, en una copita minúscula.

Paola, después de enviar a los chicos a estudiar con las consabidas amenazas, se reunió con él y, sin tanto remilgo, se sirvió un buen trago de armañac.

–Qué bueno -dijo después del primer sorbo.

Como en sueños, Brunetti dijo:

–¿Sabes quién me ha llamado hoy?

–¿Quién?

–Franco Rossi. El del Ufficio Catasto.

Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca.

–Ay, Dios, y yo que creí que ese asunto estaba enterrado y olvidado.

– Y, tras una pausa -: ¿Qué te ha dicho?

–No llamaba por lo del apartamento.

–¿Y por qué iba a llamarte si no? – Antes de que él pudiera responder-: ¿Te ha llamado al despacho?

–Sí, eso es lo curioso. Cuando estuvo aquí, no sabía que yo era policía. Me preguntó, es decir, vino a preguntarme lo que hacía y yo sólo le dije que había estudiado Derecho.

–¿Normalmente haces eso?

–Sí. – Él no dio más explicaciones ni ella las pidió.

–¿Y lo averiguó después?

–Eso me ha dicho. Lo supo por un conocido.

–¿Qué quería?

–No lo sé. Llamaba por el *telefonino* y como parecía que iba a decirme algo confidencial, le he sugerido que me llamara desde una cabina.

–¿Y?

–No me ha llamado.

–Habrá cambiado de idea.

Brunetti se encogió de hombros en la medida en que puede encogerse de hombros un hombre que está atiborrado de cordero y tumbado en un sofá.

–Si es algo importante, volverá a llamar -dijo ella.

–Supongo -dijo Brunetti. Pensó en servirse otra pizca de armañac, pero se quedó dormido media hora. Cuando despertó, el recuerdo de Franco Rossi se había borrado de su mente, pero el deseo de aquel sorbito de armañac antes de salir al pasillo, camino de la cama, persistía.

Tal como temía Brunetti, aquel lunes le llegó el resultado del almuerzo del *vicequestore* Patta con el *questore*. Recibió la llamada a eso de las once, poco después de la llegada de Patta a la *questura*.

–*Dottore...* -La *signorina* Elettra lo llamaba desde la puerta del despacho y, al levantar la cabeza, la vio allí de pie, con una carpeta azul en la mano. Durante un momento, se preguntó si ella habría elegido aquella carpeta para que hiciera juego con el color del vestido.

–Ah, buenos días, *signorina* -dijo invitándola a acercarse con un ademán-. ¿Es la lista de las joyas robadas?

–Sí, y las fotos -respondió ella entregándole la carpeta-. El *vicequestore* me ha pedido que le diga que le gustaría hablar con usted esta mañana. – En su voz no había indicio de que el mensaje encerrara peligro alguno, por lo que Brunetti se limitó a mover la cabeza de arriba abajo, dándose por enterado. Ella se quedó frente a la mesa mientras el comisario abría la carpeta. Grapadas a la hoja había cuatro fotos en color, cada una, de una alhaja, tres sortijas y una pulsera de oro muy trabajada que llevaba lo que parecía una hilera de pequeñas esmeraldas.

–Parece que la dueña estaba preparada para que la robaran -dijo Brunetti, sorprendido de que alguien se tomara la molestia de obtener de unas joyas lo que parecían fotos de estudio y sospechando de inmediato un fraude al seguro.

–¿Y no lo está todo el mundo? – preguntó ella.

Brunetti la miró sin disimular la sorpresa.

–¿No hablará en serio, *signorina*?

–Quizá no debería decirlo, especialmente trabajando aquí, pero sí, es en serio. – Sin darle tiempo a preguntar, agregó:- La gente no se recata de comentarlo.

–Aquí hay menos criminalidad que en cualquier otra ciudad de Italia. No hay más que ver las estadísticas.

Ella no puso los ojos en blanco sino que se contentó con decir:

–¿No creerá que las estadísticas reflejan la realidad, *dottore*?

–¿Qué quiere decir?

–¿Cuántos atracos y robos se denuncian realmente?

–Como le decía, he visto las estadísticas. Las hemos visto todos.

–Esas estadísticas no reflejan los delitos. Y usted debería saberlo. –

Como Brunetti no respondiera a la provocación, ella preguntó:- ¿Acaso imagina que la gente se molesta en denunciar todos y cada uno de los delitos que se cometen?

–Quizá todos no, la mayoría.

–Pues yo estoy segura de que la gente no denuncia -dijo ella encogiéndose de hombros con un gesto que suavizaba su postura pero no el tono de su voz.

–¿Puede decirme en qué se basa para creerlo así? – preguntó Brunetti dejando la carpeta en la mesa.

–Sé de tres personas a las que han entrado a robar en sus casas durante los últimos meses que no han presentado denuncia. – Esperó a que Brunetti dijera algo, pero él callaba y entonces agregó:- No. Uno lo denunció. Fue al puesto de *carabinieri* de San Zaccaria, y el sargento le dijo que volviera al día siguiente, porque el teniente no estaba y era el único que se encargaba de las denuncias de robo.

–¿Y volvió?

–Claro que no. ¿Por qué molestarse?

–¿No es una actitud negativa, *signorina*?

–Claro que es negativa -replicó ella con más descaro del que habitualmente se permitía cuando hablaba con él-. ¿Qué actitud espera que tenga? – La aspereza de su tono hizo que se enfriase el cálido clima que solía generar su presencia, dejando a Brunetti con aquella sensación de fatiga y tristeza que le producían sus discusiones con Paola. Tratando de dominarla, miró las fotos y preguntó:

–¿Cuál es la joya que tenía la gitana?

La *signorina* Elettra, alegrándose a su vez del giro de la conversación, se inclinó sobre las fotos y señaló la pulsera.

–La dueña la ha identificado. Además, tiene la factura con la descripción. No creo que eso sirva de mucho, pero dijo que la tarde del robo vio a tres gitanos en *campo* San Fantin.

–No -convino Brunetti-. No servirá de nada.

–¿Y qué es lo que puede servir de algo? – preguntó ella con acento retórico.

En circunstancias normales, Brunetti hubiera hecho una observación banal en el sentido de que la ley era la misma para los gitanos y para los que no lo eran, pero ahora no quería arriesgarse a destruir la armonía que se había restablecido entre ambos y se limitó a preguntar:

—¿Cuántos años tiene el chico?

—La madre dice que quince, pero, por supuesto, no hay papeles, ni certificado de nacimiento, ni de estudios, por lo que también podría tener dieciocho. Y, mientras ella diga que tiene quince, no se le puede procesar y durante varios años más el chico podrá seguir haciendo impunemente todo lo que se le antoje. — De nuevo, Brunetti advirtió la llamarada de indignación y procuró zafarse.

—Humm -dijo cerrando la carpeta-. ¿De qué quiere hablarme el *vicequestore*? ¿Tiene usted alguna idea?

—Probablemente, de algo que haya surgido en su entrevista con el *questore*. -Su voz no revelaba nada.

Brunetti suspiró audiblemente y se puso en pie. Aunque el tema de los gitanos no estaba zanjado, bastó aquel suspiro para hacerla sonreír.

—De verdad, *dottore*, no tengo ni la menor idea. Sólo me ha pedido que le diga que desea hablar con usted.

—Iré a ver qué quiere. — Se paró en la puerta para dejarla pasar y, juntos, bajaron la escalera, camino del despacho de Patta.

Cuando llegaron al pequeño antedespacho que ella ocupaba, estaba sonando el teléfono, y la mujer se inclinó por encima de la mesa para contestar.

—Despacho del *vicequestore* Patta -dijo-. Sí, *dottore*, ahora mismo le paso. — Pulsó un botón del costado del teléfono y colgó. Miró a Brunetti y señaló la puerta de Patta-. El alcalde. Tendrá usted que esperar a que... -Volvió a sonar el teléfono. Por la rápida mirada que ella le lanzó al contestar, Brunetti comprendió que era una llamada personal, por lo que tomó el *Gazzettino* de aquella mañana que estaba doblado encima de la mesa y se acercó a la ventana. Volvió la cabeza un instante y sus miradas se cruzaron. Ella sonrió, hizo girar el sillón, se acercó el aparato a la boca y empezó a hablar. Brunetti salió al pasillo.

Lo que tenía en la mano era la segunda sección del periódico, que no había tenido tiempo de leer aquella mañana. La mitad superior de la

primera página estaba dedicada al examen -era tal la desgana con que se hacía que no se le podía llamar investigación- del proceso por el que se había adjudicado el contrato para la reconstrucción del teatro de La Fenice. Al cabo de años de discusiones, acusaciones y contraacusaciones, incluso los pocos que aún eran capaces de llevar cuenta de la cronología habían perdido todo interés por los hechos y toda esperanza en la prometida reconstrucción. Brunetti desdobló el periódico y miró los artículos de la mitad inferior de la página.

A la izquierda había una foto. La cara le resultaba familiar, pero no supo de qué hasta que leyó el epígrafe: «Francesco Rossi, inspector del Ayuntamiento, en coma a consecuencia de una caída desde un andamio.»

La mano de Brunetti apretó las páginas del periódico. Su mirada se desvió un momento y volvió al pie de la foto.

El sábado por la tarde, Francesco Rossi, inspector que presta sus servicios en el Ufficio Catasto, se cayó desde el andamiaje de un edificio de Santa Croce, mientras inspeccionaba unas obras de restauración. Rossi fue conducido a la sala de Urgencias del Ospedale Civile, donde permanece ingresado con pronóstico reservado.

Desde mucho antes de ser policía, Brunetti había dejado de creer en la casualidad. Él sabía que las cosas ocurrían a consecuencia de otras cosas. Desde que era policía, había dado por sentado, además, la convicción de que la relación entre los hechos, por lo menos, los hechos que él debía tomar en consideración, rara vez era fortuita. Franco Rossi no había causado una gran impresión en Brunetti, aparte de aquel momento de casi pánico en el que había levantado la mano en actitud defensiva, como para rechazar la invitación de Brunetti a salir a la terraza, para echar un vistazo a las ventanas del piso de abajo. En aquel instante, y sólo durante aquel instante, había dejado de ser el funcionario metódico y gris capaz de hacer poco más que recitar las normas de su departamento y se había convertido, para Brunetti, en un hombre como él mismo, con las debilidades que a todos nos hacen humanos.

Brunetti no creyó ni por un momento que Franco Rossi hubiera *caído* del andamio. Ni perdió el tiempo en considerar la posibilidad de que la frustrada llamada telefónica de Rossi estuviera relacionada con

un incidente sin importancia de su oficina, por ejemplo, que hubiera descubierto a alguien que tratara de hacer aprobar un permiso de obra de forma irregular.

Con esa certidumbre en su mente, Brunetti volvió a entrar en el despacho de la *signorina* Elettra y dejó el periódico en su mesa. Ella aún estaba vuelta de espaldas y se reía suavemente. Sin molestarse en atraer su atención y sin pensar ni un momento en la llamada de Patta, Brunetti salió de la *questura* camino del Ospedale Civile.

OceanofPDF.com

Mientras se acercaba al hospital, Brunetti se puso a pensar, casi sin darse cuenta, en las veces en que su trabajo lo había llevado allí, aunque recordando menos a las personas a las que había venido a ver que el hecho de haber cruzado, como el Dante, los anchos portales tras los cuales moraban el sufrimiento, la desesperanza y la muerte. Con los años, había llegado a intuir que, por grande que fuera el dolor físico, el sufrimiento moral que lo acompañaba podía ser mucho mayor. Movi6 la cabeza para ahuyentar esos pensamientos, resistiéndose a entrar en el hospital ya con tan tenebrosas cavilaciones.

Brunetti se detuvo ante la mesa del portero, para preguntar d6nde pod6a encontrar a Franco Rossi, que hab6a sufrido una ca6da durante el fin de semana. El portero, un hombre de barba oscura cuyo semblante le era vagamente familiar, le pregunt6 si sab6a en qu6 secci6n estaba ingresado. Brunetti supon6a que en Cuidados Intensivos. El hombre hizo una llamada, habl6 unos momentos e hizo otra llamada. Habl6 brevemente, colg6 y dijo a Brunetti que el *signor* Rossi no estaba en Cuidados Intensivos ni en Urgencias.

–¿En Neurolog6a entonces? – sugiri6 Brunetti.

Con los movimientos sosegados y seguros, fruto de una larga experiencia, el portero marc6 otro n6mero de memoria, con el mismo resultado.

–¿D6nde puede estar? – pregunt6 Brunetti.

–¿Seguro que lo trajeron aqu6?

–Es lo que pon6a *Il Gazzettino*.

Si el acento del portero no hubiera ya dicho a Brunetti que el hombre era veneciano, se lo hubiera revelado la mirada que le lanz6. Pero s6lo dijo:

–¿Dice que fue una ca6da? – Al gesto de asentimiento de Brunetti, el hombre sugiri6: Preguntar6 en Traumatolog6a. – Nuevamente, marc6 un n6mero y dio el nombre de Rossi. La respuesta que recib6 le hizo lanzar a Brunetti una mirada r6pida. Escuch6 un momento, cubri6 el micr6fono con la palma de la mano y pregunt6: ¿Es familia?

–No.

–¿Un amigo?

Brunetti, sin dudarlo ni un momento, se atribuyó la categoría.

–Sí.

El portero dijo unas palabras más, escuchó y colgó. Miró el teléfono unos instantes y después a Brunetti.

–Lamento informarle de que su amigo ha muerto esta mañana.

Brunetti acusó el impacto, y a continuación sintió un asomo del dolor que hubiera experimentado de haber sido realmente un amigo del muerto. Pero sólo dijo:

–¿Traumatología?

El portero se encogió de hombros ligeramente, para distanciarse de la información recibida y transmitida.

–Dice que lo llevaron allí porque tenía los dos brazos rotos.

–Pero ¿de qué ha muerto?

El portero no respondió inmediatamente, rindiendo a la muerte su tributo de silencio.

–La enfermera no lo ha dicho. Quizá a usted le den más detalles.

¿Conoce el camino?

Brunetti lo conocía. Cuando se iba, el portero le dijo:

–Siento lo de su amigo, *signore*.

Brunetti asintió en señal de agradecimiento y cruzó los altos arcos del vestíbulo, insensible a su belleza. Con un deliberado esfuerzo de voluntad, se resistió a repasar, como las cuentas de un rosario de mitos, las historias que había oído contar acerca de la legendaria incompetencia del hospital. A Rossi lo habían llevado a Traumatología, y había muerto allí. Eso era lo único que ahora importaba.

Brunetti sabía que en Londres y en Nueva York se representaban los mismos espectáculos musicales durante años y años. El reparto cambiaba, nuevos intérpretes sustituían a los que se retiraban o se iban a otro teatro, pero el argumento y el vestuario eran los mismos, año tras año. A Brunetti le parecía que allí ocurría otro tanto: los pacientes cambiaban, pero el vestuario y el ambiente de amargura que los rodeaba permanecían invariables. Hombres y mujeres entraban y salían bajo los arcos o se acercaban al bar en bata y pijama, acarreando escayolas y muletas y, mientras se repetía el mismo argumento incesantemente, unos intérpretes cambiaban de papel y otros, como Rossi, hacían mutis.

Al llegar a Traumatología, Brunetti encontró en el rellano de la escalera a una enfermera que fumaba un cigarrillo. Cuando él se acercó, la mujer aplastó el cigarrillo en el vaso de papel que tenía en la otra mano y abrió la puerta del pasillo.

–Si me permite un momento -dijo Brunetti entrando rápidamente tras ella.

La enfermera arrojó el vaso de papel a una papelería metálica y se volvió.

–¿Sí? – dijo casi sin mirarlo.

–Se trata de Francesco Rossi. El portero me ha dicho que estaba aquí.

Ella lo miró más atentamente, y su profesional impenetrabilidad se diluyó, como si su relación con la muerte lo hiciera acreedor a mejor trato.

–¿Era familia?

–No, amigo.

–Lamento su pérdida -dijo la mujer, y no había en su voz tono profesional, sólo el sincero reconocimiento del sufrimiento humano.

Brunetti le dio las gracias y preguntó:

–¿Qué ocurrió?

La mujer empezó a caminar despacio y Brunetti la siguió suponiendo que lo llevaría a donde estaba Franco Rossi, su amigo Franco Rossi.

–Lo trajeron el sábado por la tarde -dijo ella-. Abajo, cuando lo reconocieron, vieron que tenía los dos brazos fracturados y lo enviaron aquí.

–Pero el diario decía que estaba en coma.

La mujer vaciló y, de pronto, empezó a andar más aprisa hacia unas puertas de vaivén que había al fondo del pasillo.

–De eso no puedo decirle nada, pero cuando lo subieron estaba inconsciente.

–¿Inconsciente de resultados de qué?

Ella no contestó inmediatamente, como si pensara en lo que podía revelar.

–Debió de darse un golpe en la cabeza al caer.

–¿De qué altura cayó? ¿Lo sabe usted?

Ella negó con la cabeza, empujó una puerta y la sujetó para que pasara él. Estaban en un vestíbulo con una mesa, ahora vacía, a un lado.

Al comprender que la mujer no iba a responderle, Brunetti preguntó:

–¿Era fuerte la contusión?

Pareció que ella iba a responder a la pregunta, pero sólo dijo:

–Eso tendrá que preguntarlo a un médico.

–¿Fue el golpe en la cabeza la causa de su muerte?

No estaba seguro, pero le parecía que, a cada pregunta suya, la actitud de la mujer se hacía más reservada y su voz, más profesional.

–También eso tendrá que preguntarlo a un médico.

–Pero sigo sin comprender por qué lo subieron aquí -insistió Brunetti.

–Por las fracturas de los brazos.

–Pero si tenía la cabeza... -empezó Brunetti. La enfermera dio media vuelta y fue hacia otra puerta de vaivén situada a la izquierda de la mesa.

Al llegar a la puerta, la mujer dijo por encima del hombro:

–Quizá eso puedan explicárselo abajo, en Urgencias. Pregunte por el doctor Carraro.

Brunetti bajó la escalera rápidamente. En Urgencias contó a la enfermera que era amigo de Franco Rossi, un hombre que había muerto después de haber sido examinado en la unidad, y preguntó si podía hablar con el doctor Carraro. Ella le pidió el nombre y le dijo que aguardara mientras hablaba con el médico. Él fue hacia una de las sillas de plástico alineadas junto a la pared y se sentó. De pronto, se sentía muy cansado.

Al cabo de unos diez minutos, un hombre con bata blanca empujó las puertas de la sala de curas, dio unos pasos hacia Brunetti y se paró, con las manos en los bolsillos. Evidentemente, esperaba que Brunetti fuera hacia él. Era bajo y se movía con el agresivo contoneo que adoptan muchos hombres de su talla. Tenía el pelo blanco y espeso, pegado a la cabeza con reluciente gomina y la cara colorada, pero más de alcohol que de salud. Brunetti, muy cortés, se levantó y se acercó al médico. Le sacaba por lo menos toda la cabeza.

–¿Quién es usted? – preguntó Carraro levantando la cabeza hacia su interlocutor, con toda una vida de resentimiento en la voz por tener que hacer ese gesto.

–Como ya le habrá dicho la enfermera, *dottore*, soy amigo del *signor* Rossi -dijo Brunetti a modo de presentación.

–¿Dónde está su familia?

–No lo sé. ¿Se les ha avisado?

El resentimiento del médico se trocó en irritación, provocada sin duda por la idea de que pudiera existir alguien tan ignorante como para pensar que él no tenía nada mejor que hacer que sentarse a llamar por teléfono a los parientes de los fallecidos. En lugar de contestar, preguntó:

–¿Qué desea?

–Conocer la causa de la muerte del *signor* Rossi -respondió Brunetti con voz calma.

–¿Es acaso asunto suyo?

En el hospital estaban faltos de personal, según recordaba con frecuencia *Il Gazzettino* a sus lectores. El hospital estaba lleno, y muchos de los médicos hacían jornadas muy largas.

–¿Estaba usted de guardia cuando lo trajeron, *dottore*?-preguntó Brunetti a modo de respuesta.

–Le he preguntado quién es usted -dijo el médico alzando la voz.

–Guido Brunetti -respondió con calma el comisario-. Me he enterado por el periódico de que el *signor* Rossi había sido ingresado en el hospital, he venido a ver cómo se encontraba, el portero me ha dicho que había muerto, y por eso estoy aquí.

–¿Para qué?

–Para averiguar la causa de su muerte -dijo Brunetti, y añadió:- entre otras cosas.

–¿Qué otras cosas? – inquirió el médico, mientras la cara se le teñía de un color que no hacía falta ser médico para ver que era peligroso.

–Repito, *dottore* -dijo Brunetti con una sonrisa afectadamente cortés-, deseo conocer la causa de la muerte.

–¿Ha dicho que era un amigo, verdad?

Brunetti asintió.

–En tal caso, no tiene ningún derecho a preguntar. La causa de la muerte no se puede decir más que a los parientes inmediatos.

Como si el médico no hubiera hablado, Brunetti preguntó:

–¿Cuándo se hará la autopsia, *dottore*?

–¿La qué? – preguntó Carraro con énfasis, ante lo absurdo de la pregunta. Como Brunetti no respondía, el médico dio media vuelta y empezó a alejarse, haciendo patente con su contoneo el desprecio del profesional hacia la estupidez del profano.

–¿Cuándo se hará la autopsia? – repitió Brunetti, ahora omitiendo el tratamiento de Carraro.

El hombre giró sobre sus talones, no sin cierto aire melodramático en el movimiento y caminó rápidamente hacia Brunetti.

–Aquí se hará lo que la dirección del hospital decida, *signore*. Y no creo que vaya usted a contar para nada en esa decisión. – A Brunetti lo dejaba indiferente el furor de Carraro; sólo le interesaba la causa que lo había provocado.

Sacó la billetera del bolsillo, extrajo su credencial y, sosteniéndola por una punta la acercó a Carraro, procurando situarla a una altura que obligara al otro a levantar la cabeza para leerla. El médico agarró la tarjeta, la bajó y la miró atentamente.

–¿Cuándo se hará la autopsia, *dottore*?

Carraro mantenía la cabeza inclinada sobre la credencial de Brunetti, como si por el acto de leer la inscripción pudiera cambiar el significado. Le dio la vuelta, miró el reverso y lo encontró tan vacío de información útil como de respuesta lo estaba su mente. Al fin miró a Brunetti y preguntó con una voz en la que la suspicacia había sustituido a la arrogancia:

–¿Quién les ha llamado?

–No creo que importe por qué estamos aquí -respondió Brunetti, manteniendo el plural, con intención de sugerir un hospital lleno de policías que requisaban fichas, radiografías y gráficos e interrogaban a enfermeras y pacientes, decididos a descubrir la causa de la muerte de Franco Rossi-. ¿No basta con que estemos?

Carraro devolvió la credencial a Brunetti y dijo:

–Aquí abajo no tenemos aparato de rayos X, por lo que, cuando vimos cómo tenía los brazos, lo enviamos a Radiología y, después, a

Traumatología. Era lo natural. Lo mismo hubiera hecho cualquier médico. – «Cualquier médico del Ospedale Civile», pensó Brunetti, pero se calló.

–¿Los tenía rotos?

–Claro que los tenía rotos, los dos, el derecho, por dos sitios. Lo enviamos arriba para que lo escayolaran. Otra cosa no podíamos hacer. Era el procedimiento normal. Después ellos hubieran podido enviarlo a otra sección.

–¿Por ejemplo, a Neurología? – preguntó Brunetti.

Por toda respuesta, Carraro se encogió de hombros.

–Perdone, *dottore* -dijo Brunetti con meloso sarcasmo-, no he oído su respuesta.

–Sí. Hubieran podido enviarlo a Neurología.

–¿Observó usted alguna lesión que indicara que debía ser enviado a Neurología? ¿Lo mencionaba en su informe?

–Creo que sí -dijo Carraro evasivamente.

–¿Lo cree o le consta? – preguntó Brunetti.

–Me consta -reconoció Carraro finalmente.

–¿Mencionaba usted la lesión de la cabeza? ¿Como de una caída? – preguntó Brunetti.

–Está en el informe -asintió Carraro.

–Pero ¿usted lo envió a Traumatología?

Carraro volvió a enrojecer violentamente con una cólera súbita. Brunetti se preguntaba lo que sería tener la salud en las manos de aquel hombre.

–Tenía los brazos fracturados y decidí que había que reducir las fracturas antes de que entrara en shock, por eso lo envié a Traumatología. Enviarlo después a Neurología era responsabilidad de ellos.

–¿Y?

Ante los ojos de Brunetti, el médico se convirtió en el típico burócrata que rehuye toda responsabilidad, al rechazar la idea de que cualquier sospecha de negligencia pudiera recaer en él antes que en quienes habían tratado realmente a Rossi.

–Si en Traumatología se lo quedaron en lugar de enviarlo a otra sección para que le aplicaran otro tratamiento, no es asunto mío.

Debería usted hablar con ellos.

–¿Era muy grave la lesión de la cabeza?

–Yo no soy neurólogo -respondió Carraro de inmediato, tal como esperaba Brunetti.

–Hace un momento, ha dicho usted que anotó la lesión en el informe.

–Sí, está anotada -dijo Carraro.

Brunetti estuvo tentado de decirle que su presencia allí no estaba relacionada con una posible acusación de negligencia, pero dudaba de que Carraro lo creyera o, si lo creía, que ello le hiciera modificar su actitud. En su carrera había tratado con muchos sectores de la burocracia y una larga y amarga experiencia le había enseñado que sólo los militares, la mafia y, quizá, la Iglesia podían compararse con la profesión médica en espíritu corporativo, aun en detrimento de la justicia, la verdad y hasta la vida.

–Muchas gracias, *dottore* -dijo Brunetti terminando la conversación con una brusquedad que sorprendió visiblemente a su interlocutor-. Me gustaría verlo.

–¿A Rossi?

–Sí.

–Está en el depósito -dijo Carraro con una voz tan fría como el lugar aludido-. ¿Conoce el camino?

–Sí.

Brunetti tuvo que salir al patio principal del hospital para dirigirse al *obitorio*, lo que le permitió gozar de una breve visión de cielo y árboles en flor. Pensó que le gustaría poder guardar en la retina la imagen de aquellas nubes blancas vislumbradas por entre las flores rosa. Entró en el estrecho pasillo del depósito un tanto inquieto al darse cuenta de lo bien que conocía el camino hacia la muerte.

En la puerta, el empleado lo reconoció y lo saludó con un movimiento de la cabeza. Era un hombre que, tras décadas de tratar con muertos, se había contagiado de su silencio.

–Franco Rossi -dijo Brunetti por toda explicación.

Con otro movimiento de la cabeza, el hombre dio media vuelta y llevó a Brunetti a la sala en la que estaban las mesas con las figuras tapadas con sábanas. El empleado fue hasta un extremo de la sala y se paró junto a una de las mesas, pero no hizo ademán de levantar la sábana. Brunetti miró la figura: la pirámide de la nariz, el declive del mentón, una superficie desigual, limitada por los dos promontorios de los brazos escayolados y, finalmente, dos largos tubos que terminaban en el borde de la sábana, del que asomaban los pies.

–Era un amigo -dijo Brunetti, hablando quizá consigo mismo, y descubrió la cara.

La hendidura de encima del ojo izquierdo estaba morada y rompía la simetría de la frente, extrañamente aplanada, como aplastada por la palma de una mano enorme. Por lo demás, la misma cara, corriente e insípida. Paola le dijo una vez que su ídolo, Henry James, había llamado a la muerte «el toque de distinción», pero lo que Brunetti contemplaba ahora no tenía nada de distinguido: era anodino, anónimo, frío.

Tapó la cara de Rossi, preguntándose en qué medida lo que estaba allí era Rossi y, si Rossi ya no estaba, por qué aquellos restos merecían tanto respeto.

–Gracias -dijo al empleado al marcharse. Su reacción al sentir el calor del patio fue completamente animal. Casi notó cómo se le suavizaba el vello de la nuca. Pensó en ir a Traumatología, a ver qué justificación le daban, pero la imagen de la magullada cara de Rossi lo

perseguía, y lo que más deseaba en aquel momento era salir del hospital. Cedió al deseo y se marchó. Se paró otra vez en la puerta, ahora mostrando la credencial, y pidió la dirección de Rossi.

El portero la encontró rápidamente y anotó el número de teléfono. Era un número bajo de Castello. Brunetti preguntó al portero si sabía por dónde caía y el hombre dijo que creía que debía de estar por Santa Giustina, cerca de la tienda que había sido la Clínica de Muñecas.

—¿Ha venido alguien preguntando por él?

—Mientras yo he estado aquí, nadie, comisario. Pero el hospital habrá avisado a la familia y ya sabrán adonde dirigirse.

Brunetti miró el reloj. Casi la una, pero dudaba de que aquel día la familia de Rossi, si la tenía, observara la hora del almuerzo. Él sabía que el fallecido trabajaba en el Ufficio Catasto y que había muerto a consecuencia de una caída. Aparte de eso, sólo sabía lo poco que había deducido durante su breve entrevista y su aún más breve conversación telefónica. Rossi era cumplidor y tímido, casi el prototipo del burócrata concienzudo. Y, cuando Brunetti lo invitó a salir a la terraza, se había petrificado como la mujer de Lot.

Brunetti bajó por Barbaria delle Tolle, en dirección a San Francesco della Vigna. A su derecha, el verdulero del peluquín estaba cerrando el puesto y extendía una tela verde sobre las cajas de fruta y verdura, con un ademán que hizo pensar a Brunetti, con inquietud, en cómo él mismo había cubierto la cara de Rossi con la sábana. Alrededor, las cosas mantenían el curso normal. La gente se iba a casa a almorzar, la vida seguía.

Le fue fácil encontrar la dirección, a la derecha del *campo*, dos puertas más allá de una nueva agencia inmobiliaria. Rossi, Franco se leía en una estrecha placa de latón junto al timbre del primer piso. Pulsó el timbre, esperó, volvió a pulsar, pero no hubo respuesta. Llamó al segundo con el mismo resultado y finalmente probó en la planta baja.

Al cabo de un momento, una voz de hombre contestó por el interfono:

—¿Quién es?

—Policía.

La pausa habitual y la voz dijo:

–Ya va.

Brunetti se quedó esperando el chasquido que abriera la gran puerta de la calle, pero en su lugar oyó ruido de pasos y la puerta se abrió manualmente. Vio ante sí a un hombre de baja estatura, aunque en un primer momento no se hacía evidente su verdadera talla, ya que estaba encima del alto escalón destinado a proteger el vestíbulo del *acqua alta*. El, hombre tenía una servilleta en la mano derecha y miraba a Brunetti con la suspicacia inicial a la que éste ya estaba habituado. Usaba unas gafas de cristales gruesos y -según observó el comisario- tenía una mancha, probablemente, de salsa de tomate, a la izquierda de la corbata.

–¿Sí? – preguntó sin sonreír.

–Se trata del *signor* Rossi -dijo Brunetti.

Al oír el nombre de Rossi, el hombre suavizó la expresión y se inclinó para acabar de abrir la puerta.

–Disculpe, debí hacerle pasar. Tenga la bondad. – Se hizo a un lado para dejar espacio a Brunetti en el pequeño zaguán y extendió la mano como para estrechar la de Brunetti. Al ver que aún tenía en ella la servilleta, rápidamente, se la llevó a la espalda. Adelantó el cuerpo cerrando la puerta con la otra mano y se volvió hacia Brunetti.

–Por favor, pase -dijo yendo hacia una puerta abierta a la mitad del corredor, frente a la escalera que conducía a los pisos superiores.

Brunetti se detuvo en la puerta, para dejar entrar al hombre y lo siguió. Había un pequeño vestíbulo, de poco más de un metro de ancho, del que partían dos escalones, otra prueba de la inquebrantable confianza de los venecianos en su capacidad para burlar las mareas que roen constantemente los cimientos de la ciudad. La habitación a la que conducían los escalones era limpia, ordenada y sorprendentemente clara, para un apartamento situado en un *piano rialzato*. Brunetti observó una serie de cuatro ventanas altas que daban a un canal ancho al otro lado del cual se extendía un gran jardín.

–Perdone, estaba comiendo -dijo el hombre arrojando la servilleta a la mesa.

–Lamento haberlo interrumpido -se disculpó Brunetti.

–Ya terminaba -dijo el hombre. Aún tenía una abundante ración de pasta en el plato, a la izquierda del cual había un periódico abierto-. No

importa -insistió conduciendo a Brunetti hacia el centro de la habitación, hasta un sofá encarado a las ventanas-. ¿Desea tomar algo? – preguntó-. ¿Un ombra?

En aquel momento, nada apetecía a Brunetti tanto como un vasito de vino, pero rehusó. Luego tendió la mano y se presentó.

–Marco Caberlotto -respondió el hombre estrechándole la mano.

Se sentaron. Brunetti, en el sofá; y Caberlotto, frente a él.

–¿Qué hay de Franco? – dijo el hombre.

–¿Sabe ya que estaba en el hospital? – preguntó Brunetti, a modo de respuesta.

–Sí; lo he leído esta mañana en *Il Gazzettino*. Pienso ir a verlo en cuanto acabe de almorzar -dijo Caberlotto señalando la mesa en la que se le enfriaba la pasta-. ¿Cómo está?

–Lamento traerle malas noticias -dijo Brunetti utilizando la fórmula preparatoria que tan habitual se le había hecho durante las últimas décadas. Cuando vio que Caberlotto comprendía, agregó-: Ha fallecido esta mañana sin salir del coma.

Caberlotto murmuró algo entre dientes y se llevó los dedos a los labios.

–No lo sabía. Pobre muchacho.

Brunetti dejó pasar un momento antes de preguntar suavemente:

–¿Lo conocía bien?

En vez de contestar, Caberlotto preguntó:

–¿Es cierto que se cayó? ¿Que se cayó y se hirió en la cabeza?

Brunetti asintió.

–¿Se cayó? – insistió Caberlotto.

–Sí. ¿Por qué lo pregunta?

Tampoco esta vez respondió directamente Caberlotto.

–Ah, pobre muchacho -repitió meneando la cabeza-. Nunca hubiera pensado que podía ocurrirle una cosa así. Era siempre tan prudente.

–¿Se refiere en su trabajo?

Caberlotto miró fijamente a Brunetti y dijo:

–No. En todo. Era... en fin, era muy prudente. Una parte del trabajo de esa oficina en la que trabajaba consiste en salir a vigilar las obras, pero él prefería quedarse en el despacho, trabajando con los planos y los proyectos, viendo cómo se construían los edificios o cómo

quedarían una vez restaurados. Él decía que esa parte de su trabajo era la que le gustaba.

Recordando la visita que Rossi había hecho a su casa, Brunetti dijo:

–Pero yo tenía entendido que una parte de su trabajo consistía en hacer visitas, para detectar obras ilegales.

Caberlotto se encogió de hombros.

–Ya sé que a veces tenía que hacer visitas, pero mi impresión es que lo hacía más que nada para tener la ocasión de hablar con los propietarios y explicarles la situación. – Caberlotto hizo una pausa, quizá tratando de recordar sus conversaciones con Rossi, pero luego agregó: Yo no lo conocía muy bien. Éramos vecinos, y a veces nos parábamos a charlar en la calle o tomábamos una copa juntos. Y fue entonces cuando me dijo que le gustaba estudiar los planos.

–Decía usted que era una persona muy prudente -apuntó Brunetti.

–Lo era en todo -dijo Caberlotto, y el recuerdo casi lo hizo sonreír-. Yo solía bromear con él. Nunca bajaba la escalera con una caja en las manos. Decía que necesitaba ver dónde ponía los pies. – Se detuvo, como tratando de decidir si seguía hablando, y así lo hizo-. Un día, le estalló una bombilla y me llamó para pedirme el nombre de un electricista. Yo le pregunté qué le ocurría y cuando me lo explicó le dije que podía cambiar la bombilla él mismo. Lo único que hay que hacer es pegar a un cartón cinta adhesiva doblada para que pegue por los dos lados, introducir el cartón en el casquillo y hacerlo girar. Pero él dijo que le daba miedo tocarlo. – Caberlotto calló.

–¿Qué ocurrió? – instó Brunetti.

–Era domingo, por lo que hubiera sido imposible hacer venir a alguien. Así que subí a arreglarlo. No tuve más que cortar la corriente y sacar la bombilla rota. – Miró a Brunetti e hizo girar la mano derecha-. Hice lo que le había dicho, usando la cinta adhesiva y enseguida salió la bombilla. Tardé cinco segundos. Pero él nunca lo hubiera hecho. Hubiera tenido la habitación a oscuras hasta que hubiera podido traer a un electricista. – Lanzó a Brunetti una mirada rápida y sonrió-. En realidad, no es que tuviera miedo. Era su manera de ser.

–¿Estaba casado? – preguntó Brunetti.

Caberlotto movió la cabeza negativamente.

–¿Novia?

–Tampoco.

De haber tenido más confianza con Caberlotto, Brunetti le hubiera preguntado por un posible novio.

–¿Y sus padres?

–No sé si aún viven. En cualquier caso, no residen en Venecia, desde luego. Nunca hablaba de ellos, y pasaba todas las fiestas aquí.

–¿Amigos?

Caberlotto reflexionó.

–A veces, lo veía con otras personas en la calle. O tomando una copa. Ya sabe lo que es eso. Pero no recuerdo a nadie en particular, ni haberlo visto varias veces con una misma persona. – Brunetti no respondió a eso, y Caberlotto trató de explicarse-: En realidad, no éramos amigos, ¿comprende? No me fijaba mucho en él. Sólo lo saludaba al pasar.

–¿Recibía visitas?

–Supongo. En realidad, no presto atención a quién entra y quién sale. Oigo subir y bajar a la gente, pero no sé quiénes son. ¿Por qué está usted aquí? – preguntó de pronto.

–También yo lo conocía -respondió Brunetti-. Así que, cuando me he enterado de su muerte, he venido a hablar con la familia, pero vengo como amigo, nada más. – A Caberlotto no se le ocurrió preguntar por qué, si era amigo de Rossi, Brunetti sabía tan poco de él.

El comisario se levantó.

–Ahora lo dejo para que pueda acabar de almorzar, *signor* Caberlotto -dijo tendiendo la mano.

Caberlotto se la estrechó. Acompañó a Brunetti hasta la puerta de la calle y la abrió. Allí, desde lo alto del escalón, miró a Brunetti y dijo:

–Era buena persona. No lo conocía mucho, pero lo apreciaba. Siempre hablaba bien de la gente. – Se inclinó y puso la mano en la manga de Brunetti, como para dar más énfasis a sus palabras, y cerró la puerta.

Camino de la *questura*, Brunetti llamó a Paola para avisar de que no almorzaría en casa, entró en una *trattoria* y tomó un plato de pasta que no saboreó y unos trozos de pollo. Simple carburante para propulsarlo durante la tarde. Cuando llegó al trabajo, encontró en su escritorio una nota que decía que el *vicequestore* Patta deseaba verlo en su despacho a las cuatro.

Llamó al hospital y dejó un mensaje a la secretaria del *dottor* Rizzardi, el médico forense, para que le preguntara si podría encargarse personalmente de la autopsia de Francesco Rossi. Después hizo otra llamada que inició el proceso burocrático para proceder a la autopsia y bajó a la sala de agentes, para ver si había llegado el sargento Vianello, su ayudante. Lo vio sentado a su mesa, con una gruesa carpeta abierta ante sí. Vianello, aunque no mucho más alto que su superior, daba la impresión de ocupar mucho más espacio.

Al entrar Brunetti, el sargento alzó la mirada e inició el movimiento de ponerse en pie, pero el comisario lo atajó con un ademán. Entonces, al darse cuenta de que en la sala había otros tres agentes, cambió de idea e indicó la puerta con un rápido gesto del mentón. El sargento cerró la carpeta y siguió a Brunetti a su despacho.

Cuando estuvieron sentados frente a frente, Brunetti preguntó:

–¿Ha leído la noticia del hombre que se cayó del andamio en Santa Croce?

–¿El del Ufficio Catasto? – preguntó Vianello, aunque en realidad no era una pregunta. Brunetti asintió y el sargento, ahora sí, preguntó:-
¿Por qué lo pregunta, comisario?

–Ese hombre me llamó el viernes. – Brunetti hizo una pausa, para dar lugar a que Vianello preguntara, pero como el otro no decía nada, prosiguió:- Dijo que quería hablarme de algo que ocurría en su oficina, pero me llamaba por el *telefonino* y, cuando le dije que no era seguro, quedó en volver a llamar.

–¿Y no llamó? – interrumpió Vianello.

–No. – Brunetti negó con la cabeza-. Estuve esperando hasta más de las siete y al marchar dejé el número de mi casa por si llamaba, pero no llamó. Y esta mañana he visto su foto en el periódico. He ido al hospital

pero ya era tarde. – Nuevamente, hizo una pausa, esperando el comentario de Vianello.

–¿Por qué ha ido al hospital, comisario?

–Ese hombre sufría de vértigo.

–¿Cómo dice?

–Cuando estuvo en mi casa... -empezó Brunetti, pero Vianello lo interrumpió:

–¿Estuvo en su casa? ¿Cuándo?

–Hace meses. Vino a hablarme de los planos o del expediente de mi apartamento que tienen ellos. O que no tienen. En realidad, eso no hace al caso. Lo cierto es que quería ver unos papeles. Me habían enviado una carta. Pero ya no importa por qué vino sino lo que ocurrió mientras estaba en mi casa.

Vianello no dijo nada, pero su ancha cara reflejaba curiosidad.

–Mientras hablábamos, le pedí que saliera a la terraza a mirar las ventanas del piso de abajo. Creí que demostrarían que las dos plantas habían sido agregadas al mismo tiempo, lo cual podía influir en la decisión que tomara la oficina acerca del apartamento. – Al decirlo, Brunetti advirtió que no tenía la menor idea de cuál era esa decisión, si algo había decidido el Ufficio Catasto.

»Yo me había asomado a mirar las ventanas del piso de abajo y, cuando me volví hacia él, fue como si le hubiera enseñado una víbora. Estaba paralizado. – Al ver el escepticismo con que Vianello acogía su explicación, matizó-: Por lo menos, eso me pareció. Pero lo cierto es que estaba asustado. – Calló y miró a Vianello.

Vianello no dijo nada.

–Si usted lo hubiera visto, sabría lo que quiero decir -dijo Brunetti-. La idea de asomarse a la terraza lo aterraba.

–¿Y entonces?

–Entonces ese hombre nunca se hubiera atrevido a pasearse por un andamio y, menos, solo.

–¿Le dijo algo?

–¿De qué?

–De si sufría de vértigo.

–A eso iba, Vianello. No tuvo que decir nada porque lo tenía escrito en la cara. Estaba aterrado. Cuando una persona tiene tanto miedo a

algo, no puede vencerlo. Es imposible.

Vianello probó otro enfoque.

–Lo cierto es que él no le dijo nada, comisario. Es lo que trato de hacerle entender. Es decir, de hacerle considerar. Usted no sabe si lo que lo asustó era la idea de asomarse a la terraza. Pudo ser otra cosa.

–Claro que pudo ser otra cosa -admitió Brunetti con impaciencia e incredulidad-. Pero no fue otra cosa. Yo lo vi. Yo estaba con él.

Vianello, complaciente, preguntó:

–¿Y eso significa?

–Eso significa que él no se subió al andamiaje por su voluntad, que no cayó por accidente.

–¿Piensa que lo mataron?

–No lo sé -reconoció Brunetti-. Pero no creo que él fuera allí por su voluntad o, si fue a la casa, no salió al andamio de buen grado.

–¿Usted lo ha visto?

–¿El andamiaje?

Vianello asintió.

–No ha habido tiempo.

Vianello se subió la bocamanga y miró el reloj.

–Ahora habría tiempo, comisario.

–El *vicequestore* me espera a las cuatro en su despacho -dijo Brunetti mirando su propio reloj. Faltaban veinte minutos-. Sí -convino-. Vamos.

Entraron en la oficina de los agentes y se llevaron el ejemplar de Vianello de *Il Gazzettino* de aquel día, que daba la dirección del edificio de Santa Croce. También se llevaron a Bonsuan, el piloto en jefe, diciendo que querían ir a Santa Croce. Por el camino, de pie en la cubierta de la lancha de la policía, los dos hombres estudiaban una guía de la ciudad, en la que localizaron la dirección, en una calle adyacente a *campo Angelo Raffaele*. La lancha los llevó al extremo del Zattera, a unas aguas en las que un barco enorme, amarrado al muelle, empuñecía todo el entorno.

–Santo Dios, ¿y qué es eso? – preguntó Vianello cuando la lancha se acercaba.

–Es el crucero que construyeron aquí. Dicen que es el mayor del mundo.

–Es horrible -dijo Vianello levantando la mirada para contemplar las cubiertas superiores, que planeaban a casi veinte metros por encima de sus cabezas-. ¿Y qué hace aquí?

–Traer dinero a la ciudad, sargento -respondió Brunetti áasperamente.

Vianello bajó la mirada al agua y luego la levantó a los tejados de la ciudad.

–Qué putas somos -dijo. Brunetti no creyó oportuno disentir.

Bonsuan saltó de la lancha a poca distancia del enorme barco y la ató al amarre metálico en forma de hongo del muelle, tan grueso que debía de estar destinado a embarcaciones mayores. Al desembarcar, Brunetti dijo al piloto:

–No nos espere, Bonsuan. No sé cuánto tardaremos.

–Si no le importa, comisario, esperaré -dijo el hombre-. Prefiero estar aquí que allá. – A Bonsuan le faltaban sólo unos años para jubilarse, y ahora que la fecha, aunque todavía lejana, ya asomaba por el horizonte, el hombre había empezado a decir lo que pensaba.

La simpatía de los otros dos con los sentimientos de Bonsuan no por callada fue menos sincera. Juntos se alejaron de la lancha para dirigirse hacia el *campo*, una zona de la ciudad que Brunetti raramente visitaba. Antes solía comer con Paola en un pequeño restaurante de pescado, pero cuando el establecimiento cambió de dueño y la calidad de la comida se deterioró, dejaron de ir. Brunetti había tenido una novia que vivía por allí, pero fue en sus tiempos de estudiante, y ella había muerto hacía años.

Una vez dejaron atrás el puente, cruzaron *campo* San Sebastiano en dirección a la amplia zona de *campo* Angelo Raffaele. Vianello, que iba delante, torció inmediatamente por una calle de la izquierda y frente a ellos vieron el andamiaje levantado frente a la fachada del último edificio, una casa de cuatro pisos que parecía llevar años deshabitada. Contemplan las señales de abandono: las persianas verde oscuro descascarilladas, los boquetes de los canalones de mármol, por los que el agua de la lluvia debía de caer a la calle y, probablemente, también dentro de la casa; el trozo de antena oxidada que colgaba un metro del alero. Aquella casa -por lo menos, para un auténtico veneciano, es decir, una persona dotada de innato interés en la compraventa de

inmuebles-, tenía un aire de soledad que saltaba a la vista, incluso de un transeúnte casual.

Hasta el andamiaje parecía abandonado: todas las persianas estaban cerradas. No había señales de que allí se trabajara, ni tampoco de que alguien hubiera sufrido un fatal accidente, aunque Brunetti no estaba seguro de qué hubiera podido indicarlo.

Brunetti retrocedió hasta apoyarse en la pared del edificio de enfrente. Contempló toda la fachada sin ver señales de vida. Cruzó la calle, se volvió y miró el edificio situado frente al andamiaje. También éste parecía deshabitado. Miró entonces a su izquierda: la calle terminaba en un canal y, al otro lado, se veía un jardín.

Vianello, a su propio ritmo, había duplicado los movimientos de Brunetti y dedicado la misma atención a ambos edificios y al jardín. Se acercó a Brunetti.

–Parece posible, ¿verdad?

Brunetti asintió, reconocido.

–Nadie vería nada. En la casa de enfrente no vive nadie, y hasta el jardín parece abandonado. Así que nadie lo vería caer.

–Si es que se cayó -agregó Vianello.

Después de una pausa larga, Brunetti preguntó:

–¿Tenemos algo sobre el caso?

–Que yo sepa, nada. Creo que en el parte consta como accidente. Vendrían los Vigili Urbani de San Polo a echar un vistazo. Y, si ellos decidieron que había sido un accidente, asunto concluido.

–Vamos a hablar con ellos. – Brunetti se separó de la pared en la que estaba apoyado y se volvió hacia la puerta de la casa. La cerraba una cadena con candado pasada por un aro de hierro clavado en el mármol del dintel.

–¿Cómo se las arregló para entrar y subirse al andamio? – preguntó Brunetti.

–Quizá eso puedan aclararlo los Vigili -dijo Vianello.

No pudieron. Bonsuan los llevó en la lancha por Rio di San Agostino arriba hasta la comisaría próxima a *campo* San Stin. El policía de la entrada reconoció al comisario y a su sargento e inmediatamente los condujo al despacho del teniente Turcati, el oficial de guardia, un hombre de pelo negro que vestía un uniforme que

parecía hecho a la medida, lo que bastó para que Brunetti se dirigiera a él con formalidad, mencionando su graduación.

Cuando estuvieron sentados y Turcati hubo escuchado lo que Brunetti tenía que decir, pidió el expediente de Rossi. El hombre que llamó para avisar del hallazgo de Rossi también pidió por teléfono una ambulancia después de hablar con la policía. Como el Giustiniani, que era el hospital más próximo, no tenía ambulancias disponibles, Rossi fue llevado al Ospedale Civile.

—¿Está el agente Franchi? — preguntó Brunetti al leer el nombre que figuraba al pie del informe.

—¿Por qué? — preguntó el teniente.

—Me gustaría que me explicara algunas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Por qué creyó que se trataba de un accidente. Si Rossi tenía en el bolsillo las llaves del edificio. Si había sangre en el andamio.

—Comprendo -dijo el teniente alargando la mano hacia el teléfono.

Mientras esperaban a Franchi, Turcati preguntó si querían tomar café, pero ellos rehusaron.

Al cabo de unos minutos, pasados en charla trivial, entró un agente. Tenía el pelo rubio, tan corto que apenas se veía y un aspecto tan juvenil que casi parecía que aún no se afeitaba. Saludó al teniente y se quedó en posición de firmes, sin mirar a Brunetti ni a Vianello. «Conque así es como el teniente Turcati dirige su negocio», pensó Brunetti.

—Estos señores quieren hacerle unas preguntas, Franchi -dijo Turcati.

El policía modificó ligeramente la postura, pero a Brunetti no le pareció que se relajara.

—Sí, señor -dijo, todavía sin mirarlos.

—Agente Franchi -dijo Brunetti-, su informe sobre el hallazgo del hombre que sufrió una caída cerca de Angelo Raffaele está muy claro, pero me gustaría hacerle varias preguntas.

Aún de cara al teniente, Franchi dijo:

—¿Sí, señor?

—¿Le registró los bolsillos?

–No, señor. Llegué casi al mismo tiempo que los hombres de la ambulancia. Lo habían puesto en una camilla y lo llevaban al barco. – Brunetti no preguntó al policía por qué había tardado en recorrer la corta distancia entre la comisaría y el lugar de los hechos lo mismo que la ambulancia en cruzar toda la ciudad.

–Escribió usted en su informe que el hombre se había caído del andamio. Me gustaría saber si examinó el andamiaje para ver si encontraba algún indicio. Quizá un tablón roto o un trozo de la tela del traje. O quizá una mancha de sangre.

–No, señor.

Brunetti esperaba una explicación y, como no llegaba, preguntó:

–¿Por qué no, agente?

–Vi al hombre en el suelo, al lado del andamiaje. La puerta de la casa estaba abierta y, cuando miré en su cartera, vi que trabajaba en el Ufficio Catasto, por lo que supuse que estaba haciendo una inspección. – Hizo una pausa y, ante el silencio de Brunetti, agregó: ¿Comprende a lo que me refiero, señor?

–Dice que cuando usted llegó lo llevaban a la ambulancia.

–Sí, señor.

–Entonces, ¿cómo tenía usted la cartera?

–Estaba en el suelo, medio escondida debajo de un saco de cemento vacío.

–¿Y dónde estaba el cuerpo?

–En el suelo, señor.

Con voz átona y tono paciente, Brunetti preguntó:

–¿Dónde estaba el cuerpo en relación con el andamiaje?

Franchi reflexionó y dijo:

–A la izquierda de la puerta, a un metro de la pared.

–¿Y la cartera?

–Debajo del saco de cemento, como ya le he dicho.

–¿Y cuándo la encontró?

–Después de que se lo llevaran al hospital. Me pareció que debía echar un vistazo, y entré en la casa. La puerta estaba abierta cuando llegué, tal como escribí en el informe. Y ya había visto que las persianas situadas encima del lugar en el que él había caído estaban abiertas, de modo que no me pareció necesario subir. Fue al salir cuando vi la

cartera en el suelo y la recogí. Había una credencial del Ufficio Catasto y pensé que el hombre habría ido a inspeccionar el edificio o algo así.

–¿Había algo más en la cartera?

–Dinero y tarjetas. Lo traje aquí y lo puse en una bolsa de pruebas. Creo que en el informe hay una lista.

Brunetti volvió la hoja del informe y vio que se mencionaba la cartera.

Levantó la mirada y preguntó a Franchi:

–¿Observó usted algo más en aquel lugar?

–¿Qué había de observar, señor?

–Algo que le pareciera extraño o fuera de lugar.

–No, señor. Nada.

–Ya -dijo Brunetti-. Muchas gracias, agente Franchi. – Y agregó, antes de que alguien más pudiera hablar:- ¿Podría traerme esa cartera?

Franchi miró al teniente, que asintió.

–Sí, señor -dijo Franchi, que dio una rápida media vuelta y salió del despacho.

–Parece un joven capaz -dijo Brunetti.

–Sí -respondió el teniente-, es uno de mis mejores hombres. – Hizo un breve resumen del excelente rendimiento de Franchi durante el período de instrucción pero, antes de que pudiera terminar, el joven agente había vuelto con la bolsa de plástico. Dentro había una cartera de piel marrón.

Franchi se paró en la puerta, indeciso, sin saber a quién entregar la bolsa.

–Désela al comisario -dijo el teniente Turcati, y Franchi no pudo disimular la sorpresa al enterarse del rango del hombre que le había interrogado. Fue hacia Brunetti, le entregó la bolsa y saludó.

–Gracias, agente -dijo Brunetti tomando la bolsa de una punta. Sacó el pañuelo y envolvió en él la bolsa cuidadosamente. Luego se volvió hacia el teniente:

–Si lo desea, le firmaré un recibo.

El teniente le acercó una hoja de papel y Brunetti escribió la fecha, su nombre y una descripción de la cartera. Puso su firma al pie, devolvió la hoja a Turcati y abandonó el despacho con Vianello.

Cuando salieron a la calle, había empezado a llover.

OceanofPDF.com

La lluvia arreciaba mientras volvían a la lancha, felicitándose de que Bonsuan hubiera insistido en esperarlos. Cuando subieron a bordo, Brunetti miró el reloj y vio que eran mucho más de las cinco, lo que significaba que llegaría tarde a la cita con su superior. Salieron al Gran Canal. Bonsuan viró a la derecha y entró en la gran «S» que, por delante de la Basílica y el Campanile, los llevaría hacia el Ponte della Pietà y la *questura*.

En la cabina, Brunetti sacó la cartera envuelta en el pañuelo y la entregó a Vianello.

–En cuanto lleguemos, haga el favor de llevarla al laboratorio para que saquen las huellas. – Mientras Vianello se hacía cargo del envoltorio, Brunetti agregó: Las de la bolsa de plástico serán de Franchi, y éstas pueden descartarlas. Y envíe a alguien al hospital para que tome las de Rossi.

–¿Algo más, comisario?

–Después envíeme la cartera. Me gustaría echar un vistazo al contenido. Y diga que es urgente.

Vianello lo miró:

–¿Y cuándo no lo es, comisario?

–Bien, puede decir a Bocchese que hay una persona muerta. Eso quizá le haga apresurarse.

–Bocchese es de los que dirían que en tal caso ya no es necesario correr -observó Vianello.

Brunetti optó por hacer caso omiso del comentario.

Vianello guardó el pañuelo en el bolsillo interior de la chaqueta del uniforme y preguntó:

–¿Algo más, comisario?

–Que la *signorina* Elettra mire si en el archivo tenemos algo sobre Rossi. – No era probable, ya que no podía imaginar a Rossi involucrado en alguna actividad delictiva, pero la vida le había dado sorpresas mayores que ésta, por lo que no estaría de más asegurarse.

Vianello levantó los dedos de una mano.

–Perdón, comisario, si lo interrumpo, pero, ¿significa eso que vamos a tratar el caso como una investigación de asesinato?

Los dos sabían las dificultades que eso acarrearía. Hasta que se asignara magistrado, ninguno de ellos podía iniciar una investigación oficial, pero, para que un magistrado pudiera hacerse cargo y tratarlo como caso de asesinato, tenía que haber pruebas convincentes de que se había cometido un crimen. Brunetti dudaba de que su impresión de que Rossi sufría de vértigo pudiera considerarse prueba convincente de crimen y, menos, de asesinato.

–Tendré que convencer al *vicequestore* -dijo Brunetti.

–Sí, señor -suspiró Vianello.

–Parece usted escéptico.

Vianello levantó una ceja. Fue suficiente.

–Esto no va a gustarle, ¿verdad? – insinuó Brunetti. Nuevamente, Vianello declinó responder. Patta sólo permitía a la policía admitir que había delito cuando, por así decir, se lo metían por los ojos y no había forma de negarlo. No parecía probable que autorizara la investigación de algo que tenía todas las trazas de un accidente. Mientras fuera posible eludirlo, mientras no pudieran presentarse pruebas que convencieran hasta al más escéptico de que Rossi no se había matado al caer, a los ojos de las autoridades, el caso seguiría siendo un accidente.

Brunetti tenía la facultad, o quizá el inconveniente, de poder ver cualquier situación desde dos ángulos distintos por lo menos, y comprendía lo absurdas que debían de parecer sus sospechas a quien no las compartiera. El sentido común aconsejaba abandonar todo aquello y aceptar lo evidente: Franco Rossi había muerto al caer accidentalmente de un andamio.

–Mañana por la mañana, vaya a buscar las llaves al hospital y eche una ojeada al apartamento.

–¿Qué he de buscar?

–Ni idea -respondió Brunetti-. A ver si encuentra una libreta de direcciones, cartas, nombres de amigos o parientes.

Tan absorto estaba Brunetti en sus especulaciones que no se dio cuenta de que entraban en el canal, y sólo el ligero choque de la lancha contra el embarcadero de la *questura* le indicó que ya habían llegado.

Subieron juntos a cubierta. Brunetti, con un ademán, dio las gracias a Bonsuan, que estaba ocupado en tensar los amarres. Él y Vianello

cruzaron bajo la lluvia hacia la puerta principal de la *questura*, que un agente de uniforme se adelantó a abrir. Antes de que Brunetti pudiera agradecerle el gesto, el joven dijo:

–El *vicequestore* quiere verlo, comisario.

–¿Aún está aquí? – se sorprendió Brunetti.

–Sí, señor. Me ha pedido que se lo dijera en cuanto llegara.

–Muchas gracias. – Y le dijo a Vianello-: Vale más que vaya ahora.

Los dos hombres subieron juntos el primer tramo de escaleras, reacios ambos a especular sobre qué podía querer Patta. En el primer piso, Vianello se alejó por el pasillo que conducía a la escalera posterior y al laboratorio, donde Bocchese, el técnico, reinaba de modo indiscutible, sin premuras ni deferencias por el rango.

Brunetti se encaminó al despacho de Patta. La *signorina* Elettra estaba sentada a su mesa y levantó la mirada al entrar él. Lo llamó con un ademán al tiempo que descolgaba el teléfono y oprimía un botón. Al cabo de un momento, dijo:

–Está aquí el comisario Brunetti, *dottore*. -Escuchó a Patta, respondió-: Entendido, *dottore*. -Y colgó el auricular-. Debe de querer pedirle un favor, o hubiera estado toda la tarde pidiendo su cabeza a grito pelado. – Aún tuvo tiempo de decir antes de que se abriera la puerta y apareciera Patta.

Brunetti observó que el traje gris de su superior debía de ser de cachemir y la corbata, lo que en Italia pasaba por «club inglés». Aunque la primavera había sido fresca y lluviosa, la hermosa y tersa cara de Patta estaba bronceada. Llevaba unas gafas ovaladas de montura fina. Eran las quintas gafas que Brunetti le había conocido desde que estaba en la *questura*, y el diseño, como siempre, sería el que llevaría todo el mundo dentro de varios meses. Una vez en que Brunetti no llevaba encima sus gafas de leer y tomó las de Patta que estaban sobre la mesa para examinar una fotografía, descubrió que los cristales no eran graduados.

–Estaba diciendo al comisario que entrara, *vicequestore* -dijo la *signorina* Elettra. Brunetti observó que encima de su mesa había ahora dos carpetas y tres papeles que no estaban allí hacía un momento.

–Sí, pase, *dottor* Brunetti -dijo Patta extendiendo una mano en un ademán que a Brunetti se le antojó alarmante, similar al que

imaginaba que haría Clitemnestra para inducir a Agamenón a apearse del carro. Sólo tuvo tiempo de lanzar una última mirada a la *signorina* Elettra antes de que Patta lo agarrara del brazo y lo atrajera suavemente al despacho.

Patta cerró la puerta y fue hacia los dos sillones que tenía frente a las ventanas, esperó a que Brunetti se reuniera con él, lo invitó a sentarse y se sentó a su vez. Un decorador de interiores hubiera dicho que los sillones estaban dispuestos «en ángulo de conversación».

—Me alegro de que haya encontrado tiempo que dedicarme, comisario -dijo Patta.

Al oír la nota de áspero sarcasmo, Brunetti se sintió en terreno más familiar.

—He tenido que salir -explicó.

—Creí que eso había sido esta mañana -dijo Patta, pero entonces se acordó de sonreír.

—Sí, señor, pero también he tenido que salir esta tarde. Fue algo imprevisto y no tuve tiempo de avisarlo.

—¿No tiene *telefonino*, *dottore*?

Brunetti, que odiaba ese aparato y se resistía a llevarlo por lo que comprendía que era un prejuicio estúpido y retrógrado, dijo tan sólo:

—No lo llevaba encima.

De buena gana hubiera preguntado a Patta qué deseaba, pero la advertencia de la *signorina* Elettra era suficiente para hacerle mantener la boca cerrada y la cara inexpresiva, como si su jefe y él fueran dos desconocidos que esperasen el mismo tren.

—Tengo que hablar con usted, comisario -dijo Patta. Carraspeó y prosiguió-: Se trata de algo... en fin, algo personal.

Brunetti hizo un esfuerzo por mantener la cara inmóvil, con una expresión de interés pasivo por lo que estaba oyendo.

Patta se arrellanó en el sillón, estiró las piernas y cruzó los tobillos. Se quedó un momento contemplando el brillo de sus zapatos, descruzó las piernas, echó los pies hacia atrás e inclinó el cuerpo hacia adelante. Brunetti observó con asombro que, en los segundos que tardó en hacer ese movimiento, Patta parecía haber envejecido varios años.

—Se trata de mi hijo.

Brunetti sabía que tenía dos, Roberto y Salvatore.

–¿Cuál de ellos?

–Roberto, el pequeño.

Roberto, según calculó Brunetti rápidamente, debía de tener veintitrés años por lo menos. Bueno, Chiara, su propia hija, que tenía quince, era y siempre sería la pequeña.

–¿No estudia en la universidad?

–Sí, Economía Comercial -respondió Patta, que se interrumpió y volvió a mirarse los pies-. Lleva ya varios años -explicó levantando la mirada hacia Brunetti.

Una vez más, Brunetti procuró no mover ni un músculo de la cara. No quería demostrar excesiva curiosidad por lo que debía de ser un problema familiar, pero tampoco falta de interés por lo que Patta hubiera de decirle. Asintió con gesto alentador, el mismo que utilizaba con los testigos nerviosos.

–¿Conoce a alguien en Jesolo? – preguntó Patta, desconcertando a Brunetti.

–¿Cómo dice, señor?

–En Jesolo. ¿Alguien de la policía de allí?

Brunetti pensó un momento. Tenía contactos con algunas policías del continente, pero no con la de Jesolo, un centro turístico de la costa adriática, con abundancia de clubes nocturnos, hoteles y discotecas, desde el que cada mañana cruzaban la Laguna barcos llenos de excursionistas que venían a pasar el día en Venecia. Una compañera de universidad estaba en la policía de Grado, pero en Jesolo, más próxima, no conocía a nadie.

–No, señor.

Patta no pudo disimular la decepción.

–Confiaba en que así fuera.

–Lo siento, señor. – Brunetti examinó sus opciones mientras observaba al inmóvil Patta, que volvía a contemplarse los zapatos, y decidió arriesgarse-. ¿Puedo preguntar por qué?

Patta lo miró, desvió la mirada y volvió a mirarlo. Finalmente, dijo:

–Anoche me llamó la policía de allí. Una persona que trabaja para ellos, ya sabe... -Debía de referirse a un informador-... les dijo hace unas semanas que Roberto vendía droga. – Patta calló.

Cuando comprendió que el *vicequestore* no iba a decir más, Brunetti preguntó:

—¿Quién le ha llamado?

Patta prosiguió entonces, como si no hubiera oído la pregunta de Brunetti.

—He pensado que quizá conociera usted allí a alguien que pudiera darnos una idea más clara de lo que ocurre, quién es esa persona, hasta dónde ha llegado la investigación... -Nuevamente, la palabra «informador» acudió a la mente de Brunetti, pero no dijo nada. Como respondiendo a su silencio, Patta agregó: Esas cosas.

—No, señor, lo lamento, pero allí no conozco a nadie. — Tras una pausa, propuso: Podría preguntar a Vianello. — Y, adelantándose a la respuesta de Patta, añadió: Es muy discreto. No habría nada que temer.

Patta no se movió ni miró a Brunetti. Luego meneó la cabeza en firme negación, descartando la posibilidad de aceptar ayuda de un agente de uniforme.

—¿Eso es todo, señor? — dijo Brunetti, apoyando las manos en los brazos del sillón, para mostrar su intención de marcharse.

Al ver el gesto de Brunetti, Patta dijo, en voz aún más baja:

—Lo arrestaron. — Miró a Brunetti, pero, al ver que éste no tenía preguntas, prosiguió: Anoche. Me llamaron a eso de la una. Hubo una pelea en una de las discotecas y, cuando llegaron allí para sofocarla, detuvieron a varias personas y las registraron. Seguramente por lo que esa persona les había dicho, registraron a Roberto.

Brunetti callaba. Sabía por larga experiencia que, una vez llegaba tan lejos un testigo, ya nada lo detenía. Ahora saldría todo.

—En el bolsillo de la chaqueta le encontraron una bolsa de plástico con éxtasis. — Se inclinó hacia Brunetti-. Usted sabe lo que es eso, ¿no, comisario?

Brunetti asintió, asombrado de que Patta pudiera pensar que un policía ignoraba tal cosa. Sabía que cualquier palabra suya podía romper el impulso. Relajó la postura lo mejor que pudo, retirando una mano del brazo del sillón y dejándola en una actitud que transmitiera sensación de sosiego, por lo menos, tal era la intención.

–Roberto les dijo que alguien debía de haberle puesto la bolsa en el bolsillo al ver llegar a la policía. Eso ocurre a menudo. – Brunetti lo sabía. Y también sabía que no ocurría a menudo.

–Me llamaron y fui. Sabían quién era Roberto, de modo que les propuse ir yo. Cuando llegué, lo confiaron a mi custodia. Camino de casa, él me contó lo de la bolsa. – Patta calló. Parecía haber hecho punto final.

–¿Se la quedaron como prueba?

–Sí, y le tomaron las huellas dactilares para compararlas con las que pudieran encontrar en la bolsa.

–Si él la sacó del bolsillo y se la entregó, sus huellas estarán en ella - dijo Brunetti.

–Sí, ya lo sé -dijo Patta-. Eso no me preocupaba. Y por esa razón ni siquiera me molesté en llamar a mi abogado. No había pruebas, a pesar de las huellas. Lo que decía Roberto podía ser verdad.

Brunetti asintió en muda conformidad, esperando averiguar por qué Patta lo consideraba ahora sólo una posibilidad.

Patta se recostó en el respaldo y miró por la ventana.

–Esta mañana, después de que usted se fuera, me han llamado.

–¿Por eso quería usted verme, señor?

–No. Esta mañana quería hablarle de otra cosa. Ahora no importa.

–¿Y qué le han dicho? – preguntó Brunetti al fin.

Patta apartó la mirada de lo que estuviera viendo por la ventana.

–Que dentro de la bolsa había cuarenta y siete sobrecitos, con una pastilla de éxtasis cada uno.

Brunetti trataba de calcular el peso y valor de la droga, para determinar la severidad con que un juez podía castigar su posesión. No parecía mucha cantidad y, si Roberto mantenía su declaración de que se la habían puesto en el bolsillo, el peligro no podía ser muy grave.

–Sus huellas estaban también en los sobrecitos -dejó caer Patta en el silencio-. En todos.

Brunetti reprimió el impulso de alargar la mano para ponerla en el brazo de Patta. Lo que hizo fue esperar unos momentos y decir:

–Lo siento, señor.

Todavía sin mirarlo, Patta asintió, dándose por enterado o, quizá, agradeciendo sus palabras.

Transcurrido un minuto completo, Brunetti preguntó:

—¿Fue en el mismo Jesolo o, en las afueras, en el Lido?

Patta miró a Brunetti y agitó la cabeza como el boxeador que recibe un golpe no muy fuerte.

—¿Cómo?

—¿Dónde ocurrió, en Jesolo o en Jesolo Lido?

—En el Lido.

—¿Y dónde estaba él cuando fue...? — Brunetti iba a decir «arrestado», pero rectificó en el último momento-: Detenido.

—Ya se lo he dicho -respondió Patta secamente, con una voz que denotaba lo cerca que estaba de perder los estribos-. Lido di Jesolo.

—Sí, señor, pero ¿en qué lugar? ¿Un bar? ¿Una discoteca?

Patta cerró los ojos, y Brunetti se preguntó cuánto tiempo habría pasado su superior pensando en todo esto, recordando hechos de la vida de su hijo.

—En un local llamado Luxor, una discoteca -dijo finalmente.

De la garganta de Brunetti escapó un «¡Ah!» muy leve, pero fue suficiente para hacer que Patta abriera los ojos.

—¿Qué?

Brunetti rehuyó la respuesta.

—Un conocido solía ir.

Al esfumarse el atisbo de esperanza, Patta desvió su atención.

—¿Ha llamado a un abogado, señor? — preguntó Brunetti.

—Sí, a Donatini.

Brunetti disimuló la sorpresa con un leve gesto de asentimiento, como si el abogado más solicitado para defender a los acusados de asociación con la mafia fuera la elección más natural que podía hacer Patta.

—Yo agradecería, comisario... -empezó a decir Patta y se detuvo, buscando la manera de articular lo que iba a decir.

—Lo pensaré detenidamente, señor -cortó Brunetti-. Y no diré nada a nadie, por supuesto. — Por más que despreciara muchas de las cosas que hacía Patta, no quería que su superior sufriera el bochorno de tener que pedirle discreción.

Patta respondió al tono terminante de la voz de Brunetti y se puso en pie apoyándose en los brazos del sillón. Fue con Brunetti hasta la

puerta y la abrió. No le tendió la mano pero sí musitó un seco «gracias» antes de volver a entrar y cerrar la puerta.

Brunetti vio que la *signorina* Elettra estaba en su sitio, aunque las carpetas y demás papeles habían sido sustituidos por un cuaderno de un grosor sospechoso y unas páginas tan relucientes como las que pudiera tener el número de moda de primavera de *Vogue*.

—¿El hijo? — preguntó ella levantando la mirada de la revista.

La respuesta escapó de los labios de Brunetti antes de que él pudiera hacer algo por evitarlo.

—¿Le ha puesto micrófonos en el despacho? — La intención era hacer que sonara a broma, pero al oírse a sí mismo, ya no estuvo tan seguro.

—No. Esta mañana le ha llamado el chico, que parecía muy nervioso. Después le ha llamado la policía de Jesolo. Nada más colgar, me ha pedido que lo pusiera con Donatini.

Brunetti se preguntó si no debería pedir a la *signorina* Elettra que cambiara sus funciones de secretaria por las de agente del cuerpo, pero comprendió que, antes que ponerse el uniforme, ella preferiría morir.

—¿Usted lo conoce?

—¿A quién, a Donatini o al chico?

—A uno y a otro. A los dos.

—Los conozco a ambos -dijo ella, y agregó con naturalidad-: Los dos son unos mierdas, aunque Donatini viste mejor.

—¿Le ha dicho de qué se trata? — preguntó él señalando el despacho de Patta con un movimiento de la cabeza.

—No -respondió ella sin asomo de decepción-. Si fuera violación, habría salido en el periódico. De modo que debe de ser droga. Supongo que Donatini podrá librarlo.

—¿Lo cree capaz de una violación?

—¿A quién? ¿A Roberto?

—Sí.

Ella pensó un momento y dijo:

—No. No lo creo. Es arrogante y presumido, pero no malo del todo.

Algo impulsó a Brunetti a preguntar:

—¿Y a Donatini?

—Ése es capaz de cualquier cosa -respondió ella sin vacilar.

—No sabía que lo conociera.

Ella miraba la revista y volvió una página, haciendo que el gesto pareciera casual.

–Sí. – Volvió otra página.

–Me ha pedido que lo ayude.

–¿El *vicequestore*? -preguntó ella levantando la cabeza con aire de sorpresa.

–Sí.

–¿Y usted lo ayudará?

–Si puedo... -respondió Brunetti.

Ella lo miró largamente y después volvió a fijar la atención en la página que tenía delante.

–Me parece que el gris no tiene mucho futuro -dijo-. Estamos hartas de gris.

La *signorina* Elettra llevaba una blusa de crespón color albaricoque y chaqueta con cuello Mao de seda negra, al parecer, natural.

–Probablemente, tiene razón -dijo él, le deseó buenas tardes y subió a su despacho.

Brunetti tuvo que llamar a Información para conseguir el número de la discoteca Luxor. La persona que contestó al teléfono le dijo que el *signor* Bertocco no estaba y no quiso darle el número de su casa. Él no dijo que fuera de la policía sino que volvió a llamar a Información y consiguió el número particular de Luca sin dificultad.

–Estúpido antipático -rezongaba Brunetti mientras marcaba.

A la tercera señal, una voz grave y un poco áspera contestó:

–Bertocco.

–*Ciao*, Luca, soy Guido Brunetti. ¿Cómo estás?

La voz perdió el tono formal y adquirió sincera cordialidad.

–Muy bien, Guido. ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Cómo estás, y Paola, y los chicos?

–Todos bien.

–¿Por fin te has decidido a aceptar mi oferta y venir a bailar hasta caer reventado?

Brunetti se rió de la broma, que tenía ya más de diez años.

–Lo siento, pero otra vez voy a tener que defraudarte. No sabes cómo me gustaría estar bailando hasta el amanecer entre una multitud que tiene la edad de mis hijos, pero Paola no me deja.

–¿Es por el humo? – preguntó Luca-. ¿Cree que sería malo para tu salud?

–No. Me parece que es por la música, pero la razón es la misma.

Se hizo una breve pausa y Luca dijo:

–Probablemente, tiene razón. – Como Brunetti no decía nada, preguntó-: ¿Por qué llamas entonces? ¿Por ese chico al que arrestaron?

–Sí -contestó Brunetti sin tratar siquiera de mostrar sorpresa porque Luca ya estuviera enterado.

–Es hijo de tu jefe, ¿verdad?

–Tú lo sabes todo.

–Cuando diriges cinco discotecas, tres hoteles y seis bares tienes que saberlo todo, especialmente, de las personas que arrestan en alguno de esos sitios.

–¿Qué sabes del chico?

–Sólo lo que me ha dicho la policía.

–¿Qué policía? ¿La que lo arrestó o la que trabaja para ti?

El silencio que siguió a la pregunta indicó a Brunetti no sólo que había ido demasiado lejos sino también que, por muy amigos que fueran, Luca siempre vería en Brunetti al policía.

–No sé qué decir a eso, Guido -dijo Luca al fin. Su voz se quebró en el explosivo ladrido del gran fumador.

Cuando cesó la tos, Brunetti dijo:

–Perdona, Luca. Ha sido un chiste malo.

–No tiene importancia, Guido. Créeme, el que tiene que tratar con el público tanto como yo, necesita toda la ayuda posible de la policía. Y a la policía también le viene bien mi ayuda.

Brunetti, pensando en los pequeños sobres que cambiaban de mano discretamente en las oficinas municipales, preguntó:

–¿Qué clase de ayuda?

–Tengo guardas de seguridad en los aparcamientos de las discotecas.

–¿Para qué? – preguntó Brunetti pensando en los atracadores y en la vulnerabilidad de los jóvenes que salían de las discotecas de madrugada con paso inseguro.

–Para quitarles las llaves del coche a los chicos.

–¿Y nadie se queja?

–¿Quién va a quejarse? ¿Los padres, porque impido a sus hijos agarrar el volante con una tajada o un colocón? ¿La policía, porque evito que se estrellen contra un árbol?

–No, claro. No se me había ocurrido.

–Así les ahorro que los saquen de la cama a las tres de la mañana para ver cómo se extraen cuerpos de entre un montón de chatarra. Créeme, la policía me ayuda de muy buen grado. – Calló y Brunetti oyó el crujido del fósforo con el que Luca encendía un cigarrillo-. ¿Qué quieres que haga? – preguntó después de una profunda calada-. ¿Que lo tape?

–¿Podrías?

Aunque el gesto de encogerse de hombros no es sonoro, a Brunetti le pareció oírlo por el teléfono. Finalmente, Luca dijo:

–No te contestaré a eso hasta saber si tú lo quieres o no.

–Tapanlo en el sentido de borrarlo, no. Pero me gustaría que no llegara a los periódicos, si es posible.

Luca tardó en contestar.

–Gasto mucho dinero en publicidad -dijo al fin.

–¿Eso significa que sí?

Luca lanzó una carcajada que terminó en tos ronca. Cuando pudo hablar, dijo:

–A ti siempre te ha gustado remachar las cosas, Guido. No sé cómo Paola lo soporta.

–Tener las cosas claras me hace la vida más fácil.

–¿Como policía?

–Como todo.

–De acuerdo. La respuesta es sí. Puedo evitar que llegue a los periódicos locales, y dudo que los grandes estén interesados.

–Es el *vicequestore* de Venecia -dijo Brunetti en un acceso de orgullo provinciano.

–Lo siento mucho, pero me parece que a los chicos de Roma eso les deja indiferentes -respondió Luca.

–Puede que tengas razón. – Antes de que Luca insistiera, Brunetti preguntó:- ¿Qué dicen del chico?

–Lo tienen bien agarrado. Sus huellas están en todos los sobres.

–¿Se han presentado cargos?

–Todavía no. Por lo menos, que yo sepa.

–¿A qué esperan?

–Quieren que les diga de dónde sacó la mercancía.

–¿No lo saben?

–Claro que lo saben. Pero una cosa es saber y otra probar, como estoy seguro de que comprenderás perfectamente. – Esto, lo dijo no sin ironía. A veces, Brunetti pensaba que Italia era un país en el que todo el mundo lo sabía todo pero nadie estaba dispuesto a decir nada. En privado, todo el mundo comentaba con fruición y plena certidumbre las actividades secretas de los políticos, los jefes de la mafia y las estrellas de cine. Ahora bien, los ponías en una situación en la que sus observaciones pudieran tener consecuencias legales, e Italia se convertía en el reino de los mudos.

–¿Tú sabes quién es? – preguntó Brunetti-. ¿Me darías el nombre?

–Mejor no. No serviría de nada. Habrá alguien por encima, y alguien más por encima de ese alguien. – Brunetti le oyó encender otro cigarrillo.

–¿El chico hablará?

–No, si en algo valora su vida -dijo Luca, pero agregó inmediatamente-: No. Exagero. Si quiere ahorrarse una paliza.

–¿Incluso en Jesolo? – preguntó Brunetti. Así que el crimen de las grandes ciudades había llegado a la tranquila ciudad adriática.

–Sobre todo, en Jesolo, Guido -dijo Luca, sin más explicaciones.

–Así pues, ¿qué le pasará? – preguntó Brunetti.

–A eso deberías de poder responder tú mejor que yo -dijo Luca-. Si es su primer delito, le echarán un rapapolvo y lo enviarán a su casa.

–Ya está en su casa.

–Lo sé. Hablaba en sentido figurado. Y el que su padre sea policía tampoco perjudica.

–Siempre que no se enteren los periódicos.

–Ya te he dicho que sobre eso puedes estar tranquilo.

–Así lo espero -dijo Brunetti.

Luca no quiso responder a eso y el silencio se prolongó hasta que Brunetti dijo:

–¿Y tú qué cuentas? ¿Cómo estás, Luca?

Luca carraspeó. Fue un sonido húmedo, ingrato al oído.

–Lo mismo que siempre -dijo al fin, y volvió a toser.

–¿Y Maria?

–Hecha una vaca -dijo Luca, con encono-. Lo único que le interesa es mi dinero. Tiene suerte de que la deje vivir en mi casa.

–Es la madre de tus hijos, Luca.

Brunetti notó cómo Luca reprimía una respuesta agria a este comentario sobre su vida privada.

–Prefiero no hablar de eso contigo, Guido.

–Está bien, Luca. Ya sabes que si lo he dicho es porque hace mucho tiempo que te conozco. – Y, al cabo de un momento, agregó-: Que os conozco a los dos.

–Ya lo sé, pero las cosas cambian. – Otro silencio, y Luca repitió, ahora en tono distante-: No hablemos de eso, Guido.

–De acuerdo -dijo Brunetti-. Siento haber tardado tanto en llamar.

Con la pronta condescendencia del viejo amigo, Luca dijo:

–Tampoco he llamado yo.

–No importa.

–No, desde luego -rió Luca, recuperando su antigua voz y su antigua tos.

Brunetti se aventuró entonces a pedir:

–Si te enteras de algo más, ¿me lo dirás?

–Descuida.

Antes de que su amigo colgara, Brunetti preguntó:

–¿Sabes algo de los que se la vendieron y de dónde la sacaron?

Volvía a haber cautela en la voz de Luca:

–¿A qué te refieres en particular?

–A si... -Brunetti no sabía cómo definir la actividad-. A si operan en Venecia.

–Ah -exclamó Luca-. Que yo sepa, ahí no tienen mucho mercado. La población es vieja, y para los jóvenes es fácil venir a proveerse al continente.

Brunetti comprendió que era puro egoísmo lo que hacía que él se alegrara de oír eso: cualquiera que tuviera dos hijos adolescentes, por seguro que pudiera estar de su carácter e inclinaciones, se sentiría aliviado de saber que no había mucho tráfico de droga en la ciudad en que vivían.

El instinto decía a Brunetti que ya nada más podría sacar a Luca. De todos modos, saber el nombre de los hombres que vendían la droga tampoco le hubiera servido de algo.

–Muchas gracias, Luca. Cuídate.

–Tú también, Guido.

Aquella noche, hablando con Paola después de que los chicos se fueran a la cama, le contó su conversación con Luca y el estallido de furor de su amigo a la mención del nombre de su esposa.

–Tú nunca lo apreciaste tanto como yo -dijo Brunetti, como si eso pudiera explicar o disculpar la actitud de Luca.

–¿Qué quieres decir con eso? – preguntó Paola, pero sin beligerancia.

Estaban sentados uno a cada extremo del sofá y habían dejado entre los dos sus lecturas respectivas cuando empezaron a hablar.

Brunetti meditó un rato antes de responder.

–Supongo que es natural que tú simpatices más con Maria que con él.

–Pues mira, me parece que Luca tiene razón -dijo Paola volviendo hacia él primero la cara y después el cuerpo-. Maria es una vaca.

–Creí que te caía bien.

–Y me cae bien -reconoció Paola-. No obstante, Luca tiene razón al decir que es una vaca. Pero lo es por culpa de él. Cuando se casaron, Maria era dentista y él le pidió que dejara de trabajar. Luego nació Paolo, y Luca dijo que no hacía falta que volviera a abrir la consulta, que con los clubes él ganaba lo suficiente para mantenerlos a todos. Y ella se quedó en casa.

–¿Y qué? – interrumpió Brunetti-. ¿Eso le hace responsable de que ella se haya convertido en una vaca? – Antes de acabar de hablar, comprendía ya lo insultante y lo absurda que era la sola palabra.

–Sí, porque él se empeñó en ir a vivir a Jesolo, para controlar mejor los clubes. Y ella fue. – Su voz se hacía tétrica mientras iba pasando las cuentas de un antiguo rosario.

–Nadie le puso una pistola en el pecho, Paola.

–Naturalmente que nadie le puso una pistola en el pecho. Ni falta que hacía -le disparó ella-. Estaba enamorada. – Al ver la expresión de su marido, rectificó:- De acuerdo, los dos estaban enamorados. – Calló un momento y prosiguió:- Así pues, ella se va de Venecia a Jesolo, ¡un lugarejo de veraneo, por Dios!, y se dedica a ser ama de casa y madre.

–Que no son palabras soeces, Paola.

Ella le lanzó una mirada fiera, pero mantuvo la voz serena.

–Ya sé que no son palabras soeces. No he querido dar esa impresión. Pero lo cierto es que Maria abandonó una profesión que le gustaba y en la que era muy buena, para ir a enterrarse en un desierto, criar a dos hijos y cuidar de un marido que bebía demasiado, fumaba demasiado y andaba con demasiadas mujeres. – Brunetti se guardó bien de echar más leña a ese fuego y mantuvo la boca cerrada, esperando a que ella continuara, y continuó:- Y ahora, al cabo de más de veinte años de esa vida, es una vaca. Es gorda y pelmaza y no sabe hablar más que de sus hijos y sus guisos. – Miró a Brunetti, pero él seguía mudo-. ¿Cuánto hace que no los vemos juntos? ¿Dos años? Recuerda qué pesadilla, la

última vez que cenamos en su casa: ella, mariposeando alrededor, preguntando si queríamos más y enseñando fotos de sus dos hijos, que tampoco son nada del otro mundo.

La velada fue una pesadilla para todos salvo, curiosamente, para Maria, que parecía no darse cuenta de cómo los estaba aburriendo.

Con pueril candor, Brunetti preguntó:

–No iremos a discutir por eso, ¿verdad?

Paola apoyó la cabeza en el sofá y se echó a reír.

–No, claro que no. Supongo que se me nota la poca simpatía que ella me inspira. Y el remordimiento que ello me causa. – Esperó a ver cómo reaccionaba Brunetti y prosiguió:- Ella tenía otras opciones, pero las rechazó. Se negó a tomar a alguien que la ayudara a cuidar de los niños para trabajar por lo menos media jornada, luego dejó que le caducara la licencia y, poco a poco, fue perdiendo interés por todo lo que no tuviera que ver con sus dos hijos. Y luego engordó.

Cuando estuvo seguro de que ella había terminado, Brunetti observó:

–No sé qué pensarás de lo que voy a decir, pero eso se parece sospechosamente a los argumentos que he oído de boca de muchos maridos infieles.

–¿Para justificar su infidelidad?

–Sí.

–Seguramente -dijo ella con firmeza, pero sin incomodarse.

Evidentemente, no pensaba continuar, por lo que él preguntó:

–¿Y qué más?

–Nada más. La vida le ofreció una serie de opciones y ella eligió la que eligió. Imagino que, una vez accedió a dejar de trabajar y marcharse de Venecia, cada paso que daba hacía que el siguiente fuera inevitable. Pero, como has dicho muy bien, nadie le puso una pistola en el pecho.

–Maria me da lástima -dijo Brunetti-. Los dos me dan lástima.

Paola, con la cabeza apoyada en el sofá y los ojos cerrados, dijo:

–A mí también. – Después de un largo momento, preguntó:- ¿Te alegras de que yo haya seguido trabajando?

Él dio a la pregunta la reflexión que se merecía y respondió:

–La verdad, no mucho. Pero sí me alegro de que no hayas engordado.

OceanofPDF.com

Al día siguiente, Patta no apareció por la *questura*, sin otra justificación que una llamada que hizo a la *signorina* Elettra para comunicarle lo que, para entonces, ya era una obviedad: que no iba a estar. La *signorina* Elettra no hizo preguntas, pero llamó a Brunetti para decirle que, en ausencia del *vicequestore*, él tenía el mando, ya que el *questore* estaba de vacaciones en Irlanda.

A las nueve, Vianello llamó para informar de que ya había estado en el apartamento de Rossi, después de pasar por el hospital a recoger las llaves. No había visto nada de particular, y los únicos papeles eran facturas y recibos. Había encontrado una libreta de direcciones al lado del teléfono, y Pucetti ya estaba llamando a las personas que aparecían en ella. Hasta el momento, el único pariente que había aparecido era un tío que residía en Vicenza, al que ya habían llamado del hospital y que estaba haciendo los trámites para el entierro. Poco después, llamó Bocchese, el técnico del laboratorio, quien le dijo que un agente le subiría la cartera de Rossi al despacho.

—¿Ha encontrado algo?

—No. Sólo sus huellas y las del chico que lo encontró.

Alerta a la posibilidad de que pudiera haber otro testigo, Brunetti preguntó:

—¿Un chico?

—El agente. Ese jovencito, no sé cómo se llama. Para mí todos son chicos.

—Franchi.

—Si usted lo dice... -respondió Bocchese con indiferencia-. Tengo sus huellas en el archivo y concuerdan con las de la cartera.

—¿Algo más?

—No. No he mirado el contenido de la cartera, sólo he sacado las huellas.

Un joven agente, uno de los nuevos, cuyos nombres tanto le costaba recordar, apareció en la puerta del despacho. Brunetti lo llamó con un ademán y el joven se acercó y puso encima de la mesa la cartera, aún en la bolsa de plástico.

Brunetti, sujetando el teléfono entre el hombro y la mandíbula, levantó la bolsa, la abrió y preguntó a Bocchese:

—¿Alguna huella en el interior?

—Ya le he dicho que ésas eran las únicas -dijo el técnico y colgó el teléfono.

Brunetti colgó a su vez. En cierta ocasión, un coronel de *carabinieri* había comentado que Bocchese era tan bueno que podía encontrar huellas hasta en algo tan viscoso como el alma de un político, por lo que se le consentía más que a la mayoría de los que trabajaban en la *questura*. Hacía tiempo que Brunetti se había acostumbrado al irascible carácter de aquel hombre; más aún, con los años se había hecho insensible a sus exabruptos. Compensaba su hosquedad la intachable eficacia de su trabajo, que había prevalecido contra el feroz escepticismo de más de un abogado defensor.

Brunetti abrió la bolsa e hizo caer la cartera sobre la mesa. Estaba abarquillada por el roce con la cadera de Rossi, donde, al parecer, había permanecido varios años. La piel marrón tenía una grieta en el centro y una pequeña parte del ribete se había desgastado dejando al descubierto un fino cordón gris. Brunetti abrió la cartera aplastándola sobre la mesa. Los departamentos de la izquierda contenían cuatro tarjetas de plástico, Visa, Standa, la credencial del Ufficio Catasto y la Carta Venezia, que daba derecho a Rossi a beneficiarse de la tarifa reducida que los transportes municipales concedían a los residentes. Las sacó y examinó la foto que aparecía en las dos últimas. Estaba grabada en las tarjetas por un proceso holográfico, por lo que la imagen se borraba cuando la luz incidía en ella en un ángulo determinado; pero era Rossi, indudablemente.

A la derecha había un departamento para monedas con cierre metálico a presión. Brunetti lo abrió y vació sobre la mesa. Había varias monedas nuevas de mil liras, unas pocas de quinientas y una de cada uno de los tres tipos, de distinto tamaño, de monedas de cien en circulación. ¿A todo el mundo le parecía tan extraño como a él que hubiera monedas de cien de tres tamaños diferentes? ¿Qué explicación podía tener semejante chaladura?

Brunetti abrió la parte posterior de la cartera y sacó los billetes. Estaban dispuestos por riguroso orden, de mayor a menor, con los de

mil liras delante. Los contó. Ciento ochenta y siete mil liras.

Registró el departamento, para ver si se le había pasado por alto alguna cosa, pero no había nada más. Introdujo los dedos en la ranura de la izquierda y sacó varios billetes de *vaporetto* sin usar, una nota de caja de un bar de tres mil trescientas liras y varios sellos de ochocientas liras. En el otro lado encontró otra nota de bar, en el reverso de la cual estaba anotado un número de teléfono. Como no empezaba por 52, 27 ni 72, a pesar de que no llevaba prefijo, supuso que no era de Venecia. Y nada más. Ni nombres, ni una nota del fallecido para caso de accidente, ninguna de las cosas que en realidad nunca se encuentran en la cartera de una persona que puede haber muerto víctima de un acto de violencia deliberado.

Brunetti volvió a guardar el dinero en la cartera y ésta, en la bolsa de plástico. Se acercó el teléfono y marcó el número de Rizzardi. A esas horas, ya se habría hecho la autopsia, y el comisario deseaba saber algo más acerca de la extraña hendidura que Rossi tenía en la frente.

El médico contestó a la segunda señal y los dos hombres intercambiaron los saludos de rigor.

—¿Llama por lo de Rossi? — preguntó Rizzardi, que, al oír la afirmación de Brunetti, dijo:- Precisamente ahora iba a llamarle yo.

—¿Por qué?

—Por la lesión. Es decir, las dos lesiones. De la cabeza.

—¿Qué puede decirme?

—Una es plana, y en la piel hay partículas de cemento. La produjo el golpe contra el suelo. Pero a la izquierda de ésta hay otra, cóncava. Es decir, hecha por un objeto cilíndrico, como los tubos utilizados en la construcción de la *impalcatura* levantada frente al edificio, aunque dé la impresión de que el diámetro era menor.

—¿Y...?

—Y no hay vestigios de óxido en la herida. Esos tubos suelen estar sucios, oxidados y con restos de pintura, pero no he encontrado señales de ninguna de esas cosas.

—Quizá en el hospital lo lavaron.

—Sí, pero en el hueso había restos de metal, únicamente metal. Ni suciedad, ni óxido, ni pintura.

–¿Qué clase de metal? – preguntó Brunetti, suponiendo que las palabras de Rizzardi debían de tener una razón más concreta que la simple falta de algo.

–Cobre. – Como Brunetti no hiciera comentario alguno, Rizzardi apuntó:- No me compete decirle cómo debe hacer su trabajo, pero creo que no estaría de más enviar allí hoy mismo, o lo antes posible, a un equipo del laboratorio.

–Sí -dijo Brunetti, alegrándose de estar al frente de la *questura* aquel día-. ¿Algo más?

–Los dos brazos estaban fracturados, pero eso ya debe usted de saberlo. Y tenía magulladuras en las manos, pero podían ser debidas a la caída.

–¿Tiene idea desde qué altura cayó?

–No estoy muy versado en esa clase de cosas, ya que ocurren muy de tarde en tarde. Pero he consultado varios libros, y diría que unos diez metros.

–¿Un tercer piso?

–Posiblemente. Un segundo, por lo menos.

–¿Ha podido deducir algo de la forma en que cayó?

–No; pero da la impresión de que después de caer trató de arrastrarse. La tela del pantalón está rozada, y también la piel de las rodillas. Además, hay una desolladura en la parte interna de un tobillo que yo diría que se produjo al arrastrarse por el suelo.

Brunetti interrumpió al médico:

–¿Es posible determinar qué herida le causó la muerte?

–No. – La respuesta de Rizzardi fue tan rápida que Brunetti comprendió que debía de estar esperando la pregunta. El médico se quedó a la expectativa, pero a Brunetti no se le ocurrió más que un vago:

–¿Algo más?

–No. Estaba sano, y hubiera vivido muchos años.

–Pobre hombre.

–El empleado del depósito me ha dicho que usted lo conocía. ¿Un amigo?

Brunetti respondió sin vacilar.

–Sí. Un amigo.

OceanofPDF.com

Brunetti llamó a la oficina de Telecom y se identificó como agente de policía. Explicó que estaba tratando de localizar un número de teléfono pero que le faltaba el prefijo de la ciudad y sólo disponía de los siete últimos dígitos, y preguntó si Telecom podía darle los nombres de las ciudades en las que existiera tal número. Sin vacilar ni proponer siquiera llamarlo a la *questura* para verificar su identidad, la mujer le pidió que aguardara mientras consultaba el ordenador y lo dejó en espera. Por lo menos, no había música. La mujer no tardó en volver a la línea y le dijo que las posibilidades eran: Piacenza, Ferrara, Aquilea o Messina.

Brunetti pidió entonces los nombres de los abonados, y aquí la mujer invocó las normas de Telecom, el derecho a la privacidad y la «política establecida». Le explicó que necesitaba una llamada de la policía o de algún otro organismo del Estado. Pacientemente, conservando un tono de voz sereno, Brunetti volvió a explicarle que él era comisario de policía y, si lo deseaba, ella podía llamarle a la *questura* de Venecia. Cuando la mujer le pidió el número, Brunetti estuvo tentado de decirle si no sería preferible que lo buscara ella en la guía, para tener la seguridad de que llamaba realmente a la *questura*. Pero se limitó a dar el número, repitió su nombre y colgó. Casi inmediatamente, sonó el teléfono y la mujer le leyó cuatro nombres y direcciones.

Los nombres no le decían nada. El número de Piacenza era de una agencia de alquiler de coches, el de Ferrara estaba a nombre de una sociedad que tanto podía ser una oficina como un comercio. Los otros dos parecían de domicilios particulares. Marcó el número de Piacenza y dijo al hombre que contestó que era de la policía de Venecia y deseaba saber si tenían en sus archivos constancia de haber alquilado un coche a Franco Rossi de Venecia o si el nombre les era familiar. El hombre pidió a Brunetti que esperara, cubrió el micrófono con la mano y habló con otra persona. Entonces se puso al teléfono una mujer que le hizo repetir su petición y también le dijo que esperase un momento. El momento se convirtió en varios minutos, transcurridos los cuales la

mujer le dijo que lo sentía mucho pero que en su archivo no figuraba ningún cliente con ese nombre.

En el número de Ferrara, un contestador informaba de que había llamado al despacho de Gavini y Cappelli, y le pedía que dejara su nombre, número y motivo de la llamada. Brunetti colgó.

En Aquilea le contestó la que parecía la voz de una anciana que le dijo que nunca había oído hablar de Franco Rossi. El número de Messina estaba fuera de servicio.

Brunetti no había encontrado un permiso de conducir en la cartera de Rossi. Aunque eran muchos los venecianos que no conducían, podía haberlo tenido: la falta de carreteras no era razón suficiente para impedir a un italiano satisfacer su pasión por la velocidad. Llamó a la oficina de Tráfico, donde le informaron de que habían expedido permisos a nombre de nueve Franco Rossi. Brunetti dio entonces la fecha de nacimiento de Rossi y el número de su tarjeta de identificación del Ufficio Catasto. No había ninguna licencia expedida a su nombre.

Volvió a marcar el número de Ferrara, y tampoco esta vez obtuvo respuesta. Entonces sonó su teléfono.

—¿Comisario? — Era Vianello.

—Sí.

—Acaban de llamarme de la comisaría de Cannaregio.

—¿La de Tre Archi?

—Sí, señor.

—¿Y qué dicen?

—Recibieron la llamada de un hombre que decía que del apartamento de encima del suyo salía un olor fuerte. Desagradable.

Brunetti esperó; no se necesitaba mucha imaginación para adivinar lo que venía a continuación: no se llamaba a un comisario de policía para denunciar un desagüe en mal estado o unas basuras abandonadas.

—Un estudiante -dijo Vianello, cortando sus especulaciones.

—¿Qué ha sido?

—Parece sobredosis. Por lo menos, eso me han dicho.

—¿Cuánto hace que han llamado?

—Unos diez minutos.

—Ahora mismo bajo.

Al salir de la *questura*, Brunetti se sorprendió del calor. Era curioso. Siempre sabía qué día de la semana era y, casi siempre, qué día del mes, pero con frecuencia tenía que pararse a pensar si era primavera o era otoño. Así pues, al sentir el calor del día, tuvo que hacer un pequeño esfuerzo para salir de su extraña desorientación y recordar que estaba en primavera y era natural que el calor fuera en aumento.

Aquel día tenían a otro piloto, Pertile, un hombre al que el comisario encontraba antipático. Embarcaron Brunetti, Vianello y los dos hombres del equipo técnico. Uno de ellos quitó el amarre, salieron al *bacino* y viraron por el canal del Arsenale. Pertile conectó la sirena y aceleró por las aguas tranquilas del Arsenale, cortando por delante de un *vaporetto*, el 52, que salía de la parada de Tana.

—Esto no es una evacuación nuclear, Pertile -dijo Brunetti.

El piloto se volvió a mirar a los hombres de cubierta, apartó una mano del volante y el sonido de la sirena se apagó. A Brunetti le pareció que la lancha aceleraba más aún, pero optó por no decir nada. Al extremo del Arsenale, Pertile viró bruscamente a la izquierda y pasó frente a las paradas del hospital, Fondamenta Nuove, La Madonna dell'Orto y San Alvise y entró en el canal de Cannaregio. Justo después de la primera parada de barcos, vieron a un agente de policía que, de pie en la *riva*, les hacía señas con el brazo.

Vianello le lanzó la cuerda y el hombre se inclinó para atarla a un aro. Al ver a Brunetti, el agente de la *riva* saludó y alargó la mano para ayudarlo a desembarcar.

—¿Dónde está? — preguntó Brunetti cuando sintió los pies en tierra firme.

—Al extremo de esta calle -dijo el hombre dando media vuelta en dirección a una callejuela que se adentraba en el Cannaregio.

Los otros saltaron a tierra y Vianello se volvió para decir a Pertile que esperase. Brunetti y el agente entraron en la estrecha calle andando uno al lado del otro y los otros los siguieron en fila india.

No tuvieron que andar mucho, ni les fue difícil encontrar la casa: a unos veinte metros, se había congregado un grupo de gente frente a una puerta en la que había un agente de uniforme con los brazos cruzados. Al acercarse Brunetti, un hombre se apartó del grupo, pero no fue hacia los policías sino que se quedó a un lado, con los brazos en jarras,

esperando. Era alto, casi cadavérico y tenía la nariz de borracho más escandalosa que había visto Brunetti en toda su vida: roja, bulbosa, picada y con la punta casi azul. Recordó a Brunetti las caras que había visto en un cuadro de un pintor flamenco -¿de Cristo con la cruz a cuestas?-, deformes y malévolas, que no prometían más que males y sufrimiento para todo el que cayera bajo su maléfico influjo.

En voz baja, Brunetti preguntó:

—¿Es ése el que lo ha encontrado?

—Sí, señor -contestó el policía que los había recibido en la *riva*-. Vive en el primer piso.

Cuando se acercaron al hombre, éste metió las manos en los bolsillos y empezó a balancear el cuerpo adelante y atrás, como si tuviera cosas importantes que hacer y la policía le impidiera atenderlas.

Brunetti se paró frente a él.

—Buenos días. ¿Nos ha avisado usted? – preguntó.

—Sí, y me extraña que se hayan molestado en venir tan pronto -dijo el hombre con una voz tan cargada de resentimiento y hostilidad como lo estaba su aliento de alcohol y café.

—¿Vive usted en el piso de abajo?

—Sí, desde hace siete años, y si el mierda del dueño se ha creído que con una nota de desahucio va a echarme, ya le diré yo dónde puede metérsela. – Hablaba con acento de la Giudecca y, como muchos de los naturales de esa isla, parecía convencido de que la grosería es tan esencial para el habla como lo es el aire para la respiración.

—¿Y cuánto hace que él vive aquí?

—Es que ya no vive -dijo el hombre y soltó una larga carcajada que acabó en un acceso de tos.

—¿Cuánto hace que vivía aquí? – preguntó Brunetti cuando el hombre hubo acabado de toser.

El otro se irguió y miró fijamente a Brunetti quien, a su vez, observó las rojeces escamosas de la cara del hombre y los ojos amarillentos de ictericia.

—Un par de meses. Tendrá que preguntárselo al dueño. Yo sólo lo veía en la escalera.

—¿Venía alguien a verlo?

–Eso no lo sé -dijo el hombre con súbita agresividad-. Yo me ocupo de mis asuntos. Además, era estudiante y yo no tengo nada que decir a esa gente. Son unos mierdecillas que se creen que lo saben todo.

–¿Así se comportaba? – preguntó Brunetti.

El hombre se quedó pensativo, sorprendido de tener que examinar un caso concreto para comprobar si se ajustaba a sus prejuicios. Al cabo de un rato, dijo:

–No, pero, como le decía, sólo lo había visto unas pocas veces.

–Haga el favor de dar su nombre al sargento -dijo Brunetti dando media vuelta e indicando al joven policía que había esperado la lancha. El comisario dio los dos pasos que lo llevaron a la puerta de la casa, donde lo saludó el agente que allí estaba apostado. A su espalda, oyó que el hombre al que había interrogado gritaba:

–Se llamaba Marco.

Cuando Vianello se acercó, Brunetti le pidió que viera qué podía averiguar en el vecindario. El sargento se alejó y el agente de la puerta, se adelantó.

–En el segundo piso, señor.

Brunetti miró la estrecha escalera. A su espalda, el policía oprimió el pulsador de la luz, pero la débil bombilla apenas supuso diferencia alguna, como si se resistiera a iluminar tanta sordidez. La pintura y el cemento desprendidos de la pared y, arrinconados por los pies de los que subían y bajaban, formaban pequeñas dunas de las que asomaban colillas y papeles.

Brunetti subió la escalera. En el primer rellano, le salió al encuentro el olor. Viscoso, denso, penetrante, que hablaba de putrefacción, de inmundicia, de una suciedad inhumana. A medida que se acercaba al segundo piso, el olor se acentuaba, y durante un momento terrible Brunetti creyó ver la avalancha de moléculas que se precipitaban sobre él, se adherían a sus ropas y le entraban por nariz y garganta, portadoras del horrible recordatorio de la mortalidad.

Un tercer policía, muy pálido a la débil luz de la escalera, estaba en la puerta del apartamento. Brunetti vio con pesar que estaba cerrada, lo que hacía temer que el olor fuera mucho peor cuando la abrieran. El agente saludó, rápidamente, se apartó y no paró hasta que estuvo a cuatro pasos de la puerta.

–Ya puede bajar -dijo Brunetti, comprendiendo que aquel muchacho debía de llevar allí una hora por lo menos.

–Gracias, señor -dijo el agente y volvió a saludar antes de pasar a toda prisa junto a Brunetti y lanzarse escaleras abajo.

A su espalda, Brunetti oyó golpes sordos y sonidos metálicos del equipo técnico, que subía con sus maletas de herramientas.

Brunetti resistió el impulso de aspirar profundamente. Armándose de valor, alargó la mano hacia la puerta. Pero, antes de que pudiera abrirla, uno de los técnicos le gritó:

–Un momento, comisario. Póngase esto.

Brunetti, al volverse, vio que el hombre abría una bolsa de plástico que contenía una mascarilla quirúrgica. Dio una a Brunetti y otra a su compañero. Todos se las ajustaron a la boca y nariz, aspirando, agradecidos, el fuerte olor de los productos antisépticos con los que estaban impregnadas.

Brunetti abrió la puerta, y el olor los acometió, arrollando los agentes químicos. El comisario levantó la mirada y vio que todas las ventanas habían sido abiertas, probablemente, por la policía, lo que, en cierto sentido, contaminaba la escena del crimen. Pero no era necesario proteger la escena de intrusos; el mismo Cerbero hubiera huido de aquel olor aullando.

Brunetti cruzó el umbral andando con rigidez, para vencer la resistencia de su cuerpo a todo movimiento, y los otros lo siguieron. La sala de estar era lo que cabía esperar del apartamento de un estudiante, y le recordó cómo vivían sus amigos de la universidad. Un sofá deteriorado, con una colcha india de colores vivos tensada sobre el respaldo y los brazos, con los bordes metidos bajo los almohadones, simulando un tapizado. Arrimada a una pared había una mesa larga con papeles, libros y una naranja que ya empezaba a criar moho. En dos sillas, prendas de vestir y más libros.

El chico estaba tendido de espaldas en el suelo de la cocina. Tenía el brazo izquierdo extendido sobre la cabeza y la aguja hipodérmica que lo había matado clavada todavía en la vena, justo debajo de la articulación del codo. La mano derecha estaba crispada sobre la cabeza, en un gesto que recordó a Brunetti el que hacía su hijo cuando se daba cuenta de que se había equivocado o cometido una tontería. En

la mesa había lo que era de esperar: una cuchara, una vela y la bolsita de plástico que había contenido lo que fuera que lo había matado. Por la ventana de la cocina, abierta a un patio, se veía otra ventana, con las persianas cerradas.

Uno de los técnicos del laboratorio entró detrás de él y miró al muchacho.

—¿Lo tapamos, comisario?

—No. Déjenlo como está hasta que lo vea el médico. ¿Quién viene?

—Guerriero.

—¿Rizzardi no?

—No, señor, hoy está de guardia Guerriero.

Brunetti asintió y volvió a la sala. La tira de goma de la mascarilla empezaba a clavársele en la mejilla. Se la quitó y la guardó en el bolsillo. El olor empeoró pero, al poco rato, ya no notaba la diferencia. El otro técnico entró en la cocina con la cámara y el trípode. Brunetti oía el sonido apagado de sus voces mientras decidían la mejor manera de fijar aquella escena para la pequeña parte de historia que Marco, estudiante universitario, muerto con una aguja clavada en el brazo, ocuparía en los archivos de la policía de Venecia, la perla del Adriático. Brunetti se acercó a la mesa de trabajo y miró el revoltijo de papeles y libros, tan parecido al que tenía él cuando estudiaba y al que dejaba su propio hijo cada mañana cuando se iba a la escuela.

En la guarda de una Historia de la Arquitectura, Brunetti encontró el nombre: Marco Landi. Lentamente, repasó los papeles de la mesa, parándose de vez en cuando a leer una frase o un párrafo. Descubrió que Marco estaba haciendo un trabajo sobre los jardines de cuatro villas del siglo xviii situadas entre Venecia y Padua. Brunetti encontró libros y fotocopias de artículos sobre arquitectura de jardines y hasta bocetos de jardines que parecían hechos por el muchacho muerto. Brunetti miró largo rato un dibujo grande de un jardín barroco, con cada planta y cada árbol minuciosamente detallado. Hasta se podía ver la hora en el gran reloj de sol situado a la izquierda de una fuente: las cuatro y cuarto. En el ángulo inferior derecho del dibujo, descubrió Brunetti dos conejos que, aparentemente contentos y bien alimentados, miraban con curiosidad al espectador desde detrás de una frondosa adelfa. Dejó el dibujo y tomó otro, éste, al parecer, para otro proyecto,

ya que en él aparecía una casa de sobrias líneas modernas, suspendida sobre el espacio abierto de un cañón o un acantilado. Brunetti contempló el dibujo, en el que también vio a los conejos, que atisbaban interrogativamente desde detrás de una escultura abstracta, situada frente a la casa, en medio de una extensión de césped. Siguió hojeando los dibujos de Marco. En todos aparecían los conejos, aunque en algunos estaban disimulados con tanta habilidad que era difícil descubrirlos, por ejemplo, detrás del parabrisas de un automóvil aparcado frente a una casa. Brunetti se preguntaba cómo reaccionaban los profesores de Marco a la presencia de los conejos en cada trabajo, si les divertía o les irritaba. Y entonces se permitió pensar en el chico que los dibujaba. ¿Por qué conejos? ¿Y por qué dos?

Brunetti desvió su atención de los dibujos a una carta manuscrita que estaba a su izquierda. El sobre no indicaba remitente y llevaba matasellos de la provincia de Trento. La inscripción estaba borrosa y no se leía el nombre de la población. Repasó rápidamente la hoja y vio que estaba firmada «*Mamma*».

Brunetti desvió la mirada un momento antes de empezar a leer. Contenía las habituales noticias familiares: papá estaba muy atareado con la siembra de primavera; Maria, que Brunetti dedujo que sería la hermana pequeña de Marco, iba bien en el colegio. *Briciola* había vuelto a perseguir al cartero. Ella se encontraba bien y esperaba que Marco estudiara mucho y no tuviera más problemas. No, *signora*, su Marco ya no tendrá más problema, pero desde ahora y durante toda su vida ustedes tendrán una pena muy honda, el desconsuelo de la pérdida y la sensación de que, en cierto modo, han fallado a este muchacho. Y, por más que la razón les diga que no son responsables de su muerte, nunca llegarán a convencerse.

Brunetti dejó la carta y, rápidamente, repasó los restantes papeles de la mesa. Había más cartas de la madre, pero no las leyó. Al fin, en el cajón de arriba de la cómoda de pino situada a la izquierda de la mesa, encontró una libretita de direcciones y teléfonos en la que estaban los de los padres de Marco, y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Al oír ruido en la puerta, se volvió y vio a Gianpaolo Guerriero, el ayudante de Rizzardi. A los ojos de Brunetti, la ambición de Guerriero se reflejaba en su cara joven y delgada y en cada uno de sus rápidos

ademanes, o quizá era sólo que, sabiéndolo ambicioso, veía esa cualidad -que Brunetti nunca había podido considerar virtud- en todos sus actos. Le hubiera gustado poder apreciarlo, porque veía que era respetuoso con los cadáveres, pero la frialdad de aquel hombre le impedía sentir por él algo más que respeto. Al igual que su superior, Guerriero vestía con esmero y hoy llevaba un traje de lana gris que realzaba su buena figura. Detrás de él entraron dos empleados del depósito vestidos de blanco. Brunetti señaló la cocina con un movimiento de la cabeza, y hacia allí fueron los hombres, portando una camilla plegada.

–No toquen nada -les gritó Guerriero sin necesidad. Dio la mano a Brunetti.

–Me han dicho que ha sido sobredosis -dijo Guerriero.

–Eso parece.

No llegaba sonido alguno de la otra habitación.

Guerriero se fue a la cocina con un maletín en el que Brunetti distinguió el logo de Prada.

El comisario se quedó en la sala y, mientras esperaba a que Guerriero terminara, apoyó las palmas de las manos en la mesa y volvió a mirar los dibujos de Marco. Le hubiera gustado poder sonreír a los conejos, pero no pudo.

Guerriero no estuvo en la cocina más que unos minutos. Se paró en la puerta, para quitarse la mascarilla.

–Si era heroína, y eso parece, la muerte habrá sido instantánea. Ya lo ha visto, no le ha dado tiempo ni de sacar la aguja.

–¿Qué ha podido matarlo, o por qué lo ha matado, si era adicto?

Guerriero reflexionó un momento antes de responder:

–Si ha sido heroína, pudiera estar adulterada con cualquier porquería. Y haberlo matado eso. O, si lo había dejado durante algún tiempo, pudo tener una sobrerreacción a una dosis que no le hubiera afectado cuando se inyectaba regularmente. Es decir, si consiguió una mercancía lo bastante pura.

–¿Usted qué opina? – preguntó Brunetti y, cuando vio que Guerriero empezaba a dar una respuesta automática y, evidentemente, cauta, agregó, levantando una mano -: Extraoficialmente, por supuesto.

Guerriero estuvo un rato pensando la respuesta. Brunetti no pudo por menos de suponer que el joven médico estaba sopesando las

consecuencias que para su carrera podía tener el descubrimiento de que había expuesto una opinión extraoficialmente. Al fin dijo:

–Yo diría que ha sido lo segundo.

Brunetti no trató de sonsacarlo sino que se limitó a esperar a que continuara.

–No he examinado todo el cuerpo -dijo Guerriero-. Sólo los brazos. Hay muchas marcas antiguas pero ninguna reciente. Si se hubiera inyectado heroína últimamente, se hubiera pinchado en los brazos. Los adictos usan siempre el mismo sitio. Yo diría que hacía un par de meses que lo había dejado.

–¿Y volvió?

–Eso parece. Podré decirle más cuando lo haya examinado.

–Gracias, *dottore* -dijo Brunetti-. ¿Se lo llevarán ahora?

–Sí, he dicho que lo metan en una bolsa. Con las ventanas abiertas esto empezará a despejarse pronto.

–Bien. Muchas gracias.

Guerriero levantó una mano en respuesta.

–¿Cuándo podrá hacer la autopsia? – preguntó Brunetti.

–Seguramente, mañana por la mañana. Ahora hay bastante calma en el hospital. Es curioso, pero en primavera muere menos gente. He dejado la cartera y lo que tenía en los bolsillos en la mesa de la cocina - terminó Guerriero, guardando la mascarilla en el maletín.

–Gracias. ¿Me llamará cuando sepa algo?

–Desde luego. – Guerriero estrechó la mano al comisario y se fue.

Durante su breve conversación, Brunetti había oído ruidos en la cocina. Cuando Guerriero se marchó, los dos ayudantes aparecieron con la camilla, ahora desplegada y cargada con la abultada bolsa. Brunetti hizo un esfuerzo para no pensar en cómo tendrían que manipular la carga para bajarla por aquella escalera tan estrecha y retorcida. Los dos movieron la cabeza de arriba abajo en señal de saludo pero no se pararon.

Mientras por la escalera abajo se alejaban los sonidos que acompañaban su partida, Brunetti volvió a la cocina.

El más alto de los dos técnicos -Brunetti creía recordar que se llamaba Santini, pero no estaba seguro- dijo levantando la cara:

–Aquí no hay nada, comisario.

–¿Han visto los papeles? – preguntó Brunetti señalando la cartera y el montoncito de papeles arrugados y monedas que estaban en la mesa.

El compañero de Santini contestó por él:

–No, señor. Pensamos que preferiría hacerlo usted.

–¿Cuántas habitaciones más hay? – preguntó Brunetti.

Santini señaló hacia la parte posterior del apartamento.

–Sólo el baño. Debía de dormir en el sofá de ahí fuera.

–¿Algo en el baño?

Santini dejó que contestara el otro.

–No, señor. Ni una aguja. Sólo las cosas normales que suele haber en un cuarto de baño: aspirinas, crema de afeitar, un paquete de maquinillas de plástico; nada de artilugios para drogarse.

A Brunetti le pareció interesante ese comentario del técnico y preguntó:

–¿Qué deducción haría usted?

–Yo diría que el chico estaba limpio -respondió el hombre sin vacilar. Brunetti miró a Santini, que asentía a las palabras de su compañero. El otro prosiguió-: Nosotros vemos a muchos chicos de éstos, y la mayoría están hechos una lástima. Llagas por todo el cuerpo, no sólo en los brazos. – Levantó una mano y la agitó varias veces, como para ahuyentar el recuerdo de los cuerpos jóvenes que se habían comprado la muerte con la droga-. Pero éste no tenía otras marcas recientes. – Todos callaron durante un rato.

Finalmente, Santini preguntó:

–¿Algo más, comisario?

–Nada, gracias. – Brunetti observó que los dos hombres se habían quitado las mascarillas y que el olor era ahora más débil incluso allí, donde había estado el cadáver durante nadie sabía cuánto tiempo-. Vayan a tomar un café. Yo echaré un vistazo a todo eso -dijo señalando con un ademán la cartera y los papeles-. Luego cerraré y bajaré a reunirme con ustedes.

Ninguno hizo objeciones. Cuando se fueron, Brunetti tomó la cartera y sopló el fino polvo gris que la cubría. En el interior había cincuenta y siete mil liras, más dos mil setecientas en monedas que estaban encima de la mesa, donde alguien las había dejado después de sacarlas de los bolsillos de Marco. Encontró también la *carta d'identità*

de Marco, en la que constaba su fecha de nacimiento. Con un movimiento súbito, se echó en la palma de la mano todas las monedas y el papel y las guardó en el bolsillo de su chaqueta. Había visto un juego de llaves en la mesa, junto a la puerta de entrada. Después de comprobar todas las persianas, las cerró, lo mismo que las ventanas. Luego echó la llave a la puerta del apartamento y bajó la escalera.

En la calle, Vianello estaba al lado de un anciano, con la cabeza inclinada para oír lo que le decía. Al ver salir a Brunetti, dio unas palmadas en el brazo al viejo y se apartó de él. Cuando se acercaba Brunetti, Vianello movió la cabeza negativamente.

—Nadie ha visto nada. Nadie sabe nada.

OceanofPDF.com

Con Vianello y los técnicos del laboratorio, Brunetti volvió a la *questura* en la lancha de la policía, confiando en que el viento disipara el olor que traían consigo del apartamento. Nadie decía nada, pero Brunetti sabía que no se sentiría completamente limpio hasta que se quitara todo lo que llevaba puesto aquel día y estuviera un buen rato debajo de la ducha. A pesar del primer calor de aquella primavera avanzada, le apetecía el contacto del agua caliente y el roce áspero del guante de crin en cada centímetro de piel.

Los técnicos llevaban a la *questura* los útiles de la muerte de Marco y, aunque no confiaban en encontrar un segundo juego de huellas en la jeringuilla, cabía la posibilidad de que la bolsa de plástico que el chico había dejado en la mesa les proporcionara algo, aunque no fuera más que un fragmento, que coincidiera con huellas que tuvieran archivadas.

Al llegar a la *questura*, el piloto hizo una aproximación muy rápida y la lancha topó con el embarcadero, haciendo tambalearse a los hombres que estaban en cubierta. Uno de los técnicos tuvo que agarrarse al hombro de Brunetti para no caer por las escaleras de la cabina. El piloto paró el motor, saltó a tierra con el cabo para amarrar la lancha al embarcadero y simuló concentrarse en la operación de hacer los nudos. Sin una palabra, Brunetti saltó de la lancha y entró en la *questura* seguido por los otros.

Brunetti fue directamente al despachito de la *signorina* Elettra. Cuando entró, ella estaba hablando por teléfono y, al verlo, levantó una mano para indicarle que esperase. Él se acercó despacio, temiendo llevar consigo el terrible hedor que aún le impregnaba, si no la ropa, por lo menos, la mente. Vio que la ventana estaba abierta y se acercó a ella, parándose junto a un gran ramo de azucenas que despedían aquel olor empalagoso que él siempre había aborrecido.

Al notar su desazón, la *signorina* Elettra lo miró, apartó el auricular y agitó una mano en un gesto de irritación con su interlocutor. Se acercó el auricular y murmuró varias veces «sí», sin dejar que la impaciencia le llegara a la voz. Al cabo de un minuto, volvió a apartar el aparato, luego se lo acercó bruscamente, dijo «gracias» y «adiós», y colgó.

–Y toda esa historia, para decir que esta noche no vendrá -fue toda la explicación que brindó. No era mucho, aunque lo suficiente como para que Brunetti se sintiera intrigado por el qué y el dónde. Y el quién. No dijo nada.

–¿Qué tal? – preguntó ella.

–Mal -respondió Brunetti-. Veinte años. Nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí.

–Y con este calor -dijo ella en tono de conmiseración.

Brunetti asintió.

–Droga. Sobredosis.

Ella cerró los ojos, dejó pasar un momento y dijo:

–He preguntado a varios conocidos y todos dicen lo mismo, que Venecia es un mercado muy pequeño para la droga. – Hizo una pausa y prosiguió-: Pero tiene que ser lo bastante grande como para que alguien haya vendido a ese chico lo que lo ha matado. – A Brunetti se le hizo extraño oírle llamar «chico» a Marco, cuando ella misma tendría apenas diez años más.

–Tengo que llamar a los padres -dijo Brunetti.

Ella miró el reloj y Brunetti la imitó, descubriendo con asombro que no era más que la una y diez. La muerte hacía perder la noción del tiempo; le parecía haber estado varios días en aquel apartamento.

–¿Por qué no espera un poco, comisario? – Anticipándose a su pregunta, ella explicó-: Así el padre estará en casa y habrán almorzado. Será preferible que estén juntos cuando se lo diga.

–Tiene razón. No lo había pensado. Esperaré. – No tenía ni idea de lo que haría para ocupar el tiempo de la espera.

La *signorina* Elettra adelantó el cuerpo, tecleó en el ordenador y la pantalla quedó en blanco.

–Me parece que saldré a tomar un *ombra* antes del almuerzo. ¿Me acompaña, comisario? – Se sonreía por su descaro: invitar a una copa a un hombre casado que, además, era un superior...

Brunetti, conmovido por la magnanimidad del ofrecimiento, dijo:

–Con mucho gusto, *signorina*.

Brunetti hizo la llamada poco después de las dos. Se puso al teléfono una mujer, él pidió por el *signor* Landi y suspiró un «gracias» mudo,

dirigido no sabía a quién, cuando ella, sin mostrar curiosidad, dijo que enseguida avisaba a su marido.

–Landi -dijo una voz grave.

–*Signor* Landi -dijo Brunetti-, soy el comisario Guido Brunetti. Le llamo de la *questura* de Venecia.

No pudo continuar porque Landi, con voz repentinamente tensa y aguda, cortó:

–¿Marco?

–Sí, *signor* Landi.

–¿Le ha ocurrido algo malo? – preguntó el hombre bajando el tono.

–Lamento decirle que sí, *signor* Landi.

Por la línea fluía ahora el silencio. Brunetti imaginó a Landi, de pie junto al teléfono, con el periódico en la mano, mirando hacia la cocina, donde su mujer recogía los platos después de haber comido en paz por última vez en su vida.

La voz de Landi se hizo casi inaudible, pero Brunetti pudo ponerle el sonido fácilmente, porque la pregunta sólo podía ser una:

–¿Muerto?

–Sí, lo siento.

Otra pausa, ésta aún más larga, y Landi preguntó:

–¿Cuándo?

–Lo hemos encontrado hoy.

–¿Quién?

–La policía. Un vecino ha llamado. – Brunetti no quiso dar detalles ni decir cuánto tiempo llevaba muerto Marco-. Ha dicho que hacía días que no veía a Marco y nos ha pedido que entrásemos en el apartamento. Hemos entrado y lo hemos encontrado.

–¿Drogas?

No se había hecho la autopsia. Las instancias del Estado aún no habían estudiado las circunstancias de la muerte del muchacho, no las habían verificado ni se habían pronunciado sobre la causa de la muerte; por lo tanto, era temerario, irresponsable y reprobable aventurar una opinión.

–Sí -dijo Brunetti.

El hombre que estaba al otro extremo del hilo lloraba. Brunetti oía los jadeos largos y profundos con los que sorbía el aire su garganta

atenazada por el dolor. Brunetti apartó el auricular del oído y se quedó mirando una placa de la pared de su izquierda, con los nombres de los agentes de la policía caídos en la primera guerra mundial. Empezó a leer nombres y fechas de nacimiento y de muerte. Uno tenía sólo veinte años, la misma edad que Marco.

Oyó por el teléfono el sonido de una voz lejana, que se levantaba con curiosidad o con miedo, pero que se apagó cuando Landi cubrió el micrófono con la mano. Pasó otro minuto. Luego oyó la voz de Landi. Brunetti acercó el auricular al oído, pero sólo alcanzó a oír:

–Luego lo llamaré. – Se interrumpió la comunicación.

Mientras, sentado en su despacho, aguardaba la llamada, Brunetti pensaba en la naturaleza de aquel crimen. Si Guerriero estaba en lo cierto y Marco había muerto porque su cuerpo se había deshabitado a la terrible acometida de la heroína durante el tiempo que se había mantenido apartado de ella, ¿qué delito se había cometido entonces, aparte del de la venta de una sustancia prohibida? ¿Qué gravedad podía revestir el delito de vender heroína a un heroinómano y dónde estaba el juez que pudiera considerarlo más que simple falta?

Ahora bien, si la heroína que lo había matado estaba adulterada con una sustancia peligrosa o letal, ¿cómo averiguar en qué punto de la ruta que se extendía desde los campos de opio de Oriente hasta las venas de Occidente había sido agregada tal sustancia y por quién?

Cualquiera que fuera el planteamiento, Brunetti no creía que ese crimen pudiera tener grandes consecuencias judiciales. Tampoco parecía probable que llegara a descubrirse la identidad del responsable. Pero no por ello dejaba de estar muerto aquel joven estudiante que disimulaba hábilmente enigmáticos conejos en todos sus dibujos.

Brunetti se levantó y se acercó a la ventana. El sol inundaba *campo* San Lorenzo. Todos los ancianos que vivían en la residencia geriátrica habían acudido a la llamada a la siesta y abandonado el *campo* a gatos y transeúntes. Brunetti apoyó las manos en el alféizar y se asomó, observando el *campo* como en busca de una señal. Al cabo de media hora, llamó Landi. Dijo que él y su esposa llegarían a Venecia a las siete de la tarde y preguntó cómo podían ir a la *questura*.

Cuando Landi respondió afirmativamente a la pregunta de si harían el viaje en tren, Brunetti dijo que estaría esperándolos en la estación para llevarlos al hospital en la lancha.

–¿Al hospital? – preguntó Landi con una esperanza desgarrada en la voz.

–Lo siento, *signor* Landi. Es donde los llevan.

–Ah -exclamó Landi por toda respuesta y de nuevo colgó el teléfono.

Aquella tarde, Brunetti llamó a un amigo que regentaba un hotel en *campo* Santa Marina y le preguntó si tendría una habitación doble para unas personas que quizá se quedasen a pasar la noche. La gente que debe acudir a la llamada del desastre suele olvidarse de comer, de dormir y de todos esos engorros que demuestran que la vida continúa.

El comisario pidió a Vianello que lo acompañara, pensando que para los Landi sería más fácil reconocer a un policía de uniforme. Por otra parte, era consciente de que Vianello era la mejor compañía que podía llevar no sólo para los Landi sino también para sí mismo.

El tren llegó con puntualidad, y no fue difícil reconocer a los padres de Landi entre los pasajeros que bajaron al andén. Ella era alta y delgada, con un vestido gris muy arrugado por el viaje y un moñito en la nuca que había pasado de moda hacía décadas. Su marido la llevaba del brazo, pero era fácil adivinar que no era por galantería: la mujer andaba con paso inseguro, como por efecto de la bebida o de la enfermedad. Landi era bajo y fornido, con músculos que denotaban toda una vida de trabajo duro. En otras circunstancias, a Brunetti le hubiera parecido cómico el contraste que ofrecía la pareja, pero no en éstas. La cara de Landi tenía el tono oscuro del cuero y su pelo disperso y descolorido apenas protegía un cráneo tan curtido como la cara. Tenía el aspecto del hombre que pasa todo el día a la intemperie, y Brunetti recordó la carta de la madre en la que hablaba de la siembra de primavera.

Al ver el uniforme de Vianello, Landi llevó a su esposa hacia él. Brunetti se presentó a sí mismo y a su sargento y dijo que tenían una lancha esperando. Sólo Landi les dio la mano y sólo él pudo hablar. Su esposa no fue capaz sino de mover la cabeza de arriba abajo, al tiempo que se llevaba la mano izquierda a los ojos.

Todo se hizo con rapidez. En el hospital, Brunetti sugirió que sólo el *signor* Landi identificara a Marco, pero ellos insistieron en entrar juntos a ver a su hijo. Brunetti y Vianello esperaron fuera, en silencio. Al cabo de unos minutos, los Landi salieron sollozando abiertamente. Las disposiciones exigían que la identificación formal se hiciera de palabra o por escrito en presencia del agente de la autoridad.

Cuando los Landi se calmaron, Brunetti sólo dijo:

—Me he tomado la libertad de reservar una habitación, por si prefieren quedarse esta noche.

Landi miró a su esposa, que movió la cabeza negativamente.

—No, señor. Regresaremos hoy mismo. Es mejor. Hay un tren a las ocho treinta. Lo comprobamos antes de salir.

Tenía razón. Era mejor y Brunetti lo sabía. Al día siguiente se haría la autopsia, y era conveniente alejar a los padres. Los hizo salir del hospital por la puerta de Urgencias y los llevó a la lancha de la policía que aguardaba en el muelle. Bonsuan los vio acercarse y ya había soltado las amarras cuando llegaron. Vianello ayudó a la *signora* Landi a embarcar y a bajar a la cabina. Brunetti tomó del brazo a Landi cuando éste saltó a la lancha y, con una ligera presión de los dedos, le impidió seguir a su mujer.

Bonsuan, que navegaba con la misma soltura con que respiraba, los apartó suavemente del muelle, haciendo funcionar el motor a poca velocidad, de modo que su avance era casi silencioso. Landi mantenía la mirada baja, fija en el agua, como resistiéndose a mirar a la ciudad que le había quitado la vida a su hijo.

—¿Querría hablarme de Marco? — preguntó Brunetti.

—¿Qué quiere saber? — preguntó Landi, sin levantar los ojos.

—¿Sabía que se drogaba?

—Sí.

—¿Lo había dejado?

—Yo creía que sí. A finales del año pasado, vino a casa. Dijo que se había desenganchado y quería pasar una temporada con nosotros. Estaba sano, y este invierno trabajó de firme. Entre los dos cambiamos el tejado del granero, que es una clase de trabajo que no puedes hacer si tomas cosas de esas que te envenenan el cuerpo. — Landi mantenía la mirada fija en el agua por la que se deslizaba la lancha.

–¿Le hablaba a usted de eso?

–¿De la droga?

–Sí.

–Sólo una vez. Él sabía que era un tema que yo no podía soportar.

–¿Le dijo por qué lo hacía o dónde la conseguía?

Landi miró a Brunetti. Tenía los ojos del azul de los glaciares y la cara extrañamente tersa, aunque atezada por el sol y el viento.

**–¿Quién puede comprender por qué le hacen eso al cuerpo? –
Movi6 la cabeza tristemente y volvió a mirar el agua.**

Brunetti, reprimiendo el impulso de pedir perd6n por sus preguntas, dijo:

–¿Sabe algo de su vida aqu6? ¿De sus amigos? ¿Qu6 hacía?

Landi pareció responder a otra pregunta.

–Él siempre quiso ser arquitecto. Desde que era ni6o, lo 6nico que le interesaba eran los edificios y c6mo estaban hechos. Yo no entiendo de eso, yo soy un hombre del campo. Lo 6nico que conozco es eso, el campo. – Cuando la lancha sali6 a las aguas de la laguna, una ola los embisti6, pero Landi mantuvo el equilibrio como si no hubiera notado el movimiento-. Lo malo es que en el campo ya no hay futuro, no se puede vivir de la tierra. De eso estamos convencidos, pero no sabemos hacer otra cosa. – Suspir6. Sin levantar la cabeza, prosigui6-: Marco vino aqu6 a estudiar. Hace dos a6os. Cuando volvi6 a casa al final del primer a6o, notamos que algo andaba mal, pero no sab6amos qu6. – Mir6 a Brunetti-. Nosotros somos gente sencilla, no sabemos nada de drogas ni de esas cosas. – Volvi6 la cara, vio los edificios que se levantaban al borde de la laguna y otra vez mir6 el agua.

El viento soplaba con m6s fuerza y Brunetti tuvo que inclinar la cabeza para o6r lo que dec6a el hombre.

–En Navidad del a6o pasado vino a casa. Lo vi muy alterado, hablé con 6l y me lo confes6. Dijo que hab6a decidido dejarlo, que sab6a que eso le matar6a.

Brunetti apoy6 el peso del cuerpo en el otro pie y vio c6mo las encallecidas manos de Landi oprim6an la borda de la lancha.

**–No supo explicarme por qu6 lo hab6a hecho ni c6mo era eso, pero cuando dijo que quer6a dejarlo le cre6. No se lo dijimos a su madre. –
Landi call6.**

–¿Qué ocurrió después? – preguntó Brunetti.

–Se quedó en casa todo el invierno, y entre los dos reparamos el granero. Por eso sé que estaba perfectamente. Luego, hace dos meses, dijo que quería volver a los estudios, que ya había pasado el peligro. Yo le creí. Volvió a Venecia y parecía estar bien. Hasta que ha llamado usted.

La lancha viró para dejar el Canale di Cannaregio y entrar en el Gran Canal.

–¿Nunca mencionó a algún amigo? – preguntó Brunetti-. ¿Una novia?

La pregunta pareció violentar a Landi.

–Tenía una novia en el pueblo. – Calló, pero era evidente que la respuesta no estaba completa-. Me parece que aquí había alguien más. Marco llamó tres o cuatro veces durante el invierno, y también llamaba una chica preguntando por él. Pero él no nos dijo nada.

El motor dio marcha atrás un segundo, y la embarcación se detuvo suavemente frente a la estación. Bonsuan paró el motor y salió de la cabina. En silencio, enlazó un amarre, saltó a tierra y tiró de la cuerda hasta poner la lancha paralela al embarcadero. Landi y Brunetti se volvieron y el hombre dio la mano a su mujer para ayudarla a subir el último peldaño de la escalera de la cabina y la sostuvo del brazo mientras ambos saltaban a tierra.

Brunetti pidió a Landi los billetes y se los dio a Vianello, que se adelantó rápidamente para hacerlos sellar e informarse del andén. Cuando los otros tres acabaron de subir la escalera, Vianello ya regresaba. Los llevó al andén número cinco, donde esperaba el tren para Verona. En silencio, caminaron a lo largo del tren hasta que Vianello, que iba mirando por las ventanillas, vio un compartimiento vacío. Se paró en un extremo del coche, al lado de la puerta, y ofreció el brazo a la *signora* Landi. Apoyándose en él, la mujer subió al tren pesadamente. Landi la siguió. Desde la plataforma, se volvió y tendió la mano primero a Vianello y después a Brunetti. Movié la cabeza de arriba abajo, pero no tenía más palabras y siguió a su mujer por el pasillo hasta el compartimiento.

Brunetti y Vianello se quedaron junto a la puerta hasta que el revisor tocó el silbato, agitó un banderín verde y subió al tren, que ya

había arrancado. La puerta se cerró automáticamente y el tren se dirigió hacia el puente y el mundo que había más allá de Venecia. Cuando el compartimiento pasó por delante de ellos, Brunetti vio que los Landi estaban sentados uno al lado del otro y que él rodeaba con el brazo los hombros de su mujer. Los dos miraban fijamente el asiento de enfrente y no se volvieron al pasar por delante de los policías.

OceanofPDF.com

Desde un teléfono que encontró al salir de la estación, Brunetti anuló la reserva de la habitación, sorprendiéndose a sí mismo por haberlo recordado. Después de aquello, ya no le quedaban energías para lo que no fuera irse a su casa. Él y Vianello tomaron el 82, pero apenas cruzaron palabra en todo el trayecto hasta el Rialto. La despedida fue lúgubre, y Brunetti se encaminó a casa con su tristeza a cuestas, cruzando el puente y el mercado de frutas y verduras ahora cerrado. Ni la explosión de orquídeas en los escaparates de Biancat consiguió animarlo, como tampoco el olor a buena cocina que se respiraba en el segundo piso de su edificio.

Los aromas eran aún más sugestivos dentro de su casa: alguien se había duchado o bañado con el gel de tomillo que la semana anterior había traído Paola, la misma que había preparado salchichas con pimientos para cenar. Era de esperar que se hubiera tomado la molestia de ponerles un buen lecho de pasta fresca.

Brunetti colgó la chaqueta en el armario. En cuanto entró en la cocina, Chiara, que estaba sentada a la mesa, ocupada en lo que parecía un trabajo de geografía -tenía delante varios mapas, una regla y un transportador-, se abalanzó sobre él echándole los brazos al cuello. Recordando el olor del apartamento de Marco, Brunetti tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse de su hija.

–Papá -dijo ella sin concederle tiempo para darle un beso o decir «hola»-, ¿este verano podré tomar lecciones de vela?

Brunetti buscó con la mirada a Paola, que quizá pudiera darle alguna explicación, pero buscó en vano.

–¿Vela? – repitió él.

–Sí, papá -dijo la niña sonriéndole-. Con un libro que tengo, estoy aprendiendo por mi cuenta a navegar, pero necesito que me enseñen a manejar un barco. – Lo tomó de la mano y lo llevó a la mesa de la cocina que estaba cubierta de mapas, aunque eran mapas de costas, sólo del contorno marítimo de países y continentes.

Chiara se inclinó sobre la mesa, mirando el libro abierto con otro libro encima sujetando las hojas.

–Mira, papá -dijo señalando una lista de números-, si no está nublado, con buenas cartas y un cronómetro, pueden saber dónde están en cualquier momento y en cualquier parte del mundo.

–¿Quiénes pueden, cariño? – preguntó él abriendo el frigorífico y sacando una botella de tokai.

–El capitán Aubrey y su tripulación -respondió ella en el tono del que dice una obviedad.

–¿Y quién es el capitán Aubrey? – preguntó él.

–El capitán del *Surprise*. -Su hija lo miraba como si acabara de confesar que ignoraba su propia dirección.

–¿El *Surprise*? -repitió él, todavía en ayunas.

–Está en los libros, papá, los libros de la guerra contra Francia. – Antes de que él pudiera confesar su ignorancia, ella preguntó:- ¿No son perversos los franceses?

Brunetti, que en eso estaba de acuerdo con ella, prefirió callar, al no tener ni idea de qué le hablaba. Se sirvió un vasito de vino, tomó un buen trago y después otro. Volvió a mirar los mapas y observó que en las zonas azules había muchos barcos, barcos antiguos, con grandes velas blancas hinchadas por el viento y, en los ángulos, una especie de tritones que surgían de las aguas soplando caracolas.

–¿Qué libros, Chiara? – preguntó rindiéndose.

–Los que me dio mamá en inglés, de aquel capitán y su amigo y la guerra contra Napoleón.

Ah, aquellos libros. Brunetti tomó otro sorbo de vino.

–¿Y te gustan a ti tanto como le gustan a mamá?

–Oh -exclamó Chiara, mirándolo muy seria-. No creo que a nadie puedan gustarle tanto como a mamá.

Hacía cuatro años, Brunetti había sido abandonado por su esposa, tras casi veinte años de matrimonio, durante más de un mes, mientras ella leía, una tras otra, dieciocho novelas -él las iba contando- sobre los interminables años de batallas navales entre Inglaterra y Francia. No contribuyó precisamente a hacer más llevadera la situación el que, durante aquel período, él tuviera que compartir la suerte de la marinería británica, con comidas preparadas apresuradamente, carnes medio crudas y pan seco, de tal modo que más de una vez sintió el impulso de ahogar las penas en grog. En vista de que su mujer no

parecía encontrar en la vida otro aliciente, él decidió abrir uno de aquellos libros, aunque sólo fuera para tener tema de conversación durante sus improvisadas comidas. Pero lo encontró farragoso, lleno de hechos extraños y animales más extraños aún, y abandonó el intento a las pocas páginas, antes de conocer al capitán Aubrey. Menos mal que Paola era una lectora rápida y al terminar la última novela de la serie, regresó al siglo xx, en apariencia indemne tras varias semanas de estar expuesta a naufragios, batallas y escorbuto.

De allí procedían los mapas.

–Tendré que hablar con tu madre -dijo él.

–¿Hablar, de qué? – preguntó Chiara, que otra vez tenía la cabeza inclinada sobre los mapas y con la mano izquierda pulsaba la calculadora, instrumento que hubiera envidiado el capitán Aubrey, pensó Brunetti.

–Las lecciones de vela.

–Ah, yes -dijo Chiara, pasando al inglés con la suavidad de una anguila-. *I long to sail a ship.*

Brunetti la dejó entregada a sus cálculos, volvió a llenar el vaso, sirvió otro y se fue al estudio de Paola. Por la puerta abierta, la vio echada en el sofá. Sólo la frente le asomaba por encima del libro que tenía en las manos.

–*Captain Aubrey, I presume* -dijo Brunetti.

Ella se puso el libro en el estómago y sonrió a su marido. Sin decir palabra, extendió el brazo y tomó el vaso de vino que él le ofrecía. Dio un sorbo, encogió las piernas para hacerle sitio y, cuando él se hubo sentado, preguntó:

–¿Has tenido un mal día?

Él suspiró, se apoyó en el respaldo y le puso la mano derecha en los tobillos.

–Sobredosis. Veinte años, estudiante de arquitectura.

Callaron un rato, hasta que Paola dijo:

–Tuvimos mucha suerte en nacer cuando nacimos. – Él la miró y ella explicó-: Antes de la droga, quiero decir. Bueno, antes de que se drogara todo el mundo. – Tomó un sorbo de vino y prosiguió-: Me parece que habré fumado marihuana dos veces en toda mi vida. Gracias a Dios, no me hizo efecto.

—¿Por qué «gracias a Dios»?

—Porque, si me hubiera gustado o me hubiera hecho sentir lo que dicen que hace sentir a la gente, quizá hubiera seguido filmándola. O hubiera decidido probar algo más fuerte.

Él pensó que no había sido menos afortunado.

—¿Qué lo ha matado?

—La heroína.

Ella movió la cabeza tristemente.

—He estado con los padres hasta ahora mismo. — Brunetti tomó otro sorbo-. El padre es campesino. Han venido del Trentino para identificarlo y se han vuelto.

—¿Tienen más hijos?

—Que yo sepa, una niña. Quizá haya más.

—Ojalá -dijo Paola. Estiró las piernas, introduciendo los pies debajo de los muslos de él-. ¿Quieres cenar?

—Sí, pero antes me ducharé.

—De acuerdo -dijo ella poniendo los pies en el suelo-. He hecho salsa de pimientos y salchichas.

—Ya lo sé.

—Te enviaré a Chiara cuando esté lista la cena. — Se levantó, puso el vaso, más que medio lleno todavía, en la mesa que estaba delante del sofá y, dejando a su marido en el estudio, se fue a la cocina a preparar la cena.

Sentado a la mesa con toda la familia -Raffi llegó cuando Paola servía la pasta-, Brunetti empezó a sentirse un poco más animado. Ver a sus hijos enrollar en el tenedor las *pappardelle* recién hechas, le infundía una irracional sensación de seguridad y bienestar, y también él empezó a comer con buen apetito. Paola se había tomado la molestia de asar y pelar los pimientos, y la salsa estaba cremosa y dulce, como a él le gustaba. Las salchichas contenían granos de pimienta roja y blanca hundidos en la suave masa del relleno, como cargas de profundidad del sabor, preparadas para hacer explosión al primer mordisco, y Gianni, el carnicero, tampoco había sido avaro con el ajo.

Todos repitieron, un poco avergonzados de que la segunda ración fuera tan grande como la primera. Después a nadie le quedaba sitio para algo que no fuera la lechuga, pero cuando ésta desapareció aún

encontraron un huequecito para una cucharada de fresas aderezadas con una gota de vinagre balsámico.

Durante toda la cena, Chiara siguió en su papel de lobo de mar, enumerando incansablemente la flora y la fauna de tierras lejanas, brindándoles informaciones escalofriantes, como la de que la mayoría de los marinos del siglo xviii no sabían nadar y describiendo los síntomas del escorbuto hasta que Paola le recordó que estaban cenando.

Los chicos se fueron, Raffi, en busca de los aoristos griegos y Chiara, o mucho se equivocaba su padre, a naufragar en el Atlántico Sur.

—¿Va a leerse todos esos libros? — preguntó Brunetti, mientras Paola fregaba los cacharros y él le hacía compañía, con un vasito de *grappa*.

—Así lo espero -dijo ella inspeccionando la fuente de servir.

—¿Los lee por lo mucho que a ti te gustan o porque le gustan a ella? De espaldas a su marido, Paola restregaba el fondo de una cacerola.

—¿Cuántos años tiene, Guido? — preguntó.

—Quince.

—¿Sabes de alguna chica de quince años, del presente o del pasado, que haga algo porque se lo pide su madre?

—¿Quieres decir que hemos topado con la adolescencia? — Ya habían sufrido esa etapa con Raffi, que al padre le pareció que duraba por lo menos veinte años, y no le seducía la perspectiva de tener que volver a pasarla con Chiara.

—Con las chicas es distinto -dijo Paola, volviéndose hacia él mientras se secaba las manos con un paño. Se sirvió una gota de *grappa* y se apoyó en el fregadero.

—¿Cómo, distinto?

—Ellas sólo se rebelan contra la madre, no contra el padre.

Él se quedó pensativo.

—¿Y eso es bueno o es malo?

Ella se encogió de hombros.

—Es algo que está en los genes, o en la cultura, de modo que, sea bueno o malo, no hay manera de evitarlo. Sólo cabe esperar que no dure mucho.

—¿Cuánto puede durar?

–Hasta los dieciocho. – Paola tomó otro sorbo y ambos examinaron la perspectiva.

–¿Crees que querrían quedársela las carmelitas hasta entonces?

–No es probable -dijo Paola con vivo pesar en la voz.

–¿Nunca has pensado que si los árabes casan a sus hijas tan jóvenes quizá sea para ahorrarse todo esto?

Paola, recordando la vehemencia con que aquella mañana Chiara había expuesto la necesidad de disponer de su propio teléfono, respondió:

–Seguro.

–No es de extrañar que se admire tanto la sabiduría de Oriente.

Ella se volvió y dejó el vasito en el fregadero.

–Aún tengo que corregir varios ejercicios. ¿Vienes conmigo y, mientras yo corrijo, ves cómo les va a tus griegos en el viaje de regreso a casa?

Brunetti, agradecido, se levantó y la siguió por el pasillo hasta el estudio.

A la mañana siguiente, a pesar suyo, Brunetti hizo algo insólito en él: implicar en su trabajo a uno de sus hijos. Raffi no tenía clase hasta las once y había quedado a primera hora con Sara Paganizzi, por lo que se presentó a desayunar despejado y alegre, cualidades que rara vez exhibía a esa hora. Paola aún dormía y Chiara no había salido del baño, por lo que padre e hijo estaban solos en la cocina, comiendo los bollitos de leche recién hechos que Raffi había subido de la pastelería.

–Raffi -dijo Brunetti mientras partía el primer bollito-, ¿sabes algo de los que venden droga aquí?

Raffi lo miró, con el resto de su bollito a medio camino de la boca.

–¿Aquí?

–En Venecia.

–¿Drogas duras o blandas, como la marihuana?

Aunque lo alarmó un poco la distinción que hacía Raffi y le hubiera gustado averiguar la razón por la que su hijo hablaba con tanto desparpajo de las «drogas blandas como la marihuana», no preguntó.

–Drogas duras. Concretamente, heroína.

–¿Es por lo del estudiante que murió por sobredosis? – preguntó Raffi y, ante la mirada de sorpresa de su padre, abrió *Il Gazzettino* y le mostró la noticia. Desde la página lo miraba la foto tamaño sello de correos de un muchacho. Hubiera podido ser cualquier muchacho de pelo negro y ojos oscuros. Incluso el mismo Raffi.

–Sí.

Raffi partió el resto del bollito y mojó una parte en el café. Al cabo de un momento, dijo:

–Dicen que en la universidad hay gente que puede porporcionártela.

–¿Gente?

–Estudiantes. O eso creo. Bueno -agregó después de pensar un poco-, por lo menos, gente que está matriculada. – Levantó la taza rodeándola con las dos manos y apoyó los codos en la mesa, copiando una postura de Paola-. ¿Quieres que pregunte?

–No. – La respuesta de Brunetti fue inmediata. Antes de que su hijo pudiera reaccionar a la aspereza de su voz, agregó:- Era sólo

curiosidad, me interesa lo que dice la gente, en general. – Terminó el bollito y empezó a beber el café.

–El hermano de Sara está en la universidad. En Económicas. Podría preguntarle.

La tentación era fuerte, pero Brunetti rechazó la propuesta con un displicente:

–No tiene importancia, era sólo una idea.

Raffi bajó la taza a la mesa.

–Papá, tú ya sabes que a mí eso no me interesa.

A Brunetti le sorprendió percibir un tono tan grave en la voz de su hijo. Pronto sería un hombre. O quizá ese afán por tranquilizar a su padre demostraba que ya lo era.

–Me alegra oír eso -dijo Brunetti. Extendió la mano y dio a su hijo unas palmadas en el brazo. Se levantó y fue al fogón-. ¿Preparo más café? – preguntó después de llevar la cafetera al fregadero y abrirla.

Raffi miró el reloj.

–No, papá, gracias, tengo que irme. – Se levantó y salió de la cocina.

Minutos después, mientras Brunetti esperaba que estuviera el café, oyó cerrarse la puerta de la casa. Escuchó las rápidas pisadas de Raffi que retumbaban en el primer tramo de la escalera, pero la súbita erupción del café ahogó el sonido.

Como aún era temprano para que los barcos fueran muy llenos, Brunetti tomó el 82 hasta San Zaccaría. Allí compró dos periódicos, que se llevó al despacho. Ya no se hacía referencia a la muerte de Rossi, y el suelto sobre Marco Landi indicaba poco más que el nombre y la edad. Encima había la noticia -convertida ya casi en rutina- de un coche lleno de jóvenes destrozado, junto con las vidas de sus ocupantes, contra un plátano de una de las carreteras estatales que conducían a Treviso.

Durante los últimos años, Brunetti había leído tantas noticias de sucesos trágicos como ése que apenas necesitó detenerse en él para saber lo ocurrido. Los jóvenes -en ese caso, dos chicos y dos chicas- habían salido de una discoteca pasadas las tres de la mañana y se habían ido en el coche del padre del conductor. Al cabo de un rato, al conductor le asaltó lo que los cronistas habían dado en llamar *un colpo di sonno* y el automóvil se había salido de la carretera y había

impactado contra un árbol. Aún era pronto para conocer la causa del ataque de somnolencia, pero generalmente era el alcohol o las drogas. Eso se sabía una vez practicada la autopsia en el conductor y en todos aquellos a los que se había llevado consigo a la muerte. Y para entonces el caso ya había desaparecido de las primeras páginas, estaba olvidado, sustituido por las fotos de otros jóvenes, víctimas de su juventud y de sus muchos deseos.

Brunetti dejó el periódico en la mesa y bajó al despacho de Patta. La *signorina* Elettra no estaba, por lo que llamó a la puerta y al oír el grito de respuesta de su superior, entró.

El hombre que ahora estaba sentado detrás del escritorio no parecía el mismo que Brunetti había visto la última vez que había estado en aquel despacho. Había vuelto el viejo Patta: alto, elegante, vestido con un traje ligero que se amoldaba a sus hombros atléticos como un guante. Su tez respiraba salud y sus ojos, serenidad.

—¿Qué hay, comisario? — preguntó, levantando la mirada del único papel que tenía encima de la mesa.

—Me gustaría hablar con usted, *vicequestore* -dijo Brunetti, parándose al lado de la silla situada frente a la mesa y esperando a que Patta lo invitara a sentarse.

Patta levantó un almidonado puño y miró la oblea de oro que llevaba en la muñeca.

—Tengo unos minutos. ¿De qué se trata?

—Del asunto de Jesolo. Y de su hijo. De si ya ha tomado una decisión.

Patta echó el cuerpo hacia atrás. Al observar que Brunetti podía mirar el papel que tenía delante, le dio la vuelta y cruzó las manos sobre el reverso en blanco.

—No sé que deba tomarse decisión alguna, comisario -dijo, con una entonación que denotaba su extrañeza porque a Brunetti se le hubiera ocurrido hacer semejante pregunta.

—Me gustaría saber si su hijo estaría dispuesto a hablar de las personas de quienes obtuvo la droga. — Con la discreción habitual en él, Brunetti se abstuvo de decir «compró las drogas».

—Estoy seguro de que, si él supiera quiénes son, no vacilaría en decirlo a la policía. — Brunetti detectó en la voz de Patta la misma nota

de ofensa y confusión que había oído en las de cientos de sospechosos y testigos recalcitrantes, y vio en su cara la misma sonrisa de inocente desconcierto. Su tono no admitía réplica.

–¿Si supiera quiénes son? – repitió Brunetti convirtiendo la frase en pregunta.

–Exactamente. Como usted ya sabe, él ignora cómo llegaron a su poder esas drogas, ni quién pudo metérselas en el bolsillo. – La voz de Patta era tan firme como serena su mirada.

«De modo que ésas tenemos», pensó Brunetti.

–¿Y las huellas dactilares, señor?

La sonrisa de Patta era amplia, y parecía auténtica.

–Ya sé, ya sé la impresión que eso debió de causar cuando le interrogaron. Pero él me ha dicho, y se lo ha dicho a la policía, que se encontró el sobre en el bolsillo cuando volvía de la pista de baile, al buscar un cigarrillo. No tenía idea de lo que era, de modo que lo abrió para ver qué había dentro, como hubiera hecho cualquiera, y entonces debió de tocar algunas de las bolsas.

–¿Algunas? – preguntó Brunetti con una voz desprovista de escepticismo.

–Algunas -repitió Patta con un énfasis que puso fin a la discusión.

–¿Ha visto el periódico de hoy, señor? – preguntó Brunetti sorprendiéndose a sí mismo tanto como a su superior con la pregunta.

–No -respondió Patta, y agregó, gratuitamente, en opinión de Brunetti-: He estado tan ocupado desde que he llegado que no he tenido tiempo de mirar el periódico.

–Esta noche, cuatro adolescentes han sufrido un accidente de tráfico. El coche en el que viajaban al salir de una discoteca se ha estrellado contra un árbol. Un chico, estudiante, ha muerto y los otros tres están graves. – Aquí Brunetti se detuvo. Una pausa por completo diplomática.

–No. No lo he visto -dijo Patta. También él calló un momento, pero la suya fue la pausa de un capitán de artillería, para decidir hacia dónde descargará las baterías-. ¿Por qué lo dice?

–Uno de los pasajeros ha muerto, señor. Dice el periódico que el coche iba a unos ciento veinte kilómetros por hora cuando chocó contra el árbol.

–Muy lamentable, desde luego, comisario -dijo Patta con el pesar que le inspiraría una observación acerca de la regresión del pájaro trepador azul. Volvió a centrar la atención en la mesa, dio la vuelta al papel, lo inspeccionó y lanzó una rápida mirada a Brunetti-. Si ha ocurrido en Treviso, supongo que el caso les incumbe a ellos, no a nosotros. – Se quedó mirando el papel con afectación y, después de leer varias líneas, levantó la vista, como si lo sorprendiera encontrar aún allí a Brunetti-. ¿Eso es todo, comisario?

–Sí, señor. Eso es todo.

Al salir del despacho, Brunetti sintió que el corazón le latía con tanta fuerza que tuvo que apoyarse en la pared. Ahora se alegraba de que la *signorina* Elettra no estuviera en su sitio. Cuando se le calmó la respiración y recuperó el autodomínio, subió a su despacho.

Hizo lo que sabía que tenía que hacer: el trabajo de rutina distraería su atención de la cólera que sentía hacia Patta. Estuvo revolviendo los papeles de la mesa hasta que dio con el número de teléfono que se había encontrado en la cartera de Rossi, el que correspondía a Ferrara. Marcó y esta vez, a la tercera señal, contestó una voz de mujer:

–Gavini y Cappelli.

–Buenos días, *signora*. Soy el comisario Guido Brunetti de la policía de Venecia.

–Un momento, por favor -dijo ella, como si hubiera estado esperando su llamada-. Ahora mismo le paso.

El aparato enmudeció mientras ella hacía la conexión y al cabo de un momento una voz de hombre dijo:

–Gavini. Me alegro de que por fin alguien responda a nuestra llamada. Confío en que pueda usted decirnos algo. – Era una voz grave y sonora que denotaba gran interés por lo que Brunetti tuviera que decir.

Brunetti tardó unos segundos en responder.

–Tendrá que perdonarme, *signor* Gavini, pero no sé a qué se refiere. Yo no he recibido ningún mensaje suyo. – Como Gavini no dijera nada, agregó:- Pero me gustaría saber por qué esperaba que le llamara la policía de Venecia.

–Por lo de Sandro -dijo Gavini-. Les llamé después de su muerte. Su esposa me dijo que él había encontrado en Venecia a alguien que podía estar dispuesto a hablar. – Brunetti iba a interrumpir cuando Gavini cambió de tono para preguntar:- ¿Está seguro de que ahí nadie recibió mi mensaje?

–No lo sé. ¿Con quién habló, *signor* Gavini?

–Con un agente, no recuerdo el nombre.

–¿Podría repetirme lo que le dijo a él? – preguntó Brunetti acercándose una hoja de papel.

–Ya se lo he dicho. Llamé después de la muerte de Sandro -dijo Gavini, y preguntó:- ¿Sabe algo de eso?

–No.

–Sandro Cappelli -dijo Gavini, como si el solo nombre fuera suficiente explicación. Despertó un leve eco en la memoria de Brunetti. No podía recordar de qué le sonaba el nombre, pero estaba seguro de que era por algo malo-. Era mi socio en la consultoría.

–¿Qué clase de consultoría, *signor* Gavini?

–Jurídica. Somos abogados. ¿No sabe nada del caso? – Por primera vez, sonó en su voz una nota de exasperación, esa nota que inevitablemente acaba por infiltrarse en la voz del que está tratando con una burocracia impermeable.

Al oír decir a Gavini que eran abogados, Brunetti recordó el caso de Cappelli, asesinado hacía casi un mes.

–Sí. Ahora recuerdo. Le dispararon, ¿verdad?

–Cuando estaba delante de la ventana de su despacho, con un cliente a su espalda, a las once de la mañana. Le dispararon por la ventana, con una escopeta de caza. – Mientras relataba los detalles de la muerte de su socio, la voz de Gavini iba adquiriendo el ritmo *staccato* de la cólera.

Brunetti había leído la información de prensa del asesinato, pero no estaba al corriente de los hechos.

–¿Algún sospechoso? – preguntó.

–Por supuesto que no -respondió Gavini, ya sin intentar reprimir la cólera-. Pero todos sabemos quién lo hizo.

Brunetti esperó a que Gavini se explicara.

–Fueron los prestamistas. Hacía años que Sandro iba tras ellos. Llevaba cuatro casos contra ellos cuando murió.

El policía que había en Brunetti lo indujo a preguntar:

–¿Existe alguna prueba de eso, *signor* Gavini?

–Pues claro que no -casi escupió el abogado por el hilo telefónico-. Enviaron a alguien, pagaron a alguien para que lo hiciera. Fue un contrato. El disparo vino del tejado de un edificio del otro lado de la calle. Hasta la policía de aquí dijo que tuvo que ser un contrato. ¿Quién si no iba a querer matarlo?

Brunetti no tenía información suficiente para responder preguntas acerca de Cappelli, ni siquiera preguntas retóricas, y dijo:

–Le pido disculpas por mi ignorancia sobre la muerte de su socio y sus responsables, *signor* Gavini. Yo lo llamaba por un asunto totalmente diferente, pero, después de lo que usted me ha dicho, quizá no sea tan diferente.

–¿Qué asunto? – preguntó Gavini. Aunque las palabras eran secas, la voz era de curiosidad, de interés.

–Yo lo llamaba en relación con una muerte que hemos tenido aquí, en Venecia, una muerte que parece accidental pero quizá no lo sea. – Esperó la pregunta de Gavini pero, como no llegaba, prosiguió-: Un hombre se mató al caer de un andamio. Trabajaba en el Ufficio Catasto y en su cartera encontramos un número de teléfono, sin prefijo. El suyo es uno de los posibles.

–¿Cómo se llamaba? – preguntó Gavini.

–Franco Rossi. – Brunetti le dejó un momento para la reflexión o la memoria y preguntó-: ¿Le dice algo el nombre?

–No. Nada.

–¿Habría forma de averiguar si su socio lo conocía?

Gavini tardó en contestar.

–¿Tiene usted su número? Podría mirar la lista de teléfonos - apuntó.

–Un momento -dijo Brunetti inclinándose para abrir el cajón de abajo. Sacó la guía de teléfonos y buscó «Rossi». Había siete columnas de abonados con ese apellido y una docena se llamaban Franco. Encontró la calle, leyó el número a Gavini, le pidió que esperase un momento y buscó el número del Ufficio Catasto. Si Rossi había sido tan

imprudente como para llamar a la policía por su *telefonino*, también podía haber hablado con el abogado desde el del despacho.

—Me llevará algún tiempo repasar el registro de llamadas -dijo Gavini-. Tengo una visita esperando. Pero, en cuanto se marche, lo llamo.

—¿No podría hacerlo su secretaria?

La voz de Gavini adquirió de pronto una nota de rigurosa reserva, casi de cautela.

—No. Esto prefiero hacerlo yo.

Brunetti dijo que esperaría la llamada de Gavini, le dio su número directo y los dos hombres colgaron.

Un teléfono que estaba desconectado hacía meses, una anciana que no conocía a ningún Franco Rossi, una empresa de coches de alquiler que nunca había tenido un cliente con ese nombre y, ahora, el socio de un abogado que había tenido una muerte tan violenta como la de Rossi. Brunetti sabía muy bien cuánto tiempo podía perderse persiguiendo rastros engañosos y transitando por pistas falsas, pero aquí intuía algo válido, aunque no sabía qué era ni adonde lo llevaría.

Lo mismo que las plagas afligieron a los hijos de Egipto, los prestamistas afligían y martirizaban a los hijos de Italia. Los bancos prestaban de mala gana y, en general, sólo con la garantía de un respaldo financiero que hacía innecesario el préstamo. El crédito a corto plazo para el empresario falto de liquidez a final de mes o el comerciante con clientes morosos era prácticamente inexistente. A ello se sumaba la habitual lentitud en el pago de las facturas que caracterizaba a toda la nación.

Por esa brecha se colaban, como todo el mundo sabía pero muy pocos decían, los prestamistas, *gli strozzini*, esas figuras turbias, dispuestas a prestar a corto plazo y con pocas garantías. El interés que aplicaban compensaba ampliamente cualquier riesgo en que pudieran incurrir. Y, en cierto sentido, la idea del riesgo era, en el mejor de los casos, puramente académica, puesto que los *strozzini* tenían métodos que reducían sensiblemente la posibilidad de que sus clientes -si así podía llamárseles- no les devolvieran el préstamo. La gente tenía hijos, hijos que podían desaparecer; la gente tenía hijas, hijas que podían ser violadas; la gente tenía su vida, y podía perderla: se habían dado casos.

De vez en cuando, la prensa publicaba noticias que, sin estar del todo claras, daban a entender que determinados hechos, casi siempre desagradables o violentos, habían resultado de la no devolución de un préstamo. Pero muy raramente eran denunciados los implicados en tales episodios o investigadas por la policía sus actividades: una protectora muralla de silencio los envolvía. Brunetti tuvo que hacer un esfuerzo para recordar un caso en el que hubieran podido reunirse pruebas suficientes para que se impusiera condena por prestar dinero con usura, delito que, pese a lo poco que aparecía en los juzgados, estaba incluido en el Código Civil.

Brunetti, sentado en su despacho, dejó que su imaginación y su memoria consideraran las múltiples posibilidades que ofrecía el hecho de que Franco Rossi llevara en la cartera al morir el número de teléfono del despacho de Sandro Cappelli. Trató de recordar la visita de Franco Rossi y evocó la impresión que el hombre le había producido. Rossi se tomaba muy en serio su trabajo: ése era quizá el recuerdo más nítido que conservaba Brunetti. Rossi, aunque quizá excesivamente serio y formal para ser tan joven, parecía una persona agradable y servicial.

A falta de una idea clara de los hechos, todas estas elucubraciones no llevaron a Brunetti a ninguna parte, pero lo ayudaron a matar el tiempo hasta que llamó Gavini.

Brunetti contestó a la primera señal.

—Brunetti.

—Comisario -dijo Gavini, y se identificó-. He repasado la lista de clientes y el registro de llamadas. — Brunetti esperaba-. No hay ningún cliente llamado Franco Rossi, pero durante el mes que precedió a su muerte Sandro llamó tres veces al número de Rossi.

—¿A su casa o al despacho?

—¿Importa eso?

—Todo puede importar.

—Al despacho -dijo Gavini.

—¿Cuánto duraron las llamadas?

El otro hombre debía de tener el papel delante, porque respondió sin vacilar:

–Doce, seis y ocho minutos. – Gavini esperó la respuesta de Brunetti y, como no llegaba, preguntó-: ¿Y Rossi? ¿Sabe si llamó a Sandro?

–Aún no he visto el registro de sus llamadas -reconoció Brunetti, un poco avergonzado. Gavini no dijo nada y Brunetti prosiguió-: Lo tendré mañana. – De pronto, recordó que su interlocutor era un abogado, no un policía, lo que significaba que no le debía explicaciones-. ¿Cómo se llama el magistrado que lleva el caso? – preguntó.

–¿Por qué quiere saberlo?

–Me gustaría hablar con él -dijo Brunetti.

Un largo silencio siguió a sus palabras.

–¿Tiene usted el nombre? – insistió Brunetti.

–Righetto, Angelo Righetto -fue la escueta respuesta. Brunetti decidió no preguntar más por el momento. Dio las gracias a Gavini, no prometió llamarlo para informarlo de las llamadas que Rossi hubiera podido hacer, y colgó, intrigado por la frialdad que había percibido en la voz de Gavini al pronunciar el nombre del juez encargado de investigar el asesinato de su socio.

A renglón seguido Brunetti llamó a la *signorina* Elettra y le rogó que pidiera copia del registro de todas las llamadas hechas desde el teléfono del domicilio particular de Rossi durante los tres últimos meses. A la pregunta de si sería posible obtener el número de la extensión de Rossi en el Ufficio Catasto y verificar las llamadas, ella le dijo si también quería las de los tres últimos meses.

Antes de colgar, Brunetti le pidió que le pusiera con el *magistrato* Angelo Righetto, de Ferrara.

El comisario se acercó una hoja de papel y empezó una lista de las personas que estimaba que podían darle información acerca de los prestamistas que operaban en la ciudad. Él nada sabía de los usureros, aparte de la vaga idea de que estaban ahí, incrustados en el tejido social como gusanos en la carne muerta. Al igual que ciertas formas de bacterias, necesitaban la seguridad de un lugar cerrado y oscuro para desarrollarse, y sin duda el temor que infundían en sus víctimas con la intimidación cerraba el paso a la luz y al aire. Calladamente, y con la implícita amenaza de las consecuencias que tendría la demora o la falta de pago, suspendida sobre la cabeza de sus deudores, ellos prosperaban

y engordaban. Lo que más extrañeza causaba a Brunetti, era su propia ignorancia de los nombres, las caras y el historial de esas personas y también -ahora, al mirar la hoja en blanco, se daba cuenta- de a quién pedir ayuda para tratar de hacerlas salir a la luz.

Se le ocurrió un nombre, y sacó la guía telefónica para buscar el número del banco en el que trabajaba aquella mujer. Mientras buscaba, sonó el teléfono. Él contestó dando su nombre.

–*Dottore* -dijo la *signorina* Elettra-, le pongo con el *magistrato* Righetto.

–Gracias, *signorina*. -Brunetti dejó el bolígrafo y apartó el papel.

–Righetto -dijo una voz ronca.

–*Magistrato*, le habla el comisario Guido Brunetti, de Venecia. Lo llamo para pedirle información sobre el asesinato de Alessandro Cappelli.

–¿Por qué le interesa? – preguntó Righetto, sin señales de curiosidad audibles en la pregunta. Tenía un acento que Brunetti pensó que podía ser del sur del Tirol o, en todo caso, del norte de Italia.

–Tengo aquí un caso -explicó Brunetti-, otra muerte, que puede tener relación, y me gustaría saber lo que haya averiguado usted sobre Cappelli.

Hubo una larga pausa y Righetto dijo:

–Me sorprendería que alguna otra muerte estuviera relacionada con ésa. – Se interrumpió, para dar a Brunetti ocasión de preguntar y, en vista de que el comisario no decía nada, prosiguió:- Al parecer, se trata más de un caso de confusión de identidad que de asesinato. – Righetto se detuvo un momento y rectificó:- Es decir, sin duda es un asesinato, desde luego. Pero no era Cappelli la persona a la que querían matar, y ni siquiera estamos seguros de que desearan matar al otro hombre, sino sólo asustarlo.

Brunetti creyó llegado el momento de mostrar interés.

–¿Qué sucedió entonces?

–Iban contra Gavini, el socio -explicó el magistrado-. Por lo menos eso es lo que da a entender la investigación.

–¿Por qué? – preguntó Brunetti, con verdadera curiosidad.

–Desde el primer momento, carecía de sentido el que alguien pudiera querer matar a Cappelli -dijo Righetto, dando a entender que

no había que dar importancia a la posición de Cappelli, de enemigo declarado de los usureros-. Hemos investigado tanto su pasado como los casos en los que trabajaba, y no hemos encontrado indicios que lo relacionen con alguien que pudiera tener un móvil para hacer una cosa así.

Brunetti emitió un leve sonido que podía interpretarse como un suspiro de comprensión y conformidad combinadas.

–Por otro lado -prosiguió Righetto-, está el socio.

–Gavini -puntualizó Brunetti innecesariamente.

–Sí, Gavini -dijo Righetto con una risita displicente-. Es un personaje muy conocido en la zona, tiene fama de mujeriego. Y lo peor es que suele relacionarse con mujeres casadas.

–Ah -exclamó Brunetti con un suspiro de hombre de mundo, en el que consiguió imprimir la justa dosis de tolerancia para con el congénere-. ¿Así que fue eso? – preguntó con pasiva aceptación.

–Eso parece. Durante los cuatro últimos años, ha mantenido relaciones con cuatro mujeres, todas casadas.

–Pobre diablo -dijo Brunetti. Esperó lo suficiente para dar realce al acento festivo de su comentario y agregó con una risita-: Quizá más le hubiera valido limitarse a una sola.

–Sí, pero ¿cómo saber en cuál de ellas estaba el peligro? – replicó el magistrado, y Brunetti lo recompensó con otra breve carcajada.

–¿Sospecha usted quién fue? – preguntó Brunetti, intrigado por ver cómo trataba Righetto la pregunta, lo que le daría la clave de cómo trataría la investigación.

Righetto se tomó tiempo, sin duda para dar la impresión de que meditaba la respuesta, y dijo:

–No. Hemos interrogado a las mujeres y a sus maridos, y todos pueden demostrar que estaban en otro lugar cuando ocurrieron los hechos.

–Pero me parece recordar que el periódico decía que fue obra de un profesional -dijo Brunetti, aparentemente desconcertado.

La temperatura de la voz de Righetto descendió.

–Siendo policía, ya debería usted saber que no se puede creer todo lo que dicen los periódicos.

–Desde luego -dijo Brunetti, obligándose a reír con jovialidad, tras el merecido reproche de un colega más sabio y experimentado-. ¿Cree que pudiera haber aún otra mujer?

–Es la pista que estamos siguiendo -dijo Righetto.

–Lo mataron en su despacho, ¿verdad? – preguntó Brunetti.

–Sí -respondió Righetto, mejor dispuesto a dar información, ahora que Brunetti había aludido a otra mujer-. Los dos hombres se parecen, son bajos y morenos. Era un día lluvioso, el asesino estaba en la azotea de una casa del otro lado de la calle. Es seguro que confundió a Cappelli con Gavini.

–¿Y todo eso que se ha dicho, de que a Cappelli lo mataron porque investigaba a los prestamistas? – preguntó Brunetti, poniendo el suficiente escepticismo en la voz como para hacer comprender a Righetto que él no creía semejantes bobadas; pero que deseaba tener una respuesta preparada por si alguien más inocente, que se creía todo lo que leía en los periódicos, le hacía una pregunta.

–Empezamos por examinar esa posibilidad, pero por ese lado no hay nada, absolutamente nada. De manera que lo hemos excluido de la investigación.

–*Cherchez la femme* -dijo Brunetti pronunciando mal adrede y agregando otra risita.

Righetto lo recompensó con una franca carcajada y luego preguntó con indiferencia:

–¿Ha dicho que tenían otra muerte? ¿Asesinato?

–No, no después de lo que me ha dicho usted, *magistrato* -dijo Brunetti procurando adoptar el tono del funcionario concienzudo pero cerril-. Seguro que no hay relación. Esto de aquí tiene que ser un accidente.

Como la mayoría de los italianos, Brunetti creía que existía un registro de todas las llamadas telefónicas que se hacían en el país y que se sacaba copia de todos los faxes que se enviaban; pero, además, como muy pocos italianos, él sabía a ciencia cierta que era así. No obstante, ni la simple creencia ni la certeza absoluta influían apreciablemente en el comportamiento de la ciudadanía: nunca nadie decía por teléfono algo que tuviera importancia, que pudiera incriminar a cualquiera de los interlocutores o interesar a una agencia gubernamental que estuviera a la escucha. La gente hablaba en clave, «dinero» se convertía en «jarros» o «flores» y las inversiones y las cuentas eran «amigos» en países extranjeros. Brunetti ignoraba cuan difundida podía estar esa creencia y la prudencia que generaba, pero sabía lo suficiente para proponer a su amiga de la Banca de Modena que se encontrasen en un café en lugar de pedirle información directamente por teléfono.

Como el banco estaba al otro lado del Rialto, quedaron para tomar una copa antes del almuerzo en *campo* San Luca, a mitad de camino entre el banco y la *questura*. Brunetti se tomaba muchas molestias sólo para hacer unas preguntas, pero era la única manera de conseguir que Franca hablase claramente. Sin dar explicaciones ni avisar a nadie, salió del despacho y, bordeando el *bacino*, se encaminó a San Marco.

Mientras avanzaba por Riva degli Schiavoni, miró a la izquierda, esperando ver los remolcadores y lo sorprendió tanto su ausencia como el repentino descubrimiento de que habían desaparecido hacía años y él lo había olvidado. ¿Cómo había podido olvidar algo tan conocido? Era como no acordarte de tu número de teléfono o de la cara del panadero. No sabía adonde habían ido a parar los remolcadores ni cuántos años hacía que habían desaparecido, dejando libre la *riva* para otras embarcaciones, más útiles sin duda para la industria turística.

Qué bonitos nombres latinos tenían aquellas gallardas embarcaciones rojas, siempre listas para salir a ayudar a los barcos a remontar el Canale della Giudecca. Seguramente, los barcos que ahora arribaban a la ciudad eran demasiado grandes para que los pequeños remolcadores les sirvieran de ayuda; aquellos monstruos, más altos que la Basílica, con miles de figuras diminutas como hormigas congregadas

en las cubiertas, atracaban, bajaban las pasarelas y lanzaban a sus pasajeros a deambular por la ciudad.

Brunetti ahuyentó esos pensamientos y giró hacia la *piazza*, la cruzó y torció a la derecha, otra vez en dirección al centro, camino de *campo* San Luca. Franca ya había llegado. Estaba hablando con un hombre al que Brunetti conocía de vista. Al acercarse, vio que se despedían con un apretón de manos. El hombre se fue hacia *campo* Manin y Franca se volvió a mirar el escaparate de una librería.

–*Ciao*, Franca -dijo Brunetti deteniéndose a su lado. Habían sido amigos, y hasta más que amigos, en su época de instituto, antes de que ella conociera a su Mario y Brunetti fuera a la universidad, donde encontró a su Paola. Ella conservaba aquel pelo rubio, varios tonos más claro que el de Paola, aunque ahora Brunetti ya estaba lo bastante enterado de esas cosas como para saber que habría tenido que recurrir a la química para mantener el color. También conservaba aquella figura maciza, que tanto la acompañaba veinte años atrás y que ahora realzaba con el aplomo de la madurez, el cutis terso propio de las mujeres robustas -éste, sin ayuda química- y los bellos ojos castaños a los que ahora, al oír su voz, asomó una mirada afectuosa.

–*Ciao*, Guido -dijo levantando la cara para recibir sus dos rápidos besos.

–Deja que te invite a una copa -dijo él tomándola del brazo, por una costumbre adquirida hacía décadas, para llevarla hacia el bar.

Pidieron *uno spritz* y observaron cómo el barman mezclaba el vino, el agua mineral y una pizca de Campari, clavaba sendas rodajas de limón en el borde y les acercaba las copas.

–*Cin cin* -dijeron al unísono y tomaron el primer trago.

El barman les puso delante una pequeña fuente de patatas fritas, de las que hicieron caso omiso. La presión de los clientes del bar fue empujándolos hacia atrás, hasta que se encontraron junto a las ventanas, viendo pasar a la gente.

Franca sabía que aquello era una reunión de trabajo. Si Brunetti hubiera querido charlar de la familia, lo hubiera hecho por teléfono en lugar de citarla en un bar que él sabía que estaría tan concurrido que nadie podría oír lo que hablaban.

–¿De qué se trata, Guido? – preguntó ella, pero sonriendo para suavizar la brusquedad de sus palabras.

–Prestamistas -respondió él.

Ella lo miró, desvió la mirada y, rápidamente, volvió otra vez los ojos hacia él.

–¿Por cuenta de quién preguntas?

–Por la mía propia, desde luego.

Ella sonrió, pero muy levemente.

–Eso ya lo sé, Guido, pero ¿los investigas por cuenta de la policía o del amigo que sólo busca información?

–¿Por qué quieres saberlo?

–Porque, si es lo primero, me parece que no tengo nada que decir.

–¿Y si fuera lo segundo?

–Entonces podríamos hablar.

–¿Por qué esa diferencia? – preguntó él. Se acercó al bar y tomó un puñado de patatas, más para darle tiempo de pensar la respuesta que porque le apetecieran.

Cuando volvió, ella ya estaba preparada. No quiso patatas, y tuvo que comérselas él.

–Si fuera lo primero, cualquier cosa que te dijera podría tener que repetirla ante un tribunal o tú tendrías que decir quién te dio la información. – Sin darle tiempo a preguntar, prosiguió-: Si es sólo una charla entre amigos, puedo decirte todo lo que sepa, pero te advierto que, si un día me interrogaran, no recordaría haberte dicho nada. – No sonreía al decirlo, a pesar de que, habitualmente, de Franca brotaba alegría como la música de un tiovivo.

–¿Tan peligrosos son? – preguntó Brunetti tomando la copa de ella y alargando el brazo para dejarla en el mostrador, al lado de la suya.

–Vamos afuera -dijo ella. Una vez en el *campo*, dio unos pasos hasta situarse a la izquierda del mástil de la banderola que estaba frente a los escaparates de la librería. Casual o intencionadamente, Franca se había quedado por lo menos a dos metros de distancia de las personas más próximas, dos ancianas que se inclinaban la una hacia la otra, apoyándose en sendos bastones.

Brunetti se acercó. A la luz que se derramaba desde lo alto de los tejados, vio la imagen de ambos reflejada en la luna del escaparate. La

pareja del cristal hubiera podido ser la de los dos adolescentes que hacía más de veinte años solían encontrarse allí para tomar un café con los amigos.

La pregunta acudió espontáneamente a los labios de Brunetti:

—¿Tanto te asustan?

—Mi hijo tiene quince años -explicó ella. El tono era el que podía haber utilizado para hablar del tiempo o, incluso, de la afición de su hijo por el fútbol-. ¿Por qué me has citado aquí, Guido?

Él sonrió.

—Sé que eres una persona ocupada y sé dónde vives, así que pensé que te pillaría de camino. Estás casi en tu casa.

—¿Es la única razón? — preguntó ella, mirando del Brunetti del escaparate al de carne y hueso.

—Sí. ¿Por qué?

—Tú no sabes nada de esa gente, ¿verdad?

—No. Sé que existen y sé que están aquí, en esta ciudad, porque tienen que estar, pero no porque oficialmente se nos hayan hecho denuncias.

—Y los que tratan con ellos son los de Finanza, ¿verdad?

Brunetti se encogió de hombros. No tenía una idea clara de qué hacían los funcionarios de la Guardia di Finanza. Los veía a menudo, con su uniforme gris adornado con las brillantes llamas de una supuesta justicia, pero no le constaba que hicieran mucho más que inducir a una sociedad fiscalmente acosada, a buscar nuevas formas de evasión de impuestos.

Él asintió, resistiéndose a expresar con palabras su ignorancia.

Franca paseó la mirada por la pequeña plaza. Miraba y callaba. Finalmente, señaló con la barbilla un restaurante de comida rápida que había al otro lado.

—¿Qué ves allí?

Él miró la superficie acristalada que ocupaba la mayor parte de la planta baja del edificio. Gente joven entraba y salía o estaba sentada a las mesas que se veían por las enormes ventanas.

—Veo la destrucción de dos mil años de cultura culinaria -rió él.

—¿Y en la puerta, qué ves? — preguntó Franca, muy seria.

Él volvió a mirar, decepcionado de que ella no le hubiera reído la salida. Vio a dos hombres con traje oscuro y cartera que hablaban entre sí. A su izquierda, había una mujer joven que sujetaba el bolso debajo del brazo al tiempo que sostenía una agenda abierta en una mano y marcaba un número en su *telefonino* con la otra. Detrás de ella, un hombre mal vestido, alto y delgado, que debía de frisar los setenta, bajaba la cabeza para hablar a una anciana toda de negro, encorvada por la edad, que asía con manos pequeñas las asas de un gran bolso negro. La cara delgada, la nariz larga y afilada, y la espalda curvada daban a la mujer aspecto de pequeño marsupial.

–Veo a varias personas que hacen lo que suele hacer la gente en *campo San Luca*.

–¿Y es...? – preguntó ella mirándolo ahora fijamente.

–Charlan porque se han encontrado por casualidad o porque se han citado, o entran a tomar una copa, lo mismo que nosotros y luego se van a su casa, como nos iremos nosotros.

–¿Y esos dos? – preguntó ella indicando con la barbilla al flaco y la vieja.

–Ella debe de haber oído misa en alguna iglesia de por aquí y ahora se irá a su casa a almorzar.

–¿Y él?

Brunetti volvió a mirar a la pareja, que seguían enfrascados en su conversación.

–Da la impresión de que ella quiere salvarle el alma y él se resiste.

–Ése no tiene alma que salvar -dijo Franca, y a Brunetti le sorprendieron esas palabras en boca de una mujer a la que nunca había oído hablar mal de nadie-. Y ella, tampoco -agregó con una voz fría e implacable.

Se volvió hacia la librería y miró otra vez el escaparate. De espaldas a Brunetti, dijo:

–Son Angelina Volpato y Massimo, su marido. Dos de los peores usureros de la ciudad. Nadie sabe cuándo empezaron, pero durante los diez últimos años han sido los que la gente más ha utilizado.

Brunetti notó a su lado una presencia. Una mujer se había parado a mirar el escaparate. Franca calló. Cuando la mujer se fue, prosiguió:

–La gente sabe que puede encontrarlos aquí casi todas las mañanas. Vienen a buscarlos, y Angelina los invita a ir a su casa. – Hizo una pausa-. Ella es la más vampiro. – Se detuvo otra vez y, cuando se hubo calmado, prosiguió-: Desde allí llaman al notario y allí redactan los documentos. Ella les da el dinero y ellos le dan la casa, o el negocio, o los muebles.

–¿Y el interés?

–Depende de la suma que necesiten y del plazo. Si es sólo un par de millones de liras, acepta los muebles en garantía. Si es más dinero, cincuenta millones o más, ella calcula el interés. Dicen que te lo calcula en un momento, a pesar de que también se dice que es analfabeta, lo mismo que el marido. – Se quedó pensativa un momento-. Si se trata de una cantidad importante, la gente se aviene a darle el título de propiedad de la casa, en el caso de que no pueda entregarle una suma determinada a plazo fijo.

–¿Y si no pagan?

–El abogado de la Volpato los demanda y ella presenta el documento firmado ante notario.

Mientras ella hablaba, Brunetti reflexionaba sin apartar la mirada de los libros del escaparate y reconocía que nada de aquello era nuevo para él. Aunque ignoraba los detalles, sabía que esas cosas ocurrían. Pero eran de la incumbencia de la Guardia di Finanza, por lo menos, hasta ese momento, en que las circunstancias, o la simple casualidad, le habían puesto delante a Angelina Volpato y su marido, que seguían allí, al otro lado de la plaza, conversando animadamente, un luminoso día de la primavera de Venecia.

–¿Qué interés cargan?

–Depende de lo desesperada que esté la gente -respondió Franca.

–¿Y eso cómo lo saben?

Ella apartó la mirada de unos cerditos que conducían coches de bomberos para fijarla en él.

–A ti te consta, lo mismo que a mí, que aquí todo el mundo lo sabe todo. No tienes más que pedir un préstamo a un banco, para que, al final del día, todos los empleados estén enterados, a la mañana siguiente, lo sepan sus familias y, por la tarde, toda la ciudad.

Brunetti tuvo que admitir que así era. Ya fuera porque en Venecia todos eran parientes, amigos o conocidos, ya porque en realidad la ciudad era como un pueblo grande, en aquel mundillo bullicioso y endogámico, no podía haber secretos. Era perfectamente lógico que cualesquiera apuros financieros que pudiera tener una persona fueran rápidamente del dominio público.

—¿Qué interés? — insistió él.

Ella fue a contestar, vaciló un momento y dijo:

—He oído hablar de un veinte por ciento mensual. Y hasta de un cincuenta.

El veneciano que Brunetti llevaba dentro hizo el cálculo al instante.

—¡Un seiscientos por ciento anual! — exclamó sin reprimir la indignación.

—A interés compuesto, mucho más —le corrigió Franca, demostrando que las raíces de su familia en la ciudad eran más profundas que las de los Brunetti.

El comisario volvió a mirar a aquella pareja que estaba al otro lado del *campo*. Mientras él los miraba, terminaron la conversación, la mujer se alejó en dirección al Rialto y el hombre vino hacia ellos.

Brunetti observaba al individuo: tenía la frente abombada, la piel áspera y escamosa, como por alguna enfermedad no tratada, los labios carnosos y los párpados hinchados. Avanzaba con un andar extraño, de ave zancuda, con el pie plano, como para no gastar el tacón de sus muy remendados zapatos. La cara mostraba las huellas de la edad y la enfermedad, pero aquel caminar desgarrado daba a su figura un aire de juvenil abandono, sobre todo, visto de espaldas, según comprobó Brunetti que lo seguía con la mirada y lo vio torcer por la calle que conducía al ayuntamiento.

Cuando Brunetti se volvió, vio que la vieja había desaparecido, pero en su memoria quedaba la imagen de un marsupial, una especie de rata erecta.

—¿Y tú cómo sabes todo esto?

—Recuerda que trabajo en un banco —respondió ella.

—¿Y esos dos son el tribunal de última instancia para las personas que no pueden conseguir nada de vosotros?

Ella asintió.

–Pero ¿cómo los encuentra la gente?

Ella lo miró, como para decidir en qué medida podía fiarse de él.

–Me han dicho que, a veces, la gente del banco se los recomienda.

–¿Cómo?

–Que cuando un banco te deniega un préstamo, a veces, un empleado te sugiere que acudas a los Volpato. O al prestamista que le da comisión.

–¿Cuánto de comisión? – preguntó Brunetti con voz neutra.

Ella se encogió de hombros.

–Dicen que depende.

–¿De qué?

–Del importe del préstamo. O del convenio que el banco tenga con los usureros. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar algo más, ella agregó-: Cuando la gente necesita dinero, trata de sacarlo de donde sea. Si no se lo prestan los amigos, la familia o algún banco, acude a personas como los Volpato.

La única forma en que Brunetti podía hacer la siguiente pregunta era la directa:

–¿Todo eso está relacionado con la mafia?

–¿Y qué no lo está? – preguntó Franca a su vez, pero al ver su gesto de irritación, agregó-: Perdona, era una broma. No me consta que lo esté. Pero, si lo piensas un momento, te darás cuenta de que sería un buen sistema para blanquear dinero.

Brunetti asintió. Sólo la protección de la mafia podía impedir que un negocio tan provechoso como ése fuera investigado por las autoridades.

–¿Te he arruinado el almuerzo? – preguntó ella con una sonrisa repentina y con aquel cambio de tono que él recordaba.

–En absoluto, Franca.

–¿Por qué estás indagando en esto? – preguntó ella por fin.

–Porque podría estar relacionado con otra cosa.

–Casi todo lo está -dijo ella, pero no preguntó más, otra de las cualidades que él siempre había apreciado en ella-. Me voy a casa - anunció, y se puso de puntillas para besarlo en las dos mejillas.

–Gracias, Franca -dijo él, atrayéndola hacia sí, sintiendo con agrado el contacto de su cuerpo firme y su carácter más firme aún-.

Siempre es un placer verte.— En el momento en que ella le daba unas palmadas en el brazo y se volvía para marcharse, él se dio cuenta de que no le había preguntado por otros usureros, pero ya no podía hacerla volver. Lo único en lo que podía pensar ahora era en irse a casa.

OceanofPDF.com

Mientras caminaba, Brunetti rememoraba los tiempos en que salía con Franca. Se daba cuenta de lo grato que le había resultado volver a abrazar aquella recia figura que tan familiar le había sido. Recordó un largo paseo que dieron por la playa del Lido la noche del Redentore. Él debía de tener diecisiete años. Cuando se terminaron los fuegos artificiales, estuvieron andando cogidos de la mano hasta el amanecer, viendo con pena que se acababa la noche.

La noche se acabó, como se acabaron otras muchas cosas entre los dos, y ahora ella tenía a su Mario y él tenía a su Paola. Entró en Biancat y compró una docena de lirios para su Paola, contento de poder hacer eso, contento de saber que la encontraría arriba, esperándolo.

La encontró sentada a la mesa de la cocina, pelando guisantes.

–*Risi e bisi* -dijo él a modo de saludo al ver los guisantes, con el ramo delante.

Ella miró las flores sonriendo.

–Lo mejor que puede hacerse con los guisantes tempranos es un buen *risotto*, ¿no? – dijo poniendo la mejilla.

Una vez dado el beso, él dijo, ociosamente:

–Eso, si no eres una princesa y los quieres para ponerlos debajo del colchón.

–Yo diría que el *risotto* es mejor idea -dijo ella-. ¿Las pones en un jarro mientras termino con esto?

Él acercó una silla a los armarios, tomó una hoja de periódico de la mesa, la puso en el asiento y se subió para alcanzar uno de los jarrones que estaban encima de un armario.

–A ver el azul... -dijo ella, observando la operación.

Él se bajó, puso la silla en su sitio y llevó el jarrón al fregadero.

–¿Hasta dónde de agua?

–La mitad. ¿Qué quieres para segundo?

–¿Qué hay?

–El rosbif que quedó del domingo. Cortado bien fino, podríamos tomarlo con ensalada.

–¿Chiara come carne esta semana? – Hacía una semana que Chiara, después de leer un artículo sobre el trato que se daba a los terneros, había declarado que sería vegetariana durante el resto de su vida.

–El domingo la viste comer rosbif, ¿no? – preguntó Paola.

–Ah, sí, claro -contestó él rompiendo el papel de las flores.

–¿Qué es lo que anda mal? – preguntó ella.

–Lo de siempre -dijo él sosteniendo el jarrón debajo del grifo del agua fría-. Vivimos en un universo perdido.

Ella volvió a los guisantes.

–Eso lo sabe todo el que se dedique a tu trabajo o al mío -respondió ella.

Él preguntó con curiosidad:

–¿Por qué al tuyo? – Brunetti no necesitaba que alguien le dijera que el mundo estaba perdido; pero era porque él llevaba veinte años en la policía.

–Tú tratas con la decadencia moral y yo, con la mental. – Paola hablaba en el tono de irónica autosuficiencia que adoptaba cuando se permitía tomar en serio su trabajo. Y entonces preguntó:-
Concretamente, ¿qué te ha puesto así?

–Este mediodía he estado tomando una copa con Franca.

–¿Cómo está?

–Bien. Su hijo se hace mayor y me parece que a ella no le gusta mucho trabajar en un banco.

–¿Y a quién va a gustarle eso? – dijo Paola, pero era más una respuesta ritual que otra cosa, e insistió en su pregunta original, que él había eludido:- ¿Por qué ver a Franca te hace pensar que vivimos en un mundo que se desmorona? Generalmente, produce el efecto contrario.

Mientras iba introduciendo las flores en el jarrón, una a una, lentamente, Brunetti repasó varias veces el comentario de su mujer, en busca de un doble sentido o cierto deje de sarcasmo, sin encontrarlo. Ella sabía el placer que le producía ver a esa antigua y buena amiga, y compartía la alegría que la compañía de Franca le deparaba. Al comprenderlo así, de pronto, el corazón le dio un vuelco y sintió que se

le encendía la cara. Uno de los lirios cayó en la encimera. Él lo recogió, lo puso con los otros y dejó el jarrón en lugar seguro, lejos del borde.

–Me ha dicho que tenía miedo de que le pasara algo malo a Pietro, si me hablaba de los prestamistas.

Paola dejó la tarea y se volvió a mirarlo.

–¿Los prestamistas? ¿Y qué pintan aquí los prestamistas?

–Rossi, aquel chico del Ufficio Catasto que murió, tenía en la cartera el número de teléfono de un abogado que había llevado varios casos contra ellos.

–¿Un abogado? ¿Dónde?

–En Ferrara.

–¿No será el que ellos asesinaron? – preguntó levantando la cabeza.

Brunetti asintió, interesado en que Paola diera por hecho que Cappelli había sido asesinado por «ellos» y dijo:

–El juez encargado de la instrucción del caso ha descartado a los prestamistas y parecía empeñado en convencerme de que el asesino se equivocó de víctima.

Ella se quedó pensativa y Brunetti observaba en su cara el curso de sus reflexiones.

–¿Por eso él tenía el número del abogado? ¿Por los prestamistas?

–No tengo pruebas. Pero da esa coincidencia.

–La vida está llena de coincidencias.

–El asesinato, no.

Ella entrelazó los dedos encima del montón de vainas de guisante.

–¿Desde cuándo es asesinato? Me refiero a lo de Rossi.

–Desde no sé cuándo. Quizá desde nunca. Sólo quiero aclarar esto y descubrir, si es posible, por qué lo llamó Rossi.

–¿Y qué tiene que ver Franca?

–Pensé que, trabajando en un banco, podría tener información sobre los prestamistas.

–Creí que los bancos se dedicaban precisamente a eso, a prestar dinero.

–A veces, no. Sobre todo, si es a corto plazo y a personas que podrían no devolverlo.

–Entonces, ¿por qué preguntarle a ella? – Por lo imperturbable de su gesto, Paola hubiera podido ser juez.

–Creí que quizá supiera algo.

–Eso ya lo has dicho. Pero ¿por qué precisamente Franca?

No había razón, aparte la de que ella fue la primera persona que le vino a la memoria. Además, hacía mucho que no la veía y le apetecía llamarla, sencillamente. Se metió las manos en los bolsillos y cargó el peso del cuerpo sobre el otro pie.

–Por ninguna razón en particular -dijo finalmente.

Ella separó los dedos y volvió a pelar guisantes.

–¿Qué te ha dicho y por qué teme por Pietro?

–Me ha hablado de dos personas, y hasta me las ha enseñado. –

Antes de que Paola pudiera interrumpir, explicó-: Nos hemos encontrado en San Luca, y allí estaba la pareja. Sesenta y tantos, diría yo. Me ha dicho que prestan dinero.

–¿Y Pietro?

–Dice que puede existir una relación con la mafia y el blanqueo de dinero, pero no ha querido dar más explicaciones. – Vio el leve gesto de asentimiento de Paola, indicativo de que ella compartía su opinión de que bastaba la sola mención de la mafia para hacerte temer por tus hijos.

–¿Ni siquiera a ti? – preguntó ella.

Él movió la cabeza negativamente y repitió el gesto cuando ella lo miró.

–Entonces la cosa es grave -dijo Paola.

–Eso parece.

–¿Quiénes son esa gente?

–Angelina y Massimo Volpato.

–¿Habías oído hablar de ellos? – preguntó ella.

–No.

–¿A quién has preguntado?

–A nadie. Los he visto por primera vez hace veinte minutos.

–¿Qué piensas hacer?

–Averiguar todo lo que pueda.

–¿Y luego?

–Depende de lo que descubra.

Un silencio, y Paola dijo:

–Hoy pensaba en ti y en tu trabajo. – Él esperó-. Fue mientras limpiaba los cristales, y eso fue lo que me hizo pensar en ti -agregó, desconcertándolo.

–¿Qué tiene que ver mi trabajo con los cristales?

–Después de los cristales, he limpiado el espejo del cuarto de baño, y entonces he pensado en tu trabajo.

Él sabía que su mujer seguiría hablando aunque él no dijera nada, pero también sabía que le gustaba que la animaran, de modo que preguntó:

–¿Y bien?

–Para limpiar el cristal de una ventana, tienes que abrirla, y, al mover el batiente, cambia el ángulo de incidencia de la luz. – Al ver que él la seguía, continuó-: Luego la limpias. O te parece que la limpias. Porque, cuando cierras la ventana, la luz vuelve a entrar con el ángulo de antes y entonces ves que aún está sucia por fuera o que te has dejado un trozo en la parte de dentro. Entonces tienes que volver a abrirla y limpiar otra vez. Pero no puedes estar seguro de que el cristal está bien limpio hasta que cierras la ventana o la miras desde otro ángulo.

–¿Y el espejo? – preguntó él.

Ella lo miró y sonrió.

–El espejo lo ves por un solo lado. La luz no lo atraviesa. Lo limpias y listo. No hay más que una manera de verlo. – Volvió a fijar la atención en lo que estaba haciendo.

–¿Y...?

Mirando los guisantes, quizá para disimular que él la había decepcionado, explicó:

–Así es tu trabajo, o así pretendes tú que sea. Tú quieres limpiar espejos, quieres que todo sea bidimensional y fácil de controlar. Pero, cuando te paras a pensar, las cosas son como las ventanas: si cambias la perspectiva o las miras desde otro ángulo, todo cambia.

Brunetti reflexionó largamente y concluyó, tratando de levantar el ánimo:

–Pero, de todos modos, siempre me toca eliminar la porquería.

–Eso lo has dicho tú, no yo -respondió Paola-. Brunetti no dijo nada y ella, tras dejar caer el último guisante en el plato, se levantó y lo puso

en la encimera-. En cualquier caso, tengo la impresión de que preferirás hacerlo con el estómago lleno.

Y con el estómago lleno empezó a hacerlo aquella misma tarde, nada más llegar a la *questura*. Empezó -no cabía mejor manera- por una visita a la *signorina* Elettra.

Ella lo recibió con una sonrisa. Vestía un modelo de carácter marcadamente náutico, con falda azul oscuro y blusa de seda con cuello de marinera. Brunetti estaba pensando que no le faltaba más que el gorro cuando descubrió, al lado del ordenador, un sombrerito bombonera blanco.

–Volpato -dijo él, sin darle tiempo a preguntar cómo estaba-. Angelina y Massimo. Sesenta y tantos años.

–¿Residen aquí?

–Creo que sí.

–¿Alguna idea de dónde?

–No -reconoció él.

–Será fácil averiguarlo -dijo ella tomando nota-. ¿Qué le interesa?

–Sobre todo, datos financieros, inversiones, propiedades registradas a su nombre, todo lo que pueda usted encontrar. – Hizo una pausa mientras ella escribía y agregó:- Vea también si tenemos algo sobre ellos.

–¿Registro de llamadas?

–No. Todavía no. Sólo finanzas.

–¿Para cuándo lo quiere?

Él la contempló sonriendo.

–¿Para cuándo lo quiero todo?

Ella se subió la manga y miró el pesado reloj de submarinista que llevaba en la muñeca izquierda.

–Creo que la información de las oficinas municipales podré conseguirla esta misma tarde.

–Los bancos ya han cerrado, así que lo otro tendrá que ser mañana. Ella le sonrió.

–Los archivos nunca cierran -le dijo-. Quizá lo tenga todo dentro de un par de horas.

Se inclinó y abrió un cajón del que sacó un fajo de papeles.

–Aquí tengo estas... -empezó, pero se interrumpió mirando hacia la izquierda, donde estaba la puerta del despacho.

Brunetti intuyó más que percibió un movimiento y al volverse vio al *vicequestore*, Patta, que venía de almorzar.

–*Signorina Elettra* -dijo, como si no viera a Brunetti de pie delante de la mesa.

–¿Sí, *dottore*?

–Haga el favor de venir a mi despacho a tomar nota de una carta.

–Ahora mismo, *dottore* -dijo ella, dejando en el centro de la mesa los papeles que acababa de sacar del cajón y golpeándolos con el índice de la mano izquierda, movimiento que Patta no pudo ver porque el cuerpo de Brunetti se lo impedía. Ella abrió el cajón central y sacó un anticuado bloc de taquigrafía. ¿Aún había gente que dictara cartas y secretarías que se sentaran con las piernas cruzadas como Joan Crawford y trazaran rápidamente arcos, cruces y ganchitos? Mientras lo pensaba, Brunetti descubrió que él siempre había dejado que fuera la *signorina Elettra* quien redactara las cartas y eligiera la elaboración retórica necesaria para disfrazar las cosas más simples o suavizar peticiones que forzaban los límites del estricto poder policial.

Patta pasó por su lado y abrió la puerta del despacho, y Brunetti tuvo la clara sensación de estar comportándose como un tímido animal de la selva, quizá un lémur, que se paraliza al sonido más leve, imaginándose invisible por efecto de su inmovilidad y, por consiguiente, a salvo de cualquier feroz merodeador. Antes de que pudiera decir algo a la *signorina Elettra*, la vio levantarse y seguir a Patta a su despacho, aunque no sin antes lanzar una mirada a los papeles que había dejado encima de la mesa. Y en ella no observó Brunetti ni asomo de timidez al cerrarse la puerta.

El comisario se inclinó sobre la mesa, recogió los papeles y, antes de marcharse, escribió rápidamente una nota para pedirle que buscara el nombre del dueño del edificio ante el que había sido hallado Rossi.

Mientras subía a su despacho, Brunetti miraba los papeles que se había llevado de la mesa de la *signorina* Elettra: eran varias hojas con los números a los que Rossi había llamado desde su casa y desde el despacho. Al margen ella había anotado que el nombre de Rossi no aparecía en la lista de clientes de ninguna de las empresas de telefonía móvil, lo que indicaba que el aparato por el que le había llamado pertenecía al Ufficio Catasto. Desde el despacho Rossi había llamado cuatro veces a un mismo número, con prefijo de Ferrara, que Brunetti supuso correspondía al bufete de Gavini y Cappelli. Cuando llegó a su despacho, lo comprobó y vio que no le había fallado la memoria. Todas las llamadas habían sido hechas durante un período de menos de dos semanas, la última, la víspera del día en que Cappelli fue asesinado. Después de aquello, nada.

Brunetti se quedó un rato sentado ante su mesa, pensando en la posible relación entre los dos muertos. Ahora se dio cuenta de que ya consideraba que los dos habían sido asesinados.

Mientras esperaba a la *signorina* Elettra, Brunetti pensó en muchas cosas: la ubicación del despacho de Rossi en el Ufficio Catasto y el grado de privacidad que le habría permitido; la designación del *magistrato* Righetto para la investigación del asesinato de Cappelli; la posibilidad de que un sicario se confundiera de objetivo y por qué, después de aquel asesinato, no se habían hecho más tentativas contra la supuesta víctima real. Pensó en éstas y en otras cosas, y luego volvió a la lista de las personas que podían estar en disposición de facilitarle información, pero se quedó encallado al comprender que no estaba seguro de la clase de información que deseaba. Desde luego, necesitaba saber cosas de los Volpato, pero también acerca de los manejos financieros de la ciudad y los secretos procesos por los que el dinero entraba y salía de los bolsillos de sus habitantes.

Al igual que la mayoría de sus conciudadanos, Brunetti sabía que en el Ufficio Catasto se guardaban los registros de venta y los títulos de transferencia de propiedad. Por lo demás, su idea de cuáles pudieran ser sus actividades era vaga. Recordó el entusiasmo de Rossi por la unificación de los archivos de varias oficinas, con objeto de ahorrar

tiempo y facilitar la obtención de datos. Ahora lamentaba no haber dedicado más tiempo a pedir información a Rossi.

Sacó la guía telefónica del cajón de abajo, la abrió por la «B» y buscó un número. Cuando lo encontró, marcó y esperó hasta que una voz femenina contestó:

–Agencia Inmobiliaria Bucintoro.

–Ciao, Stefania.

–¿Qué quieres, Guido? – preguntó la mujer sorprendiéndolo y haciéndole preguntarse a su vez qué habría notado ella en su voz.

–Información -respondió Brunetti con la misma brusquedad.

–¿Y por qué si no ibas a llamarme? – dijo ella sin aquel coqueteo que solía asumir al hablar con él.

Él optó por hacer caso omiso tanto del reproche implícito en el tono como del reproche explícito en las palabras.

–Necesito que me hables del Ufficio Catasto.

–¿El qué? – preguntó ella alzando la voz con extrañeza fingida.

–El Ufficio Catasto. Necesito saber qué es lo que hacen exactamente, quiénes trabajan allí y de quiénes puedes fiarte.

–Es un pedido de envergadura.

–Por eso te llamo.

De pronto, volvía a haber coqueteo en la voz.

–Y yo, aquí sentada, esperando día tras día que me llames para pedirme otra cosa.

–¿El qué, tesoro? No tienes más que insinuarlo -declamó él con su voz de Rodolfo Valentino. Stefania estaba felizmente casada y era madre de gemelos.

–Que te venda un apartamento, naturalmente.

–Pues quizá tenga que pedírtelo -dijo él poniéndose serio de repente.

–¿Por qué?

–Me han dicho que nuestra casa puede ser condenada.

–¿Qué quieres decir con «condenada»?

–Que quizá tengamos que derribarla.

Un segundo después de decirlo, Brunetti oyó la aguda carcajada de Stefania, pero no sabía si la causa era el escandaloso despropósito o la

sorpresa de que a él pudiera parecerle absurdo. Después de varios sonidos más de hilaridad, ella dijo:

–No puedes decirlo en serio.

–Ésa es también mi impresión. Pero es exactamente lo que me dijo una persona del Ufficio Catasto. No han encontrado constancia de que el apartamento haya sido construido ni de que se hayan expedido permisos para su construcción, de modo que quizá decidan que hay que derribarlo.

–Habrás entendido mal.

–Aquel hombre parecía hablar muy en serio.

–¿Cuándo fue?

–Hace varios meses.

–¿Has sabido algo más?

–No. Por eso te llamo.

–¿Por qué no los llamas a ellos?

–Antes quería hablar contigo.

–¿Por qué?

–Para saber cuáles son mis derechos. Y para saber quiénes son los que toman allí las decisiones.

Stefania no respondía, y él preguntó:

–¿Tú los conoces?

–No más que cualquiera que trabaje en el ramo.

–¿Quiénes son?

–El más importante es Fabrizio dal Carlo, jefe de todo el Ufficio. – Con displicencia, agregó–: Un mierda arrogante. Tiene un adjunto, Esposito, que es un cero a la izquierda, porque Dal Carlo acapara todo el poder. Y luego está la *signorina* Dolfín, Loredana, cuya existencia, por lo que tengo entendido, tiene sólo dos objetivos: el primero es no permitir que la gente olvide que, aunque no es más que una secretaria del Ufficio Catasto, desciende del dux Giovanni Dolfín. No recuerdo el año -agregó como si este detalle tuviera importancia.

–Fue dux de 1356 a 1361, en que murió de la peste -apostilló Brunetti sin vacilar-. ¿Y cuál es su segundo objetivo? – preguntó, para animarla a seguir hablando.

–Disimular su adoración por Fabrizio dal Carlo. – Dejó que la frase surtiera efecto y agregó–: Según se dice, se le da mucho mejor lo

primero que lo segundo. Dal Carlo la hace trabajar como una esclava, pero probablemente eso es lo que ella quiere, aunque para mí es un misterio que alguien pueda sentir por ese hombre algo más que desprecio.

—¿Hay algo entre ellos?

En la línea explotó la risa de Stefania.

—¡No, por Dios, si podría ser su madre! Además, él tiene esposa y, por lo menos, otra mujer, de manera que poco tiempo le quedaría para ella aunque no fuera fea como un pecado. — Steffi reflexionó un momento y agregó: En el fondo, es patético. Esa mujer ha dedicado años y años de su vida a ser la servidora fiel de ese Casanova de pacotilla, probablemente, confiando en que un día él se dé cuenta de lo mucho que ella lo quiere y se desmaye, abrumado por la idea de que una Dolfín se haya enamorado de él. Una lástima. Si no fuera tan triste, sería grotesco.

—Hablas de eso como si fuera del dominio público.

—Y lo es. Por lo menos, entre los que trabajan con ellos.

—¿Hasta lo de que él tiene amantes?

—Bueno, yo diría que eso se supone que es un secreto.

—¿Y no lo es?

—No. En esta ciudad no hay secretos.

—No, desde luego -admitió Brunetti, felicitándose por ello.

—¿Hay algo más? — preguntó.

—No se me ocurre nada más. No más chismes. Pero yo en tu lugar los llamaría para preguntar qué hay de tu apartamento. Por lo que yo sé, esa idea de unificar archivos no es más que una cortina de humo. Nunca se hará.

—¿Una cortina de humo para tapar qué?

—Corría el rumor de que cierta persona de la administración municipal, en vista de que había tantas obras ilegales... es decir, eran tantos los trabajos realizados que no se ajustaban a los proyectos especificados en las solicitudes del permiso, que decidió que lo mejor sería hacer desaparecer solicitudes y permisos. Así nadie podría cotejar los planos con la realidad. Y se le ocurrió la idea de unificarlo todo.

—Me parece que me he perdido, Stefania.

–Si es muy sencillo, Guido -reprendió ella-. En el trasiego de papeles de una oficina a otra y de una parte de la ciudad a otra, es inevitable que se extravíen cosas.

A Brunetti le pareció una solución imaginativa y eficaz, y tomó nota, para utilizarla para explicar la inexistencia de los planos de su propia casa, si un día se los reclamaban.

–Así pues -continuó Brunetti por ella-, en el caso de que se suscitaran dudas acerca de la construcción de una pared o la apertura de una ventana, el dueño no tendría más que presentar sus propios planos, los cuales...

–... casarían perfectamente con la obra realizada. – concluyó Stefania.

–Y, a falta de los planos oficiales, convenientemente extraviados durante la reorganización de los archivos -dedujo Brunetti, entre sonidos de aprobación de Stefania, complacida de que él hubiera empezado a comprender-, en lo sucesivo, ningún inspector municipal ni posible comprador podría demostrar que las obras realizadas fueran diferentes de las solicitadas y autorizadas sobre los planos perdidos. – Cuando acabó de decirlo, Brunetti calló un momento, como el que da un paso atrás para admirar un descubrimiento. Desde niño, había oído decir de Venecia: «*Tutto crolla, ma nulla crolla.*» Parecía lógico: desde que en aquellos pantanos se levantaron los primeros edificios habían transcurrido más de mil años, por lo que muchos de ellos debían de estar a punto de derrumbarse, pero ninguno se derrumbaba. Se inclinaban, ladeaban, arqueaban y combaban, pero él no recordaba ni uno solo que hubiera llegado a caerse. Había visto, sí, casas abandonadas con la techumbre hundida, puertas tapiadas, muros derruidos, pero, que él supiera, nunca una casa se había derrumbado sobre sus habitantes.

–¿De quién fue la idea?

–Eso lo ignoro -dijo Stefania-. Son cosas que nunca llegan a saberse.

–¿Están enterados los de otras oficinas?

En lugar de darle una respuesta directa, ella dijo:

–Piensa, Guido. Alguien ha de encargarse de hacer que desaparezcan determinados papeles, que se pierdan según qué carpetas. Es seguro que otros se perderán por la incompetencia

habitual, pero alguien ha de procurar que dejen de existir precisamente esos papeles.

—¿Y quién puede estar interesado en eso?

—Pues, probablemente, los propietarios de las casas en las que se hicieron obras ilegales, o quizá los que debían inspeccionar las restauraciones y no las inspeccionaron. — Hizo una pausa—. O las inspeccionaron y se dejaron convencer -agregó acentuando esta palabra con ironía- para aprobarlas sin mirar los planos.

—¿Y quiénes son?

—Las Comisiones de Obras.

—¿Cuántas hay?

—Seis en total, una por cada *sestiere*.

Brunetti trató de imaginar la magnitud de la operación, el número de personas involucradas. Y preguntó:

—¿No sería más práctico hacer la obra y pagar la multa si se descubre que no se ajusta a los planos, en lugar de tomarse la molestia de sobornar a alguien para que se ocupe de que se destruyan los planos? O se extravíen -rectificó.

—Así se había hecho siempre, Guido. Pero ahora que estamos metidos en todo este tinglado de Europa, te multan y, además, te obligan a rectificar. Y las multas son terribles. Un cliente mío que construyó sin permiso una *altana* pequeñísima, de dos metros por tres, tuvo que pagar cuarenta millones de liras y luego derribarla. Un vecino lo denunció. Por lo menos, antes hubiera podido conservarla. Esto de estar en Europa nos llevará a la ruina. Pronto no quedará nadie que sea lo bastante valiente para aceptar un soborno.

Brunetti detectaba la indignación que había en su voz, pero no estaba seguro de compartirla.

—Steffi, has hablado de mucha gente, pero, ¿quién dirías tú que ha tenido más facilidades para montar esto?

—Los del Ufficio Catasto -respondió ella instantáneamente-. Y, si algo hay, Dal Carlo ha de estar al corriente y, seguramente, tiene el hocico en el pesebre. Al fin y al cabo, los planos han de pasar por su oficina y para él sería juego de niños hacer desaparecer determinados papeles. — Stefania calló un momento y preguntó:- Guido, ¿también tú piensas hacer desaparecer los planos?

–Como te he dicho, no hay planos. Por eso vinieron a verme.

–Pues, si no hay planos, siempre puedes decir que se extraviaron junto con los que van a extraviarse.

–¿Y cómo demuestro que mi casa existe, que fue construida? – Ya mientras hacía la pregunta era consciente del absurdo. ¿Cómo demostrar la existencia de la realidad?

La respuesta fue inmediata:

–No tienes más que buscar a un arquitecto que te haga unos planos -y, antes de que Brunetti pudiera hacer la pregunta obligada, terminó-: y pedirle que ponga una fecha falsa.

–Stefania, estamos hablando de hace cincuenta años.

–No necesariamente. Tú dices que hace varios años hiciste obras de restauración, luego mandas hacer unos planos del apartamento tal como está ahora y les pones esa fecha. – A Brunetti no se le ocurrió qué responder a esto, y ella prosiguió-: Es muy sencillo. Si quieres, te daré el nombre de un arquitecto. Nada más fácil.

Stefania le había sido tan útil que él no quería ofenderla con una negativa y dijo:

–Hablaré con Paola.

–Naturalmente -dijo Stefania-. Qué tonta soy. Ésa es la solución. Seguro que su padre conoce a alguien que puede arreglarlo. Así no hace falta que te molestes en buscar a un arquitecto. – Calló. Para ella, el problema estaba resuelto.

Brunetti se disponía a responder a eso cuando Stefania dijo:

–Me llaman por la otra línea. Ojalá sea un comprador. *Ciao*, Guido. – Y colgó.

Él se quedó pensativo. Allí estaba la realidad, maleable y dúctil; no tenía más que estirar un poco por aquí y apretar otro poco por allá para hacer que se ajustara a la visión que tú pudieras tener. O, si la realidad se mostraba recalcitrante, recurrías a la artillería pesada del poder y el dinero y abrías fuego. Qué fácil y qué rápido.

Brunetti descubrió que esos pensamientos lo conducían a lugares a los que no deseaba ir, y otra vez abrió la guía telefónica y marcó el número del Ufficio Catasto. El teléfono sonó con insistencia pero nadie contestó. Miró el reloj, vio que eran casi las cuatro y colgó,

calificándose a sí mismo de idiota por haber pensado que encontraría a alguien trabajando por la tarde.

Se arrellanó en el sillón y apoyó los pies en el cajón de abajo. Con los brazos cruzados, se puso a pensar una vez más en la visita de Rossi. Tenía aspecto de hombre honrado, pero ése era un aspecto bastante frecuente, especialmente, entre los granujas. ¿Por qué había seguido el trámite iniciado con la carta yendo a visitarlo personalmente? Entonces ignoraba la profesión de Brunetti. Por un momento, sopesó la posibilidad de que Rossi hubiera ido en busca de un soborno, pero desechó la idea. Era evidente que se trataba de un funcionario íntegro.

Cuando Rossi averiguó que el *signor* Brunetti que no podía encontrar los planos de su apartamento era un policía de alto rango, ¿se conectaría a la red del rumor y el chismorreó para ver lo que encontraba acerca de Brunetti? Nadie se atrevería a dar un paso en una cuestión delicada sin tomar esa precaución, el secreto era saber a quién preguntar, dónde echar el anzuelo para capturar la información deseada. ¿Y, con la información que le hubieran proporcionado sus fuentes, había decidido acudir a Brunetti para revelar lo que hubiera descubierto en el Ufficio Catasto?

Permisos de obra ilegales y lo que su venta pudiera reportar, parecía un plato modesto en el extenso menú de las corruptelas que se cocinaban en las oficinas públicas. A Brunetti no le parecía creíble que alguien estuviera dispuesto a arriesgar mucho -y menos, la vida- esgrimiendo la amenaza de revelar un ingenioso plan para lucrarse bajo el manto de la función pública. La puesta en práctica del proyecto informatizado para centralizar documentos y, de paso, perder los que estorbaban, sin duda aumentaría la envergadura de las transacciones, pero Brunetti dudaba que el incremento fuera tan fuerte como para haber costado la vida a Rossi.

Cortó el hilo de sus pensamientos la llegada de la *signorina* Elettra que entró en el despacho sin molestarse en llamar.

—¿Interrumpo, comisario? — preguntó.

—En absoluto. Sólo estaba pensando en la corrupción.

—¿Pública o privada?

—Pública -dijo él poniendo los pies en el suelo e irguiendo el cuerpo.

–Es como leer a Proust -dijo ella sin inmutarse-. Te crees que has terminado, pero siempre hay otro tomo. Y otro.

Él levantó la mirada, esperando que continuara, pero lo único que ella dijo, al dejar los papeles en la mesa, fue:

–De usted, comisario, he aprendido a desconfiar de las coincidencias. Fíjese en los nombres de los propietarios de ese edificio.

–¿Los Volpato? – preguntó él, intuyendo que no podían ser otros.

–Exactamente.

–¿Desde cuándo?

Ella se inclinó y sacó la tercera hoja.

–Cuatro años. Se lo compraron a una tal Mathilde Ponzi. El precio escriturado es ése -dijo señalando una cantidad impresa a la derecha de la página.

–¿Doscientos cincuenta millones de liras? – dijo Brunetti con audible asombro-. Cuatro plantas, de ciento cincuenta metros cuadrados cada una por lo menos.

–Es el precio declarado, comisario -puntualizó ella.

Todo el mundo sabía que, para ahorrar impuestos, el precio de un inmueble que figuraba en el contrato de compraventa nunca era el satisfecho realmente, que podía ser el doble o el triple. Todo el mundo hablaba con la mayor naturalidad de precio «real» y precio «declarado», y sólo un idiota o un extranjero pensaría que eran el mismo.

–Ya lo sé -dijo Brunetti-. Pero, aunque hubieran pagado tres veces más, seguiría siendo una ganga.

–Si se fija en otras de sus adquisiciones de bienes inmuebles -añadió la *signorina* Elettra pronunciando el término con cierta aspereza, verá que han gozado de una buena fortuna similar en la mayoría de sus operaciones.

Él volvió a la primera hoja y repasó la información. Realmente, al parecer, los Volpato habían conseguido encontrar casas que costaban muy poco. La *signorina* Elettra había indicado minuciosamente los metros cuadrados de cada «adquisición», y bastó a Brunetti un rápido cálculo para deducir que, por término medio, habían pagado el metro cuadrado a un precio declarado de un millón de liras por debajo del real. Aun dejando margen para las fluctuaciones de la inflación y de la

disparidad entre el precio declarado y el real, indefectiblemente pagaban menos de la tercera parte del precio medio de la propiedad urbana que regía en Venecia.

Él la miró:

—¿Debo suponer que en las otras hojas hay más de lo mismo? — preguntó.

Ella asintió.

—¿Cuántas fincas?

—Más de cuarenta, y aún no he empezado a revisar las otras propiedades que figuran a nombre de otros Volpato que podrían ser parientes.

—Ya -dijo él, volviendo a fijar la atención en los papeles. Ella había grapado a las últimas páginas los saldos de las cuentas bancarias individuales y también de varias cuentas conjuntas-. ¿Cómo puede conseguir esto...? — dijo Brunetti, pero al ver cómo ella mudaba de expresión, agregó:- ¿... con tanta rapidez?

—Amistades -fue la escueta respuesta. Y a continuación:- ¿Quiere que vea qué información puede darnos Telecom de sus llamadas?

Brunetti asintió, convencido de que ella ya habría iniciado el proceso. La *signorina* Elettra sonrió y salió del despacho, mientras Brunetti fijaba nuevamente la atención en los papeles y los números. Eran francamente asombrosos. Recordó la impresión que le habían causado los Volpato: personas incultas, sin posición social ni dinero. Y, no obstante, esos papeles le decían que poseían una fortuna enorme. Aunque no tuvieran alquiladas más que la mitad de sus propiedades -y en Venecia la gente no se dedicaba a acumular apartamentos para dejarlos vacíos- debían de rentarles entre veinte y treinta millones de liras mensuales, lo que mucha gente ganaba en todo un año. Parte de esa fortuna la tenían a buen recaudo en cuatro bancos y una suma aún mayor estaba invertida en bonos del Estado. Brunetti no era un gran entendido en el funcionamiento de la Bolsa de Milán, pero sabía cuáles eran los títulos más seguros, y los Volpato tenían cientos de millones invertidos en ellos. Aquella pareja de desharrapados. Recordó las raídas asas del bolso de plástico de la mujer, y los remiendos en la piel del zapato izquierdo del hombre. ¿Era un camuflaje para protegerse de posibles envidiosos o era avaricia patológica? Y, en todo esto, ¿dónde

podía Brunetti hacer encajar el cuerpo destrozado de Franco Rossi, que había sido hallado mortalmente herido frente a un edificio propiedad de los Volpato?

OceanofPDF.com

Brunetti pasó la hora siguiente meditando sobre la codicia, vicio al que los venecianos siempre habían sido propensos. La Serenísima fue, desde el principio, una empresa comercial, y la adquisición de riqueza, uno de los más altos objetivos para cuyo logro podía prepararse un veneciano. A diferencia de aquellos derrochadores meridionales, romanos y florentinos, que hacían fortunas para dilapidarlas y gozaban arrojando a sus ríos vajillas de oro, para hacer ostentación de su riqueza, los venecianos pronto aprendieron a adquirir, conservar, guardar, amasar y acaparar. Y también aprendieron a mantener sus caudales bien escondidos. Por supuesto, los grandes *palazzi* que bordeaban el Canal Grande no sugerían fortunas ocultas sino todo lo contrario. Pero éstos eran los Mocenigo o los Barbaro, familias tan torrencialmente favorecidas por los dioses del lucro que cualquier intento de disimular su fortuna hubiera sido inútil.

Esta mentalidad se daba entre las familias de rango menor, como las de los prósperos comerciantes que construían *palazzi* más modestos en los canales secundarios, encima de sus almacenes, para poder vivir en contacto físico con sus bienes, como aves en tiempo de incubación. Allí se solazaban contemplando las especias y las telas traídas de Oriente, pero en secreto, sin que sus vecinos sospecharan qué había detrás de las rejas de sus embarcaderos.

Con el tiempo, esa tendencia a la acumulación de bienes se extendió entre la población. Se le daba muchos nombres -ahorro, economía, previsión-, el mismo Brunetti había sido educado en el respeto a esos conceptos. Ahora bien, en su forma más descarnada, tal actitud no era sino pura y simple avaricia, un mal que atacaba no sólo al que lo sufría sino a todos los que estaban en contacto con él.

Brunetti recordaba que, siendo un joven detective, un día de invierno, actuó de testigo en la apertura de la casa de una anciana que había muerto en el hospital, a consecuencia de una enfermedad agravada por la desnutrición y las afecciones causadas por el frío. Tres policías fueron a la dirección que figuraba en la tarjeta de identidad, hicieron saltar las varias cerraduras y entraron. Se encontraron en un apartamento de más de doscientos metros cuadrados, mísero y que olía

a gato, con las habitaciones llenas de cajas de periódicos viejos sobre las que se amontonaban bolsas de plástico repletas de trapos y ropa vieja. En una habitación no había más que sacos de botellas de vino y de leche y botellines de medicamentos. En otra descubrieron un armario florentino del siglo xv que fue tasado en ciento veinte millones de liras.

En pleno febrero, no había calefacción, y no porque no estuviera encendida sino porque no estaba instalada. Se encomendó a dos de los policías la tarea de buscar papeles que les permitieran localizar a los parientes de la anciana. En un cajón del dormitorio, Brunetti encontró un fajo de billetes de cincuenta mil liras atado con un cordel sucio, mientras su compañero, que registraba la sala, descubrió varias libretas de ahorros con un saldo de más de cincuenta millones de liras cada una.

En ese momento, Brunetti y sus compañeros salieron de la casa, la sellaron y avisaron a la Guardia di Finanza para que se hiciera cargo del caso. Brunetti supo después que la anciana, que había muerto sola y sin hacer testamento, había dejado más de cuatro mil millones de liras, y los había dejado no a sus parientes sino al Estado italiano.

El mejor amigo de Brunetti solía decir que le gustaría que la muerte se lo llevara en el momento en que él pusiera su última lira en el mostrador de un bar diciendo: «*Prosecco* para todos.» Y así sucedió, poco más o menos. El destino le dio cuarenta años menos de vida que a la anciana, pero Brunetti sabía que su amigo había tenido una vida mejor y también una muerte mejor.

Brunetti ahuyentó esos recuerdos, sacó del cajón la lista de turnos y vio con satisfacción que aquella semana Vianello tenía turno de noche. El sargento estaba en su casa, pintando la cocina, y se alegró de que Brunetti le pidiera que estuviera en el Ufficio Catasto a las once del día siguiente.

Brunetti, al igual que casi todos los ciudadanos del país, no tenía amigos en la Guardia di Finanza, ni los deseaba. Pero necesitaba acceso a la información que Finanza pudiera tener sobre los Volpato, ya que sólo esa autoridad, que se dedicaba a hurgar en los más íntimos secretos fiscales de los ciudadanos, sabría qué parte del enorme patrimonio de los Volpato estaba declarada y sujeta a tributación. En lugar de entretenerse en solicitar la información por el proceso

burocrático correcto, marcó el número de la *signorina* Elettra y le preguntó si podía acceder a los archivos.

—Ah, la Guardia di Finanza -suspiró ella sin disimular el gozo que le producía la pregunta-. Cómo deseaba que alguien me pidiera que entrase ahí.

—¿No entraría por su cuenta, *signorina*? -preguntó él.

—No, señor -respondió ella, sorprendida de que él creyera necesario preguntar tal cosa-. Sería caza furtiva.

—¿Y si se lo pido yo?

—Eso es caza mayor, comisario -respondió ella, y colgó.

Brunetti llamó entonces al laboratorio y preguntó cuándo le enviarían el informe del edificio frente al que había sido hallado Rossi. Al cabo de unos minutos, le dijeron que el equipo había ido al lugar pero, al ver que había obreros trabajando en el edificio, los técnicos habían desistido de entrar, pensando que estaría demasiado contaminado para poder recoger datos fiables, y habían regresado a la *questura*.

Él iba a dejarlo así. Un fallo más, consecuencia de la desidia y la falta de iniciativa, cuando se le ocurrió preguntar:

—¿Cuántos obreros había?

Le dijeron que esperase un momento y, al poco rato, uno de los técnicos del equipo se puso al teléfono.

—¿Sí, comisario?

—Cuando fueron a ese edificio, ¿cuántos obreros había?

—Vi a dos, en el tercer piso.

—¿Había hombres en los andamios?

—No vi a ninguno.

—¿Sólo esos dos?

—Sí, señor.

—¿Dónde estaban?

—En una ventana.

—¿Ya estaban allí cuando ustedes llegaron?

El hombre tuvo que reflexionar un momento antes de responder:

—Se asomaron cuando nosotros golpeamos la puerta.

—Haga el favor de explicarme qué ocurrió exactamente -dijo Brunetti.

–Primero probamos la cerradura y luego golpeamos la puerta. Entonces uno de ellos se asomó a la ventana y preguntó qué queríamos. Pedone les dijo quiénes éramos y por qué estábamos allí, y aquel tipo dijo que ya hacía dos días que trabajaban en el edificio, que habían estado llevando cosas de un lado al otro, que estaba todo muy sucio y revuelto y que nada seguía en el mismo sitio que días atrás. Entonces se asomó el otro hombre. No dijo nada, pero estaba cubierto de polvo, de modo que era evidente que estaban trabajando.

Hubo un largo silencio. Al fin Brunetti preguntó:

–¿Y qué más?

–Entonces Pedone preguntó cómo estaban las ventanas, o sea, delante de las ventanas, porque ahí es donde hubiéramos tenido que mirar, ¿verdad, comisario?

–Sí.

–El hombre explicó que habían estado todo el día metiendo sacos de cemento por las ventanas, y entonces Pedone dijo que sería perder el tiempo.

Brunetti dejó que se hiciera otro silencio y preguntó:

–¿Cómo iban vestidos?

–¿Cómo?

–¿Cómo vestían? ¿Ropa de trabajo?

–No lo sé, comisario. Estaban en la ventana del tercer piso y nosotros, desde la calle, no podíamos verles más que la cabeza y los hombros. – Calló un momento-. El que habló con nosotros quizá llevara chaqueta.

–Entonces, ¿por qué pensaron que era un trabajador?

–Porque lo dijo él, comisario. Además, ¿qué iban a estar haciendo, si no, en el edificio?

Brunetti tenía una clara idea de lo que podían hacer aquellos hombres en el edificio, pero nada hubiera adelantado diciéndolo. Abrió la boca para pedir al hombre que él y su compañero volvieran al edificio e hicieran un examen a fondo, pero desistió. Se limitó a dar las gracias por la información y colgó.

Hacía una década, semejante conversación hubiera provocado en Brunetti una llamarada de indignación, pero ahora no hizo más que consolidar el triste concepto que tenía de sus colegas en general. En sus

momentos de pesimismo, se preguntaba si la mayoría de ellos no estarían a sueldo de la mafia, pero sabía que ese incidente no era más que otro ejemplo de una endémica incompetencia y falta de interés. O quizá la manifestación de lo que sentía él mismo: la impresión de que toda tentativa para prevenir, impedir o castigar el crimen estaba condenada al fracaso.

En lugar de permanecer allí, en su Dunkerque particular, guardó bajo llave en el cajón los papeles de los Volpato y salió del despacho. El día trataba de atraerlo con todas sus artes de seducción: los pájaros cantaban alegremente, la wistaria le enviaba sus dulces efluvios desde el otro lado del canal y un gato extraviado se restregó contra su pantorrilla. Brunetti se agachó y rascó al animal detrás de las orejas, mientras decidía qué hacer.

En la *riva* subió al *vaporetto* que iba en dirección a la estación y se bajó en San Basilio, desde donde retrocedió hacia Angelo Raffaele y la estrecha calle a la que había caído Rossi. Desde la esquina, miró el edificio, pero no vio señales de actividad. No había trabajadores en los andamios y todas las persianas estaban cerradas. Fue hasta el edificio y miró atentamente la cerradura de la puerta. El candado y la cadena seguían en su sitio, pero los tornillos que sujetaban la placa de metal al marco de la puerta estaban flojos y todo el conjunto podía sacarse fácilmente. Así lo hizo él, y la puerta giró lentamente sobre los goznes.

Una vez dentro, probó de volver a poner la placa en su sitio y descubrió que, en efecto, la cadena era lo bastante larga para pasar la mano y meter los tornillos. Hecho esto, cerró la puerta. Desde fuera, la casa parecía estar bien cerrada.

Brunetti dio media vuelta y se encontró en un corredor. Al fondo había una escalera, y fue rápidamente hacia ella. Era de piedra y le permitió subir silenciosamente hasta el tercer piso.

Al llegar arriba, se paró un momento para orientarse, confuso después de tantos recodos. La luz llegaba de su izquierda, y hacia allí se dirigió, suponiendo que sería la parte delantera de la casa.

De lo alto le llegó un sonido, leve y sordo, pero perceptible. Se quedó quieto, preguntándose dónde habría dejado la pistola: en casa, dentro de la caja metálica, en su casilla del centro de tiro o en el bolsillo de la chaqueta que estaba colgada en el armario del despacho. Era inútil

pensar dónde podía estar, cuando sabía a ciencia cierta dónde no estaba.

Esperó, respirando por la boca. Percibía claramente una presencia en el piso de arriba. Pasando por encima de una botella de plástico vacía, cruzó una puerta que había a su derecha y se paró. Miró el reloj. Las seis y veinte. Fuera no tardaría en oscurecer y dentro ya estaba oscuro, salvo por la tenue claridad que llegaba de la parte delantera del edificio.

Brunetti esperaba; él sabía esperar. Cuando volvió a mirar el reloj, eran las seis y treinta y cinco. Otra vez oyó el sonido, ahora más cerca y más claro. Un rato, y aquel leve sonido se repitió, ahora descendía por la escalera hacia él y era el ruido inconfundible de una pisada en los peldaños de madera que bajaban de la buhardilla.

Siguió esperando. A la poca luz que hasta allí llegaba, la escalera era un ámbito nebuloso en el que Brunetti sólo percibía un vacío. Dirigió la mirada hacia la izquierda del sonido y divisó la sombra gris de una figura que bajaba. Cerró los ojos y respiró más despacio. Al siguiente sonido, que parecía llegar del rellano situado frente a él, abrió los ojos, vio una forma indistinta y se adelantó bruscamente, gritando con toda la fuerza de que era capaz:

—¡Alto! ¡Policía!

Se oyó un aullido de puro terror animal, y lo que fuera cayó al suelo, a los pies de Brunetti, con un gáñido agudo y sostenido que le erizó el vello de la nuca.

El comisario se abalanzó hacia la parte delantera de la casa, tiró de los batientes de la ventana y empujó las persianas, para que entrase la luz del atardecer. Deslumbrado, volvió a la puerta de la escalera, de donde seguía llegando aquel quejido que ahora, ya más suave, podía identificarse como humano.

Nada más verlo, encogido en el suelo, con la cabeza entre los hombros y los brazos alrededor del cuerpo, para protegerse de los seguros golpes y puntapiés, Brunetti lo reconoció. Era uno del trío de drogadictos de poco más de veinte años que solían andar por *campo San Bartolo* de bar en bar, cada vez más apartados de la realidad, según iban pasando los días y los años. Éste era Gino Zecchino, el más alto de los tres, arrestado con frecuencia por tráfico de drogas, agresión

o amenazas a turistas. Hacía casi un año que Brunetti no lo veía y lo asustó su deterioro físico. Le faltaban los dientes de delante, tenía el pelo largo y grasiento, las mejillas hundidas, la mandíbula afilada y aspecto de no haber comido en varios días. Era de Treviso, no tenía parientes en la ciudad y vivía con sus dos amigos en un apartamento situado detrás de *campo* San Polo que la policía conocía bien.

–Esta vez la has hecho buena, Gino -gritó Brunetti-. Arriba, levántate.

Zecchino oyó su nombre pero no reconoció la voz. Dejó de gemir y volvió la cara hacia el sonido sin levantarse del suelo.

–¡Arriba he dicho! – gritó Brunetti en veneciano, poniendo en su voz toda la cólera de que era capaz. Incluso con la poca luz, vio las marcas que Zecchino se había hecho en el dorso de las manos buscándose las venas-. Levántate antes de que te haga rodar por la escalera a puntapiés. – Brunetti utilizaba el lenguaje que durante toda su vida había oído en los bares y en los calabozos de la policía, útil para hacer que la adrenalina del miedo siguiera descargándose en las venas de Zecchino.

El joven se volvió boca arriba y, sin dejar de protegerse el cuerpo con los brazos, hizo girar la cabeza hacia la voz, con los ojos cerrados.

–¡Mírame a la cara cuando te hablo! – ordenó Brunetti.

Zecchino se arrastró hasta la pared y con los ojos entornados miró a Brunetti, que se inclinaba sobre él en la penumbra. Con un único y fluido movimiento, Brunetti agarró al chico por la chaqueta y lo levantó, sorprendido por el poco esfuerzo que había tenido que hacer.

Cuando reconoció a Brunetti, Zecchino abrió mucho los ojos aterrorizado y se puso a gritar:

–Yo no vi nada. Yo no vi nada.

Brunetti tiró de él bruscamente gritándole a la cara:

–¿Qué pasó?

Las palabras salían de la boca de Zecchino atropelladamente, bombeadas por el miedo.

–Oí voces abajo. Discutían. Estaban dentro. Se pararon un momento y volvieron a gritar, pero no podía verlos. Yo estaba ahí arriba -dijo agitando una mano hacia la escalera de la buhardilla.

–¿Qué pasó?

–No lo sé. Les oí subir y les oí gritar. Pero entonces mi chica me dio más mierda y no sé qué pasó después. – Levantó la mirada hacia Brunetti, para ver hasta dónde le había creído.

–Quiero más, Zecchino -dijo Brunetti acercando la cara a la de Zecchino y sintiendo el hedor del aliento que hablaba de dientes podridos y años de mala comida-. Quiero saber quiénes eran.

Zecchino fue a hablar, pero se detuvo y miró al suelo. Cuando volvió a levantar la mirada hacia Brunetti, el miedo había desaparecido de sus ojos que ahora tenían otra expresión. Un secreto cálculo había puesto en ellos una astucia primitiva.

–Cuando me marché, él estaba fuera, en el suelo -dijo al fin.

–¿Se movía?

–Sí. Se arrastraba por el suelo. Pero no tenía... -empezó a decir Zecchino, pero aquella nueva astucia lo hizo callar.

Había dicho bastante.

–¿No tenía qué? – inquirió Brunetti. Como Zecchino no respondía, lo sacudió otra vez, y Zecchino soltó un sollozo ronco y breve. Empezó a caerle moquita de la nariz en la manga de Brunetti. El comisario lo soltó y Zecchino cayó contra la pared.

–¿Quién estaba contigo?

–Mi chica.

–¿Que hacíais aquí?

–Follar -dijo Zecchino-. Siempre venimos aquí. – La idea hizo sentir a Brunetti una viva repugnancia.

–¿Quiénes eran esos hombres? – preguntó Brunetti dando medio paso hacia él.

El instinto de supervivencia había vencido al pánico de Zecchino, y la ventaja de Brunetti había desaparecido, se había esfumado con la misma celeridad que una alucinación. Mirando a aquella ruina, pocos años mayor que su propio hijo, Brunetti comprendió que ya no había ni la menor posibilidad de sacarle la verdad a Zecchino. Se le hacía insoportable la idea de respirar el mismo aire o permanecer en la misma habitación que aquel individuo, pero se obligó a sí mismo a volver a la ventana. Se asomó y miró la calle a la que Rossi había sido arrojado y por la que había tratado de arrastrarse. Frente a la ventana había un semicírculo de unos dos metros completamente limpio, como

si lo hubieran barrido. Ni allí ni en el resto de la habitación había sacos de cemento. Habían desaparecido sin dejar huella, lo mismo que los supuestos trabajadores que habían sido vistos en la ventana.

OceanofPDF.com

Tras dejar a Zecchino delante del portal, Brunetti se encaminó a su casa, sin encontrar consuelo en el aire tibio del anochecer de primavera ni en el largo paseo que se permitió por la orilla. Esta ruta lo obligaba a dar un gran rodeo, pero él necesitaba contemplar grandes vistas, oler el mar y reconfortarse con un vaso de vino en un pequeño bar que conocía, situado cerca de la Accademia, para alejar el recuerdo de Zecchino y, sobre todo, de aquel gesto artero y zafio que había visto en él al final. Pensó en lo que le había dicho Paola, que era una suerte que no le hubieran gustado las drogas, porque temía lo que hubiera podido pasar. Él no tenía una mentalidad tan abierta y nunca las probó, ni cuando era estudiante y a su alrededor todos fumaban unas cosas y otras, y le aseguraban que eran el medio ideal para liberar la mente de los asfixiantes prejuicios de la clase media. Poco se imaginaban cómo deseaba él en aquel entonces poder tener prejuicios -o cualquier otra cosa- de clase media.

El recuerdo de Zecchino continuamente lo distraía de sus pensamientos. Al pie del puente de la Academia dudó un momento y decidió pasar por *campo* San Luca. Empezó a cruzar el puente mirando al suelo y observó que muchas piezas blancas del borde de los peldaños estaban rotas o habían sido arrancadas. ¿Cuánto hacía que habían reconstruido el puente? ¿Tres años? ¿Dos? Y ya había que reparar muchos de los peldaños. Sus pensamientos se desviaron del criterio con que debió de adjudicarse el contrato de aquella obra para volver a lo que Zecchino le había dicho antes de empezar a mentir. Una disputa. Rossi, herido y tratando de escapar. Y una muchacha, dispuesta a subir al cubil de Zecchino en aquella buhardilla, en busca de lo que fuera que le deparara la combinación de drogas y Gino Zecchino.

A la vista del monumental horror de la Cassa di Risparmio, Brunetti torció a la izquierda por delante de la librería y salió a *campo* San Luca. Entró en el bar «Torino» y pidió un *spritz*, que se llevó a la ventana, desde donde contempló a la gente que aún quedaba en el *campo*.

No vio a la *signora* Volpato ni a su marido. Terminó el trago, puso la copa en el mostrador y dio unos billetes al barman.

–No veo a la *signora* Volpato -dijo con indiferencia, moviendo la cabeza hacia el *campo*.

Al entregarle el recibo y el cambio, el hombre respondió.

–No, señor. Suelen venir por la mañana. Después de las diez.

–Tengo que hablar con ella -dijo Brunetti con voz nerviosa pero sonriendo tímidamente al barman, como buscando comprensión para la humana debilidad.

–Lo siento -dijo el hombre, volviéndose hacia otro cliente.

Al salir, Brunetti torció a la izquierda, luego otra vez a la izquierda y entró en una farmacia que cerraba en aquel momento.

–*Ciao*, Guido -dijo su amigo Danilo, el farmacéutico, haciendo girar la llave-. Deja que termine y nos vamos a tomar una copa, – Rápidamente, con la soltura que da la práctica, el barbudo Danilo vació la caja, contó el dinero y lo llevó a la trastienda, donde Brunetti lo oyó moverse de un lado al otro. A los pocos minutos, salió vestido de calle, con chaqueta de cuero.

Brunetti sintió la mirada escrutadora de unos ojos castaños y afables, y vio el esbozo de una sonrisa.

–Parece que buscas información -dijo Danilo.

–¿Tanto se nota?

El farmacéutico se encogió de hombros.

–Cuando vienes a comprar medicamentos estás preocupado; cuando vienes a buscarme para ir a tomar una copa estás relajado, pero cuando vienes en busca de información estás así. – Danilo juntó las cejas y miró fijamente a Brunetti con ojos de loco.

–*Va là* -dijo Brunetti, sonriendo a pesar suyo.

–¿De qué se trata? – preguntó Danilo-. ¿O de quién se trata?

Brunetti no hizo ademán de ir hacia la puerta, ya que le parecía preferible mantener esa conversación dentro de la farmacia cerrada que en alguno de los tres bares del *campo*.

–Angelina y Massimo Volpato.

–*Madre di Dio* -exclamó Danilo-. Vale más que dejes que yo te dé el dinero. Ven -dijo agarrando del brazo a Brunetti y tirando de él hacia la trastienda-. Abriré la caja fuerte y diré que el ladrón llevaba pasamontañas. Te lo prometo. – Brunetti creyó que era una broma hasta que Danilo prosiguió-: No estarás pensando en recurrir a esa

gente, ¿verdad, Guido? En serio, tengo dinero en el banco, puedes disponer de él y seguro que Mauro podrá darte más -dijo incluyendo a su jefe en el ofrecimiento.

—No, no -dijo Brunetti poniendo la mano en el antebrazo de su amigo, en gesto apaciguador-. Sólo necesito información sobre ellos.

—¿No me digas que por fin han cometido un error y alguien los ha denunciado? — preguntó Danilo empezando a sonreír-. Ah, qué gusto.

—¿Tan bien los conoces?

—Hace años que los conozco -casi escupió Danilo con repugnancia-. Sobre todo, a ella. Viene una vez por semana, con sus estampitas y su rosario en la mano. — Encorvó la espalda, juntó las manos bajo la barba, ladeó la cabeza y miró a Brunetti con los labios fruncidos en una sonrisa prieta. Pasando de su habitual dialecto trentino al más puro veneciano y atiplando la voz, dijo-: Oh, *dottor* Danilo, no sabe usted todo el bien que he hecho yo a la gente de esta ciudad. No sabe usted la de personas que deberían estarme agradecidas y rezar por mí. No, no tiene usted idea. — Aunque Brunetti nunca había oído hablar a la *signora* Volpato, percibía en la cruda parodia de su amigo el acento de todos los hipócritas que había conocido en su vida.

Bruscamente, Danilo irguió el cuerpo y la vieja desapareció.

—¿Cómo actúa? — preguntó Brunetti.

—La gente la conoce. Y también a él. Uno u otro está siempre en el *campo*, por la mañana. La gente sabe dónde encontrarlos.

—¿Cómo lo sabe?

—¿Cómo se saben las cosas? — preguntó Danilo a modo de respuesta-. Corre la voz. Gente que necesita dinero para pagar los impuestos, o que juega, o que no puede hacer frente a los gastos de la empresa hasta fin de mes. Firman un pagaré que vence al cabo de un mes y entonces, invariablemente, el interés se suma al capital y la gente tiene que pedir otro préstamo para pagar el primero. Los jugadores nunca ganan ni los empresarios salen de apuros.

—Lo más asombroso es que todo eso sea legal -dijo Brunetti.

—Nada más legal, si hay un documento firmado por ambas partes ante notario.

—¿Y qué notarios son éstos?

Danilo dio tres nombres, personas respetables, con despachos importantes. Uno trabajaba para el suegro de Brunetti.

–¿Los tres? – preguntó Brunetti con extrañeza.

–¿Imaginas que los Volpato declaran lo que les pagan? ¿Imaginas que ellos pagan impuestos sobre lo que ganan con los Volpato?

No sorprendía a Brunetti que hubiera notarios que se rebajaran a intervenir en operaciones tan sórdidas; lo que le parecía asombroso eran los nombres de los tres hombres involucrados, uno de los cuales era miembro de la Orden de Malta y otro, ex concejal de la ciudad.

–Vamos a tomar una copa -dijo Danilo-. Mientras tanto, me cuentas por qué te interesa eso. – Al ver la expresión de Brunetti, rectificó:- O no me lo cuentas.

Al otro lado de la calle, en Rosa Salva, Brunetti le dijo únicamente que estaba interesado en los prestamistas de la ciudad y su borrosa trayectoria entre lo legal y lo criminal. Entre la clientela de Danilo había muchas ancianas, la mayoría de las cuales estaban enamoradas de él y lo hacían depositario de los chismes del barrio. Danilo, afable y paciente, siempre dispuesto a escucharlas, había llegado a acumular un inmenso caudal de rumores y habladurías, lo que hacía de él una valiosa fuente de información para Brunetti. Ahora mencionó a varios de los más famosos prestamistas, hizo su descripción y calculó el patrimonio que habrían acumulado.

Consciente tanto del taciturno humor como de la discreción profesional de Brunetti e intuyendo que su amigo no le haría más preguntas, Danilo fue desgranando historias, hasta que, con una rápida mirada al reloj, dijo:

–Tengo que irme. Cenamos a las ocho.

Salieron del bar y fueron hasta Rialto paseando y charlando de cosas intrascendentes. En el puente se despidieron y cada uno, rápidamente, tomó el camino de su casa.

Desde hacía días, Brunetti daba vueltas a las varias informaciones que había ido recopilando, tratando de configurar un esquema coherente. Los del Ufficio Catasto sabían quién tendría que hacer restauraciones o pagar multas por obras ilegales hechas en el pasado. También conocerían el importe de las multas. Incluso podían haber influido en fijar la cuantía. Lo único que tenían que hacer entonces era

enterarse de la posición económica de los propietarios, y no era difícil averiguar esas cosas. Sin duda, pensaba Brunetti, la *signorina* Elettra no era el único genio informático de la ciudad.

Y a quien adujera que no disponía de dinero suficiente para pagar la multa, le sugerirían que hablara con los Volpato.

Había llegado el momento de hacer una visita al Ufficio.

Cuando, a la mañana siguiente, Brunetti llegó a la *questura*, poco después de las ocho y media, el agente de la entrada le dijo que hacía un rato una joven había preguntado por él. No, no había explicado qué quería y, cuando el agente le dijo que el comisario Brunetti aún no había llegado, ella respondió que iría a tomar un café y que ya volvería. Brunetti pidió al joven que, cuando volviera, la acompañara inmediatamente a su despacho.

Brunetti había leído ya la primera sección del *Gazzettino* y estaba pensando en salir a tomar un café cuando en la puerta del despacho apareció el agente, que dijo que la joven había vuelto. Él se hizo a un lado y entró una muchacha, poco más que una adolescente. Brunetti dio las gracias al agente y le dijo que podía volver a sus obligaciones. El agente saludó y se fue cerrando la puerta. Brunetti hizo un ademán a la muchacha, que se había parado pegada a la puerta, como si temiera las consecuencias que pudiera acarrearle dar un paso más por aquel despacho.

—Pase, *signorina*, y siéntese, por favor.

Dejándola en libertad de decidir, él dio la vuelta a su mesa, muy despacio, y se sentó en su sillón.

La muchacha cruzó el despacho andando despacio y se sentó en el borde de la silla, con las manos en el regazo. Brunetti le lanzó una mirada rápida y, a fin de darle tiempo de relajarse, se inclinó sobre la mesa y cambió de sitio un papel.

Cuando volvió a mirarla, le sonrió con la que él consideraba una sonrisa de bienvenida. Ella tenía el pelo castaño oscuro y lo llevaba corto como un muchacho. Vestía vaqueros y jersey azul claro. Sus ojos, oscuros como el pelo, estaban rodeados de unas pestañas tan espesas que, en un primer momento, él pensó que eran postizas, hasta que, al ver su cara limpia de maquillaje, desechó la idea. Era bonita como lo son la mayoría de las chicas: facciones delicadas, cutis suave, boca

pequeña. Si la hubiera visto tomando café en un bar, no se hubiera fijado en ella, pero ahora, al tenerla delante, en su despacho, Brunetti no pudo por menos de sentirse afortunado de vivir en un país en el que abundaban las chicas bonitas y no escaseaban las grandes bellezas.

Ella carraspeó una vez, dos, y dijo:

–Soy la amiga de Marco. – Tenía una voz deliciosa, de timbre grave y sensual, el sonido que podría salir de la garganta de la mujer que ha tenido una vida larga y placentera.

Brunetti, cansado de esperar que ella se explicara, preguntó:

–¿Por qué ha venido a verme, *signorina*?

–Porque quiero ayudarle a encontrar a los que lo mataron.

Brunetti mantuvo el gesto impasible mientras procesaba el dato de que ésa debía de ser la muchacha que llamaba a Marco desde Venecia.

–¿Entonces era usted el otro conejito? – preguntó afablemente.

La pregunta la sorprendió. Maquinalmente, ella juntó los puños sobre el pecho y frunció los labios, en una actitud que, realmente, recordaba la de un conejo.

–¿Cómo sabe eso? – preguntó.

–Vi los dibujos -explicó Brunetti-. Y me impresionaron tanto por la habilidad como por el afecto con que estaban trazados los conejos.

La muchacha inclinó la cabeza y él creyó que lloraba, pero enseguida levantó la mirada y Brunetti vio que no era así.

–Cuando era pequeña, yo tenía un conejito. Un día se lo dije a Marco, y él me contó lo mucho que le hacía sufrir que su padre les disparara y los envenenara en la granja. – Aquí se interrumpió y dijo:- En el campo los conejos son una plaga. Eso decía el padre.

–Ya -dijo Brunetti, y quedó a la espera de que ella continuara.

La muchacha callaba y al fin dijo, como si no hubieran mencionado a los conejos:

–Sé quiénes son. – Sus manos se torturaban en el regazo, pero la voz seguía tranquila, casi acariciadora. A Brunetti se le ocurrió que la muchacha ignoraba el poder y la belleza de su voz. Movi6 la cabeza de arriba abajo para animarla a continuar-. Bueno, sé el nombre de uno, el que se la vendía a Marco. No sé el de los que se la vendían a él, pero estoy segura de que él se lo dirá, si le meten miedo.

–Nosotros no nos dedicamos a meter miedo a la gente -sonrió Brunetti, pensando que ojalá fuera verdad.

–Quiero decir si hacen que se asuste lo suficiente para que venga a decirles todo lo que sabe. Vendría si pensara que ustedes conocen su identidad y van a detenerlo.

–Si me da usted su nombre, *signorina*, lo traeremos para interrogarlo.

–¿Y no sería mejor que viniera él voluntariamente a decírselo?

–Sí, desde luego...

–Yo no tengo pruebas -lo interrumpió ella-. No podría declarar que lo vi vender droga a Marco ni que Marco me dijera que se la había vendido. – Se revolvió, inquieta, y juntó las manos en el regazo-. Pero sé que vendría si no tuviera elección, y eso lo ayudaría, ¿verdad?

El objeto de tanta preocupación tenía que ser alguien de la familia.

–Me parece que no me ha dicho cómo se llama usted, *signorina*.

–No quiero dar mi nombre -respondió ella, ahora sin dulzura en la voz.

Brunetti abrió las manos en señal de la libertad que le otorgaba.

–Está en su derecho, *signorina*. En tal caso, lo único que puedo proponer es que diga usted a esa persona que venga.

–A mí no me hará caso. Nunca me lo ha hecho -dijo ella categóricamente.

Brunetti pasó revista a las posibilidades. Se miraba atentamente la alianza, que estaba más delgada que la última vez que la había contemplado, gastada por los años. Levantó la cabeza y miró a la muchacha.

–¿Él lee el periódico?

Ella, sorprendida, respondió de inmediato:

–Sí.

–¿El *Gazzettino*?

–Sí.

–¿Podría hacer que lo leyera mañana?

Ella asintió.

–Bien. Espero que eso baste para hacerlo venir. ¿Lo animará usted a hacerlo?

Ella bajó la mirada al oír eso y otra vez a él le pareció que iba a echarse a llorar, pero sólo dijo:

–Estoy intentándolo desde que murió Marco. – Le falló la voz y volvió a apretar los puños. Movi6 la cabeza negativamente-. Tiene miedo. – Otra pausa larga-. Yo no puedo hacer nada. Mis pa... -se interrumpió, dejando la palabra sin terminar y confirmando lo que él ya sospechaba. Echó el cuerpo hacia adelante y él vio que, entregado el mensaje, se disponía a escapar.

Brunetti se puso en pie y, lentamente, dio la vuelta a la mesa. Ella se levantó y se volvió hacia la puerta.

Brunetti la abrió. Le dio las gracias por haber ido a verlo. Cuando ella empezaba a bajar la escalera, él cerró la puerta, corrió al teléfono y marcó el número del agente de la entrada. Reconoció la voz del joven que había subido con la muchacha.

–Masi, no diga nada. Cuando baje esa muchacha, llévela a su despacho y entreténgala. Dígle que tiene que anotar en el registro la hora de salida, lo que se le ocurra, pero reténgala un par de minutos. Luego déjela marchar.

Sin darle oportunidad de responder, Brunetti colgó el teléfono y fue al gran armario que estaba al lado de la puerta. Lo abrió tan bruscamente que la madera golpeó la pared. Arrancó de la percha la vieja americana de *tweed* que estaba allí colgada desde hacía más de un año y, con ella en la mano, abrió la puerta del despacho, miró hacia la escalera y, saltando peldaños de dos en dos, bajó a la oficina de los agentes.

Entró en la oficina jadeando y vio con alivio que Pucetti estaba en su sitio.

–Pucetti -dijo-, levántese y quítese la chaqueta.

Al instante, el joven estaba de pie y tenía la chaqueta encima de la mesa. Brunetti le dio la americana de lana.

–En la entrada hay una muchacha. Masi la retiene unos minutos en su despacho. Cuando salga, quiero que la siga. Sígala todo el día si es necesario, pero quiero saber adonde va y quién es.

Pucetti ya iba hacia la puerta. Como la americana le estaba grande, dobló los puños y se subió las mangas. Mientras caminaba, se arrancó la corbata y la arrojó en dirección a la mesa. Cuando salió de la oficina,

sin haber pedido a Brunetti explicación alguna, era un joven vestido despreocupadamente que se había puesto camisa blanca y pantalón azul marino y, para suavizar el corte militar del pantalón, llevaba una holgada americana de *tweed* Harris con las mangas subidas con elegante descuido.

Brunetti volvió a su despacho, marcó el número de la redacción de *Il Gazzettino* y se identificó. La información que les dio era la de que la policía, en el curso de la investigación de la muerte de un estudiante por sobredosis, había descubierto la identidad del joven sospechoso de haberle vendido la droga que le había causado la muerte. Su arresto era inminente, y se confiaba en que a éste siguiera el de otras personas involucradas en el tráfico de drogas en la zona del Veneto. Brunetti colgó el teléfono confiando en que esto bastara para obligar al pariente de la muchacha, quienquiera que fuera, a hacer acopio de valor y presentarse en la *questura*, y que del estúpido desperdicio de la vida de Marco Landi saliera por lo menos algo positivo.

Brunetti y Vianello se presentaron en el Ufficio Catasto a las once. Brunetti dio su nombre y rango a la recepcionista de la planta baja, que le dijo que el despacho del *ingegnere* Dal Carlo estaba en el segundo piso y que ahora mismo lo avisaba de que el comisario Brunetti subía a verlo. Brunetti, seguido de un uniformado y silencioso Vianello, se dirigió al segundo piso, sorprendido de la cantidad de gente, hombres la mayoría, que subían y bajaban la escalera y en cada piso se agolpaban frente a las puertas de los despachos, con brazadas de planos y gruesas carpetas.

El despacho del *ingegnere* Dal Carlo era el último de mano izquierda. La puerta estaba abierta, por lo que entraron directamente. Una mujer pequeña, que parecía lo bastante mayor para ser la madre de Vianello, sentada ante una mesa, de cara a ellos, frente a la enorme pantalla de un ordenador, los miró por encima de unas gruesas gafas de media luna. Tenía el pelo veteado de gris y lo llevaba recogido en un prieto moño que hizo pensar a Brunetti en la *signora* Landi. Sus hombros, estrechos y encorvados, sugerían una incipiente osteoporosis. No usaba maquillaje, como si hiciera tiempo que había desesperado de su posible utilidad.

—¿El comisario Brunetti? — preguntó la mujer sin levantarse.

–Sí. Deseo hablar con el *ingeniére* Dal Carlo.

–¿Puedo preguntar el motivo de su visita? – preguntó ella en preciso italiano.

–Necesito información sobre un ex empleado.

–¿Ex empleado?

–Sí. Franco Rossi.

–Ah, sí -dijo ella llevándose la mano a la frente, para protegerse los ojos. Bajó la mano, se quitó las gafas y levantó la mirada-. Pobre muchacho. Había trabajado aquí varios años. Fue terrible. Nunca había ocurrido nada parecido. – La mujer se volvió hacia un crucifijo que tenía en la pared, moviendo los labios en una oración por el joven difunto.

–¿Conocía usted al *signor* Rossi? – preguntó Brunetti, y agregó, como si no hubiera captado su apellido-: *Signora...*

–Dolfin, *signorina* -respondió ella escuetamente e hizo una pausa, como para ver si él reaccionaba al oír el nombre-. Tenía el despacho al otro lado del pasillo -agregó-. Era un joven muy correcto, siempre muy respetuoso con el *dottor* Dal Carlo. – Por su manera de decirlo, parecía que la *signorina* Dolfin no podía hacer mayor elogio.

–Comprendo -dijo Brunetti, cansado de las alabanzas gratuitas que la gente se cree obligada a hacer de los muertos-. ¿Podría hablar con el *ingeniére*?

–Naturalmente -dijo ella poniéndose en pie-. Tiene usted que disculparme por hablar tanto. Es sólo que, frente a una muerte tan trágica, se siente una muy poca cosa.

Brunetti movió la cabeza de arriba abajo. Era la forma más eficaz que conocía para responder a los lugares comunes.

Ella los precedió en los pocos pasos que mediaban entre su mesa y la puerta del despacho interior. Levantó la mano, dio dos golpes, esperó y agregó otro golpe, más suave, como si, con los años, hubiera establecido un código que indicara al ocupante del despacho la clase de visita que tenía. Cuando dentro sonó una voz de hombre que decía «*Avanti*» Brunetti vio cómo a la mujer se le iluminaban los ojos y doblaban hacia arriba las comisuras de los labios.

Ella abrió la puerta, entró y se hizo a un lado, para dejar paso a los dos hombres y dijo:

–El comisario Brunetti, *dottore*.

Al cruzar el umbral, Brunetti miraba al interior y vio detrás del escritorio a un hombre corpulento, de cabello oscuro, pero cuando la *signorina* Dolfin empezó a hablar se volvió hacia ella, intrigado por su cambio de actitud y hasta de tono de voz, mucho más cálido y modulado que cuando se había dirigido a él.

–Gracias, *signorina* -dijo Dal Carlo casi sin mirarla-. Nada más.

–Con su permiso -dijo ella y, muy lentamente, dio media vuelta, salió del despacho y cerró la puerta con suavidad.

Dal Carlo se levantó sonriendo. Debía de frisar los sesenta, pero tenía la piel tersa y el porte erguido de un hombre más joven. Su sonrisa mostraba unos dientes con fundas más grandes de lo necesario, al estilo italiano.

–Encantado de conocerlo, comisario -dijo tendiendo la mano a Brunetti y dándole un apretón firme y masculino. Dal Carlo saludó entonces a Vianello con un movimiento de la cabeza y los llevó a unos sillones situados en un ángulo del despacho-. ¿En qué puedo servirlo?

Mientras se sentaba, Brunetti dijo:

–Deseo hacerle unas preguntas sobre Franco Rossi.

–Ah, sí -dijo Dal Carlo meneando la cabeza varias veces-. Qué horror, qué tragedia. Una excelente persona. Y muy competente. Hubiera hecho carrera. – Suspirando repitió:- Una tragedia, una tragedia.

–¿Cuánto tiempo hacía que trabajaba aquí, *ingeniére*? -preguntó Brunetti. Vianello sacó del bolsillo una libretita, la abrió y empezó a tomar notas.

–Déjeme pensar -empezó Dal Carlo-. Unos cinco años, diría yo. Podemos preguntar a la *signorina* Dolfin. Ella nos lo dirá con exactitud.

–No. Es suficiente, *dottore* -dijo Brunetti agitando una mano-. ¿Cuáles eran concretamente las funciones del *signar* Rossi?

Dal Carlo se asió la barbilla con gesto pensativo y miró al suelo. Transcurrido un tiempo prudencial, dijo:

–Tenía que revisar los planos para comprobar que concordaban con las obras realizadas.

–¿Y cómo lo hacía, *dottore*?

–Estudiaba los planos aquí, en la oficina y después inspeccionaba la obra, para ver si los trabajos se habían hecho debidamente.

–¿Debidamente? – preguntó Brunetti, con la ignorancia del profano en la materia.

–De acuerdo con lo indicado en los planos.

–¿Y si no era así?

–El *signor* Rossi informaba de las diferencias y nuestra oficina iniciaba los trámites.

–¿Qué trámites?

Dal Carlo miró a Brunetti y pareció sopesar no sólo la pregunta sino también la razón por la que Brunetti la había hecho.

–Generalmente, la imposición de una multa y la orden de modificar la obra para ajustaría a las especificaciones de los planos -respondió Dal Carlo.

–Comprendo -dijo Brunetti, moviendo la cabeza de arriba abajo y mirando a Vianello para indicarle que tomara nota de esa respuesta-. Una inspección que puede salir muy cara.

Dal Carlo parecía desconcertado.

–Perdone, no comprendo qué quiere decir, comisario.

–Quiero decir que hacer obras y luego tener que volver a hacerlas cuesta mucho dinero. Sin contar la multa.

–Naturalmente -dijo Dal Carlo-. Las ordenanzas son muy explícitas a ese respecto.

–Gasto doble -dijo Brunetti.

–Sí. Supongo que sí. Pero son pocas las personas que se exponen a cometer irregularidades.

Brunetti se permitió un leve gesto de sorpresa y miró a Dal Carlo con una fina sonrisa de complicidad.

–Si usted lo dice, *ingeniére*. -Rápidamente, cambió de tema y de tono al preguntar-: ¿Había recibido amenazas el *signor* Rossi?

Nuevamente, Dal Carlo parecía confuso.

–Lo siento, pero eso tampoco lo entiendo, comisario.

–Entonces, *dottore*, permita que hable con crudeza. El *signor* Rossi tenía la facultad de obligar a la gente a hacer grandes desembolsos. Si informaba de que en un edificio se habían hecho reformas no autorizadas, los propietarios podían tener no sólo que pagar una multa

sino también que rectificar los trabajos realizados. – Aquí sonrió y agregó-: Los dos sabemos lo que cuesta hacer obras en esta ciudad, por lo que dudo que hubiera quien pudiera sentirse satisfecho si el *signor* Rossi descubría irregularidades en su inspección.

–Por supuesto que no -convino Dal Carlo-. Pero dudo mucho que alguien se atreviera a amenazar a un funcionario municipal que no hacía sino cumplir con su deber.

Brunetti preguntó entonces a bocajarro:

–¿Hubiera aceptado un soborno el *signor* Rossi? – El comisario observaba atentamente la expresión de Dal Carlo al hacer la pregunta y vio que era de estupefacción y hasta de escándalo.

Pero, en lugar de responder enseguida, Dal Carlo reflexionó.

–Nunca lo había pensado -dijo, y Brunetti comprendió que decía la verdad. Entonces Dal Carlo, menos cerrar los ojos y alzar la cabeza, dio todas las muestras de sumirse en profunda meditación. Finalmente, dijo, mintiendo-: No me gusta hablar mal de él, y menos ahora, pero sería posible. Es decir -tras una tímida vacilación-, pudo ser posible.

–¿Por qué lo dice? – preguntó Brunetti, aunque estaba casi seguro de que aquello no era más que un intento bastante evidente de utilizar a Rossi para tapar su propia probable venalidad.

Por primera vez, Dal Carlo miró a Brunetti a los ojos. Si aún hubiera necesitado una prueba de que aquel hombre mentía, Brunetti no hubiera podido hallarla más segura.

–Comprenderá usted que no se trata de algo concreto que pueda mencionar o describir. Durante los últimos meses, su comportamiento había cambiado. Parecía nervioso, furtivo. Pero hasta ahora que usted me ha preguntado no se me había ocurrido tal posibilidad.

–¿Hubiera sido fácil? – preguntó Brunetti, y como Dal Carlo pareciera no comprender, aclaró-: ¿Dejarse sobornar?

Casi esperaba que Dal Carlo dijera que nunca había pensado tal cosa, en cuyo caso Brunetti no sabía si hubiera podido conservar la seriedad. Al fin y al cabo, estaban en una oficina municipal. Pero el ingeniero se contuvo y dijo finalmente:

–Supongo que sería posible.

Brunetti callaba. Tanto callaba que Dal Carlo se vio obligado a preguntar:

–¿Por qué hace estas preguntas, comisario?

Al fin Brunetti dijo:

–No estamos totalmente seguros -siempre le había resultado más eficaz hablar en plural- de que la muerte de Rossi fuera accidental.

Esta vez Dal Carlo no pudo disimular la sorpresa, aunque no había forma de averiguar si era sorpresa por la posibilidad o sorpresa porque la policía lo hubiera descubierto. Mientras varias ideas danzaban en su cerebro, lanzó a Brunetti una mirada de cálculo que le recordó la que había visto en los ojos de Zecchino.

Pensando en el joven drogadicto, Brunetti dijo:

–Quizá tengamos un testigo de que fue otra cosa.

–¿Un testigo? – repitió Dal Carlo en una voz alta e incrédula, como si nunca hubiera oído semejante palabra.

–Sí, una persona que estaba en el edificio. – Brunetti se levantó bruscamente-. Muchas gracias por su ayuda, *dottore* -dijo tendiendo la mano. Dal Carlo, visiblemente desconcertado por el extraño rumbo que había tomado la conversación, se levantó a su vez y extendió la mano. Su apretón fue menos cordial que a la llegada.

Finalmente, cuando ya había abierto la puerta, el *ingegnere* dio voz a su sorpresa:

–Me parece increíble -dijo-. Quién iba a querer matarlo. No hay motivo para tal cosa. Y ese edificio está vacío. ¿Cómo iba alguien a ver lo que ocurrió?

En vista de que ni Brunetti ni Vianello contestaban, Dal Carlo cruzó el antedespacho, sin mirar a la *signorina* Dolfín, que tecleaba en su ordenador, y acompañó a los dos policías hasta la puerta del pasillo. Nadie se entretuvo en despedidas.

Aquella noche, Brunetti durmió mal. Se despertaba una y otra vez dando vueltas a los sucesos del día. Pensaba que, probablemente, Zecchino le había mentido al hablar del asesinato de Rossi y que había visto u oído mucho más de lo que decía. ¿Por qué, si no, tantas evasivas? La noche interminable traía más recuerdos poco gratos: la resistencia de Patta a considerar criminal la conducta de su hijo, la aversión de su amigo Luca hacia su esposa, la general incompetencia que obstaculizaba su trabajo diario. Con todo, lo que más le dolía era pensar en aquellas dos muchachas: una, tan maltratada por la vida como para consentir en mantener relaciones sexuales con Zecchino en aquella sórdida buhardilla y la otra, doblemente martirizada por la pérdida de Marco y por el conocimiento de lo que le había causado la muerte. La experiencia había hecho perder a Brunetti toda su caballerosidad, pero no podía dejar de sentir una viva compasión por aquellas muchachas.

¿Habría estado la primera en el piso de arriba cuando él encontró a Zecchino? Era tanta su prisa por salir de la casa que no subió a ver si había alguien en la buhardilla. El que Zecchino estuviera bajando la escalera no significaba que pensara marcharse; también podía bajar a averiguar la causa del ruido producido por la llegada de Brunetti y haberla dejado a ella arriba. Por lo menos, Pucetti había conseguido descubrir el nombre de la otra: Anna Maria Ratti, que vivía con sus padres y su hermano en Castello, y estudiaba arquitectura en la universidad.

Después de oír las campanadas de las cuatro, Brunetti decidió que aquella mañana volvería a la casa para tratar de hablar otra vez con Zecchino. Al poco, se quedó profundamente dormido y cuando despertó Paola ya se había ido a la universidad y los chicos, a la escuela.

Después de vestirse, Brunetti llamó a la *questura* para avisarlos de que llegaría tarde y volvió al dormitorio a buscar la pistola. Arrimó una silla al armario, se subió y, en el último estante, vio la caja que su padre había traído de Rusia después de la guerra. El candado estaba cerrado, y él no recordaba dónde había guardado la llave. Bajó la caja

y la puso encima de la cama. Pegado a la tapa con cinta adhesiva había un papel con un mensaje escrito en la clara letra de su hija: «Papá: Raffi y yo no sabemos que la llave está pegada a la parte de atrás del cuadro del estudio de mamá. *Baci.*»

Brunetti fue en busca de la llave, preguntándose si debería añadir algo a la nota y decidió que valdría más no hacerlo, para no dar alas a la niña. Abrió la caja, sacó la pistola, la cargó y la introdujo en la pistolera que se había prendido del cinturón. Volvió a guardar la caja en el armario y se fue.

Lo mismo que las dos veces anteriores que había ido a la casa, la calle estaba vacía y no había señales de actividad en el andamiaje. Extrajo la chapa de metal del marco de la puerta y entró en el edificio, esta vez, dejando la puerta abierta. No hizo nada por disimular el ruido de su llegada ni amortiguar sus pasos en el zaguán. Desde el pie de la escalera gritó:

–Zecchino, policía. Voy, a subir.

Esperó, pero de arriba no llegaba sonido ni respuesta alguna. Lamentando no haber traído una linterna y agradeciendo la luz que entraba por la puerta de la calle, Brunetti subió al primer piso. Arriba seguía sin oírse nada. Siguió subiendo. En el tercero, abrió las persianas de dos ventanas, para alumbrar la escalera de la buhardilla.

Al llegar arriba, Brunetti se detuvo. Había una puerta a cada lado del rellano y una tercera al extremo de un corto pasillo. A su izquierda, por una persiana rota entraba mucha luz. Brunetti esperó, volvió a llamar a Zecchino y entonces, curiosamente tranquilizado por el silencio, se acercó a la puerta de la derecha.

La habitación estaba vacía, es decir, no había nadie, pero sí varias cajas de herramientas, un par de bancos de trabajo y un pantalón de pintor cubierto de cal. Tras la puerta de enfrente encontró un inanimado revoltijo similar. Sólo quedaba ya la puerta del fondo del pasillo.

Allí, tal como esperaba, encontró a Zecchino, y encontró también a la muchacha. A la luz que se filtraba por una sucia claraboya del tejado, la vio por primera vez, tendida encima de Zecchino. Debieron de matarlo a él primero, o él dejó de resistirse y cayó bajo la lluvia de

golpes, mientras ella seguía peleando, inútilmente, para acabar cayendo sobre él.

–*Gesù bambino* -dijo Brunetti al verlos, resistiendo el impulso de santiguarse. Eran dos figuras inertes, flácidas, disminuidas de ese modo especial en que la muerte empequeñece a la gente. Una oscura aureola de sangre seca se extendía alrededor de sus cabezas, que estaban juntas, en la actitud de dos cachorrillos o de dos jóvenes enamorados.

Brunetti veía la parte posterior de la cabeza de Zecchino y la cara de la muchacha o, más exactamente, lo que quedaba de su cara. Al parecer, los habían matado a golpes. El cráneo de Zecchino había perdido la redondez; la nariz de ella había desaparecido, destrozada por un golpe tan violento que no le había dejado más que una astilla de cartílago pegada a la mejilla izquierda.

Brunetti volvió la cabeza y examinó la habitación. Junto a una pared había un montón de colchones viejos. A su lado, en el suelo, estaban las prendas de vestir -hasta que no volvió a mirar a la pareja no vio que estaban medio desnudos- que se habían quitado precipitadamente, para hacer lo que hicieran sobre aquellos colchones. Vio una jeringuilla ensangrentada y de pronto recordó la poesía que le había leído Paola, con la que el poeta trataba de seducir a una mujer diciéndole que sus sangres se habían mezclado dentro de la pulga que los había picado a los dos. Entonces le había parecido una forma demencial de contemplar la unión entre un hombre y una mujer, pero no era más demencial que la aguja que estaba en el suelo. A su lado había varias bolsitas de plástico, probablemente, no mucho mayores que las que le habían encontrado a Roberto Patta en el bolsillo de la chaqueta.

Brunetti bajó a la calle, sacó el *telefonino*, que esta vez no había olvidado, llamó a la *questura* y dijo lo que había encontrado y adonde tenían que ir. La voz del profesional le decía que debía volver a la habitación en la que estaban los dos jóvenes, para ver qué más podía descubrir, pero él optó por hacerle oídos sordos y quedarse esperando frente al edificio, en un rayo de sol.

Por fin llegaron los técnicos del laboratorio, y él los envió a la buhardilla, venciendo la tentación de decirles que, como hoy no había trabajadores en el edificio, nadie les estorbaría en su examen del

escenario del crimen. Nada ganaría con una pulla fácil, y a ellos les sería indiferente saber que la vez anterior los habían engañado.

Preguntó a quién habían avisado para que fuera a examinar los cadáveres y se alegró de saber que era Rizzardi. Brunetti no se movió de donde estaba cuando los hombres entraron en el edificio y allí seguía veinte minutos después, cuando llegó el forense. Se saludaron con un movimiento de la cabeza.

—¿Otro? —preguntó Rizzardi.

—Dos —contestó Brunetti, iniciando la marcha hacia la casa.

El comisario y el médico subieron sin dificultad la escalera, bien iluminada ahora, con todas las persianas abiertas. Al llegar arriba, acudieron, como mariposas nocturnas, al resplandor de las potentes luces de los técnicos que escapaba por la puerta de la habitación, llamándolos para que fueran a ver aquella nueva prueba de la fragilidad del cuerpo y la futilidad de la esperanza.

Rizzardi entró y examinó los cuerpos desde arriba. Se puso unos guantes de goma, se agachó y palpó la garganta de la muchacha y luego la de él. Dejó el maletín en el suelo, se puso en cuclillas al lado de la muchacha, extendió el brazo por encima de ella y, lentamente, le hizo dar la vuelta para separarla del muchacho y ponerla boca arriba. Ella quedó con los ojos fijos en el techo, y una mano herida resbaló por encima del pecho y golpeó el suelo, sobresaltando a Brunetti, que había preferido mirar hacia otro lado.

Entonces se acercó y se quedó de pie al lado de Rizzardi, observando. La muchacha tenía el pelo muy corto, teñido de color granate, sucio, grasiento y pegado al cráneo. Brunetti vio relucir entre los labios ensangrentados unos dientes blancos y perfectos. Había sangre coagulada alrededor de la boca y la que había brotado de la destrozada nariz había resbalado hacia los ojos. ¿Era bonita? ¿Era fea?

Rizzardi asió la barbilla de Zecchino y le volvió la cara hacia la luz.

—A los dos los han matado golpeándolos en la cabeza —dijo, señalando la frente de Zecchino—. No es un método fácil y exige mucha fuerza. O muchos golpes. Y la muerte no es rápida. Pero, por lo menos, después de los primeros golpes, ya casi no te enteras. —Miró otra vez a la muchacha y le volvió la cara hacia un lado para examinar una

oscura cavidad en la parte posterior de la cabeza. Miró dos marcas que tenía en los brazos-. Yo diría que la sujetaban mientras la golpeaban, quizá con un trozo de madera, o un tubo.

Ninguno de los dos creyó necesario hacer comentario alguno ni decir: «Lo mismo que a Rossi.»

Rizzardi se levantó, se quitó los guantes y los guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Cuándo podrá usted hacerla? — fue lo único que Brunetti supo decir.

—Esta tarde, supongo. — Rizzardi sabía que no tenía que preguntar a Brunetti si quería asistir a la autopsia-. Puede llamarme a partir de las cinco. Para entonces ya sabré algo. — Antes de que Brunetti pudiera responder, agregó-: Pero no será mucho, no mucho más de lo que vemos aquí.

Cuando Rizzardi se fue, el equipo del laboratorio inició su tétrica parodia de las faenas domésticas: barrer, limpiar el polvo, recoger objetos del suelo y guardarlos en lugar seguro. Brunetti se impuso la tarea de registrar los bolsillos de la pareja. Primero, en las prendas de vestir tiradas en el suelo y sobre los colchones y, después, una vez se hubo calzado los guantes que le dio el técnico Del Vecchio, en las que conservaban puestas. En el bolsillo de la camisa de Zecchino, encontró tres bolsitas de polvo blanco. Las pasó a Del Vecchio, que las etiquetó cuidadosamente y las guardó en el maletín de las pruebas.

Brunetti agradeció que Rizzardi les hubiera cerrado los ojos. Las piernas de Zecchino le hicieron pensar en las fotos de aquellas figuras escuálidas de los campos de concentración, casi todo piel y tendones, sin apenas músculo, y con grandes rodillas. En la cadera se perfilaba, protuberante, un extremo de la pelvis. Zecchino tenía pústulas rojas en los muslos, aunque Brunetti no hubiera podido decir si eran marcas de pinchazos infectados o síntoma de alguna enfermedad cutánea. Ella, aunque de una delgadez alarmante y con el pecho casi completamente liso, no estaba tan cadavérica como Zecchino. Al pensar que para siempre ambos eran ya cadáveres, Brunetti dio media vuelta y bajó a la calle.

Puesto que él estaba encargado de esa parte de la investigación, lo menos que podía hacer por los muertos era permanecer allí hasta que

se llevaran los cadáveres y los equipos del laboratorio hubieran recogido, etiquetado y examinado todo lo que pudiera servir a la policía para descubrir a los asesinos. Brunetti se acercó al extremo de la calle y se quedó mirando el jardín del otro lado; era una suerte que la forsythia estuviera siempre tan risueña por mucho que se precipitara en engalanarse.

Habría que preguntar, desde luego, peinar la zona para ver si encontraban a quien recordara haber visto a alguien entrar en la calle o en la casa. Al volverse, Brunetti vio un grupito de gente en el otro extremo de la calle, por donde se salía a una vía más ancha, y fue hacia ellos, formando ya mentalmente las primeras preguntas.

Tal como esperaba, nadie había visto nada, ni aquel día ni durante las dos últimas semanas. Nadie sabía que fuera posible entrar en el edificio. Nadie había visto a Zecchino ni recordaba a una muchacha. Como no había medio de obligarlos a hablar, Brunetti se ahorró la molestia de desconfiar de su sinceridad, aunque una larga experiencia le había enseñado que eran muy pocos los italianos que, al hablar con la policía, recordaban mucho más que su nombre y apellido.

Otros interrogatorios podrían esperar hasta la tarde o primera hora de la noche, cuando los vecinos de la zona hubieran vuelto a casa. Pero el comisario ya sabía que nadie admitiría haber visto algo. Pronto se sabría que en aquella casa habían muerto dos drogadictos, y podrían contarse con los dedos de una mano las personas que vieran en aquellas muertes algo especial y, mucho menos, algo que justificara exponerse a las molestias de ser interrogados por la policía. ¿Por qué aguantar que durante varias horas te traten como a un sospechoso? ¿Por qué perder horas de trabajo para tener que responder más preguntas o asistir a un juicio?

Brunetti sabía que la ciudadanía en general no veía con buenos ojos a la policía; sabía lo mal que te trataba, sin que importara si habías entrado en la órbita de una investigación como sospechoso o como simple testigo. Desde hacía años, el comisario había procurado educar a los hombres que dependían de él para que trataran a los testigos como a personas dispuestas a ayudar, en cierto modo, como a colegas suyos, y luego, al pasar por delante de las salas de interrogatorios, oía

cómo se les intimidaba, amenazaba e insultaba. No era de extrañar que la gente se resistiera a dar información a la policía; lo mismo haría él.

Brunetti no podía ni pensar en almorzar. Como no podía pensar en llevar a casa el recuerdo de lo que acababa de ver. Llamó a Paola, volvió a la *questura* y se sentó en su despacho, tratando de aturdirse con tareas rutinarias, mientras esperaba la llamada de Rizzardi. La causa de la muerte no sería una sorpresa, pero por lo menos sería información que él podría archivar en una carpeta, y quizá le reconfortara imponer un poco de orden en el caos de la muerte violenta.

Durante las cuatro horas siguientes, Brunetti estuvo revisando papeles e informes acumulados durante dos meses y poniendo con esmero las iniciales al pie de dossiers que había leído sin entender. Le llevó hasta media tarde, pero al fin limpió la mesa de papeles y hasta los bajó al despacho de la *signorina* Elettra. Como ella no estaba, le dejó una nota rogándole que se encargase de enviarlos al archivo o a quienes tuvieran que leerlos a continuación.

Hecho esto, Brunetti bajó al bar del puente y tomó un vaso de agua mineral y un sándwich de queso con el pan tostado. Abrió el *Gazzettino* que estaba en el mostrador y, en la segunda sección, vio el artículo publicado por encargo suyo. Tal como esperaba, decía mucho más de lo que él había sugerido y apuntaba que el arresto era inminente y la condena, ineludible, con lo que el narcotráfico quedaría definitivamente eliminado de la región del Veneto. Dejó el periódico y regresó a la *questura*, observando por el camino que, por encima de la tapia del otro lado del canal, asomaban las dispersas puntas amarillas de la *forsythia*.

De vuelta en su mesa, miró el reloj y vio que ya podía llamar a Rizzardi. Alargaba la mano hacia el teléfono cuando éste sonó.

—Guido -dijo el forense sin preámbulos-, cuando examinó a esos chicos esta mañana, después de que yo me marchara, ¿se puso guantes?

Brunetti tardó un momento en reponerse de la sorpresa y tuvo que hacer memoria antes de contestar:

—Sí. Del Vecchio me dio un par.

Rizzardi preguntó entonces:

—¿Se ha fijado en los dientes de la muchacha?

Nuevamente, Brunetti tuvo que volver a aquella habitación.

–Sólo he visto que los tenía todos, no como la mayoría de los drogadictos. ¿Por qué?

–Tenía sangre en los dientes y en la boca -explicó Rizzardi.

Esas palabras recordaron a Brunetti la sórdida habitación y las dos figuras caídas una encima de la otra.

–Sí. Tenía sangre en toda la cara.

–La de la cara era sangre de ella -dijo Rizzardi haciendo hincapié en la última palabra. Adelantándose a la pregunta de Brunetti, explicó-: La sangre que tenía en los dientes era de otra persona.

–¿De Zecchino?

–No.

–Ay, Dios, lo mordió -dijo Brunetti y preguntó-: ¿Había bastante como para...? – Aquí se interrumpió, sin saber a ciencia cierta lo que podría hacer Rizzardi. Había leído interminables informes acerca de la identificación por el ADN y de la utilización de muestras de sangre y de semen como pruebas, pero carecía tanto de conocimientos científicos para comprender el proceso como de curiosidad intelectual para interesarse por algo que no fuera la mera posibilidad de obtener identificaciones irrefutables.

–Sí -respondió Rizzardi-. Si usted me encuentra a la persona, yo podré hacer la comparación con las muestras de sangre que he obtenido. – Rizzardi calló, pero Brunetti intuyó, por la tensión de su silencio, que el forense tenía más cosas que decir.

–¿Qué ocurre?

–Eran positivos.

¿A qué se refería? ¿A los resultados de las pruebas? ¿A las muestras?

–No comprendo -reconoció Brunetti.

–Los dos, él y ella. Eran seropositivos.

–*Dio mio* -exclamó Brunetti, comprendiendo al fin.

–Es lo primero que miramos cuando se trata de drogadictos. En él la enfermedad estaba mucho más avanzada; el virus se había extendido. Estaba muy mal, no hubiera vivido ni tres meses más. ¿No había notado usted nada?

Sí. Brunetti había notado algo, pero no había hecho deducciones, o quizá no había querido fijarse mucho o comprender lo que veía. No había prestado atención a la extrema delgadez de Zecchino ni pensado en lo que podía significar.

En lugar de responder a la pregunta de Rizzardi, Brunetti preguntó:

—¿Y ella?

—Ella no estaba tan mal, la infección no había avanzado tanto. Probablemente, por eso aún tuvo fuerzas para defenderse.

—Pero ¿y los nuevos medicamentos? ¿Por qué no los tomaban? — preguntó Brunetti, como si pensara que Rizzardi podía tener la respuesta.

—No sé por qué no los tomaban, Guido -dijo Rizzardi, recordando que hablaba con el padre de unos chicos que tenían pocos años menos que las dos víctimas-. Pero ni en la sangre ni en ningún órgano he visto señales de que tomaran algo. Generalmente, los drogadictos no siguen tratamiento.

Por tácito acuerdo, dejaron el tema, y Brunetti preguntó:

—¿Qué puede decirme del mordisco?

—Ella tenía carne entre los dientes, de modo que le habrá dejado una herida bastante fea.

—¿Tan contagioso es? — preguntó Brunetti, sorprendido de que, al cabo de años de información, charlas y artículos en diarios y revistas, aún no tuviera una idea clara.

—Teóricamente, sí -dijo Rizzardi-. Hay casos documentados en los que se ha transmitido por esa vía, aunque yo no he visto ninguno directamente. Supongo que podría ocurrir. Pero esa enfermedad ya no es lo que era hace años: los nuevos fármacos la controlan bastante bien, especialmente, si empiezan a tomarse en las primeras fases.

Mientras escuchaba al médico, Brunetti se interrogaba sobre las consecuencias que podía tener una ignorancia como la suya. Si él, un hombre que leía mucho y tenía un conocimiento bastante amplio de lo que pasaba en el mundo, no tenía una idea clara de si la enfermedad podía contagiarse por un mordisco y aún sentía un horror primitivo y hasta atávico a esa posible vía de infección, no sería de extrañar que ese temor estuviera muy generalizado entre la población.

Volvió a centrar su atención en Rizzardi.

–¿Cómo puede ser el mordisco?

–Yo diría que debe de faltarle un trozo de carne del brazo. – Y, antes de que Brunetti preguntara, aclaró-: Ella tenía vello en la boca, probablemente, del antebrazo.

–¿Y el tamaño?

Después de pensar un momento, Rizzardi dijo:

–Como de un perro, quizá un *cocker spaniel*. -Ninguno de los dos se permitió un comentario sobre la curiosa comparación.

–¿Lo bastante grande para ir al médico? – preguntó Brunetti.

–Quizá. Si se infectara, sí.

–O si supiera que ella tenía el sida -completó Brunetti-. O llegara a sospecharlo después. – Quienquiera que descubriera que había sido mordido por una persona enferma, correría, aterrado, a consultar a quien pudiera decirle si le había transmitido la enfermedad. Brunetti consideró las medidas que tomar: habría que avisar a los médicos, a las urgencias de los hospitales y también a las farmacias, por si se presentaba el asesino en busca de antisépticos o vendajes.

–¿Algo más? – preguntó Brunetti.

–Él hubiera muerto antes del otoño. Ella quizá hubiera durado otro año, pero no mucho más. – Rizzardi hizo una pausa y preguntó, con voz distinta-: Guido, ¿cree que hacen mella en nosotros las cosas que tenemos que hacer y decir?

–Espero que no, por Dios -respondió Brunetti a media voz, dijo a Rizzardi que lo llamaría cuando hubieran identificado a la muchacha y colgó.

Brunetti llamó a la oficina de los agentes para pedir que lo avisaran si se recibía la denuncia de la desaparición de una muchacha de unos diecisiete años y que repasaran los registros por si había llegado alguna durante las últimas semanas. Pero ya mientras hablaba pensaba que era posible que nadie hubiera presentado tal denuncia: eran muchos los adolescentes que se habían convertido en materia desechable, sus padres ya los daban por perdidos y habían dejado de preocuparse por su ausencia. No estaba seguro, pero no parecía tener más de diecisiete años. O quizá ni eso. Si era más joven, Rizzardi lo sabría, pero él prefería ignorarlo.

Brunetti bajó al aseó de los hombres, se lavó las manos, se las secó y volvió a lavárselas. De vuelta en su despacho, sacó un papel del cajón de la mesa y escribió en grandes letras mayúsculas el titular que quería ver en los diarios del día siguiente: «La víctima se venga de su asesino con una dentellada letal.» Miró la frase, preguntándose, al igual que Rizzardi, qué huella podían dejar en él estas cosas. Puso un signo de inserción después de «asesino» y encima escribió: «desde más allá de la tumba». Lo contempló un momento y decidió que el añadido alargaba demasiado la frase para que cupiera en una columna y lo tachó. Sacó la manoseada libreta de direcciones y teléfonos y volvió a marcar el número del redactor de sucesos de *Il Gazzettino*. Su amigo, satisfecho de que a Brunetti le hubiera gustado el suelto anterior, accedió a insertar éste en la edición de la mañana siguiente. Dijo que le gustaba el titular de Brunetti y que él se encargaría de que apareciera textualmente.

–No deseo crearte problemas -dijo Brunetti, ante la rápida aquiescencia de su amigo-. ¿No supondrá un riesgo para ti publicar eso?

El otro se echó a reír.

–¿Problemas por publicar algo que no es verdad? ¿Yo? – Sin dejar de reír empezó a despedirse cuando Brunetti agregó:

–¿No podrías hacer que saliera también en *La Nuova*? Necesito que esté en los dos diarios.

–Probablemente. Hace años que piratean nuestro sistema informático. Así se ahorran pagar a un reportero. De modo que, si lo

meto en el ordenador, seguro que lo publican, sobre todo, si consigo darle un aire lo bastante truculento. No pueden resistirse al morbo. Pero ellos no usarán tu titular -dijo con sincero pesar-. Siempre cambian, por lo menos, una palabra.

Satisfecho con lo conseguido, Brunetti se resignó al previsible cambio, dio las gracias a su amigo y colgó el teléfono.

Para ocuparse en algo, o quizá sólo para mantenerse en movimiento y lejos de su mesa, bajó al despacho de la *signorina* Elettra, a la que encontró con la cabeza inclinada sobre una revista.

Ella levantó la mirada al oír sus pasos.

-Ah, ya está de vuelta, comisario -dijo iniciando una sonrisa. Cuando vio el gesto que él traía en la cara, la sonrisa se desvaneció. Cerró la revista, abrió un cajón y sacó una carpeta. Inclinandose hacia adelante, se la pasó-. Ya me he enterado de lo de esos chicos -dijo-. Lo siento.

Él no sabía si ella esperaba que le diera las gracias por su condolencia, y se limitó a mover la cabeza de arriba abajo mientras tomaba la carpeta y la abría.

-¿Los Volpato? -preguntó.

-Ajá -exclamó ella-. Como verá, deben de estar muy bien protegidos.

-¿Por quién? -preguntó él, mirando la primera página.

-Yo diría que por alguien de la Guardia di Finanza.

-¿Por qué?

Ella se levantó y apoyó las manos en la mesa.

-Segunda hoja -apuntó. Él pasó la primera hoja y ella señaló una serie de cifras-. El primer número corresponde al año. A continuación figura el total del patrimonio declarado: cuentas, apartamentos, valores. Y en la tercera columna está la renta declarada cada año.

-Así pues -dijo él, comentando la obviedad-, como cada año poseen más, ingresarán más. -Efectivamente, la lista de propiedades iba en aumento.

Ahora bien, las cifras de la tercera columna, en lugar de aumentar, disminuían, pese a que los Volpato adquirían más fincas y más empresas. En suma, cada año tenían más y pagaban menos.

–¿Nunca les han hecho una inspección los de la Finanza? – preguntó. Lo que Brunetti tenía en las manos era una señal de fraude fiscal tan grande y tan llamativa que hubiera tenido que divisarse desde la central de la Guardia di Finanza en Roma.

–Nunca -dijo ella negando con la cabeza y volviendo a sentarse-. Por eso le digo que alguien debe protegerlos.

–¿Ha conseguido copia de sus declaraciones de renta?

–Desde luego -dijo ella, sin tratar de disimular el orgullo-. En todas ellas aparecen esas mismas cifras de ingresos anuales, pero, año tras año, ellos consiguen demostrar que han gastado una fortuna en la rehabilitación de sus propiedades, y parecen incapaces de vender ni una sola finca con beneficio.

–¿A quiénes las venden? – preguntó Brunetti, aunque sus años de experiencia lo habían familiarizado con esos asuntos.

–Hasta el momento, han vendido, entre otros, dos apartamentos a concejales de la ciudad y dos a funcionarios de la Guardia di Finanza. Siempre, con pérdidas, especialmente, el que vendieron al coronel. Y parece ser -añadió pasando la hoja y señalando la línea superior- que también vendieron dos apartamentos a un tal *dottor* Fabrizio Dal Carlo.

–Ah -suspiró Brunetti. Levantó la mirada del papel y preguntó:- ¿No tendrá usted, por casualidad...?

La sonrisa de la mujer fue como una bendición.

–Está todo ahí: sus declaraciones de renta, la lista de las casas que posee, sus cuentas bancarias, las de su mujer, todo.

–¿Y...? – preguntó, él resistiendo el impulso de mirar los papeles para darle ocasión de decírselo.

–Sólo un milagro ha podido protegerlo de una inspección -dijo ella, golpeando los papeles con la yema de los dedos de la mano izquierda.

–Y, sin embargo, en todos estos años, nadie se ha fijado en Dal Carlo ni en los Volpato.

–Eso no tiene nada de curioso cuando se vende a esos precios a concejales -dijo ella volviendo a la primera hoja-. Y a coroneles - terminó después de una pausa.

–Sí -convino él cerrando la carpeta con un suspiro de cansancio-. Y a los coroneles. – Se puso la carpeta debajo del brazo-. ¿Y qué hay del

teléfono?

Ella casi sonrió.

–No tienen teléfono.

–¿Cómo? – preguntó Brunetti.

–Por lo menos, que yo haya podido descubrir. Ni a su nombre ni en su domicilio. – Antes de que Brunetti pudiera preguntar, dio las explicaciones posibles-: Quizá son muy rácanos para pagar la factura del teléfono o quizá tienen un *telefonino* registrado a nombre de otra persona.

A Brunetti le parecía inconcebible que, en la actualidad, alguien pudiera vivir sin teléfono, especialmente, personas que se dedicaban a la compraventa de fincas y a prestar dinero, con los contactos con abogados, oficinas municipales y notarios que esas operaciones exigían. Además, nadie podía ser tan patológicamente espartano para no tener teléfono.

Al encontrar cerrada una posible vía de investigación, Brunetti volvió su atención a la pareja asesinada.

–Me gustaría que viera qué puede encontrar acerca de Gino Zecchino.

Ella asintió. Ya conocía el nombre.

–Aún no sabemos quién era la chica -dijo Brunetti, y entonces se le ocurrió la posibilidad de que quizá nunca lo supieran, pero resistiéndose a expresar ese pensamiento dijo tan sólo-: Si encuentra algo, avíseme.

–Sí, señor -dijo ella viéndolo salir del despacho.

Una vez arriba, Brunetti decidió ampliar el alcance de la desinformación que aparecería en los diarios de la mañana siguiente y pasó la hora y media siguiente hablando por teléfono, consultando las páginas de la libretita y llamando a algún que otro amigo para pedirle los números de hombres y mujeres que vivían dentro y fuera de la ley. Con halagos, promesas de futuros favores y, a veces, con francas amenazas, convenció a varias personas para que, en sus medios respectivos, comentaran ampliamente el extraño caso del asesino condenado a una muerte lenta y horrible por el mordisco de su víctima. En general, no había esperanza, casi nunca existía una terapia eficaz, pero a veces, si el caso era tratado a tiempo con una técnica

experimental que se estaba perfeccionando en el Laboratorio de Inmunología del Ospedale Civile y que se dispensaba en la sala de Urgencias, existía la posibilidad de detener la infección. De lo contrario, no había escapatoria de la muerte, lo que decía el titular se cumpliría indefectiblemente, y la víctima se vengaría con su dentellada letal.

Brunetti no tenía ni la menor idea de si su plan daría resultado, sólo sabía que aquello era Venecia, la ciudad de los rumores, en la que un populacho sin sentido crítico leía y creía, oía y creía.

Marcó el número de la centralita del hospital e iba a pedir por la oficina del director cuando cambió de idea y preguntó por el *dottor* Carraro, de Pronto Soccorso.

Finalmente, lo pusieron con él y Carraro prácticamente ladró su apellido por el micrófono; él era un hombre muy ocupado, peligraría la vida de sus pacientes si él tenía que ponerse al teléfono para contestar las preguntas estúpidas que fueran a hacerle.

–Ah, *dottore* -dijo Brunetti-, es un placer volver a hablar con usted.

–¿Con quién hablo? – La misma voz brusca y áspera.

–Con el comisario Brunetti -dijo él, y aguardó a que el nombre calara.

–Ah, sí. Buenas tardes, comisario -dijo el médico con un perceptible cambio de tono.

En vista de que el médico no parecía dispuesto a continuar, Brunetti dijo:

–*Dottore*, me parece que estoy en condiciones de hacerle un favor. – Calló, para dar a Carraro la oportunidad de preguntar. Como el otro no la aprovechara, prosiguió:– Se da el caso de que debemos decidir si pasamos los resultados de nuestra investigación al juez instructor. Bien, es decir -rectificó con una risita deliberada-, nosotros debemos dar nuestra recomendación sobre si procede iniciar una investigación criminal. Por negligencia culpable.

Al otro extremo, no se oía más que la respiración de Carraro.

–Desde luego, yo estoy convencido de que no es necesario. Siempre ocurren accidentes. El hombre hubiera muerto de todos modos. No creo que debamos crearle a usted dificultades ni hacer perder tiempo a la policía con una investigación de la que no vamos a sacar nada.

Seguía el silencio.

–¿Me oye, *dottore*? -preguntó Brunetti afablemente.

–Sí, sí, le oigo -dijo Carraro con aquella voz nueva y más suave.

–Bien. Sabía que se alegraría de oírlo.

–En efecto, me alegro.

–Aprovechando que está al aparato -dijo Brunetti, consiguiendo que se notara que no acababa de ocurrírsele la idea-, me gustaría saber si querría hacerme un favor.

–Desde luego, comisario.

–Mañana o dentro de un par de días, quizá se presente en la sala de Urgencias un hombre con una herida en la mano o el brazo, producida por una mordedura. Probablemente, le dirá que le ha mordido un perro o, quizá, su amiguita.

Carraro callaba.

–¿Me escucha, *dottore*? – preguntó Brunetti alzando bruscamente la voz.

–Sí.

–Bien. En cuanto llegue ese hombre, quiero que llame usted a la *questura, dottore*. En el mismo instante -repitió, y dio el número a Carraro-. Si usted se va, deberá dejar las instrucciones oportunas a quien lo sustituya.

–¿Y qué se supone que hemos de hacer con él mientras esperamos que lleguen ustedes? – preguntó Carraro de nuevo con su tono habitual.

–Retenerlo ahí, *dottore*, mentir e inventar una cura que dure hasta que lleguemos nosotros. Deben impedir que salga del hospital.

–¿Y si no podemos? – preguntó Carraro.

Brunetti estaba seguro de que Carraro lo obedecería, pero le pareció conveniente mentir.

–Todavía tenemos la facultad de revisar los registros del hospital, *dottore*, y nuestra investigación de las circunstancias de la muerte de Rossi no habrá terminado hasta que yo lo diga. – Imprimió dureza en su voz al pronunciar la última, y falsa, afirmación, hizo una pausa y agregó:- Bien, entonces confío en su colaboración.

Dicho esto, no quedaba sino intercambiar banalidades y despedirse.

Brunetti se encontró entonces sin nada que hacer hasta que salieran los periódicos, a la mañana siguiente. Al mismo tiempo, se sentía

inquieto, una sensación que siempre había temido porque lo inducía a la audacia. Le era difícil resistirse al impulso de, por así decir, meter al gato en el palomar, a fin de precipitar los acontecimientos. Bajó al despacho de la *signorina* Elettra.

Al verla con los codos en la mesa, la barbilla entre los puños y la mirada fija en un libro, preguntó:

—¿Interrumpo?

Ella levantó la mirada, sonrió y rechazó la sola idea con un movimiento de la cabeza.

—¿Es usted dueña del apartamento en que vive, *signorina*?

Acostumbrada como estaba a las ocasionales excentricidades de Brunetti, ella no mostró curiosidad:

—Sí -respondió únicamente, dejando que él se explicara, si lo consideraba oportuno.

Brunetti, que se había tomado tiempo para pensar, dijo:

—De todos modos, no creo que eso importe.

—Me importa a mí, comisario, y mucho.

—Ah, sí, por supuesto -dijo él, advirtiendo la confusión a que se prestaban sus palabras-. *Signorina*, si no tiene mucho trabajo, me gustaría que hiciera algo por mí.

Ella alargó la mano hacia el bloc y el lápiz, pero él la detuvo.

—No -dijo-. Deseo que vaya a hablar con una persona.

Brunetti tuvo que esperar más de dos horas a que la *signorina* Elettra volviera de la calle. A su regreso a la *questura*, subió directamente al despacho del comisario. Entró sin llamar y se acercó a la mesa.

—Ah, *signorina* -dijo él invitándola a tomar asiento y se sentó a su lado, expectante pero en silencio.

—Usted no acostumbra a hacerme un regalo en Navidad, ¿verdad, comisario?

—No. ¿Habré de hacerlo a partir de ahora?

—Sí, señor -dijo ella con énfasis-. Espero una docena, no, dos docenas de rosas blancas de Biancat y, pongamos, una caja de *prosecco*.

—¿Y cuándo le gustaría recibir el regalo, *signorina*?

—Para evitar las prisas de la Navidad, comisario, podría enviármelo la semana próxima.

–No faltaba más. Considérelo hecho.

–Muy amable, *signore* -dijo ella con una cortés inclinación de cabeza.

–Será un placer -respondió él. Contó hasta seis y preguntó:

–¿Y bien?

–He preguntado en la librería del *campo*, la dueña me ha dicho dónde vivían y he ido a hablar con ellos.

–¿Y? – instó él.

–Puede que sean las personas más odiosas que he visto en mi vida -dijo ella en un tono de fría indiferencia-. A pesar de que hace más de cuatro años que trabajo aquí y he visto a unos cuantos criminales, y de que la gente del banco en el que estaba antes quizá fueran peores. Pero esos dos merecen punto y aparte -terminó diciendo con lo que parecía un escalofrío de repulsión.

–¿Por qué?

–Porque en ellos se combinan la codicia y la santurronería.

–¿De qué manera?

–Cuando les dije que necesitaba dinero para pagar las deudas de juego de mi hermano, me preguntaron qué podía ofrecer en garantía y entonces mencioné el apartamento. Yo procuraba aparentar nerviosismo, como usted me dijo. El hombre me preguntó la dirección, yo se la di, entonces se fue a la otra habitación y oí que hablaba con alguien.

Aquí se interrumpió y agregó:

–Debía de tener un *telefonino*, porque no vi cajas de conexión de teléfono en ninguna de las dos habitaciones en las que estuve.

–¿Qué pasó entonces? – preguntó Brunetti.

Ella alzó la barbilla y contempló la parte alta del *armadio* que estaba en el otro extremo del despacho.

–Cuando él volvió, sonrió a su mujer, y entonces empezaron a hablar de la posibilidad de ayudarme. Me preguntaron cuánto necesitaba y les dije que cincuenta millones.

Era la cantidad que habían convenido: ni muy grande ni muy pequeña, la suma que un jugador podía arriesgar en una noche de audacia y la suma que creería poder recuperar con facilidad, si encontraba a alguien que pagara la deuda y podía volver a la mesa.

Ella miró a Brunetti.

—¿Usted los conoce?

—No. Lo único que sé de ellos es lo que me contó una amiga.

—Son horribles -dijo ella en voz baja.

—¿Qué más?

Ella se encogió de hombros.

—Imagino que hicieron lo que acostumbran. Me dijeron que necesitaban ver los papeles de la casa, aunque estoy segura de que él llamó a alguien para asegurarse de que el apartamento es mío y está registrado a mi nombre.

—¿Quién puede ser ese alguien? — preguntó él.

Ella miró el reloj antes de contestar.

—No es probable que a esas horas hubiera alguien en el Ufficio Catasto, de modo que debe de ser alguien que tiene acceso directo a sus registros.

—Usted lo tiene, ¿no?

—No; a mí me lleva tiempo colarme... acceder al sistema.

Quienquiera que pueda darle esa información inmediatamente ha de tener acceso directo a los archivos.

—¿Cómo han quedado?

—Hemos quedado en que mañana volveré con los papeles. Ellos tendrán allí a un notario a las cinco. — Lo miró sonriendo-. Imagine: puedes morirte antes de que un médico se digne venir a visitarte a tu casa, y ellos tienen a su disposición a un notario de un día para otro. — Arqueó las cejas ante la idea-. Así que mañana a las cinco voy, firmamos y me dan el dinero.

Antes ya de que ella acabara de decirlo, Brunetti había levantado el índice y lo movía de derecha a izquierda en muda señal de negación. No estaba dispuesto a permitir que la *signorina* Elettra volviera a acercarse a aquellas personas. Ella sonrió acatando la orden con alivio, según le pareció a él.

—¿Y el interés? ¿Le han dicho el tipo?

—Han dicho que de eso hablaríamos mañana, que estaría en los documentos. — Cruzó las piernas y juntó las manos en el regazo-. Por lo tanto, imagino que no llegaremos a hablar del tema -concluyó.

Brunetti esperó un momento y preguntó:

—¿Y la santurronería?

Ella buscó en el bolsillo de la chaqueta y sacó un estrecho rectángulo de papel, un poco más pequeño que un naipe y lo dio a Brunetti, que lo contempló. El papel era rígido, una especie de pergamino de imitación con la imagen de una mujer vestida de monja que tenía los dedos entrelazados y los ojos mirando al cielo, en actitud piadosa. Brunetti leyó las primeras líneas impresas al pie, una oración con la inicial, una «O» iluminada.

—Santa Rita -dijo ella, cuando él hubo contemplado la estampa un rato-. La patrona de los Imposibles, al parecer, otra abogada de las causas perdidas. La *signora* Volpato se siente muy identificada con la santa porque está convencida de que también ella ayuda a las personas cuando se les han cerrado todas las puertas. Ésa es la razón de su especial devoción por santa Rita. — La *signorina* Elettra se paró un momento a reflexionar sobre esa curiosa particularidad y consideró oportuno agregar-: Que me dijo que es más fuerte que la que siente por la Madonna.

—Pues puede considerarse afortunada la Madonna -dijo Brunetti devolviendo la estampa a la *signorina* Elettra.

—Ah, quédesela, comisario -dijo ella agitando la mano en señal de rechazo.

—¿No le han preguntado por qué no acudía a un banco, si es dueña de una casa?

—Sí, y les he dicho que la casa me la había regalado mi padre y que no quería arriesgarme a que él se enterase. Si acudía al banco, donde conocen a toda la familia, él descubriría lo que ha hecho mi hermano. Procuré llorar un poquito al decirlo. — La *signorina* Elettra esbozó una pequeña sonrisa y prosiguió-: La *signora* Volpato ha dicho que sentía mucho lo de mi hermano, que el juego es un vicio terrible.

—¿Y la usura no? — preguntó Brunetti, pero en realidad no era una pregunta.

—Por lo visto, no. Me ha preguntado cuántos años tenía él.

—¿Y usted qué le ha dicho? — preguntó Brunetti, sabiendo que ella no tenía hermanos.

—Treinta y siete y que hacía años que jugaba. — Calló, pensó en los sucesos de la tarde y dijo-: La *signora* Volpato ha sido muy amable.

–¿En serio? ¿Qué ha hecho?

–Me ha dado otra estampa de santa Rita y me ha dicho que rogaría por mi hermano.

OceanofPDF.com

Lo único que Brunetti hizo aquella tarde antes de irse a su casa fue firmar los papeles para autorizar el envío del cadáver de Marco Landi a sus padres. Después llamó a la oficina de los agentes y preguntó a Vianello si estaría dispuesto a acompañar el cuerpo al Trentino. Vianello accedió inmediatamente y sólo preguntó si podría ir de uniforme, ya que al día siguiente no estaría de servicio.

Brunetti, sin saber si se excedía en sus atribuciones, dijo:

–Cambiaré los turnos. – Abrió un cajón y se puso a buscar la lista de turnos, sepultada bajo el montón de papeles que cada semana llegaban a su mesa y que él acumulaba y reexpedía sin leer-. Considérese de servicio y vaya de uniforme.

–¿Qué les digo si me preguntan si hemos adelantado algo en la investigación?

–No se lo preguntarán. Todavía no -contestó Brunetti, seguro de no equivocarse, aunque sin saber por qué.

Cuando llegó a casa, encontró a Paola sentada en la terraza con los pies descansando en uno de los sillones de mimbre que habían resistido otro invierno a la intemperie. Le sonrió y retiró los pies del sillón. Él aceptó la invitación y se sentó frente a ella.

–¿Puedo preguntar qué tal ha sido el día? – dijo.

Él se hundió un poco más en el sillón y movió la cabeza negativamente, pero consiguió sonreír.

–Vale más no preguntar. Un día como tantos.

–¿Cargado de?

–Usura, corrupción y codicia.

–Sí. Un día como tantos. – Ella sacó un sobre del libro que tenía en el regazo y se inclinó para dárselo-. Quizá esto te lo arregle.

Él tomó el sobre y lo miró. Era del Ufficio Catasto. No comprendía cómo podía aquello arreglarle el día.

Sacó la carta y la leyó.

–¿Es un milagro? – preguntó y, bajando la mirada, leyó la última frase en voz alta: «Habiéndose presentado documentación suficiente, toda comunicación anterior expedida por esta oficina queda sustituida por el presente documento de *condono edilizio*.» -Brunetti dejó caer la

mano en el muslo, sin soltar la carta-. ¿Significa esto lo que imagino? – preguntó.

Paola asintió, sin sonreír ni desviar la mirada.

Él buscó las palabras y el tono precisos y, habiéndolos encontrado, preguntó:

–¿No podrías ser un poco más explícita?

La explicación fue inmediata.

–Tal como yo lo veo, significa que el asunto ha terminado, que han encontrado los papeles necesarios y que no van a marearnos más.

–¿Encontrado? – repitió él.

–Encontrado.

Él miró la hoja de papel que tenía en la mano, en la que aparecía la palabra «presentado». La dobló y la introdujo en el sobre, mientras pensaba cómo preguntar y si debía preguntar.

Devolvió el sobre a su mujer y dominando todavía el tono pero no las palabras, inquirió:

–¿Tu padre tiene algo que ver con esto?

Él la observaba. La experiencia le dijo durante cuánto tiempo pensó ella en mentirle y también el momento en que abandonó la idea.

–Es probable.

–¿De qué manera?

–Estábamos hablando de ti -empezó ella, y Brunetti disimuló la sorpresa por el hecho de que Paola hablara de él con su padre-. Me preguntó cómo estabas, cómo iba tu trabajo, y le dije que tenías más problemas de los habituales. – Antes de que él pudiera acusarla de revelar sus secretos profesionales, Paola explicó:- Ya sabes que nunca hablo de cosas concretas, ni con él ni con nadie, pero sí le dije que estabas más sobrecargado que de costumbre.

–¿Sobrecargado?

–Sí -y explicó:- Con lo del hijo de Patta y la forma en que va a librarse. Y esos pobres chicos muertos. – Al ver su expresión, dijo:- No; a él no le dije nada de eso, sólo le insinué que últimamente estabas agobiado. Recuerda, Guido, que vivo y duermo contigo, y que no es necesario que me des el parte diario de cómo te afectan esas cosas.

Él la vio erguir el tronco, como si creyera que la conversación había terminado y ya podía ir a buscar unas copas.

–¿Qué más le dijiste, Paola? – preguntó él antes de que ella pudiera levantarse.

La respuesta tardó en llegar, pero cuando llegó era cierta.

–Le hablé de esa tontería del Ufficio Catasto que, a pesar de que no habíamos sabido más, aún pendía sobre nuestras cabezas, como una especie de espada de Damocles de la burocracia. – Él conocía la táctica: la frase ingeniosa para salirse por la tangente. No se dejó distraer.

–¿Y qué dijo él?

–Preguntó si podía hacer algo.

Si Brunetti hubiera estado menos cansado, menos deprimido por un día cargado de reflexiones sobre la corrupción humana, probablemente, hubiera desistido de continuar la conversación, dejando que los acontecimientos siguieran su curso a espaldas suyas. Pero algo, quizá la autocomplaciente duplicidad de Paola o su propio sonrojo ante ella, le hizo decir:

–Te dije que no hicieras eso. – Rápidamente, rectificó-: Te pedí que no lo hicieras.

–Ya lo sé. Por eso no le pedí que nos ayudara.

–No tuviste que pedirselo, ¿verdad? – dijo él, empezando a levantar el tono.

El de ella subió en la misma medida.

–Yo no sé lo que ha podido hacer. Ni sé si ha hecho algo.

Brunetti señaló el sobre que ella tenía en la mano.

–No hace falta ir muy lejos para encontrar la respuesta. Te pedí que no hicieras que nos ayudara, que no le hicieras utilizar su red de amigos e influencias.

–Pero no tuviste inconveniente en utilizar la nuestra -replicó ella.

–Es distinto.

–¿Por qué?

–Porque nosotros somos gente corriente. No tenemos su poder. No podemos estar seguros de conseguir siempre lo que queremos, de soslayar la ley cuando nos conviene.

–¿De verdad piensas que eso es distinto? – preguntó ella con asombro.

Él asintió.

–Dime entonces ¿quién es Patta? – preguntó ella-. ¿Es uno de nosotros o uno de los poderosos?

–¿Patta?

–Sí, Patta. Si tú dices que es aceptable que la gente corriente trate de saltarse las normas pero no es lícito que se las salte la gente importante, ¿en qué categoría pones a Patta? – Al ver que Brunetti dudaba, agregó-: Te lo pregunto porque no disimulas la opinión que te merece lo que ha hecho para salvar a su hijo.

Un furor instantáneo lo inundó:

–Su hijo es un delincuente.

–Pero sigue siendo su hijo.

–¿Así pues, hay que aceptar que tu padre corrompa el sistema, porque lo hace por su hija? – Aún no había acabado de decirlo cuando ya empezaban a pesarle sus palabras y se enfriaba su indignación.

Paola lo miraba con la boca abierta formando con los labios una pequeña «o», como si acabara de abofetearla. Él dijo al instante:

–Perdona, lo siento. No he debido decir eso. – Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, moviéndola a derecha e izquierda. Le hubiera gustado cerrar los ojos y borrar todo aquello. Levantó una mano con la palma hacia arriba y la dejó caer-. De verdad lo siento. No debí decirlo.

–No. No debiste.

–No es verdad -se disculpó.

–Sí -dijo ella con voz serena-. Y por eso no debiste decirlo. Porque es verdad. Lo hizo porque soy su hija.

Brunetti fue a decir que no era verdad la otra parte. El conde Falier no podía corromper un sistema que ya estaba corrupto, que probablemente había nacido corrupto. Pero sólo dijo:

–Yo no quiero esto, Paola.

–¿No quieres qué?

–Pelear por eso.

–No tiene importancia. – Su voz era distante, indiferente, levemente imperiosa.

–Oh, vamos ya -dijo él, otra vez irritado.

Ninguno dijo nada en mucho rato. Finalmente, Paola preguntó:

–¿Qué quieres que haga?

–No creo que puedas hacer algo. – Señaló la carta con un ademán-. Por lo menos, a la vista de lo que dice ahí.

–Supongo que no -convino ella. Levantó el sobre-. ¿Y aparte de esto?

–No lo sé. – Y, suavizando el tono-: Supongo que no se te puede pedir que recuperes los ideales de tu juventud.

–¿Querías tú que los recuperara? – Y agregó a renglón seguido-. Eso es imposible, y tú debes saberlo. La pregunta es puramente retórica: ¿Querías que los recuperara?

Pero, al ponerse en pie, él comprendió que recuperar los ideales de su juventud no garantizaría recuperar la paz de espíritu.

Brunetti entró en la casa y minutos después salió con dos copas de chardonnay. Permanecieron una media hora sentados en la terraza, casi sin hablar, hasta que Paola miró el reloj, se levantó y dijo que se iba a preparar la cena. Al recoger la copa de él, se inclinó y le dio un beso en la oreja derecha, después de que los labios le resbalaran por la mejilla.

Después de cenar, Brunetti se echó en el sofá, diciéndose que, de algún modo, encontraría el medio de proteger la paz de su hogar y de impedir que los horribles hechos con los que tenía que tratar a diario, llegaran a afectar a su familia. Trató de volver a Jenofonte, pero aunque los griegos supervivientes ya estaban cerca de su patria y de la salvación, le era difícil concentrarse en sus peripecias e imposible preocuparse por vicisitudes de hacía dos mil años. Chiara, que entró a eso de las diez a darle el beso de buenas noches, no le habló del barco, sin imaginar que, en aquel momento, Brunetti hubiera accedido a comprarle hasta el *Queen Elizabeth II*.

Como era de esperar, cuando, a la mañana siguiente, Brunetti compró el diario camino del trabajo, en la primera plana de la segunda sección de *Il Gazzettino*, vio el titular redactado por él. Ya en su despacho, se sentó a su mesa a leer la supuesta noticia. El texto era más dramático y alarmista de lo que él había previsto y, al igual que tantas de las peregrinas fantasías que aparecían en aquel rotativo, resultaba plenamente convincente. Aunque el artículo indicaba claramente que el tratamiento sólo podía ser efectivo en casos de transmisión del virus por mordedura -¿cuánta tontería podía llegar a creerse la gente?-,

temió que el hospital fuera inundado por una marea de drogadictos y seropositivos, en busca del mágico tratamiento de que disponían los médicos del Ospedale Civile y que se administraba en su Pronto Soccorso a todo el que lo solicitara. Por el camino, Brunetti había hecho algo insólito en él: comprar *La Nuova*, confiando en que ningún conocido lo viera con ese periódico en la mano.

Estaba en la página 37: tres columnas y hasta una foto de Zecchino, probablemente, extraída de alguna escena de grupo. El peligro de la mordedura parecía aquí infinitamente más grave y la esperanza de curación que brindaba el Pronto Soccorso, mucho mayor.

Brunetti no llevaba ni diez minutos en su despacho cuando se abrió la puerta violentamente. Sobresaltado, levantó la cabeza y quedó estupefacto al ver al *vicequestore* Giuseppe Patta en el umbral. Pero el recién llegado no estuvo allí mucho rato sino que, en pocos segundos, se plantó delante de la mesa de Brunetti. Éste inició el movimiento de levantarse, pero Patta alzó una mano como si quisiera volver a sentarlo de un empujón y dio un fuerte puñetazo en la mesa.

—¿Cómo se ha atrevido? —gritó-. ¿Por qué? ¿Qué tiene contra mí? Ahora lo matarán, y usted lo sabe. Lo ha hecho con toda la intención.

Durante un momento, Brunetti temió que su superior hubiera perdido el juicio, que la tensión del trabajo, o quizá las preocupaciones de su vida privada, hubieran minado su poder de autodomínio provocando una erupción de furor. Brunetti apoyó la palma de las manos en la mesa, tratando de moverse lo menos posible sin insinuar siquiera la intención de levantarse.

—¿Qué tiene que decir? ¿Qué? —le gritó Patta, apoyando a su vez las palmas en la mesa e inclinándose hasta que su cara estuvo muy cerca de la de Brunetti-. Quiero saber por qué lo ha hecho. Si algo le ocurre a Roberto, lo hundo. —Patta se irguió y Brunetti vio que apretaba los puños, con los brazos colgando. El *vicequestore* tragó saliva y dijo ahora con voz suave, pero impregnada de amenaza:- Le he hecho una pregunta, Brunetti.

Éste echó el cuerpo hacia atrás y asió los brazos del sillón.

—Creo que sería mejor que se sentara, *vicequestore*, y me explicara lo que ocurre.

Si algo se había sosegado la actitud de Patta, ahora volvió a encrespase:

–No disimule conmigo, Brunetti -gritó-. Quiero saber por qué lo ha hecho.

–No sé de qué me está hablando -dijo Brunetti, dejando que su voz reflejara algo de la cólera que sentía.

Del bolsillo de la americana, Patta sacó el diario de la víspera y lo puso en la mesa de Brunetti con un golpe seco.

–Le estoy hablando de esto -dijo clavando el índice en el papel-: Esa noticia que dice que Roberto va a ser arrestado y que sin duda declarará contra las personas que controlan el tráfico de drogas en el Veneto. – Sin darle tiempo a responder, Patta agregó-: Sé muy bien cómo trabajan ustedes, los del norte, son como un club secreto. No tiene más que llamar a alguno de sus amigos del periódico y él publicará toda la mierda que usted le eche.

Con repentino cansancio, Patta se dejó caer en una silla frente a la mesa. Su cara, todavía roja, estaba cubierta de sudor, y cuando trató de enjugárselo Brunetti vio que le temblaba la mano.

–Lo matarán -dijo.

Una súbita revelación disipó la confusión y la indignación de Brunetti ante el comportamiento de Patta. Esperó unos momentos, hasta que la respiración de Patta se calmó un poco y dijo:

–Esa noticia no se refiere a Roberto. – Procuraba que su voz sonara normal-. Se trata de ese muchacho que murió por sobredosis la semana pasada. Su novia vino a verme y me dijo que sabía quién le había vendido la droga, pero tenía miedo de decírmelo. Yo pensé que eso lo animaría a venir a hablar con nosotros.

Vio que Patta escuchaba, si le creía o no era otra cuestión. O, en el caso de que le creyera, si ello suponía diferencia alguna.

–Eso no tiene absolutamente nada que ver con Roberto -dijo Brunetti con voz llana y lo más tranquila posible, resistiendo la tentación de decir que, ya que Patta había negado categóricamente que Roberto tuviera algo que ver con la venta de droga, mal podía suponer para él peligro alguno aquel artículo. Pero ni siquiera a costa de Patta deseaba un triunfo tan fácil. Calló, esperando la respuesta de Patta.

Al fin el *vicequestore* dijo:

–No me importa a quién se refiera. – Lo que indicaba que creía lo que había dicho Brunetti y fijó en él una mirada directa y franca-. Anoche lo llamaron. Al *telefonino*.

–¿Qué dijeron? – preguntó Brunetti, consciente de que Patta acababa de confesar que su hijo, el hijo del *vicequestore* de Venecia, vendía droga.

–Que más valdría que no volvieran a oír hablar de eso, que no se enterasen de que había hablado con alguien ni ido a la *questura*. -Patta calló y cerró los ojos, resistiéndose a continuar.

–¿O si no...? – preguntó Brunetti con voz neutra.

La respuesta tardó en llegar.

–No lo dijeron. Ni era necesario.

Brunetti estaba plenamente de acuerdo. De pronto, lo acometió un violento deseo de hallarse en cualquier sitio menos allí. Era preferible estar en la buhardilla con Zecchino y la muchacha muerta, porque lo que había sentido allí era una compasión profunda y limpia; no esa insidiosa sensación de triunfo al ver reducido a aquello al hombre por el que tantas veces había sentido desprecio. Él no quería sentir satisfacción al ver el miedo y la irritación de Patta, pero no conseguía reprimirla del todo.

–¿Sólo vende o también toma? – preguntó.

–No lo sé -suspiró Patta. No tengo ni idea. – Brunetti le dio tiempo para que dejara de mentir y, al cabo de un momento, Patta dijo:- Sí. Cocaína, creo.

Años atrás, con menos experiencia en el arte de interrogar, Brunetti hubiera pedido la confirmación de que el muchacho también vendía, pero ahora lo dio por hecho y pasó a la pregunta siguiente:

–¿Ha hablado con él?

Patta asintió. Al cabo de un momento dijo:

–Está aterrado. Quiere ir a casa de sus abuelos, pero allí no estaría seguro. – Miró a Brunetti-. Esa gente ha de tener la certeza de que no hablará. Será la única manera de que esté seguro.

Lo mismo pensaba Brunetti y ya empezaba a calcular lo que esa certeza costaría. No había más remedio que publicar otra desinformación, esta vez diciendo que la policía había seguido una pista falsa y que había resultado imposible establecer una relación entre los

casos recientes de muertes por sobredosis y el responsable de la venta de las drogas. Probablemente, eso alejaría de Roberto Patta el peligro más inmediato; pero, por otro lado, disuadiría al hermano, al primo o lo que fuera de Anna Maria Ratti, de ir a denunciar a la policía a las personas que le habían vendido las drogas que causaron la muerte de Marco Landi.

Si no hacía nada, la vida de Roberto Patta estaría en peligro, pero si el artículo aparecía, Anna Maria tendría que vivir con la pena de haber tenido parte de responsabilidad, por pequeña que fuera, en la muerte de Marco.

—Yo me encargo -dijo, y Patta levantó la cabeza con rapidez y lo miró fijamente.

—¿Qué? — preguntó-. ¿Cómo?

—He dicho que yo me encargo -repitió con voz firme, deseando que Patta lo creyera y saliera del despacho llevando consigo las muestras de gratitud que pudiera sentirse inclinado a dar-. Llévelo a alguna clínica, si es posible.

Vio cómo Patta miraba agrandando los ojos con indignación a aquel subordinado que se atrevía a darle consejos.

Brunetti deseaba terminar cuanto antes.

—Ahora mismo los llamo -dijo lanzando una mirada en dirección a la puerta.

Irritado también por eso, Patta dio media vuelta, fue hacia la puerta y salió.

Brunetti, sintiéndose como un idiota, llamó otra vez a su amigo a la redacción del periódico y le habló de prisa, consciente de la gran deuda que estaba contrayendo. Sabía que, cuando llegara el momento de pagarla -y no dudaba de que llegaría-, sería a costa de sacrificar algún principio o burlar alguna ley. Ello no le hizo titubear ni un instante.

Brunetti iba a salir a almorzar cuando sonó el teléfono. Era Carraro, que dijo que hacía diez minutos había llamado un hombre, pidiendo confirmación de lo que había leído en el diario de aquella mañana. Carraro le había asegurado que, en efecto, el hospital disponía de un tratamiento absolutamente revolucionario, la única esperanza para quien hubiera sufrido una mordedura.

—¿Cree que puede ser él? — preguntó Brunetti.

–No lo sé -respondió Carraro-. Pero parecía muy interesado. Ha dicho que vendría hoy mismo. ¿Qué piensa usted hacer?

–Ahora voy para allá.

–¿Qué hago si viene?

–Reténgalo. Háblele. Invéntese algún sistema de exploración. Pero no lo deje marchar -dijo Brunetti. Al salir, se asomó a la oficina de los agentes y gritó que enviaran inmediatamente a dos hombres y una lancha a la entrada del Pronto Soccorso.

No tardó más de diez minutos en llegar al hospital a pie. Pidió al *portiere* que lo llevara a la puerta de Pronto Soccorso que utilizaban los médicos, para no ser visto por los pacientes que pudieran estar esperando. Su sensación de urgencia debía de ser contagiosa, porque el hombre salió rápidamente de su garita y condujo a Brunetti por el corredor principal, pasando por delante de la entrada a la Sala de Urgencias, hasta una puerta sin distintivos y un estrecho pasillo que conducía al puesto de enfermeras de Pronto Soccorso.

La enfermera de guardia hizo un gesto de sorpresa cuando Brunetti apareció de improviso por su izquierda, pero Carraro ya debía de haberla prevenido, porque la mujer se puso en pie inmediatamente diciendo:

–Está con el *dottore* Carraro. – Señalaba la puerta de la sala de curas-. Es ahí.

Brunetti entró sin llamar. Vio a Carraro, con su bata blanca, inclinado sobre un hombre corpulento que estaba tendido en la mesa de reconocimiento. Colgados del respaldo de una silla había una camisa y un jersey. Carraro, que estaba auscultando al hombre con el estetoscopio, no oyó entrar a Brunetti, pero el otro sí y cuando se le aceleró el corazón al verlo, Carraro levantó la mirada para averiguar qué era lo que había causado aquella reacción en su paciente.

El médico no dijo nada al ver al comisario. El hombre de la mesa no se movió, pero Brunetti observó que se ponía rígido y la cara se le teñía de rojo. También vio la señal inflamada que el hombre tenía en el antebrazo derecho: una marca ovalada, de bordes nítidos y simétricos.

Brunetti optó por no decir nada. El hombre cerró los ojos y dejó los brazos flácidos. Brunetti observó que Carraro llevaba guantes transparentes. Si hubiera entrado en ese momento, hubiera creído que

el hombre dormía. Su propio corazón se calmó. Carraro se apartó de la mesa, fue al escritorio, dejó el estetoscopio y salió de la sala sin decir nada.

Brunetti dio un paso hacia la mesa, pero procuró mantenerse fuera del alcance del hombre. La abultada musculatura del pecho y los hombros, resultado de décadas de trabajo duro, denotaba una fuerza extraordinaria. Las manos eran enormes, una descansaba sobre la mesa con la palma hacia arriba, y Brunetti observó con extrañeza que tenía las yemas de los dedos aplastadas, en forma de espátula.

En reposo, la cara del hombre era inexpresiva. Ni al ver a Brunetti y comprender, quizá, quién era, se alteraron sus facciones. Las orejas eran diminutas y, en general, la cabeza toda, que tenía una curiosa forma cilíndrica, era pequeña en relación con aquel cuerpo enorme.

–*Signore* -dijo Brunetti al fin.

El hombre abrió los ojos y lo miró. Eran unos ojos castaño oscuro que le hicieron pensar en los de un oso, pero quizá fuera por la corpulencia del hombre.

–Ella me dijo que no viniera -murmuró-. Que era una trampa. – Parpadeó, estuvo un rato con los ojos cerrados, los abrió y dijo-: Pero tuve miedo, oí hablar a la gente de lo que decía el periódico y tuve miedo. – Otra vez cerró los ojos largamente, tanto que parecía que se evadía, como el buceador que se resiste a volver de las profundidades, donde todo es más hermoso. Abrió los ojos-. Y tenía razón. Ella siempre tiene razón. – Dicho esto, se sentó-. No se alarme, no le haré nada. Que el doctor me cure y luego iré con usted. Pero antes la cura.

Brunetti asintió, comprensivo.

–Llamaré al médico -dijo, y salió al puesto de enfermeras, donde Carraro hablaba por teléfono. La enfermera no estaba.

Al ver a Brunetti, el médico colgó el teléfono y lo miró.

–¿Y ahora? – Volvía a estar furioso, pero Brunetti sospechaba que su cólera nada tenía que ver con la violación del Juramento Hipocrático.

–Le agradeceré que le ponga una vacuna antitetánica, y luego me lo llevaré a la *questura*.

–¿Usted me deja ahí solo con un asesino y ahora pretende que vuelva a entrar para ponerle una antitetánica? Debe de estar loco -dijo

Carraro, cruzándose de brazos en señal de rebeldía.

–No creo que haya peligro, *dottore*. Y quizá la necesite. Me parece que la mordedura se le ha infectado.

–Ah, y también es usted médico, ¿verdad?

–*Dottore* -suspiró Brunetti mirándose los zapatos-, le estoy pidiendo que se ponga sus guantes de goma, entre ahí conmigo y administre una vacuna antitetánica a su paciente.

–¿Y si me niego? – preguntó Carraro sin beligerancia, lanzando a Brunetti una vaharada de menta y alcohol, las sustancias con que se desayunan los grandes bebedores.

–Si se niega, *dottore* -dijo Brunetti con una calma letal, extendiendo un brazo hacia el médico-, lo meto en esa sala de un empujón y digo a ese hombre que se niega usted a ponerle la inyección que lo curará. Y luego lo dejo a solas con él.

Observaba a Carraro mientras hablaba y veía que el médico le creía, lo que era suficiente para sus fines. Carraro dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y masculló entre dientes algo que Brunetti fingió no oír.

El comisario sostuvo la puerta abierta para que entrara Carraro y lo siguió a la sala. El hombre se abrochaba la camisa sobre el ancho tórax sentado en el borde de la mesa de reconocimiento, con sus largas piernas colgando.

En silencio, Carraro fue a una vitrina de un extremo de la sala, la abrió y sacó una jeringuilla. Luego se inclinó y rebuscó ruidosamente entre cajas de medicinas hasta encontrar la que quería. Sacó de ella una pequeña ampolla con tapón de caucho y volvió a su escritorio. Allí se calzó cuidadosamente unos guantes nuevos, abrió el envase de plástico, sacó la jeringuilla y clavó la aguja en el tapón de caucho del frasquito. Extrajo todo el líquido con la jeringuilla y se volvió hacia el hombre, que ya se había metido los faldones de la camisa en el pantalón y se había subido una manga.

Brunetti lo vio extender el brazo hacia el médico, volver la cara y cerrar los ojos con fuerza, como hacen los niños cuando los vacunan. Carraro puso la jeringuilla en la mesa, al lado del hombre, le tomó el brazo y le subió la manga por encima del bíceps. Clavó la aguja en el músculo con más fuerza de la necesaria e introdujo el líquido. Sacó la

aguja y levantó el brazo del hombre bruscamente, para impedir que sangrara y volvió a la mesa.

–Gracias, *dottore* -dijo el hombre-. ¿Es la cura?

Como Carraro no parecía dispuesto a hablar, Brunetti dijo:

–Sí. Ya no debe preocuparse por nada.

–No me ha dolido. No mucho -dijo el hombre mirando a Brunetti-. ¿Hemos de irnos ya?

Brunetti asintió. El hombre bajó el brazo y miró el pinchazo. Sangraba.

–Me parece que su paciente necesita una venda, *dottore* -dijo Brunetti, aunque sabía que Carraro no haría nada. El médico se quitó los guantes y los arrojó hacia la mesa, sin que pareciera importarle que fueran a parar al suelo, bastante lejos del objetivo. Brunetti fue a la vitrina y miró las cajas del estante superior. En una había apósitos adhesivos. Sacó uno y fue hacia el hombre. Abrió la bolsa de papel estéril e iba a ponerlo en el brazo del hombre cuando éste lo detuvo con un gesto de la otra mano.

–Deje que lo haga yo, *signore*. Quizá no esté curado todavía. – Tomó la tira y, torpemente, con la mano izquierda, se la puso en la herida alisando los extremos para fijarlos a la piel. Se bajó la manga, se puso en pie y se inclinó a recoger el jersey.

Al llegar a la puerta de la sala, el hombre se detuvo y miró a Brunetti desde su superior estatura:

–Sería terrible si yo pillara eso, ¿comprende? – dijo-. Sería terrible para la familia. – Asintió en muda confirmación de sus palabras y se hizo a un lado dejando paso a Brunetti. A su espalda, Carraro cerró violentamente la puerta del armario de las medicinas, pero el mobiliario que se fabrica para el gobierno es robusto y no se rompió el cristal.

En el corredor principal estaban los dos agentes uniformados que Brunetti había pedido y en el embarcadero esperaba la lancha de la policía, con el taciturno Bonsuan al timón. Salieron por la puerta lateral y recorrieron los pocos metros que la separaban de la lancha amarrada. El hombre llevaba la cabeza inclinada y los hombros encogidos en la actitud que había adoptado al ver los uniformes.

Caminaba pesadamente con paso desigual, desprovisto de toda fluidez de movimiento, como si hubiera interferencias en la línea que conectaba el cerebro a los pies. Cuando estuvo en la lancha, con un agente a cada lado, el hombre se volvió hacia Brunetti y preguntó:

–¿Puedo sentarme abajo, *signore*?

Brunetti señaló los cuatro peldaños que arrancaban de la cubierta y el hombre los bajó y se sentó en una de las banquetas tapizadas que discurrían a uno y otro lado de la cabina. Puso las manos entre las rodillas y se quedó cabizbajo, mirando al suelo.

Cuando llegaron al muelle de la *questura*, los agentes saltaron a tierra y amarraron la lancha, y Brunetti gritó desde lo alto de la escalera.

–Ya hemos llegado.

El hombre alzó la cabeza y se puso en pie.

Durante el viaje, Brunetti se había planteado llevar al hombre a su despacho para, interrogarlo, pero luego decidió que una de las feas salas de interrogatorios, sin ventanas, con las paredes deterioradas y una luz cruda, sería un lugar más apropiado para lo que tenía que hacer.

Precedidos por los agentes, subieron al primer piso y avanzaron por el corredor hasta la tercera puerta de la derecha. Brunetti la abrió y la sostuvo mientras entraba el hombre que pasó ante él en silencio, se paró y se volvió a mirarlo. Brunetti le señaló una de las sillas que había alrededor de una castigada mesa.

El hombre se sentó, Brunetti cerró la puerta y se instaló al otro lado de la mesa.

–Me llamo Guido Brunetti. Soy comisario de policía -dijo-. En esta habitación hay un micrófono por el que se grabará todo lo que digamos. – Dio la fecha y la hora y miró al hombre-: Lo he traído aquí para interrogarlo acerca de tres muertes: la muerte de un joven llamado Franco Rossi, la muerte de otro joven llamado Gino Zecchino y la muerte de una joven cuyo nombre no conocemos aún. Dos de ellos murieron en el interior o en las inmediaciones de un edificio situado cerca de Angelo Raffaele y el otro murió a consecuencia de una caída desde ese mismo edificio. – Aquí calló un momento y prosiguió-: Antes de seguir adelante, debo pedirle que me diga su nombre y me presente

un documento de identidad. – En vista de que el hombre no respondía, insistió-: ¿Me dice usted cómo se llama, *signore*?

El detenido levantó la mirada y preguntó con infinita tristeza:

–¿Es necesario?

Brunetti dijo con resignación:

–Me temo que sí.

El hombre bajó la cabeza y contempló la mesa.

**–Ella se enfadará -susurró. Miró a Brunetti y, sin alzar la voz, dijo-:
Giovanni Dolfín.**

OceanofPDF.com

Brunetti buscaba algún parecido entre aquel gigantón torpe y la mujer flaquita y encorvada que había visto en la oficina de Dal Carlo. Al no encontrarlo, no se atrevió a preguntar qué parentesco tenían, ya que sabía que valía más dejar hablar al hombre mientras él desempeñaba el papel del que ya está al cabo de la calle de todo lo que pueda decirse y sólo desea hacer preguntas sobre cuestiones secundarias y detalles cronológicos.

Se hizo el silencio. Brunetti dejó que se dilatara hasta que la habitación se llenó de él. Sólo la respiración fatigosa de Dolfin lo turbaba.

Finalmente, éste miró a Brunetti con gesto dolorido:

–Soy conde, ¿comprende? Nosotros somos los últimos, ya no hay nadie más, porque Loredana... en fin, no se ha casado y... -Miró otra vez la mesa, que seguía negándose a decirle cómo explicar esas cosas. Suspiró y volvió a empezar-: Yo no me casaré. A mí no me interesan todas esas... todas esas cosas -dijo haciendo un vago ademán para rechazar «todas esas cosas»-. Así que nosotros somos los últimos y por eso es importante defender el nombre y el honor de la familia. – Mirando a Brunetti fijamente preguntó-: ¿Usted lo comprende?

El comisario no tenía ni idea de lo que podía significar «honor» para aquel hombre ni para quien presumiera de ochocientos años de abolengo.

–Todos hemos de vivir con honor -fue lo único que se le ocurrió decir.

Dolfin asintió varias veces.

–Eso es lo que me dice Loredana. Es lo que me ha dicho siempre. Dice ella que no importa que no seamos ricos, que no importa nada. Pero tenemos el apellido. – Hablaba con el énfasis que suele poner la gente al repetir frases e ideas que en realidad no comprende, cuando la convicción toma el lugar de la razón. Ahora parecía que en el cerebro de Dolfin se había disparado un mecanismo, porque volvió a bajar la cabeza y empezó a recitar la historia de su famoso antepasado, el dux Giovanni Dolfin. Brunetti lo escuchaba extrañamente reconfortado por el sonido, que le hacía volver a la época de su niñez, en la que las

vecinas iban a rezar el rosario a su casa, y él se dejaba arrullar por el suave murmullo de las oraciones repetidas. Estuvo rememorando aquellos lejanos susurros hasta que oyó decir a Dolfín:

—... de la peste, en 1361.

Entonces Dolfín levantó la mirada y Brunetti asintió en señal de aprobación.

—Es algo muy importante, un apellido como el suyo -convino, pensando que era la manera de hacerle hablar-. Hay que protegerlo bien.

—Eso mismo me dijo Loredana, justo lo mismo. — Dolfín miró a Brunetti con incipiente respeto: aquél era un hombre que comprendía las obligaciones a las que ambos vivían sujetos-. Me dijo que, especialmente esta vez, debíamos hacer todo lo posible por protegerlo. — Se le trabó la lengua en las últimas palabras.

—Desde luego -instó Brunetti-, especialmente esta vez.

—Ella me dijo que aquel hombre de la oficina siempre le había envidiado su posición -prosiguió Dolfín y, al ver el gesto de interrogación de Brunetti, aclaró-: en sociedad.

Brunetti asintió.

—Ella no sabía por qué la odiaba tanto. Pero un día él hizo algo con unos papeles. Ella me lo explicó, pero no lo entendí. Bueno, él falsificó unos papeles que decían que Loredana hacía cosas malas en la oficina, que aceptaba dinero por hacer cosas ilegales. — Apoyó la palma de las manos en la mesa, izándose a medias y con un alarmante volumen de voz, dijo-: Los Dolfín no hacen las cosas por dinero. El dinero no significa nada para los Dolfín.

Brunetti levantó una mano tranquilizadora y Dolfín volvió a sentarse.

—Nosotros no hacemos las cosas por dinero -barbotó con vehemencia-. Eso toda la ciudad lo sabe. Por dinero, nada. Ella dijo que la gente creería lo que dijeran los periódicos y que habría un escándalo -prosiguió-. El apellido, manchado. Ella me dijo... -empezó a decir y luego rectificó-: No; eso no tuvo que decírmelo, eso lo sabía yo. Nadie puede contar mentiras sobre los Dolfín y no ser castigado.

—Comprendo -dijo Brunetti-. ¿Entonces decidió denunciarlo a la policía?

Dolfín agitó una mano, desechando la idea de ir a la policía.

–No. Era nuestro honor y teníamos derecho a aplicar nuestra propia justicia.

–Comprendo.

–Yo lo conocía, había estado varias veces en la oficina. Cuando Loredana hacía la compra por la mañana, y tenía paquetes que llevar a casa, yo iba a ayudarla. – Dijo esto con inconsciente orgullo: el hombre de la casa que se ufana de su gesta-. Ella sabía adónde tenía que ir aquel día el hombre, y me dijo que lo siguiera y que tratara de hablar con él. Pero él fingió no saber de qué le hablaba y dijo que aquello no tenía nada que ver con Loredana. Que era el otro hombre. Ella me había advertido de que él mentiría y trataría de hacerme creer que la culpa la tenía otro, pero yo estaba preparado. Yo sabía que él quería hundir a Loredana porque le tenía envidia. – Asumió la expresión que Brunetti había visto en las personas al decir frases que creían muy inteligentes, y tuvo la impresión de que también eso era una lección aprendida.

–¿Y qué pasó entonces?

–Me llamó embustero y trató de apartarme de un empujón. Estábamos en esa casa. – Se le agrandaron los ojos con lo que Brunetti pensó que debía de ser horror por lo sucedido, pero resultó que era horror por lo que iba a decir a continuación-: Y me tuteó. Sabía que soy conde y me llamó de tú. – Dolfín lanzó una rápida mirada a Brunetti, como preguntando si concebía semejante cosa.

Brunetti, que no la concebía, movió la cabeza negativamente con mudo asombro.

Al ver que Dolfín no parecía dispuesto a seguir hablando, Brunetti preguntó, con auténtica curiosidad en la voz:

–¿Y usted qué hizo?

–Le dije que mentía y que quería perjudicar a Loredana por envidia. Él volvió a empujarme. Eso no me lo había hecho nadie. – Por su manera de hablar, Brunetti dedujo que Dolfín debía de pensar que el respeto que la gente le mostraba sin duda era por su título más que por su tamaño-. Cuando él me empujó, di un paso atrás y pisé un tubo que estaba en el suelo. El tubo se aplastó y yo caí de espaldas. Cuando me levanté, tenía el tubo en la mano. Yo quería golpearle, pero un Dolfín

nunca golpea por la espalda, de modo que lo llamé y él se volvió. Entonces levantó la mano para pegarme. – Dolfín calló, pero sus manos se abrían y cerraban sobre sus muslos como si, de pronto, hubieran tomado vida propia.

Cuando volvió a mirar a Brunetti, había transcurrido un lapso de tiempo en su recuerdo, porque dijo:

–Después trató de levantarse. Estábamos al lado de la ventana, que tenía la persiana abierta. La había abierto él al llegar. Él se acercó a la ventana y se puso de pie agarrándose al alféizar. Yo ya no estaba enfadado. – Su voz era ahora desapasionada y tranquila-. Nuestro honor estaba a salvo. Así que me acerqué para ver si necesitaba ayuda. Pero él tenía miedo de mí y cuando fui hacia él retrocedió, tropezó con el alféizar y cayó hacia atrás. Yo alargué los brazos para agarrarlo, de verdad -dijo, repitiendo el gesto mientras lo describía, y sus dedos largos y aplastados se cerraron varias veces inútilmente, en el aire-, pero él ya se caía y no llegué a tiempo. – Echó la mano hacia atrás y se cubrió los ojos con la otra-. Oí el golpe en el suelo. Fue un golpe muy fuerte. Pero entonces noté que había alguien en la puerta y me asusté. No sabía quién era. Bajé corriendo la escalera. – Calló.

–¿Adónde fue?

–A casa. Era la hora del almuerzo, y Loredana se preocupa si me retraso.

–¿Usted se lo dijo?

–¿Si le dije qué?

–Lo sucedido.

–Yo no quería. Pero ella lo notó. Lo adivinó al ver que yo no podía comer. Y tuve que contarle lo que había pasado.

–¿Qué dijo ella?

–Que estaba muy orgullosa de mí -respondió él con cara radiante-. Dijo que yo había defendido nuestro honor y que lo ocurrido había sido un accidente. Él me empujó. Juro por Dios que es la verdad. Me tiró al suelo.

Giovanni miró nerviosamente hacia la puerta y preguntó:

–¿Sabe ella que estoy aquí?

Al ver a Brunetti mover la cabeza negativamente, Dolfín se llevó una mano inmensa a los labios y se los golpeó varias veces con el canto

de los dedos crispados.

–Se pondrá furiosa. Me dijo que no fuera al hospital. Que era una trampa. Y tenía razón. Debí hacerle caso. Ella siempre tiene razón. En todo tiene razón. – Se puso la mano en el brazo, en el lugar de la inyección, y frotó con suavidad, pero no dijo más.

En el silencio que siguió, Brunetti se preguntaba qué parte de verdad encerraba lo que Loredana Dolfín había dicho a su hermano. Brunetti no dudaba de que Rossi había descubierto la corrupción del Ufficio Catasto, pero dudaba que su descubrimiento afectara al honor de la familia Dolfín.

–¿Y qué pasó cuando volvió usted a la casa? – preguntó. Empezaban a preocuparle las muestras de nerviosismo que observaba en Dolfín.

–El otro, el que se drogaba, estaba allí cuando ocurrió aquello. Me siguió a casa y preguntó a la gente quién era yo. La gente me conoce, a causa de mi apellido. – Brunetti oyó la nota de orgullo con que lo decía-. Cuando salí de casa para ir a trabajar, lo encontré esperándome. Me dijo que lo había visto todo y que quería ayudarme para que no tuviera problemas. Yo le creí, y volvimos a la casa y nos pusimos a limpiar la habitación. Dijo que quería ayudarme, y yo le creí. Y mientras estábamos allí vinieron unos policías, pero él les habló y se marcharon. Cuando los policías se fueron, él me dijo que si no le daba dinero, llamaría a los policías y les enseñaría la habitación, y yo estaría perdido y todo el mundo sabría lo que había hecho. – Aquí Dolfín se interrumpió, pensando en las consecuencias que eso hubiera tenido.

–¿Y qué más?

–Yo le dije que no tenía dinero, que se lo daba todo a Loredana, que es la que sabe lo que hay que hacer con él.

Dolfín se levantó a medias y empezó a mover la cabeza de derecha a izquierda, como atento a un sonido que fuera a salirle de la nuca.

–¿Y después?

–Se lo dije a Loredana, naturalmente. Y entonces volvimos.

–¿No volvió solo? – preguntó Brunetti y al momento le pesó haber hablado.

Hasta oír la pregunta de Brunetti, Dolfín había seguido moviendo la cabeza hacia uno y otro lado. Pero las palabras de Brunetti, o el tono de

voz, lo hicieron detenerse. El comisario vio cómo se evaporaba la confianza en él de su interlocutor y cómo Dolfín se percataba de encontrarse en campo enemigo.

Brunetti dejó pasar por lo menos un minuto.

–*Signor conte?* -instó.

Dolfín movió la cabeza negativamente con firmeza.

–*Signor conte*, decía usted que volvió a la casa con otra persona.

¿Quiere decirme quién era?

Dolfín apoyó los codos en la mesa, bajó la cabeza y se cubrió los oídos con la palma de las manos. Cuando Brunetti empezó a hablarle otra vez, Dolfín movió violentamente la cabeza de derecha a izquierda. Furioso consigo mismo por haber empujado a Dolfín a un terreno desde el que sería imposible hacerle volver, Brunetti se puso en pie y, consciente de que no tenía alternativa, fue a llamar por teléfono a la hermana del *conte* Dolfín.

La mujer contestó al teléfono con un escueto «*Cà Dolfín*» y el sonido sorprendió a Brunetti como un solo de trompeta que no tuviera más que notas discordantes, por lo que se quedó un momento en suspenso antes de identificarse y explicar el motivo de su llamada. Si la inquietó lo que él le decía, lo disimuló perfectamente y se limitó a responder que llamaría a su abogado y pronto estarían en la *questura*. No hizo preguntas ni mostró curiosidad alguna ante la noticia de que su hermano estaba siendo interrogado en relación con unos asesinatos. A juzgar por su reacción, hubiera podido tratarse de una simple llamada de trabajo, por ejemplo, un error en un plano. Por no descender de un dux -por lo menos, que él supiera-, Brunetti ignoraba cómo trataban las personas de alcurnia el tema de la implicación de la familia en un asesinato.

Brunetti no desperdició ni un instante en tomar en consideración la posibilidad de que la *signorina* Dolfín hubiera intervenido en algo tan vil como el vasto sistema por el que circulaban los sobornos hacia y desde el Ufficio Catasto, descubierto por Rossi: «Los Dolfín no hacemos las cosas por dinero.» Brunetti estaba convencido de ello. Fue Dal Carlo, con su estudiada perplejidad ante la posibilidad de que alguien del Ufficio Catasto se aviniera a aceptar un soborno, el que había instalado la red de corrupción descubierta por Rossi.

¿Qué había hecho el infeliz de Rossi, tan ingenuo él, y tan peligrosamente íntegro? ¿Enfrentarse a Dal Carlo con sus pruebas, amenazarlo con denunciarlo a la policía? ¿Y lo habría hecho dejando abierta la puerta de aquel cancerbero con su conjunto de punto, su moño rancio y su pasión trasnochada? ¿Y Cappelli? ¿Le habían causado la muerte sus conversaciones telefónicas con Rossi?

Brunetti estaba seguro de que Loredana Dolfín había aleccionado a su hermano sobre lo que debía decir si era interrogado: al fin y al cabo, ya le había advertido que no fuera al hospital. No hubiera dicho que era una «trampa» si no hubiera sabido cómo había recibido su hermano aquella delatora mordedura en el brazo. Y él, pobre desgraciado, aterrado por el peligro de infección, había desoído su advertencia y caído en la trampa de Brunetti.

Dolfin había dejado de hablar desde el momento en que empezó a usar el plural. Brunetti estaba seguro de la identidad de su acompañante, pero sabía que, en cuanto el abogado de Loredana hablara con Giovanni, se desvanecería toda posibilidad de demostrarla.

Menos de una hora después, sonó el teléfono: la *signorina* Dolfin y el *avvocato* Contarini habían llegado. Brunetti dijo que los acompañaran a su despacho.

Ella entró la primera, conducida por uno de los agentes uniformados que hacían guardia en la puerta de la *questura*. La seguía Contarini, orondo y sonriente, el hombre que siempre encontraba la fisura precisa para que su cliente se beneficiara de todos los tecnicismos jurídicos.

Brunetti no tendió la mano a ninguno de los dos sino que dio media vuelta invitándolos a pasar con un ademán, y se parapetó detrás de su mesa.

El comisario miró a la *signorina* Dolfin, que mantenía los pies juntos, la espalda erguida, sin rozar el respaldo de la silla y las manos enlazadas encima del bolso. Ella le devolvió la mirada pero guardó silencio. No estaba distinta de cuando él la había visto en su oficina: competente, ajada, interesada en lo que sucedía a su alrededor, pero sin implicarse del todo.

—¿Y qué es lo que cree usted haber descubierto acerca de mi cliente? — preguntó Contarini sonriendo con afabilidad.

—En el curso de un interrogatorio grabado en esta *questura* esta misma tarde, él ha confesado haber dado muerte a Francesco Rossi, empleado del Ufficio Catasto, donde la *signorina* Dolfin -inclinó la cabeza en dirección a la aludida- trabaja en calidad de secretaria.

Contarini no parecía impresionado.

—¿Algo más? — preguntó.

—También ha dicho que posteriormente volvió al mismo lugar en compañía de un hombre llamado Gino Zecchini y, juntos, borraron las huellas del crimen. También, que Zecchino trató de hacerle chantaje. — Hasta este momento, sus palabras no parecían despertar interés alguno en las dos personas sentadas frente a él-. Después Zecchino fue hallado muerto en el mismo edificio, juntamente con una joven que aún no ha sido identificada.

Cuando consideró que Brunetti había terminado, Contarini se puso la cartera en las rodillas y la abrió. Empezó a revolver papeles y a Brunetti se le erizó el vello de los brazos por la forma en que sus movimientos de afectada actividad le recordaban los de Rossi. Contarini lanzó un ligero resoplido de satisfacción al encontrar el papel que buscaba, lo sacó y lo puso delante de Brunetti.

–Como puede ver, comisario -dijo señalando el sello estampado en la parte superior de la hoja, pero sin soltarla-, es un certificado del Ministerio de Sanidad, fechado hace más de diez años. – Acercó la silla a la mesa. Cuando estuvo seguro de que Brunetti tenía la atención fija en el papel, prosiguió:- En él se hace constar que Giovanni Dolfín es... - aquí hizo una pausa y obsequió a Brunetti con otra sonrisa: el tiburón que se dispone a entrar en faena. Aunque el texto estaba invertido, empezó a leer lentamente:- «... una persona con necesidades especiales que deberá tener preferencia en la obtención de empleo y en ningún caso será objeto de discriminación por incapacidad para realizar tareas que excedan de sus posibilidades.» -Deslizó el dedo por el papel hasta señalar el último párrafo, que también leyó:- «El citado Giovanni Dolfín no se halla en posesión de sus plenas facultades mentales, por lo que no deberá aplicársele el pleno rigor de la ley.»

Contarini soltó el papel y lo dejó caer suavemente sobre la mesa. Sin dejar de sonreír, dijo:

–Es una copia. Para su archivo. Supongo que no es la primera vez que ve un documento de esa clase, ¿verdad, comisario?

La familia de Brunetti eran grandes aficionados al juego del Monopoly; ésa era, en la vida real, la tarjeta de «Salga de la Cárcel».

Contarini cerró la cartera y se puso en pie.

–Ahora, sí es posible, me gustaría hablar con mi cliente.

–Desde luego -dijo Brunetti extendiendo la mano hacia el teléfono.

Los tres permanecieron en silencio hasta que Pucetti llamó a la puerta.

–Agente Pucetti -dijo Brunetti, agradecido al observar que el joven agente jadeaba por haber subido la escalera corriendo en respuesta a su llamada-, acompañe al *avvocato* Contarini a la sala siete, para que hable con su cliente, por favor.

Pucetti gruñó un saludo. Contarini se levantó y miró interrogativamente a la *signorina* Dolfin, que denegó con un movimiento de la cabeza y permaneció sentada. El abogado dijo unas frases de cortesía y salió del despacho con la sonrisa fija en los labios.

Brunetti, que se había levantado para despedir a Contarini, se sentó y miró a la *signorina* Dolfin. No dijo nada.

Pasaron varios minutos hasta que, finalmente, ella dijo, con voz perfectamente natural.

—No podrán hacerle nada. El Estado lo protege.

Brunetti estaba decidido a guardar silencio. Sentía curiosidad por ver cómo respondía ella a aquella táctica. Él no hacía nada, no movía los objetos de encima de la mesa ni juntaba las manos. Sólo la miraba con expresión neutra.

Al fin ella preguntó:

—¿Qué van a hacer?

—Acaba usted de decirlo, *signorina* -concedió él.

Siguieron sentados como dos estatuas sepulcrales, hasta que ella no pudo resistir más:

—No me refería a eso. — Desvió la mirada hacia la ventana y volvió a fijarla en Brunetti: — No a mi hermano. Quiero saber qué van a hacerle a él. — Por primera vez, Brunetti vio emoción en su cara.

Brunetti no tenía intención de jugar con ella, por lo que no fingió confusión.

—¿Habla de Dal Carlo? — preguntó, omitiendo todo tratamiento.

Brunetti sopesó todos los factores, sin olvidar el de lo que podía ocurrirle a su propio apartamento si en el Ufficio Cataste se imponía la legalidad rigurosa.

—Pienso echarlo a los lobos -dijo Brunetti con fruición.

Ella abrió mucho los ojos con asombro.

—¿Qué quiere decir?

—Le mandaré la Guardia di Finanza. Estarán encantados de ver sus estados de cuentas, los apartamentos que posee, las inversiones de su esposa... -dijo esta palabra con énfasis-. Y una vez ellos empiecen a preguntar y a ofrecer inmunidad a todo el que le haya ofrecido un soborno, le va a caer encima una avalancha que lo sepultará.

—Perderá el puesto -dijo ella.

–Lo perderá todo -rectificó Brunetti, obligándose a esbozar una sonrisita helada.

Ella, consternada por tanto encono, lo miraba boquiabierta.

–¿Quiere oír más? – preguntó él, fuera de sí al comprender que, por más que le hicieran a Dal Carlo, ni a ella ni a su hermano podrían tocarlos. Los Volpato seguirían siendo los buitres de *campo* San Luca y toda posibilidad de encontrar al responsable de la muerte de Marco se había perdido por las mentiras en letra impresa que habían librado de todo peligro al hijo de Patta.

Consciente de que ella no tenía responsabilidad alguna por eso último, pero deseoso de hacérselo pagar de todos modos, Brunetti prosiguió:

–Los periódicos harán sus deducciones: La muerte de Rossi, un sospechoso con señales de la mordedura de la muchacha asesinada, indultado por incapacidad mental y la posible implicación de la secretaria de Dal Carlo, una mujer madura, una *zitella* -recalcó, sorprendiéndose a sí mismo por la violencia del desdén que puso en la palabra «soltera»-. *Una zitella nobile* -prácticamente escupió la última palabra-, locamente enamorada de su jefe, un hombre más joven y casado -subrayó los adjetivos bochornosos- que casualmente tiene un hermano que ha sido declarado mentalmente incapacitado y que, por consiguiente, podría ser el sospechoso de la muerte de Rossi. – Se interrumpió mientras ella echaba el cuerpo hacia atrás, horrorizada-. Y deducirán que Dal Carlo estaba involucrado en los asesinatos, y nunca quedará libre de sospecha. Y usted -dijo señalándola con el índice-, usted le habrá hecho eso. Ése será el último servicio que preste al *ingeniére* Dal Carlo.

–Usted no puede hacer eso -dijo ella con una voz que se alzó, descontrolada.

–Yo no haré nada, *signorina* -dijo él, estupefacto por el placer que le causaba decir esas cosas-. Eso lo dirán los periódicos. O lo insinuarán, pero no importa de dónde salga la información, puede estar segura de que la gente que la lea la creerá y sacará sus conclusiones. Y lo que más les gustará será eso de la *zitella nobile* entrada en años, loca por un hombre más joven. – Se inclinó sobre la mesa y casi gritó-: Y pedirán más.

Ella movió la cabeza negativamente, con la boca abierta. Si la hubiera abofeteado, lo hubiera soportado mejor.

–Pero no pueden hacer eso. Soy una Dolfín.

Brunetti, asombrado, no pudo por menos de echarse a reír. Apoyó la cabeza en el respaldo del sillón y se permitió el desahogo de una carcajada súbita y brutal.

–Ya sé, ya sé -dijo, controlando la voz con dificultad entre accesos de hilaridad-. Usted es una Dolfín, y los Dolfín no hacen las cosas por dinero.

Ella se puso en pie, con una cara tan roja y atormentada que lo serenó instantáneamente. Asiendo el bolso con dedos agarrotados, dijo:

–Yo lo hice por amor.

–Pues que Dios la asista -dijo Brunetti alargando la mano hacia el teléfono.

**LIBRO HA SIDO IMPRESO
EN CAYFOSA-QUEBECOR, S.A.
SANTA PERPETUA DE MOGODA
(BARCELONA)**

This file was created with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

25/12/2009

LRS to LRF parser v.0.9; Mikhail Sharonov, 2006; msh-tools.com/ebook/

OceanofPDF.com